

...este número:

GUY MANNERING

...A FAMOSA OBRA DE **WALTER SCOTT**

y

LA REINA DE ESPADAS

5 julio 1944

30

centavos en todo el país

Cursos de DIBUJO

HOY MISMO envíenos su nombre y dirección, y a vuelta de correo recibirá usted, **GRATIS Y SIN COMPROMISO**, la **"GUIA DE ENSEÑANZA"**, interesante libro de 92 páginas ilustradas, con los detalles completos de los cursos que enseñamos por correo desde el año 1923.

SABER LEER Y ESCRIBIR es suficiente para estudiar cualquiera de los cursos Comerciales, Técnicos y Especiales, pues nuestros textos, exclusivamente preparados para la enseñanza por correo, son de fácil comprensión. Usted estudiará en su casa en sus **MOMENTOS LIBRES**, hasta llegar al final de sus estudios y recibir su **DIPLOMA**.

NUESTRA ORGANIZACION, moderna y perfecta, instalada en **EDIFICIO PROPIO**, con un cuerpo de profesores competentes, numeroso personal técnico y administrativo y elementos mecánicos, que permiten a las **ESCUELAS LATINO-AMERICANAS** ofrecer una enseñanza práctica, útil y eficaz a un costo reducido.

PIDA USTED, gratuitamente, la **"GUIA DE ENSEÑANZA"**. Hágalo **AHORA MISMO**.







DIBUJO DE CARICATURAS E HISTORIETAS



DIBUJO COMERCIAL



DIBUJO ARTISTICO

PRECIOS DE LOS CURSOS EN MONEDA ARGENTINA

SECCION COMERCIAL	$
Empleado de Comercio	45
Cajero	45
Secretario Comercial	80
Tenedor de Libros	65
Contador Mercantil	80
Técnico en Publicidad	80
Administrador de Estancias	100
Empleado de Banco	50
Vendedor	50
Jefe de Ventas	80
Gerente Comercial	200

SECCION TECNICA	$
Técnico Mecánico	85
Técnico Maquinista	85
Técnico Metalúrgico	85
Motores Diesel	85
Motores a Explosión	85
Mecánico de Automóviles	85
Técnico Tornero	85
Técnico Fresador	55
Técnico en Máquinas de Taller	85
Carpintería y Ebanistería	70
Técnico Electricista	85
Bobinajes	85
Fotografía Artística	70
Calefacción y Ventilación	100
Refrigeración	100
Aire Acondicionado	120
Construcciones	100

SECCION TEXTIL	$
Técnico en Hilados	100
Técnico en Tejidos	120
Técnico en Tejidos de Punto	85

SECCION RADIO	$
Técnico en Radio	85
Técnico en Radio F. M.	40
Armador de Radio	65

SECCION INDUSTRIAL	$
Técnico en Industria Lechera	[illegible]
Técnico Avicultor	[illegible]
Técnico Apicultor	[illegible]
Perito Enólogo	[illegible]
Técnico Jabonero	[illegible]
Técnico Curtidor	[illegible]

SECCION QUIMICA	$
Técnico Químico	[illegible]
Químico Industrial	150

SECCION IDIOMAS	$
Inglés	70
Francés	70

SECCION DIBUJO	$
Dibujo Artístico	70
Dibujo Lineal	70
Dibujo Mecánico	80
Dibujo Arquitectónico	80
Caricaturas e Historietas	80
Dibujos Animados	80
Dibujo Comercial	80

SECCION FEMENINA	$
Profesora de Corte y Confección	30
Labores	30
Confección de Sombreros	30
Cocina	30
Arte de Tejer	30

SECCION ESPECIAL	$
Periodismo	80
Taquigrafía	40
Aritmética	25
Aritmética Comercial	40
Algebra	40
Geometría	25
Gramática y Ortografía	35
Caligrafía	30
Dactilografía	40
Velocigrafía	25

GRATIS

Llene y envíenos el cupón y de inmediato le será despachado el interesante libro la "GUIA DE ENSEÑANZA" de 92 páginas ilustradas.

Si no desea recortar el cupón, mándenos su nombre y dirección mencionando esta revista.

OBSEQUIOS A LOS ALU...

Inscripto como alumno en las ESC... LATINO-AMERICANAS recibirá ... los siguientes obsequios:

VELOCIGRAFIA "el nuevo método ... tura rápida": Regalamos el ma... tudios y la enseñanza complet... CIGRAFIA. Es suficiente un ... dio para poder escribir y leer ...

RADIO F. M. (Frecuencia Modul...) enseñanza superior para los al... criptos en el curso de Radio, ... pecialmente por su inventor ... Armstrong, de Estados Unidos.

DICCIONARIO: 512 páginas y ... bras.

CARNET DEL ESTUDIANTE: ... timo, con letras doradas y ... ...

LAS MAS ACREDITADAS · ESCUELAS LATINO-AMERICANAS

Señor Director de las ESCUELAS LATINO-AMERICANAS
Avda. Boyacá 932 — Buenos Aires

Sírvase enviarme GRATIS y SIN COMPROMISO, el interesante libro "GUIA DE ENSEÑANZA".

NOMBRE ...
DOMICILIO ...
LOCALIDAD ...
CURSO QUE LE INTERESA ...

L. 51

$5 POR MES SON SUFICIENTES PARA ESTUDIAR EN LAS ESCUELAS LATINO - AMERICANAS

AVENIDA BOYACA 932 — BUENOS AIRES

AÑO XI - N.° 243
5 de julio de 1944

LEOPLÁN

ESMERALDA 116
U. T. 33 - 0063
BUENOS AIRES

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 138.577

Sumario

	Págs.
GUY MANNERING, primera parte de la famosa novela de Walter Scott	34
LA REINA DE ESPADAS, texto íntegro de la famosa novela de Alejandro Puchkin	4
PAUL GAUGUIN DEJO UN HIJO EN TAHITI, en torno a la vida azarosa del gran pintor francés, por Leslie Taylor	8
LA MISA DE LAS SOMBRAS, cuento fantástico, por Anatole France	12
ACTUALIDADES GRAFICAS	14
UN VIAJE AL ARCO IRIS, crónica salteña, por Dinorah Olmos	16
EL BANDIDO MUDO DE CALABRIA, cuento humorístico, por Cami	20
RUBEN DARIO Y LA ARGENTINA, semblanza del poeta, por Arturo Capdevila	22
LO QUE LEEN LOS SOLDADOS, al margen de la guerra, por J. H. B. Peel	24
LA BUHARDILLA, cuento dramático, por Jacinto Octavio Picón	26
CINE, por Amelia Monti	28
LA ULTIMA "COLEADA", cuento campero, por Enrique Mouliá	30
5 ANECDOTAS DE BENITO JUAREZ, por Ethel Kurlat	32
PARA MATAR EL TIEMPO, sección recreativa	98
AQUI LE CONTESTAMOS, correo de LEOPLÁN	98

★

Ilustraciones de: PREMIANI, ARTECHE, RAUL VALENCIA, LISA, M. ALFONSO y VALDIVIA. Historietas de: CAO, VILLAFAÑE, TOONDER, HALEBLIAN y DEL CASTILLO, GONZALEZ FOSSAT, BARTA, TIM y J. CHRISTIE M.

En el próximo número:

GUY MANNERING, conclusión de la famosa obra de WALTER SCOTT

LA PENSION VITALICIA, TEXTO INTEGRO de la célebre novela de LUIS PIRANDELLO

y trabajos de: PEDRO ANTONIO DE ALARCON, MARK TWAIN, CLAUDE FARRERE, HECTOR PEDRO BLOMBERG, NICETO ALCALA ZAMORA, etc.

LEOPLÁN aparece el 19 de julio ★ Treinta centavos en todo el país



PRUEBA.—A quien pensara, escéptico, que la fotografía no es un arte que campa por sus cabales, bastaría esta sola prueba para convencerlo de lo contrario: la presente foto decidió a los directores de Hollywood a dar un papel importante a la bella actriz; y hoy Marilyn Maxwell — que así se llama ella — es una flamante estrellita en el firmamento cinematográfico.

LA REINA DE ESPADAS

TEXTO INTEGRO de la famosa novela de *Alejandro Puchkin*

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

La reina de espadas es señal de una oculta malquerencia.
(Del libro cabalístico más reciente).

Y los días de lluvia, reuníanse a menudo; doblaban las esquinas a las cartas (¡Dios los perdone!). Jugaban ciento contra cincuenta, y ganaban, y anotaban sus posturas con tiza.

En la casa del oficial de la guardia, Narumov, jugábase a las cartas. Hora tras hora, transcurrió la larga noche invernal; a las cinco de la madrugada nos sentamos a la mesa para cenar. Los gananciosos lo hicieron con excelente apetito; los otros, en su preocupación, permanecieron sentados delante de sus platos vacíos. Pero, al aparecer el champaña, animóse la conversación y todo el mundo tomó parte en ella.

—¿Qué tal, Surin? — preguntó el anfitrión.

—He perdido, como siempre. Tengo una *pata* horrorosa. Por más que juego con la mayor sangre fría, sin irritarme y sin perder la cabeza, jamás consigo ganar.

—¿Y Hermann, qué dice? — preguntó uno de los invitados designando a un joven oficial de ingenieros —. Jamás toca una carta, no juega nunca un pároli, a pesar de lo cual permanece hasta las cinco con nosotros siguiendo nuestro juego.

—El juego me interesa muchísimo — respondió el aludido —; pero no quiero exponer al azar el producto de mi honrado trabajo.

—Hermann, como buen alemán, es económico — observó Tomsky —. A la que no comprendo es a mi abuela, la condesa Ana Fedorovna.

—¿Cómo? ¿Qué? — exclamaron los invitados.

—No puedo comprender — replicó Tomsky — por qué mi abuela no juega.

—¿Qué tiene de particular — dijo Narumov — que no juegue una vieja ochentona?

—¡Pero acaso ignoráis...!

—Yo no sé nada.

—¡Ah! Entonces, escuchad. Mi abuela, hace unos sesenta años, había ido a París, donde adquirió gran renombre. El público agolpábase para ver a la *Venus Moscovita*. Richelieu le hacía el amor y asegura mi abuela que era preciso levantarse la tapa de los sesos a causa de sus rigores. En aquel tiempo, las damas jugaban al faraón. Una vez, jugando con el duque de Orleáns, perdió, bajo su palabra, una suma fabulosa. Cuando regresó a su casa, después de arrancarse los lunares y deshacerse el rodete, confesó lo que había perdido a mi abuelo y lo conminó a pagar. Si no recuerdo mal, mi difunto abuelo venía a ser una especie de mayordomo de mi abuela, a la que tenía un miedo atroz. Pero el anuncio de una pérdida tan considerable asustóle; echó sus cuentas, halló que habían gastado en medio año medio [illegible] que no poseían en los alrededores de París ni dominios [illegible] y se negó en absoluto a pagar. Mi abuela le dió un bofe[illegible] para hacerle comprender su disgusto, cenó sola aquella [illegible]



"Al día siguiente hizo llamar a su marido, con la espe[illegible] de que aquel castigo hubiese producido en él efecto; pe[illegible] halló inconmovible. Por primera vez en su vida razonó [illegible] y trató de convencerle de que es preciso distinguir unas [illegible] de otras, de la misma manera que no puede confundi[illegible] cochero con un príncipe...

"—¡Basta! — exclamó mi abuelo, colérico —. ¡Ni [illegible] labra más!

"Mi abuela no sabía lo que hacer. Hallábase en rel[illegible] con un hombre notable. Sin duda habréis oído hablar del [illegible] de San Germán, de quien tantas maravillas se han dich[illegible] béis que se las da de Judío Errante, y se jacta de haber [illegible] cubierto la piedra filosofal, el elixir de larga vida, etc. [illegible] ridiculizado, tratándolo de charlatán, y Casanova, en [illegible] *morias*, lo califica de espía.

"Por lo demás, San Germán, a pesar del misterio de [illegible] rodeaba, procuraba en sociedad hacerse agradable a tod[illegible] hoy día delira por él mi abuela; se enfurece cuando [illegible] habla mal de él en su presencia.

"Sabía que San Germán podía disponer de sumas co[illegible] bles y resolvió dirigirse a él. Escribióle una esquela [illegible] que pasase por su casa lo más pronto posible. El m[illegible] mado pillo acudió presuroso a la cita y encontró a la [illegible] sumida en la mayor aflicción. Pintóle ésta con los más [illegible] colores la crueldad de su marido, y acabó por decirle [illegible] fiaba en su amistad y en su benevolencia.

"San Germán se tornó pensativo.

"—Puedo adelantaros la suma — contestóle —; pe[illegible] consta que no gozaréis de un momento de tranquilida[illegible] tras no me la devolváis, y por nada del mundo quis[illegible] causa de este nuevo tormento... Hay otro medio de [illegible] compromiso.

"—Pero, querido conde — respondióle mi abuela —, [illegible] que carezco en absoluto de dinero.

"—No hace falta dinero — replicó San Germán —; [illegible] el favor de escucharme.

"Y le reveló un secreto que cada uno de nosotros [illegible] ríamos a buen precio".

Los jóvenes jugadores redoblaron su atención.

Tomsky encendió su pipa, echó algunas bocanadas de [illegible] y prosiguió:

—Aquella misma noche, hizo mi abuela su aparición [illegible] salles, en el juego de la reina. El duque de Orleáns era [illegible] ro. Mi abuela se excusó brevemente de no naber traído [illegible] ma, pretextando no sé qué aventura, y se puso a apun[illegible] tra él. Eligió sucesivamente tres cartas, y las tres ga[illegible] puerta, con lo que a los pocos instantes quedó saldada [illegible]

—¡Una casualidad! — dijo uno de los invitados.

—Una fábula —observó Hermann.

—Es posible que estuviesen marcadas las cartas — [illegible] un tercero.

—No lo creo — respondió Tomsky, dándose importa[illegible]

—¡Cómo! — dijo Narumov —, ¿tienes una abuela [illegible] vina tres cartas seguidas y no has hecho que te reve[illegible] creto?

—¡No, por vida del diablo! Tuvo cuatro hijos, uno [illegible] mi padre, y a pesar de ser todos jugadores empede[illegible] ninguno reveló su secreto, que tan provechoso ha[illegible] para ellos y para mí. Pero he aquí lo que me ha dicho [illegible] el conde Iván Iliitch, dándome su palabra de honor. El [illegible] Tchaplintzky, el mismo que murió en la miseria des[illegible]



haber disipado millones, perdió una vez en Zoritch cerca de trescientos mi rublos; me acuerdo perfectamente. Estaba desesperado. Mi abuela, tan severa con las calaveradas de la juventud, compadecióse de él. Indicóle tres cartas con la condición de que las eligiera una detrás de la otra, consecutivamente, y le hizo jurar que no volvería a jugar de aquel modo. Volvió Tchaplintzky a casa del que le había ganado el dinero y se pusieron a jugar nuevamente. Apuntó a la primera carta cincuenta mil rublos y le dió tres golpes seguidos, sin retirar la ganancia, con la cual hizo la paz y aun ganó...

—Vamos, que ya es hora de acostarse. ¡Son las seis menos cuarto!...

En efecto, el día comenzaba a clarear. Los jóvenes vaciaron sus copas y marcháronse.

II

—Parece que sentís decidida afición hacia las doncellas.
—¡Qué queréis, señora! Son más frescas.
(La Conversación de la gente.)

La vieja condesa *** hallábase sentada delante de un espejo, en su cuarto tocador.

Tres doncellas rodeábanla. Una le tenía el frasco del carmín, la otra una caja de alfileres, y la tercera una cofia con lazos color de fuego. La condesa no tenía la pretensión de parecer bella, convencida de que su hermosura había desaparecido para siempre desde muchos años atrás; pero había conservado las modas y costumbres de su juventud, y dedicaba a su persona y vestidos el mismo tiempo y cuidados que sesenta años antes. Próxima a la ventana, bordaba una joven noble, pupila suya, inclinada sobre un bastidor.

—Buenos días, abuela — dijo, al entrar, un joven oficial —. Buenos días, señorita Lisa. Abuela, tengo que dirigiros un ruego.

—¿De qué se trata, Pavel?

—De que me permitáis que os presente a un amigo mío y que lo traiga el viernes al baile.

—Tráelo al baile y allí me lo presentas. ¿Estuviste ayer en casa de ***?

—Ciertamente, y a fe que se pasó bien el rato. Se bailó hasta las cinco. ¡Qué hermosa estaba Eleztkaïa!

—¿Qué te admira tanto en ella, hijo mío? ¡Si hubieses conocido a su abuela, Darya Petrovna!... ¡Por cierto que debe ya ser viejísima la princesa Darya Petrovna!

—¡Cómo viejísima! — replicó distraído Tomsky —; ¡si hace ya siete años que ha muerto!

La joven levantó la cabeza e hizo a Tomsky una seña, y éste se mordió los labios recordando que se ocultaba a la anciana la muerte de las personas de su edad. Pero la condesa acogió la noticia con la más perfecta indiferencia, diciendo:

—¡Ah! ¡conque ha muerto! ¡Y yo que nada sabía! Fuimos elegidas damas de honor al mismo tiempo, y, cuando nos presentamos a la emperatriz...

Y por centésima vez refirió a su nieto la anécdota.

—Ahora, Pavel — dijo luego —, ayúdame a levantarme... ¿Dónde está mi tabaquera, Lisita?

La condesa retiróse con sus doncellas detrás de una mampara para concluir su tocado. Tomsky se quedó con la joven.

—¿A quién queréis presentar? — preguntó Lisa Ivanovna en voz baja.

—A Narumov; ¿le conocéis?

—No. ¿Es militar o paisano?

—Militar.

—¿Ingeniero?

—No, de caballería. ¿Por qué le creíais ingeniero?

La joven sonrió sin responder ni una sola palabra.



—Pavel —gritó la condesa, desde detrás de la mampara — envíame otra novela; pero que no sea moderna.

—¿Qué queréis decir, abuela?

—Quiero decir que sea una novela cuyo héroe no mate p asfixia a sus padres, en la que no haya ahogados. Me ca horror los ahogados.

—Por el momento, no hay las novelas que decís. ¿No q rriais novelas rusas?

—¿Pero hay novelas rusas?... ¡Envíamelas! ¡Ya lo cre

—Dispensadme, abuela, tengo prisa... Excusadme, Lisa novna... ¿Por qué creíais ingeniero a Narumov?

Y Tomsky abandonó el tocador.

Al quedarse sola, Lisa abandonó el bordado y se puso a rar por la ventana, no tardando en descubrir en la esqu un joven oficial.

Sus mejillas cubriéronse de vivo rubor; tomó el bastid nuevo e inclinó sobre el bordado la cabeza. En aquel ins volvió a entrar la condesa ya tida.

—Haz que preparen el coche, sita — dijo —; iremos a dar seo.

Lisa levantó la cabeza, mas pués prosiguió su labor.

—¡Qué es eso, niña! ¿Eres — exclamó la condesa —. D enganchen al punto.

—¡Ahora mismo! — respond cemente la joven.

Y salió de la habitación.

Entró un criado y entregó a condesa unos libros de part príncipe Pavel Alexandrovit

—¡Muchas gracias! — dijo la desa —. Lisita, Lisita, ¿dónd tan de prisa?

—A vestirme.

—Tiempo tienes de vestirte, mía. Ven a sentarte aquí. tomo primero y léeme en alta

La joven tomó el libro y gunos renglones.

—¡Más alto! — dijo la cond ¿Qué te pasa, hija mía? ¿Has dido la voz?... Espera... ma ese escabel... ¡Más cerca!

Lisa leyó dos páginas más. La desa bostezó

—Tira al demonio ese libro jo al fin—. ¡Qué tejido de dos! Devuélveselos al princip vel de mi parte... ¿Pero, y e che?

—Está listo — respondió L rándolo por la ventana

—¡Cómo!, ¡todavía no est tida! — exclamó la condesa ciente—. Siempre te has de aguardar. Esto es intolerable mía.

Lisa corrió a su cuarto; pero no habían transcurrido minutos, cuando la condesa empezó a tirar del cordón campanilla con todas sus energías, acudiendo inmedia tres doncellas por una puerta y un criado por otra

—¿Qué significa esto? ¡Por lo visto, aquí es inútil — gruñó mal humorada la condesa —. Decid a Lisav novna que la espero.

Lisaveta Ivanovna entró poco después con el puesto.

—¡Por fin, hija mía! — exclamó la condesa —. ¡Pe lujo! ¿A quién te propones flechar?... Vamos, ¿cómo tiempo? Me parece que hace mucho viento afuera.

—No lo crea, señora — observó el criado —. Hace un magnífico.

—¡Vos no sabéis jamás lo que decís! Abrid los pos ¡Ya lo creo que hace viento! ¡Y qué frío!... Que desen Lisita, no saldremos; no valía la pena de que te hubieses

—¡Qué triste vida! — pensaba Lisaveta Ivanovna.

Lisaveta Ivanovna era, en efecto, una criatura en desgraciada. Muy amargo es el pan del extraño, dijo los escalones de la casa ajena son duros de subir; y podría sentir más la sujeción que la pupila pobre de vieja noble?

Cierto que la condesa no tenía mal fondo; pero era caprichosa como toda mujer mimada por el mundo; era, además, avara, egoísta y fría, como todas las viejas que han amado en su juventud y desconocen el presente. Tomaba parte en todas las fiestas del gran mundo y se exhibía en los bailes, donde se sentaba en un rincón, vestida a la antigua usanza, como un ornamento monstruoso y necesario a la sala del baile; los invitados, al llegar, se acercaban a ella, le hacían un profundo saludo y nadie se ocupaba más de ella. Recibía en sus salones a toda la ciudad, observando una rigurosa etiqueta, y sin reconocer rostro alguno.

Una numerosa servidumbre engordaba en la antecámara, haciendo cada cual su santa voluntad y robando cuanto podían a la anciana moribunda.

Lisaveta Ivanovna era la mártir de la casa. Si le servía el té, reprendíala por haberle puesto demasiado azúcar; si le leía novelas en voz alta, le imputaba las faltas del autor; si acompañaba a la condesa en sus paseos, hacíala responsable de la lluvia y del buen tiempo. Habíasele asignado un salario que no cobraba jamás íntegramente; pero, eso sí, se le exigía que se vistiese como todo el mundo, o, por mejor decir, como muy pocas personas.

Su papel en sociedad no podía ser más humilde. Todos la conocían, pero nadie le hacía el menor caso. Bailaba sólo cuando era necesario completar alguna pareja, y las señoras la tomaban del brazo cada vez que tenían que ir al tocador. Estas humillaciones ocasionábanle continuos sufrimientos, y por eso buscaba sin cesar en torno suyo un salvador.

Pero los jóvenes, calculadores bajo su fingida apariencia de frívola vanidad, no se dignaban fijar en ella su vista, a pesar de que Lisaveta Ivanovna era cien veces más bonita que las frías y descocadas jóvenes alrededor de las cuales mariposeaban. ¡Cuántas veces, abandonando furtivamente el lujoso salón que se le hacía insoportable, se iba a llorar a su miserable cuarto, en el cual no había más muebles que una mampara recubierta de papel, una cómoda, un pequeño espejo y una cama pintada, deficientemente alumbrados por una mala bujía en un candelero de cobre!

Una vez, dos días después de la noche de que hemos hablado al principio de este relato, y ocho antes de la escena últimamente descrita, hallábase Lisaveta bordando junto a su ventana, miró a la calle y descubrió un oficial inmóvil, con la vista fija en ella. La joven bajó rápidamente la cabeza y prosiguió su labor. Al cabo de cinco minutos, miró por segunda vez: el oficial continuaba allí.

Como no tenía la costumbre de paliquear con los oficiales que pasaban, no volvió a mirar hacia afuera, y continuó su labor por espacio de dos horas sin levantar la cabeza. Cuando avisaron que la comida estaba servida, levantóse Lisaveta y empezó a recoger su labor, y una nueva ojeada hacia la calle mostróle al oficial en el mismo sitio. Aquello parecióle muy extraño. Después de comer, aproximóse nuevamente a la ventana, no sin cierta emoción; pero esta vez no vió a nadie.

Habíase ya olvidado del oficial, cuando, dos días después, al salir con la condesa para subir al carruaje, sus ojos lo vieron de nuevo. De pie al lado mismo de la escalinata, cubríase el rostro con su cuello de castor y sus ojos negros brillaban debajo de su sombrero.

Lisaveta, sin saber por qué, sintió miedo y se sentó en el carruaje temblando. Una vez de regreso en su casa, acudió presurosa a la ventana y vió al oficial en su puesto, con la vista fija en ella, retirándose, atormentada por la curiosidad, presa de un sentimiento enteramente desconocido para ella.

Desde entonces, no transcurrió un solo día sin que el joven se presentase a una hora fija debajo de su ventana, entablándose entre ambos tácitas relaciones. Lisaveta sentábase delante de su labor, levantaba la cabeza y contemplaba al joven cada día con más detenimiento; él parecía agradecérselo, y un intenso rubor coloreaba sus mejillas cada vez que sus miradas se encontraban. Al cabo de una semana, Lisaveta le sonreía...

Cuando Tomsky pidió autorización a la condesa para presentarle un amigo, el corazón de la joven latió con inusitada violencia. Pero al saber que Narumov no era ingeniero, sino de la guardia montada, arrepintióse de haber delatado su secreto al frívolo Tomsky con su indirecta pregunta.

Hermann era hijo de un alemán naturalizado en Rusia, el cual le había legado una pequeña fortuna. Penetrado de la necesidad de asegurar su independencia, Hermann vivía de su sueldo únicamente, sin tocar para nada su renta, sin permitirse el más insignificante capricho. Dotado, sin embargo, de un exagerado amor propio, raras veces daba a sus camaradas ocasión de reírse de su economía. Poseía grandes pasiones, una ardiente imaginación; pero su energía salvóle de los errores ordinarios de la juventud. Por eso, a pesar de sentir por el juego una decidida afición, jamás tocaba una carta, porque (como él decía) no quería exponer al azar el producto de un honrado trabajo. Pero esto no era obstáculo para que permaneciese las noches enteras sentado delante de las cartas, siguiendo, con nervioso temblor, las diversas fases del juego.

La anécdota de las tres cartas impresionó visiblemente su ardiente imaginación, y toda la noche estuvo pensando en ella.

—¡Ah! —se decía, a la mañana siguiente, errando a la ventura por las calles de San Petersburgo—. ¡Ah, si la vieja condesa quisiera revelarme su secreto o indicarme las tres cartas fatídicas! ¿Por qué no probar fortuna?... Hacer que me presenten en su casa, tratar de congraciarme con ella, hacerme amigo suyo... Pero para esto se precisa tiempo y tiene ya ochenta años. Puede morirse en una semana..., ¡en dos días!... ¿Pero es creíble esa anécdota?... ¡No!, la economía, la moderación, la laboriosidad..., ésas son mis tres cartas fatídicas, las que triplicarán, septuplicarán mi fortuna, dándome independencia y reposo...

Rozonando de esta suerte, llegó ante una casa de antigua arquitectura situada en una de las calles más bellas de San Petersburgo. La vía encontrábase obstruida por lujosos y magníficos trenes. Los carruajes iban avanzando en fila hacia la iluminada escalinata, abríanse sus portezuelas y salían de su interior ya el pie diminuto y torneado de una joven, ya una

(CONTINÚA EN LA PAGINA 94)

PAUL GAUGUIN DEJO UN

VIVE ENTRE LOS NATIVOS, Y POCO SABE DE LA GLORIA DE S


Un retrato de Paul Gauguin, pintado por él mismo en 1896.


Emil, hijo de Pahura y de Gauguin, poco sabe de la gloria de su padre. No entiende la mentalidad de los hombres blancos y su única pasión es la riña de gallos. Aquí lo vemos con uno de sus animales de pelea.

JUNTO con Nueva Caledonia, Tahití no tuvo la menor vacilación en adherirse a los "franceses libres" cuando se inició el movimiento patriótico encabezado por el general Charles De Gaulle. Y por su situación geográfica — es equidistante de San Francisco, de las Galápagos y de las islas Marshall — pronto se transformó en uno de los puntos vitales de la estrategia aliada en el Pacífico. El hermoso puerto de Papeete es hoy una importante base naval y aérea de las Naciones Unidas, y, sin duda alguna, será una importante etapa de los grandes aviones comerciales que cruzarán el océano entre América y Australia después de la guerra.

Aunque la avalancha nipona no llegó hasta sus costas, el rigor de la guerra se hizo sentir también en Tahití, cuyos habitantes carecieron de manteca, harina y azúcar durante varios meses, al iniciarse las hostilidades. La isla paradisíaca produce bananas, cocos, ananás y algunas hortalizas; pero nada más. Manteca y harina llegaban a la isla desde Nueva Zelandia en tiempos normales, cuando el abastecimiento de las tropas de MacArthur no era aún la misión exclusiva de la agricultura australiana y neozelandesa. La situación ha mejorado desde entonces, pero la vida sigue siendo dura en Tahití, donde solamente el consumo del pescado no está sometido al racionamiento.

Stevenson, Gauguin y otros

Una isla de esmeralda en un mar de zafiro, rodeada por un cinturón de perlas de espuma que forman [...] olas al romperse en [...] barreras de coral de [...] playas, es la primera [...] presión del visitante [...] se acerca a Tahití, [...] briagado por la fres[...] brisa de tierra satu[...] de perfumes que [...] suavemente desde la [...] ta. Tahití es una de [...] islas más románticas [...] Pacífico. Subyuga al [...] tante desde el primer [...] mento, y en muchas [...] tunidades lo cautiva [...] siempre con el emb[...] de su belleza y gracia [...] genua.

Roberto Luis Ste[...] son, el autor de "La [...] del tesoro", fué el pri[...] habitante célebre [...] Tahití. Había llegad[...] isla en busca de sal[...] allí vivió durante [...] años, cerca de Tar[...] hasta que se trasla[...] Samoa en 1899, para [...] minar el resto de su [...] en Upolu, algún t[...] después. Algunos na[...]


Nadie reconocería en esta tahitiana arrugada y anciana a Pahura, la modelo favorita de Gauguin, que figura en numerosos cuadros de "Koké", como llamaban al gran pintor los nativos de la isla.

HIJO EN TAHITI

ADRE, EL GRAN PINTOR FRANCES

Por Leslie Taylor

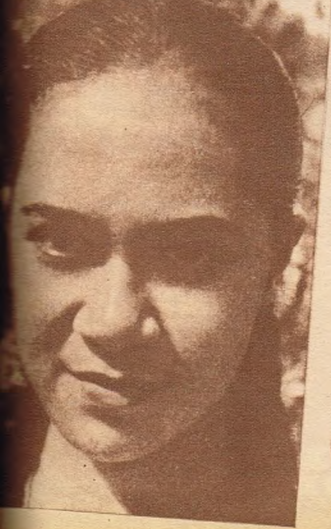
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ejos se acuerdan aún del melancólico "Tusitala" — escritor de cuentos, en tatiano —, quien vivía cerca de la casa el gran jefe de Taravao y solía regalar nedas y dulces a los niños.

Pablo Gauguin, el extraordinario pintor ancés, por cuyas telas pagan sumas fabulosas ahora, pasó los años más fecundos e su vida artística en Tahití, en la última écada del siglo pasado. Llegó a la isla en 1891, y vivía entre los nativos, completamente divorciado de la civilización de los blancos, cuando Stevenson arribó a las playas de la "isla del ensueño". Gauguin estuvo en Tahití durante más de diez años, produciendo una enorme cantidad de obras extraordinarias, la mayoría de las cuales perdiéronse para siempre. Abatido por una enfermedad incurable y perseguido por los blancos de la isla, abandonó Tahití y se radicó en las Marquesas, donde murió en el año 1903.

Después de la primera guerra mundial, un joven aviador norteamericano se estableció en Tahití. Llegó como turista, pero se enamoró de una muchacha nativa y se casó con ella. Y mientras trabajaba como pescador entre los nativos, comenzó a escribir cuentos para los niños blancos.

...eline, hija de Emil y nieta de Gauguin, es una de las jóvenes más inteligentes, cultas y hermosas de la isla.



Paisaje típico de Tahití. En estas playas pasó algunos años Roberto Luis Stevenson, el autor de "La isla del tesoro", y también Gauguin. En Tahití viven Nordhoff y Hall, que se hicieron famosos con su "Motín a bordo".



Luego llamó a un amigo y ex compañero de armas, y entre los dos formaron una sociedad literaria, que no tardó en ser famosa en el mundo entero. Eran Nordhoff y Hall, autores de "Motín a bordo" y otras obras célebres. Los dos están viviendo aún en la isla y sus residencias son las más lujosas de Tahití. Más tarde, otro escritor, el inglés Robert Keable, edificó su refugio en la isla, y, lo mismo que Nordhoff y Hall, alterna su actividad literaria con la pesca.

Emil, el hijo de Gauguin

Nada queda ya en Tahití de las obras de Gauguin. Los turistas blancos hicieron un verdadero rastreo en la isla, bus-

cando ávidamente alguna tela o trozo de madera pintada por el "recluso del Pacífico". Muchos de los cuadros estaban tirados entre trastos viejos, y si estaban pintados sobre madera, muchas veces se les encontraba formando parte de algún chiquero u otra construcción semejante.

Lo que pocos saben es la existencia de un hijo de Gauguin en Tahití. La mayor parte de las biografías del atormentado pintor francés ni siquiera lo mencionan. Emil, el hijo de Gauguin, es un hombre de unos cincuenta años de edad, pero aparenta tener muchos menos. Posee la nariz característica de "Koké", como llamaban a Gauguin los nativos, y sólo la pigmentación de su piel le distingue de los demás tahitianos de raza pura. Su madre, Pahura, la modelo favorita del pintor, vive aún. Sin embargo, nada señala ya en la arrugada y anciana nativa, que fuma incesantemente, la cautivadora belleza que hizo célebres los cuadros de Gauguin.

Emil no conoció a su padre. Poco sabe de la gloria del gran pintor francés y no comprende por qué lo exaltan tanto.

—Si era tan grande como dicen, ¿por qué lo perseguían y lo dejaban morir de hambre? — pregunta a los que tratan de sonsacarlo por "algún detalle interesante".

Pese a la cantidad de sangre francesa que corre por sus venas, Emil no entiende la mentalidad de los blancos. Pero tampoco la entendía su padre. Su única pasión es la riña de gallos, y posee numerosos animales de pelea. Es, además, un buen padre de familia. Su hija, Apollina, es una de las jóvenes más hermosas de la isla. Es inteligente y culta, y le gusta mirar los cuadros que reproducen las obras de su abuelo... ◆

Uno de los cuadros famosos de Paul Gauguin, pintado en Tahití.

Tahití ha sentido apenas la marejada de la guerra mundial. Y aunque los habitantes carecen de algunos alimentos, la vida en sus playas paradisíacas continúa siendo apacible y serena, para blancos y nativos.





VALIDO
Por un Mes solamente
¡A menos de la mitad de su valor!
$21.90
Cromado, maquina Ancora c/Rubíes, cristal irrompible, marcha garantida.
Su Precio, pesos 44.—
Por un Mes Solamente, $ 21.90
Platino y Diamantes
$78.95
Su precio, pesos 159.—
Por un Mes Solamente, $ 78.95
$14.95
Cromado, Ancora, Luminoso, cristal irrompible marcha garantida.
Su Precio, pesos 30.—
Por un Mes Solamente, $ 14.95
Sumergible
$44.95
Todo Cromado; Ancora con Rubíes, Luminoso, Segundero Central, Sumergible, marcha garantida.
Su Precio, pesos 90.—
Por un Mes Solamente $ 44.95
ORO 18 Kilates
$89.50
Oro 18 Ktes. moderno Ancora 15 Rubíes, marcha garantida a pesos 89.50
$26.45
Juego Collar y Cruz Oro 18 Ktes. frente Platino, Diamante y Zafiro, en estuche.
Su precio, pesos 53.—
Por un Mes Solamente, $ 26.45
$11.95
Cocodrilo, escudo ORO 18 Kilates, macizo y monograma en hermoso estuche.
Su Precio, pesos 24.—
Por un Mes Solamente, a $ 11.95
$14.45
Plata 900, macizo, frente de Oro 18 Ktes. adornos Esmalte e iniciales grabadas, en estuche.
Su precio, pesos 29.—
Por un Mes Solamente, a pesos 14.45
$22.95
Lindo Anillo ORO Garantido, con Zafiro o Rubí tallado moderno, en estuche.
Su precio, pesos 46.—
Por un Mes Solamente, a $ 22.95
ORO 18 Kilates
$9.90
Aros criollos, enchapado inalterable, con ganchos de ORO 18 Kilates a pesos 9.90
RELOJES DE FAMA MUNDIAL
LONGINES
CROTON
ZENITH
ELECTION
Surtido Completo
Precios Convenientes
$18.45
Regio Anillo Oro 18 Kilates, frente Plata platinada, con Marcasitas y Agua Marina, en estuche.
Su Precio, pesos 37.—
Por un Mes Solamente, a pesos 18.45
$22
Neceser para caballero, cuero cierre relámpago 7 piezas cerrado 19 x 12 ctms. a $ 22
$11.90
Gemelos, Plata 900, macizo, frente de Oro 18 Kilates, adorno esmalte e iniciales grabadas, en estuche.
Su precio, pesos 24.—
Por un Mes Solamente, a pesos 11.90
$12.45
Estilográfica carga automática, pluma ORO garantida y escudo de ORO 18 Kilates, iniciales grabadas.
Su Precio, pesos 25.—
Por un Mes Solamente, $ 12.45
$14.45
Marroquí, con solapa aplique Oro 18 Kilates, macizo, iniciales grabadas, en estuche.
Su Precio, pesos 29.—
Por un Mes Solamente, a $ 14.45
$15.95
Alfiler para Corbata Oro 18 Ktes. frente de Platino y Diamante, en estuche.
Su Precio, pesos 32.—
Por un Mes Solamente, a $ 15.95
Oro 18 Kilates
MACIZO
CADA UNA $ 13.95
Amplio surtido en Juegos de Alianzas y Cintillo, de Platino con Brillantes puros hasta pesos 2000.-
Al Interior enviamos pedidos Contra Reembolso
REMITA ESTE CUPON
Sres. PALMIERI Hnos. - C. de Correo 1292 - Bs. As.
Sírvanse remitir GRATIS CATALOGO
Nombre
Calle
Localidad
Provincia
SUCURSAL CONSTITUCION Brasil 1050 Buenos Aires
Palmieri hnos.
JOYERIA - RELOJERIA
CASA CENTRAL LAVALLE Esq. MAIPU Bs. Aires
SUCURSAL AVELLANEDA Avenida Mitre 117
Compramos Oro



El cuento fantástico

LA MISA DE LAS

HE aquí lo que me ha contado el sacristán de la iglesia de Santa Eulalia, en la Neuville d'Aumont, bajo el parral del Caballo Blanco, una hermosa noche de verano, mientras bebía una botella de vino añejo a la salud de un muerto, muy a sus anchas, al que había llevado esa misma mañana al cementerio, con honores, cubierto por un paño sembrado de bellas lágrimas de plata.

—El finado mi padre (el sacristán es quien habla) fué en vida sepulturero. Era de genio alegre, a causa seguramente de su oficio, pues se ha visto que las personas que trabajan en los cementerios están siempre de buen humor. La muerte no los asusta, no se preocupan nunca de ella. Este que ve usted aquí, señor, entra en un cementerio de noche, tan tranquilamente como en el emparrado del Caballo Blanco. Y si, por casualidad, llego a encontrarme con un aparecido, esto no me da ningún cuidado, porque pienso que bien puede andar él en sus ocupaciones como yo en las mías. Conozco muy bien las costumbres de los muertos y el carácter de ellos. Sobre esto sé cosas que los mismos curas no saben. Y si fuera a contar todo lo que he visto, se quedaría usted pasmado. Pero no todas las verdades son para dichas, y mi padre, a pesar de que era aficionado a contar historias, no alcanzó a revelar ni la vigésima parte de lo que sabía. En cambio, siempre estaba repitiendo las mismas cosas, y, que yo sepa, lo menos contó cien veces la aventura de Catalina Fontaine.

Catalina Fontaine era una señorita ya de edad, que mi padre recordaba haber conocido en sus tiempos de muchacho. No me admiraría que hubiera todavía por estos lugares hasta tres viejos que recordasen haber oído hablar de ella. Porque Catalina Fontaine, aunque pobre, era muy conocida y gozaba de buena fama. Vivía en la esquina de la calle de las Monjas, en la torrecilla que usted puede ver allí todavía, y que forma parte de un viejo palacio medio arruinado que da sobre el jardín de las Ursulinas. Hay en esa torrecilla figuras e inscripciones casi borradas. El finado cura de Santa Eulalia, el padre Levasseur, aseguraba que está escrito allí en latín, que "el amor es más fuerte que la muerte". Se entiende, agregaba, que se trata del amor divino.

Catalina Fontaine vivía sola en ese pequeño departamento. Era encajera. Como usted sabe, los encajes en nuestra comarca fueron en otro tiempo muy famosos. No se le conocían a la señorita ni parientes ni amigos. Se decía que a los dieciocho años había amado al joven caballero de Aumont-Cléry, de quien había sido novia secretamente. Pero la gente de bien no quería creer nada de esto, y afirmaba que todo no era más que una invención, porque Catalina Fontaine tenía más aire de dama que de obrera. Se decía también que se podían ver bajo sus cabellos blancos los restos de una gran belleza, que su semblante tenía siempre una expresión triste y que llevaba constantemente en el dedo uno de esos anillos en los cuales el orífice pone dos manecitas enlazadas, de esos que, en el tiempo antiguo, acostumbraban trocar los novios en los esponsales. Va a saber usted en seguida lo que había de verdad en todo esto.

Catalina Fontaine vivía santamente. Frecuentaba las iglesias, y todas las mañanas, hiciera el tiempo que hiciese, iba a oír la misa de seis en Santa Eulalia.

Ahora bien: una noche de diciembre, estando ella durmiendo en su cama, se despertó al oír tañer las campanas; creyendo que estuvieran llamando ya a la primera misa, se vistió apresuradamente y bajó a la calle. La noche era tan obscura que no se distinguían las casas y ni una sola claridad se veía en el cielo negro. Y era tal el silencio en me-

dio de esas tinieblas, que ni siquiera se
ladrar un perro a lo lejos, y que
sentía como aislado de todo ser vivien
ro Catalina Fontaine, que conocía el
piedra por piedra, y que habría podido
la iglesia con los ojos vendados, llegó
cultad a la esquina de la calle de las
de la calle de la Parroquia, donde está
sa de madera que tiene un árbol gene
del Cristo esculpido sobre una gruesa
Al doblar la esquina vió que las puertas
iglesia estaban abiertas y que salía
un gran resplandor de cirios. Siguió
mino, y, en cuanto franqueó el pórtico,
contró en medio de una numerosa conc
cia.

Pero se sorprendió al ver que no
a ninguno de los fieles, y que todos
taban vestidos de brocato y terciopel
sombreros de plumas y con espada, a la
antigua. Había señores con altos basto
puño de oro, y damas con cofia de
sostenida por una peineta en forma
dema. Caballeros de San Luis daban
a esas damas, que cubrían con el aba
rostros pintados, de los que no se
que las sienes empolvadas y un lunar
ángulo del ojo. Y todos iban a colocarse
sitio sin hacer el menor ruido; no se
rumor de sus pasos sobre las losas del
mento, ni el crujir de sus vestidos.
laterales iban llenándose de una mul
jóvenes artesanos, de casaca obscura,
de bombasí y medias azules, que
con el brazo la cintura de mozas
tas, rosadas y de ojos bajos. Y, cerca
pilas de agua bendita, paisanas de saya
batas prendidas con cordones, se
el suelo con la tranquilidad de los
domésticos, mientras los mocetones
acompañaban, de pie detrás de ellas,
grandes los ojos y daban vuelta al
entre sus manos. Y todos esos rostros
ciosos parecían eternizados en el mismo
samiento, dulce y triste.

Arrodillada en su sitio de costum
talina Fontaine vió que el sacerdote
gía al altar, precedido por dos acó
conocía al sacerdote ni a sus ayuda
pezó la misa. Era una misa silencios
que no se percibía el rumor de los
se movían, ni el retintín de la campan
se agitaba en vano. Catalina Fontaine
tía bajo las miradas y la influencia de
cino; lo miró de reojo, y reconoció
joven caballero de Aumont-Cléry,
bía amado y que había muerto hacía
ta y cinco años. Lo reconoció por
queña señal que tenía debajo de la
quierda, y, sobre todo, por la sombra
largas pestañas negras hacían sobre sus
Estaba vestido con un traje de caza,
loneado de oro, el mismo que lleva



SOMBRAS

Por ANATOLE FRANCE

ILUSTRACIONES DE LISA

en que, al encontrarla a ella en el bosque de San Leonardo, le pidió de beber y se tomó un beso. Conservaba su juventud y su semblante agraciado. Su sonrisa dejaba ver siempre sus dientes de lobo joven. Catalina le dijo por lo bajo:

—Monseñor, que fuiste mi amigo, y a quien di hace ya tiempo, lo que una joven tiene en más valor. ¡Dios os tenga en su santa gracia! ¡Quiera El inspirarme, al fin, el remordimiento del pecado que he cometido con vos!... Porque es lo cierto que, llena de canas y a un paso ya de la tumba, no me arrepiento aún de haberos amado. Pero, amigo difunto, mi bello señor, decidme, ¿qué gente es ésta, a la moda antigua, que ha venido a oír aquí esta misa silenciosa?

El caballero de Aumont-Cléry respondió con una voz más débil que un soplo, y, sin embargo, más clara que el cristal:

—Catalina, estos hombres y estas mujeres son almas del Purgatorio que han ofendido a Dios, pecando como nosotros por el amor humano, pero que no están separadas de Dios a pesar de eso, porque su pecado fué, como el nuestro, sin malicia. Separados ahora de aquellos a quienes amaron sobre la tierra, se purifican en el fuego lustral del Purgatorio y sufren los padecimientos de la ausencia, sufrimiento que es para ellos el más terrible. Son tan desgraciados, que un ángel del Cielo se compadece de la pena de amor que los consume; y, con el consentimiento de Dios, reune una vez todos los años, por la noche, durante una hora, al amigo y a la amiga, en la iglesia parroquial que les corresponde. Tal es la verdad. Si me es dado verte aquí, Catalina, antes de tu muerte, sólo puede ser porque Dios lo ha permitido.

Y Catalina Fontaine dijo:

—¡Cuánto deseo morir para volver a ser bella como en los días en que, mi difunto señor, te daba de beber en el bosque!

Mientras los dos hablaban así en voz baja, un canónigo muy anciano hacía la colecta, presentando un gran plato de cobre a los concurrentes; y éstos dejaban caer en él, unos tras otros, antiguas monedas, de esas que no circulan desde hace ya mucho tiempo: escudos de seis libras, florines, ducados de oro y de plata, jacobos, nobles, y las piezas chocaban en silencio. Cuando le llegó el turno, el caballero dejó caer un luis que, como las demás piezas de oro o plata, no sonó absolutamente.

Luego, el viejo canónigo se detuvo delante de Catalina Fontaine, que se registró los bolsillos sin encontrar un centavo. Entonces, no queriendo dejar de hacer su ofrenda, se sacó del dedo el anillo que el caballero le había dado la víspera de su muerte, y lo echó en el plato de cobre. Al caer, el anillo de oro sonó como el pesado badajo de una campana, y, en medio del resonante ruido que hizo, el caballero, el canónigo, el oficiante, los acólitos, las damas, los señores, desaparecieron; los cirios se apagaron, y Catalina Fontaine se quedó sola en las tinieblas.

* * *

Después de terminar en esta forma su relato, el sacristán se bebió un trago de vino, meditó y prosiguió en estos términos:

—Le he contado esta historia tal como me la ha contado a mí mi pobre padre una infinidad de veces, y creo que es verdadera, porque está de acuerdo en todo con lo que yo mismo he observado con respecto a las costumbres y hábitos particulares de los difuntos. Yo he andado mucho con los muertos desde mi infancia, y sé que tienen por norma aparecerse al objeto de sus amores. Por eso es que los muertos avariciosos vagan, por la noche, junto a los tesoros que escondieron en vida. Hacen bien la guardia alrededor de su oro; pero este trabajo que se toman, lejos de serles de provecho, redunda en su propio daño, desde que no es raro encontrar dinero enterrado cuando se registra el sitio frecuentado por un fantasma. De la misma manera, los maridos difuntos van a atormentar por la noche a sus mujeres casadas en segundas nupcias, y podría citar varios que, muertos, han cuidado mejor a sus esposas que cuando estuvieron en el mundo. Esta práctica es condenable, porque, según justicia y razón, los muertos no deberían mostrarse celosos. Pero yo no hago más que contarle lo que he observado. Y lo que puedo decir es que convendría que tuvieran eso muy presente los que se casen con viudas. Por otra parte, la verdad de la historia que le he contado, está probada por eso:

* * *

A la mañana siguiente, después de esa noche extraordinaria, se encontró a Catalina Fontaine muerta en su cama. Y el portero de Santa Eulalia halló en el plato de cobre que servía para las colectas un anillo de oro con dos manecitas enlazadas. Además, yo no soy hombre capaz de contar cuentos para hacer gracia... ¿Qué le parece?... ¿Pedimos otra botella de vino? ◈

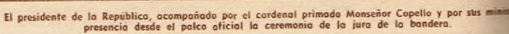


ACTUALIDADES

CON SIGNIFICATIVOS ACTOS CELEBROSE EL DIA DE LA BANDERA







El presidente de la República, acompañado por el cardenal primado Monseñor Copello y por sus ministros, presencia desde el palco oficial la ceremonia de la jura de la bandera.

Auténticos testimonios de hondo fervor patriótico, los actos con los cuales celebró el país el Día de la Bandera, fueron cabal expresión de los sentimientos que animan por igual a las autoridades y al pueblo de la República. En coincidencia con estos homenajes, es ya tradicional que los elementos incorporados al Ejército durante el año juren la bandera, ocasión que pone de relieve la confraternidad de civiles y militares. Si en el interior del país los diversos actos realizados sirvieron para reafirmar cuán vigoroso mantiene el pueblo su sentimiento de argentinidad, los que tuvieron lugar en la Capital Federal — actos a los cuales prestó un significado especial la concurrencia de los altos mandatarios de la Nación — hermanaron al pie de los mástiles a autoridades, Ejército y pueblo, que confundieron en un solo sentimiento de patria su orgullo en el pasado y su fe en el porvenir. El acto central tuvo lugar en la histórica Plaza de Mayo donde, en la mañana del 20 de junio y en medio de la extraordinaria adhesión que le brindó el público, el presidente de la Nación, general Edelmiro J. Farrell, rodeado por sus ministros y otras altas autoridades, procedió a izar al tope del mástil la enseña nacional. Las fotografías muestran diversos aspectos de la brillante ceremonia realizada en la Plaza de Mayo y de otros actos efectuados en la Capital.



La cámara fotográfica ha captado el instante en que el presidente saluda a la enseña patria, que acaba de izar solemnemente.

Un aspecto del segundo acto realizado en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario, donde inmediatamente después de darse lectura a los documentos referentes al general Belgrano, pronunciaron conceptuosos discursos el rector del establecimiento, profesor Jordán Bruno Genta, y el R. P. Leonardo Castellani S. J.



El presidente de la República, general Edelmiro J. Farrell, se dirige, acompañado por el ministro de Guerra, coronel Juan D. Perón, y demás altas autoridades de la Nación, hacia el mástil ubicado en la Plaza de Mayo.

En el curso del homenaje rendido al creador de la bandera nacional, oficiales del Regimiento 3 de Infantería colocan una ofrenda floral al pie del mausoleo del general Belgrano.



GRAFICAS

VIAJERO. — En viaje de negocios partió rumbo a los Estados Unidos de Norteamérica el conocido industrial señor José A. Ferradás, quien aparece aquí, momentos antes de partir, acompañado por el señor Dalmiro Grego, de la firma Manufactura de Tabacos Particular, familiares y altos empleados de su empresa que acudieron a despedirlo al aeropuerto de Morón.

EXPOSICION VILADRICH



Por tercera vez en el transcurso de estos últimos años afronta en Buenos Aires el juicio de la crítica, con un conjunto de cuadros inspirados en temas argentinos, el conocido pintor español Miguel Viladrich. La técnica magistral de Viladrich, de cuyo arte dijera Pérez de Ayala que "De todos los pintores nuevos es el más permanente y preñado de futuro", se muestra, si cabe, más depurada y segura en esta colección de motivos autóctonos que ahora expone en la Galería Müller y que tan elogiosos comentarios está suscitando entre el público y la crítica. En la foto vemos al artista catalán junto a su obra "Los tucanes", con nuestros compañeros de tareas Ortiz Barili y Olivos.

CONFERENCIA. — Invitado por las autoridades de la Asociación Tucumana, pronunció una conferencia que versó sobre el tema "Viaje de vuelta. Itinerario lírico", el conocido escritor y periodista Valentín de Pedro. En la fotografía aparece el orador rodeado por los miembros de la comisión directiva de la citada entidad.



RECITAL DE PIANO. — La concertista Lydia Negri, quien dió recientemente un recital de piano en el salón de la Biblioteca del Consejo de Mujeres, ejecutando obras de Bach, Lizts, Chopin, Debussy, etc.



ARTISTICAS. — El pintor argentino Carlos Heim, que en el curso del presente mes inaugurará, en la Galería Von Riel, una exposición de sus cuadros, la mayoría de los cuales revela aspectos pintorescos del paisaje cordobés.



Este indígena sostiene en sus manos la "caja" y la "chipa". La primera, como es sabido, es un instrumento musical, y la segunda es una red de cuero donde se conservan frescos los frutos.



Escondido en la espesura duerme el lago, cuyas aguas se estremecen apenas con la caída de una hoja o una flor. Quizá en sus quietos aguas se haya mirado un día la bella princesa Quitupy...

POR TIERRAS DE SALTA

UN VIAJE

El dintel luminoso

Somos tres los de la partida. Esta tarde ha llovido en Salta. Sin embargo nuestro optimismo olvida el mal tiempo y nos disponemos a subir al San Bernardo.

Recorremos las calles mojadas. El coche cobra velocidad. De pronto al doblar una esquina enfrentamos el cerro, y de mis labios se escapa una exclamación:

—¡Maravilloso!

Es sorprendente. Un arco iris anchísimo circunda la montaña. Sobre el cielo gris perla se destacan nítidamente las fajas de colores. El arco es perfecto y parece flotar a pocas cuadras. De pronto una idea insensata nos domina: pasar bajo el arco iris.

El coche vuela hacia el dintel luminoso; vamos ascendiendo el cerro.

—¡Apure que se desvanece!...

—En el lugar que toca tierra hay un tesoro escondido...

—¡Más ligero..., más rápido!

Las ruedas patinan en el barro, las curvas se vuelven peligrosas.

Ganamos altura. La ciudad de Salta va hundiéndose en un valle profundo, y de pronto...

—¿Dónde está el arco iris?

—Se ha desvanecido...

—No; debemos estar debajo en este mismo instante, sólo que no lo vemos.

—Así sucede a veces. ¡Con cuánta frecuencia vivimos y pensamos bajo el arco iris sin advertirlo!...

—¿Filosofías? —dice nuestro compañero riendo.

—¿Y por qué no? Alguien ha dicho que es el hilo de oro para tejer la prosa diaria.

—Pero no conviene recargar el adorno —dice el otro—. Por otra parte, la ilusión que hemos sustentado me permite recordarle que, científicamente considerado, el arco iris es...

—¡Hombre al fin!

Curvas y más curvas. Luego un paisaje de leyenda a nuestros pies.

La "maquette" de una ciudad

Llegamos a la cumbre. Viento puro y brillo de perlas de cristal sobre la espesura. Allá abajo, una ciudad de juguete.

Techos que brillan, una cúpula de oro y otra de turquesa; calles como cintas de plata y la senda de los ríos serpenteante y tortuosa. Más allá el abrazo azul de los montes.

Luego torrentes, diluvio de rayos que escurren entre nubes desde un cielo inmenso, un cielo con lagos celestes y espuma de mares fabulosos.

En la cumbre una cruz y un Cristo de San Bernardo. Contemplando aquello surgen los recuerdos.

Un salón amplio, la alfombra roja y varias siluetas infantiles que juegan a la luz del fuego. Sobre la alfombra un plano, en el plano una ciudad de cartón.

—Algún día me llevarás a una ciudad así, ¿verdad?





isaje de Tartagal. Uno de los caracteres distintivos de Salta es riqueza de su vegetacion. Enredaderas, helechos y arbustos forman verdaderas paredes de verdor y bosquecillos casi impenetrables, nde se escucha, sin precisar la distancia, el canto de las aguas.



Los "coyitas" han bajado a la ciudad en un día patrio. Al golpe de la caja, estos niños indígenas, hermanos nuestros, desfilan cantando el Himno Nacional.

AL ARCO IRIS

Por
Dinorah Olmos
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

—Algún día verás una ciudad igual; yo te lo prometo.

—¿Dentro de mucho?

—No..., mañana.

Y hoy, en la cima del San Bernardo..., es mañana.

Un telón de palabras ante el peligro - Los misachicos

La luz languidece; el cielo se cierra.

—Es mejor apresurar el descenso.

La noche se hace en pocos minutos. El fogonazo de magnesio de los relámpagos nos deslumbra. Las ruedas giran en el camino resbaloso.

—¿No patinaremos?

—Patinaremos... pero llegaremos.

Ponemos nuestra confianza en las dos manos morenas y firmes que sostienen el volante.

Bajo la lluvia pasa un emponchado a lomo de mula. Es un "coya" que avanza paso a paso bajo el agua, con el estoicismo de su raza. A los dos costados de la mula lleva arganas.

—¿A dónde irá?

—Vaya a saber.

—He oído decir que de los montes bajan los indios de vez en cuando.

El rostro inteligente y espiritual del ingeniero Solá se anima al hablar de las cosas de su tierra.

—Usted se refiere a los misachicos.

—¿Los qué?

—Los misachicos. En el aniversario del santo familiar o del que pertenece a varias familias, los indios bajan, en procesión y a pie, del cerro. Llevan en andas al santito y tocan la caja, la flauta y el violín. A golpes de parche acompañan los cantos y así llegan a la ciudad donde casi siempre van a la iglesia de la Viña. Allí rezan y se entregan a sus devociones.

Mientras Guillermo Solá habla, olvidamos el peligroso descenso a través de la noche y de la lluvia. Las palabras son telón ante el peligro.

—Me han contado algo curioso de un pueblecito del norte de nuestro país —digo entonces—. Dicen que los indios encargan al sacerdote, además de las misas, las vísperas con sus salmos. Los familiares llevan una cantidad de bombas de estruendo y a cada salmo que reza el señor cura, alguno del grupo sale afuera y enciende una y... ¡guay! si les sobran bombas al final.

—Estas gentes tienen una fe sencilla y simple —dice Solá—. Poseen también el culto del camino. Dos leños en cruz o una calavera son causa suficiente para que se detenga la mula y se depositen flores o moneditas. La fe de esta gente no pregunta, no inquiere; acepta.

El magnífico escenario del Norte tiene la ventaja de ser sumamente variado. Los cerros de colores, los arroyos y las montañas pelados o cubiertas de vegetación, constituyen para el turista un desfile de cuadros siempre ... y siempre fecundos en belleza.

La noche nos absorbe. Allá abajo está la ciudad con sus luces parpadeantes que brillan como fuegos fatuos en una ciénaga negra.

El deslumbre pálido de los relámpagos nos muestra un mundo fugaz, un mundo primitivo que no nos pertenece, un mundo que fué de otra raza de ojos largos y de cara de bronce. El viento extiende su venda mojada sobre nuestro rostro y parece traer de lo profundo de la noche milenaria el eco de una voz. Paramos el motor, y en el silencio espeso, palpable, sólo interrumpido por el sordo tronar, creemos escuchar...

Velay..., qué tronido más juerte en los cerros.
Es que Tata Inti se quere enojar.
Y el lomo del monte es el bombo grande,
Que su santa mano se ha puesto a tocar.

San Lorenzo

Cae la tarde con agonía de oro sobre violáceo. Para hoy tenemos la promesa de un paraíso verde.

La carretera nos interna en las montañas. Aquel borrón obscuro, aquella nube paralizada en el horizonte se abre en insospechadas perspectivas. Contemplamos al pasar ermitas y cruces.

—¿Qué son esas columnas ascendentes de vapor que se ven allá en la falda? Parece que el cerro ardiera.

—Son simplemente nubes...

Entramos en San Lorenzo. Por todas partes sendas boscosas, árboles trepados de enredaderas y helechos, arroyitos revueltos, saltos de agua y entre aquella fragante arcadia, casas grandes, nobles, antiguas. Nos internamos aún más.

—¿Cómo es posible —pregunto a nuestro amigo salteño— que ustedes se hagan tan poca propaganda? Jamás hablan de su tierra ni de las bellezas en medio de las cuales viven.

—Ellas hablan por nosotros. Pero no crea, cuando nos atacan nos defendemos, y entonces las palabras brotan y el corazón se descarga —termina riendo.

Bajamos. Aquello es maravilloso. No recuerdo haber encontrado en mis correrías nada tan fecundo, tan grávido en poesía como el cuadro que contemplo.

El bosque asalta la montaña, se escucha el rodar del arroyo entre las piedras y caminamos bajo un dosel de verdor, mientras bajo nuestros pies se deslizan las piedrecillas de colores.

La "coya" de la foto está tocando la "caja". Acaso haya bajado a la ciudad integrando la comitiva de un misachico en acción de gracias, o para concurrir a la fiesta de Nuestro Señor del Milagro.

En una vuelta del camino enfrentamos el arroyo. Desmelenado y revuelto, blanco de espuma, se desliza a pocos pasos. Y sentimos el anhelo de ser chiquillos de nuevo y de dejar correr el agua sobre los pies desnudos o entre la mano abierta.

Callamos. Y de pronto, toda esa belleza... duele.

Volvemos. Desde un rincón oculto se escucha el reclamo de un pájaro.

—¿Cómo se llama?

—¿No siente lo que dice?

—Distingo tres notas diferentes...

—Es el Qui-tu-py..., el Quitupy.

Una flor que viaja - Leyenda de la princesa india

Hemos llegado a una confitería perdida en la espesura. Nuestra mesa está situada bajo una acacia frondosa. La luz ilumina débilmente nuestros rostros. En el vaso que tengo ante mí, la bebida parece oro líquido.

A pocos pasos habla el arroyo. Nos cuenta lo que ha visto en sus vueltas y revueltas.

Quizá serpenteando llegó hasta el cementerio oculto en la montaña donde, entre flores de amancay, duerme la princesita india de las trenzas negras que murió de amor por el español de ojos azules que conquistó su tierra y su corazón.

En aquel rincón de la selva, cubierta de helechos y bajo un ceibo que llora sus flores de sangre sobre la corriente, descansará intacto, por raro conjuro, su cuerpo de bronce.

Desde la espesura le llegará un reclamo doliente, la voz del indio que la amara sin esperanzas. Y esa voz, que es la voz de un ave, pronunciará su nombre de tres sílabas, su nombre dulce que una vez fué beso entre los labios viriles. Porque la princesita de mi leyenda se llama Quitupy.

—¿En qué piensas?

—En los caprichos del arroyo...

Bebemos en silencio. Junto a nosotros se dibujan en la sombra figuras de leyenda. Son gauchos con guardamonte, vestidos a la usanza regional, que se internan en la noche por la huella blanca de los caminos. Saludan tocándose el ala del sombrero y desaparecen seguidos de su cuzquito.

Nos ofrecen queso de factura casera.

—¿Es realmente de cabra?

Guillermo Solá ríe mirando al mozo.

—Me parece una cabra muy grande— dice con su voz lenta.



Moliendo maíz en forma primitiva. Las manos curtidas manejan con destreza la pesada piedra. "Así lo hicieron mis antepasados y así está bien hecho para mí", parece decir la anciana que se ve en la foto.

Emprendemos la vuelta.

—Vamos a cruzar el arroyo.

entro del coche alguien pregunta ansioso:

—¿Pasaremos?

—Y claro...

El coche se para en medio de la correntada. El silencio del tor aumenta la voz del agua que se riza de espuma.

Saco la mano y a escondidas dejo caer en ella un nardo. Es... mi recuerdo para la princesita de las trenzas negras.

¿Qué destino más hermoso para una flor? Viajar en el abrazo stalino por selvas y valles, a través de cascadas blancas de na... Viajar bajo la rosada claridad del alba y quedar prisio- ra entre unas manos pálidas a la vera del arroyo.

reso desde San Lorenzo

Volvemos. Perfume de trébol y resina. Secretos dormidos en quietud de las aguas. Arboles silenciosos, con sus garras hun- as en el suelo y su vértigo de ramas altas y trágicas, donde enreda el viento fresco, y, en lo profundo de la noche, intimi- d y ternura de los nidos poblados de avecitas ciegas.

El coche nos devuelve a las cosas de costumbre, a las cosas ra- ables y sensatas y al panorama vulgar de todos los días.

Y de pronto me niego a pensar; deseo reaccionar del encanto e me envuelve, de la callada expectativa de la espesura y de romántica belleza del cielo.

Huyo... Huyo de mí misma. De la angustia de sentir y del or de hundir hasta la entraña conmovida el puñal azul del timiento. ◈

de la Quebrada del Toro en Salta. El paisaje es tan extenso, que los ojos se sin saciarse y despierta en los que recorren aquellas regiones un profundo sentido de amor a lo argentino.



EL CUENTO HUMORIST



El bandid

PRIMER CUADRO

UNA PROFESIÓN MALOGRADA

La escena representa la casa del

LA MUJER DEL BANDIDO

—Mi marido, el bandido de Cala ha quedado súbitamente mudo. En de la conversación, uno de sus cortó brutalmente la palabra.

LA HIJA DEL BANDIDO

—¡Pobre padre mío!

LA MUJER DEL BANDIDO

—¿Qué será de nosotros? Se ha do su profesión de bandido. Mudo drá atacar ya a los viajeros en el

LA HIJA DEL BANDIDO

—¿Y por qué, madre?

LA MUJER DEL BANDIDO

—Porque no podrá gritarles: "¡La o la vida!"

LA HIJA DEL BANDIDO

—¡Es verdad!

SEGUNDO CUADRO

UNA IDEA PRÁCTICA

El mismo decorado.

LA HIJA DEL BANDIDO *(entra*

—Querido padre, consuélate. Pese súbita invalidez, podrás retornar a bituales ocupaciones. Toma este fo que acabo de comprar en la aldea

EL BANDIDO MUDO DE CALABRIA *(mismo)*

"¿Un fonógrafo?"



mudo de Calabria

Por ***CAMI***

ILUSTRACIÓN DE RAÚL VALENCIA

LA HIJA DEL BANDIDO

—Está provisto de un disco en el que he ...cho grabar su grito profesional: "¡La ...sa o la vida!" Cuando se aproximen los ...jeros, pondrá usted en marcha el apa... que hablará en su lugar.

... BANDIDO MUDO DE CALABRIA *(para sí mismo)*

"¡Qué magnífica idea! *(abraza a su hi...)* ¡Amada criatura, gracias a su ingenio ...dré continuar ejerciendo mi profesión! ...os, no perdamos más tiempo, parta... rumbo al bosque vecino".

LA MUJER DEL BANDIDO

—Leo en tu mirada que buscas tu esco...ta y tu paraguas. ¡Helos aquí!

LA HIJA DEL BANDIDO

—Padre, lleve consigo esta mesa para ...car el fonógrafo y no olvide su asiento ...gadizo. Hasta luego, padre. ¡Buena ...rte! *(El bandido mudo de Calabria sa... llevando sobre sus brazos el fonógrafo, ... mesa, la silla plegadiza, la escopeta y ... paraguas.)*

TERCER CUADRO

¡LA BOLSA O LA VIDA!

... escena representa la carretera que atraviesa el bosque.

... BANDIDO MUDO DE CALABRIA *(para sí mismo)*

"Desde hace siete horas estoy instalado en el borde del camino. Tengo mi paraguas abierto por encima de mi cabeza, pues llueve torrencialmente. Mi fonógrafo se halla sobre la mesa, conservo la escopeta sobre mis rodillas y estoy sentado en mi silla plegadiza. Ningún viajero ha pasado todavía. Pero, no me engaño. He aquí uno que viene hacia mí. Se aproxima. Hagamos funcionar el fonógrafo".

EL FONÓGRAFO *(chillando)*

¡La bolsa o la vida! ¡La bolsa o la vida! ¡La bolsa o la vida!

EL VIAJERO *(al ver el fonógrafo)*

—¡Caramba, un fonógrafo! *(Dirigiéndose al bandido mudo de Calabria.)* Pobre mendigo, hace funcionar en vano su fonógrafo. Yo soy sordo. Acepte por lo menos esta moneda que le doy por caridad, pobre miserable. *(Le da una moneda y se aleja tranquilamente.)*

EL BANDIDO MUDO DE CALABRIA *(para sí mismo)*

"¡Qué suerte la mía! Después de más de siete horas de espera bajo una lluvia torrencial, tropiezo con un viandante que me toma por mendigo y me entrega una moneda por caridad. Claro está que era sordo. No podía imaginar que soy un bandido, pues no oía chillar el fonógrafo: ¡La bolsa o la vida!" *(Cargado con sus adminículos emprende tristemente el regreso a su morada.)* ◆

RUBÉN



Un retrato del gran poeta, que firma Cao, hecho en 1916, cuando todas las Américas estaban de luto por la pérdida irreparable.

¿Cómo no había de amar a esta patria argentina Rubén Darío si empezaba verificando ser su bandera la misma que la nicaragüense?

Por eso sería que gozaba como un niño los veinticincos de Mayo. Le llama a ese día, "gran día, sonoro de músicas y florecido de banderas". Le agrada recorrer las calles de la ciudad, "hirvientes de muchedumbre vestida de fiesta", oír "las fanfarrias que pasan", o, simplemente, "mirar la plaza de Mayo y su vieja pirámide".

De parecidas emociones le nacieron un 25 de Mayo o un 9 de Julio (el que esto escribe lo supo de labios de Ricardo Jaimes Freyre), los versos realmente únicos de la *Marcha Triunfal:* eterno augurio de victoria para esta Argentina ya tan suya y tan amada, si alguna vez tuvieren que salir para la guerra sus paladines.

Porque mucho de lo fundamental lo hizo en Buenos Aires y porque para toda empresa suya encontró aliados argentinos, suspiraba siempre con amor:

¡Mi segunda patria de encanto
en donde soñó el soñador,
en donde he sido triunfador
y en donde se me quiere tanto!

Y todavía más entrañablemente:

"¡Juventud, divino tesoro!"...
canta a veces mi lengua grata
cuando en ciertas tardes de oro
pienso en el Río de la Plata...

Por Año nuevo, hallándose lejos de su Buenos Aires, compuso estos otros versos de bendición:

En estos versos de Año nuevo
a mis gentiles argentinos
mis viejos cariños renuevo.
¡Qué Dios les dore sus destinos!

En *Prosa Política*, ese libro panorámico de la América de habla española, es la Argentina el país que abre la serie. ¿Y qué estampa allí? Esto que es algo: "Entre los acontecimientos que la historia ha de señalar de modo principal en los principios del siglo XX, está el surgir ante el mundo de la *nueva y gloriosa nación*". La cual gloriosa nación no surgió para secundario encargo, sino para entrar en el concierto de los pueblos superiores "por el trabajo y la riqueza pacífica". Más aún: "para salvar el espíritu de la raza".

Así nos amaba.

Llega a su Nicaragua, tras largos años de ausencia, ¿y qué les dice a sus connacionales, como no sea, entre muchos relatos de Simbad, de qué manera arribó un día a la Argentina y cómo la halló maternal, y de qué modo le renovaba el pabellón azul y blanco, nostalgias y venturas de patria? Que lo supiesen todos. Míster Rowe, enviado especialmente por los Estados Unidos a la República Argentina para observar aquel foco latino, había vuelto maravillado —y con él otros prohombres de su comisión— ante "la casi mágica labor" que ha hecho del Río de la Plata un hogar del mundo.

Sólo de lo que abunda el corazón canta el espíritu. Y él nos cantó. Ahí está el *Canto a la Argentina* en la ocasión solemne de las fiestas seculares. Ahí la *Oda a Mitre* en la muerte del insigne varón. En uno y en otro canto hay voces entrañables, de las que no se pueden confundir.

Mitre era uno de sus cultos. Admiraba en el patricio al militar de serenos laureles, al historiador y al humanista. ¡Y cómo declara su fervor por el héroe! Precedida de un lauro y una palma, es como habrían visto las Parcas llegar el alma del escogido a la eternidad. Cincinato sabio y Catón prudente: así le llama por sus virtudes y hechos de gobernante. Pero hay algo que más aun le enfervoriza. Y es que Mitre es el varón continental. El amado Patriarca continental.

¡Patriarca

que conservó en sus nobles canas
[la primavera!

Patriarca cuyo corazón estaba "hecho de patrio fuego y universal amor".

Yo sólo sé decir que cuando se canta así se ama mucho, y que la *Oda a Mitre* vino a ser como el preludio del *Canto a la Argentina*, que elevaría pocos años después bajo las estrellas del Centenario de Mayo.

¡Qué voces las de Darío en la ocasión memorable! Fué entonces cuando gritó:

¡Argentina! ¡Argentina!
¡Argentina! El sonoro
viento arrebata la gran voz de oro.

Es una letanía de amor lo que sigue: "¡Argentina, región de la aurora!... ¡Oh, barca augusta, de proa triunfante, de desplegadas velas!".

La exaltación del poeta se vuelve delirante, reveladora:

¡Hay en la tierra una Argentina!
He aquí la región del Dorado,
he aquí el paraíso terrestre,
he aquí la ventura esperada,
he aquí el Vellocino de Oro,
la Atlántida resucitada!

DARÍO Y LA ARGENTINA

Por
ARTURO CAPDEVILA

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Falta algo por decir. Como quien saca ...áculo de felicidad para la ciudad que tan... amaba, quiso Darío, poco antes de de...ría en su primera larga estada, meditar ...erca de la leyenda de San Martín. Y fué ...í el feliz intérprete de los signos del santo ...rono. ¡Con qué recogimiento y unción ... acerca Darío al jardín hagiográfico en ...sca de sus flores para hacerle un rami...te con ellas a la gran ciudad argentina!

...e place que fuera Martín desde que ... pupilas vieran el sol, un niño del Señor. ... que ya mozo jamás conociera el miedo. ... que, militar poderoso en airosa capa en...elto, a la súplica de un desvalido, partiera ... hermosa capa y le diese la mitad al po...re. (Al pobre que, como siempre, resultó ... era Cristo.)

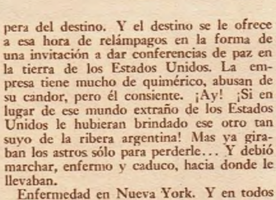
Bajo esta imagen quería Rubén Darío ...e nunca fuese consentida el Hambre en ... su dulce segunda patria.

¿Qué más? Osvaldo Bazil, en su exce...te semblanza *Cómo era Rubén Darío*, ...cuerda el té que en honor del poeta dió ... Barcelona — año de 1912 — nuestro cón...l general D. Alberto Gache y la con...dencial expansión de aquél en un mo...ento dado de la fiesta: que era su volun...ad (y el lugar y la oportunidad revestían ... palabra de solemne intención) que sus ...stos descansaran en Buenos Aires. ¿Poco ...nía que legarle a la ciudad amada? Le ...endaba sus cenizas.

Y, de pronto, la guerra: la Guerra Mun...al de 1914. Toda Francia hecha un solo ...ército. ¿A dónde ir? Desde luego pensó ... España, y allá se lanzó con sus cansan...s ya graves, con sus anuncios ya hoscos ... decadencia y de muerte. En todo caso ... se está de nuevo en Barcelona, a la es-



Verdaderamente grandiosa fué la celebración del 25 de Mayo en ocasión del Centenario. Rubén Darío, exaltado el espíritu, compuso entonces su "Canto a la Argentina". Se ve aquí una vista de la avenida de Mayo en aquella ocasión.



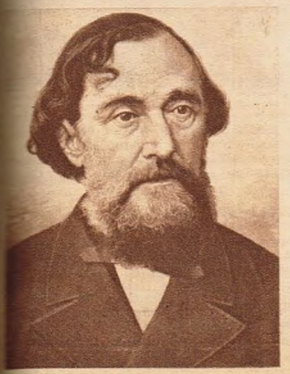
pera del destino. Y el destino se le ofrece a esa hora de relámpagos en la forma de una invitación a dar conferencias de paz en la tierra de los Estados Unidos. La empresa tiene mucho de quimérico, abusan de su candor, pero él consiente. ¡Ay! ¡Si en lugar de ese mundo extraño de los Estados Unidos le hubieran brindado ese otro tan suyo de la ribera argentina! Mas ya giraban los astros sólo para perderle... Y debió marchar, enfermo y caduco, hacia donde le llevaban.

Enfermedad en Nueva York. Y en todos sus momentos lúcidos, este solo deseo: que le llevasen a Buenos Aires. Allá un amigo le brindaría su estancia. Y los vientos de la pampa le devolverían la salud. ¡A Buenos Aires! ¡A Buenos Aires! ¡A sanar!

No fué así, y antes bien por sus justos escalones geográficos fué a morir en León de Nicaragua. Bien lo supo él a su partida guatemalteca. "Me alejo de Guatemala —dijo con sombría adivinación— en busca del cementerio de mi pueblo natal".

No al humilde camposanto de su aldea, sino a otro mayor le llevarían sus cansados pasos. ¿Y quién duda que junto a sus últimas palabras y postreros pensamientos, bendiciones para su Argentina le venían solas a sus labios?

Así debió de ser: que tanto y tan hondamente nos amó. ◈



Mitre era uno de los cultos del bardo nicaragüense. Admiraba en el patricio al militar de serenos laureles, al historiador y al humanista. Su "Oda a Mitre", compuesta en ocasión de la muerte del insigne varón, está llena de voces entrañables.

LO QUE LEEN LOS SOLDADOS

J. H. B. PEEL, CONOCIDO NOVELISTA Y POETA BRITANICO, HA ESCRITO PARA "LEOPLÁN" EL PRESENTE ESTUDIO SOBRE LA FORMA EN QUE LLEGA MATERIAL DE LECTURA A LOS COMBATIENTES Y EL GENERO DE LITERATURA QUE PREFIEREN HOY LOS HOMBRES QUE LUCHAN POR EL REINO UNIDO

HAN cambiado mucho los tiempos desde que Rudyard Kip[...] el vigoroso escritor, dió al mundo sus vívidas descripc[...] de Tommy, el combatiente británico. Por regla genera[...] soldado británico, el marinero o el aviador de hoy, no se [...]tenta ya con una recreación superficial, sino que exige en [...]bio una suma de entretenimientos más serios.

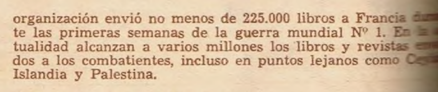
Nada ilustra mejor el cambio experimentado que un an[...] de lo que actualmente leen los miembros de las fuerzas com[...]tientes. Pero surge también una pregunta al respecto: ¿de [...]de obtienen su material de lectura?

La central del departamento de libros para el ejérci[...] Finsbury Barracks, Londres, es una vasta organización pres[...] por el mayor Donovan Jackson, secretario del City of L[...] Territorial Army y de la Air Force Associations.

Con la ayuda voluntaria, en materiales y dinero efectiv[...]

Una ininterrumpida corriente de libros va desde los hogares británicos a manos de los soldados. Este camión, que oficia de biblioteca, acaba de llegar a un puesto avanzado en el desierto, donde inmediatamente es recibido por los combatientes.

Los marinos tienen su propia biblioteca de guerra, y los tripulantes de las naves que se encuentran en servicio activo reciben libros y revistas desde los comandos costeros. Tendido en su hamaca, este marino saborea un cigarrillo y se deleita con su lectura favorita.



organización envió no menos de 225.000 libros a Francia [...]te las primeras semanas de la guerra mundial Nº 1. En [...]tualidad alcanzan a varios millones los libros y revistas [...]dos a los combatientes, incluso en puntos lejanos como C[...] Islandia y Palestina.

La Marina tiene su propia biblioteca

La Marina tiene su propia biblioteca de guerra para la [...]da Real, y por supuesto, las Reales Fuerzas Aéreas tambi[...] ben en forma sostenida abundante material de lectura, [...] mayor parte donaciones de la población civil. En todo el [...] Unido hay personas que se prestan voluntariamente a [...] donaciones de libros destinados a los combatientes, tanto [...] grandes ciudades como en el más pequeño caserío.

Naturalmente, la lista de preferencias abarca la gama [...] de los distintos temas, pero se nota un marcado favoritis[...] cuanto sea ficción. En un 60 % los hombres se inclinan a [...]velas de amor romántico o los relatos espeluznantes. La [...]

aparente, y probablemente la verdadera, los que desean y necesitan algo que los ayude a olvidar los horrores reales y siempre presentes de la guerra moderna.

Luego, en orden de preferencias, vienen los libros que se refieren, en un sentido u otro, a la primera guerra mundial, y a continuación los que tratan de los planes para crear un mundo mejor, después de la victoria aliada.

También son populares los libros de viajes y las biografías. Es interesante señalar que entre los hombres que están en los frentes de lucha, o cerca de ellos, de cada cien libros que se leen, sesenta son novelas. Lejos de los frentes en actividad se trueca el porcentaje, alcanzando las novelas solamente a un 40 %, mientras que el resto abarca libros de temas más reales. Claro está que los hombres en el frente leen cuando tienen tiempo..., si lo tienen.

Otro aspecto interesante es que los hombres se deciden rápidamente por lo que les gusta o no, y en ese sentido la central de libros para el ejército recibe diariamente un centenar de pedidos o sugestiones.



Las mujeres de los Servicios Auxiliares también gustan de la lectura, aunque sus preferencias difieren, naturalmente, de lo que agrada a los soldados. Tres integrantes de los servicios mecanizados aprovechan un alto en el camino para mirar rápidamente una revista, sin duda en la página de modas.

Gracias al organismo creado, una ininterrumpida corriente de libros va desde los hogares británicos a manos de los hombres que prestan sus servicios en las fuerzas armadas. Es un verdadero triunfo de la generosidad y del espíritu de organización, y todo hombre o mujer que haya servido en las filas puede decir el profundo agradecimiento con que se reciben esos libros, revistas o diarios, remitidos desde puntos distantes y donados siempre, anónimamente, con la mejor voluntad del mundo. ✥



LA BUHARDILLA

Por **JACINTO OCTAVIO PICON**

ILUSTRACION DE M. ALFONSO

LA casa de los duques de las Vistillas era de las mejores entre las buenas viviendas nobiliarias del antiguo Madrid. No podía compararse con ella la de los Guevaras, ni la de los Peraltas, ni la de los Zapatas, ni aun la de los "Salvajes"; se parecía a las de Oñate y Miraflores. Sus dueños le decían el "palacio"..., y, sin embargo, no pasaba de ser un caserón destartalado, de grandes salones, tremendos patios y pasillos laberínticos. La fachada era de agramillado y berroqueña del Guadarrama; tenía zócalo de granito con respiradores de sótano, planta baja con descomunales rejas dadas de negro, principal de anchos huecos con fuertes jambas, recios dinteles y guardapolvos casi monumentales; sobre el balcón del centro, que caía encima del zaguán, ostentaba un enorme escudo nobiliario, ilustre jeroglífico compuesto por cabezas de moros, perros, cadenas, bandas y calderos; todo ello dominado por un soberbio casco de piedra caliza que el tiempo iba enrojeciendo con el chorreo de las lluvias mezclado a la herrumbre del balconaje. El piso segundo, bajo de techo y a manera de ático, tenía ventanas pequeñas, y sobre el entablamento descollaban las buhardillas altas, aisladas, recubiertas de tejas, guarnecidas de verdosas vidrieras, ante las cuales se veían desde lejos las ropas recién lavadas y tendidas que goteaban sobre estrechos cajoncitos, plantados de hierba luisa, albahaca, hierba de gato y claveles.

Eran estas buhardillas habitación de gente pobre que vivía en contacto frecuente con los ricos; así estaban cercanos la necesidad y el remedio, hermoso maridaje que aplaca la envidia de los que no tienen y amansa el egoísmo de los que poseen. Los amos ocupaban en invierno el principal y en verano el bajo; en el segundo estaba la administración, y en las buhardillas, los cocheros, pinches y lacayos, amén de dos o tres familias de sirvientes jubilados y gentes protegidas; entre ellas, Manuela, hija de un ayuda de cámara, hermana de una doncella y viuda de un mozo de comedor que había servido muchos años y murió, dejándola embarazada. Daban los señores a Manuela, en recuerdo de lo bien que se portó su marido, tres reales diarios y casa; es decir, una de aquellas buhardillas que desde la calle se veían descollar por cima del tejado entre ropas blancas y macetas verdes. De la misma edad que Manuela, tenían los duques una hija tan graciosa, picaresca y bonita, que parecía un modelo de Goya y tan buena, que en limosnas y socorros gastaba mucho de lo que sus padres le daban para galas y alfileres.

La casualidad, o la Providencia, que acaso sean hermanas sin saberlo, hizo que la duquesita y Manuela se enamorasen y casaran casi al mismo tiempo, hacia mil ochocientos setenta y tantos. Sin duda el amor, que no distingue de jerarquías ni clases, les rozó simultáneamente con sus alas. Algo así debió de suceder, porque ambas fueron madres con diferencia de unas cuantas horas. Cuando el hijo de la duquesita vertía sus primeras lágrimas entre lienzos de Holanda y ricos encajes, hacía sus primeros pucheros el chiquitín de Manuela envuelto en pañales de bayeta amarilla.

No habían salido a misa de parida, aun guardaban cama, cuando una noche, casi de madrugada, la duquesita mandó llamar a su doncella, hermana de Manuela. Pasó un buen rato sin que acudiese la chica; impacientóse el ama, y al llamar por tercera o cuarta vez, entró al fin la muchacha, diciendo, llorosa y acontecida:

—Dispense V. E.... Estaba arriba..., porque a mi hermana "paece" que se la "yeba" el Señor.

—¿Qué le pasa?

—Pues lo peor; dice el señor médico, que así como a V. E. le ha "sucedío" con bien la subida de la leche, a la pobre Manuela le ha "entrao" una calentura "malina" que nos quedamos sin ella.

La duquesita quedó aterrada. Como su situación y la de aquella desdichada era casi la misma, pensó que podía haberse hallado en caso igual; tuvo miedo, tembló por sí, y se estremeció ante la idea de dejar sin madre a aquel pedacito de su alma concebido entre placeres, parido entre dolores, que allí dormía, puestos los labios en su pecho y acogido al calor tibio y cariñoso de su cuerpo.

—¡Válgame Dios! —dijo la señora—. Conque calentura maligna...

—Pero muy grande, y lo más malo es que ha dicho el señor médico que busquen quien dé teta al niño..., y ya ve V. E., así, de pronto, cualquiera encuentra... Está la criatura llorando como un cachorro..., chupa que chupa, Manuela con los pechos secos..., y "na", como si mamase de un pepino.

La duquesita miró a su hijo con ternura, y en seguida, obedeciendo a una de esas inspiraciones femeninas que ante nada se detienen, dijo:

—¿Y no hay quien le dé teta?

—Nadie; ya hemos "corrío" toda la "vecindaz"..., y aunque [illegible] pronto se encontrara, ¿cómo quiere V. E. que luego pague [illegible] Estará de Dios que se quede sin hijo.

—Pues oye..., sube corriendo, toma al niño, mira si está [illegible] bájalo... Yo tengo leche para dos.

Oposición de los padres, enojo del marido, advertencias del [illegible] todo fué inútil. La duquesita dió teta al hijo de Manuela durante [illegible] días, al cabo de los cuales, doblegándose ante la enérgica actitud [illegible] esposo, devolvió el niño a la madre, prendiendo entre los pañales [illegible] billete de Banco para que pudiese pagar nodriza.

Súpose todo aquello en el barrio, y cuando la señora salió a [illegible] parida, no logró pisar el suelo de la calle; porque desde la escalera [illegible] el zaguán, donde aguardaba el coche, y desde las gradas de la [illegible] hasta el altar de la Virgen, las mujeres de la vecindad habían alf[illegible] el piso con mantones y flores; mantones raídos, flores baratas... [illegible] no hubo sultán de Oriente que disfrutara triunfo igual.

II

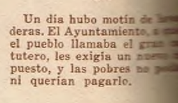
Muertos sus padres pocos años después, la duquesita, por [illegible] moda y complacer a su marido, vendió la casa de sus mayores y [illegible] en la Castellana un hotel a la francesa, dirigido por un arqui[illegible] París. Cayó la antigua morada de los Vistillas, destruyóse la [illegible] fachada, y casi juntos rodaron por el suelo los fragmentos del esc[illegible] y las tejas de las buhardillas derruídas. Lo que produjeron las [illegible] los sillares de berroqueña, apenas bastó para pagar unas cuantas [illegible] traídas de Angulema. El nuevo edificio era extranjero, antipático, [illegible] co, en el mal sentido de la palabra, y en vez de buhardillas [illegible] tenía una gran montera de pizarra.

Claro está que al derribarse la casa antigua fueron echados a la [illegible] los servidores jubilados, y entre ellos Manuela. En vano intentó [illegible] duquesa. El mayordomo, un burgués en canuto, más aristocrático y [illegible] lloso que el amo a quien sisaba, no permitió que se acercase a la [illegible]

Manuela comenzó entonces a subir esa calle de la amargura [illegible] llama miseria. Fué peinadora, cosió para las tiendas y el corte, [illegible] desgraciada en todo, y [illegible] timo se puso a lavan[illegible]

Pasó tiempo. La du[illegible] belta y grácil como un [illegible] los que pintó Goya en San [illegible] tonio, se había conver[illegible] una señorona de opul[illegible] mas. Manuela, antes [illegible] airosa y limpia, estaba [illegible] dinaria, flaca, embaste[illegible] el trabajo y desfigura[illegible] las privaciones.

III



Un día hubo motín de [illegible] deras. El Ayuntamiento, [illegible] el pueblo llamaba el [illegible] tutero, les exigía un [illegible] puesto, y las pobres no [illegible] ni querían pagarlo.



La gresca comenzó muy de mañana en los lavaderos del Norte; se extendió, río abajo, desde los "once caños" hasta los puentes de Segovia y Toledo, arreció en los cobertizos del pontón, engrosó, por ser domingo, con la gente de los merenderos, y al mediodía, los grupos de mujeres, armadas de palos, piedras, trancas y estacas, subieron por el Paseo de Ocho Hilos y la calle de Toledo a desembocar en la Plaza de la Cebada. En vano luchaban las tituladas autoridades.

—¡Muchachas! ¡Hijas mías! —decía el gobernador—; todo se arreglará... Nombrad una comisión.

Una de aquellas desdichadas se adelantó, diciendo:

—Mire "ustez", usía... Estamos hartas, y no nos da la gana. Las que salimos mejor libradas, las de lavadero, pagamos "ca" sábado treinta "riales" de pila y colada; dos "riales" de mozos "pa" que cuelen con "tardao"; por cada carretilla de ropa de la pila al cuelo, y del cuelo a la pila, una perra grande; en los tendederos otra perra, y en cuantito que llueve, "pa" que recojan pronto, otra perra...; por subir y bajar talegos, una peseta "ca" viaje; y ponga usted jabón, palas, jornal de ayudantas, valor de prendas "perdías"..., y las heladas, y los calores..., las que "tién" más suerte les quedan diez "u" doce "riales" por semana...; vamos, lo que usted gasta en un puro. ¿Qué "quiusté" que comamos? ¡Y ahora pone el alcalde otra contribución! ¡Como no "sus" demos morcilla!

Un guardia quiso prender a la oradora, pero sus compañeras la defendieron a palos, mordiscos y arañazos... Salió un sable de la vaina, y allí fué Troya. Un diluvio de piedras y medios ladrillos cayó sobre los representantes del poder; y todos quedaron iguales; así los mal nombrados por el gobierno, como los peor elegidos por el pueblo. Gobernador, alcaldes, concejales, inspectores y guindillas, tuvieron que huir vergonzosamente ante las amazonas del Manzanares. Apaleaban a los agentes, herían a los guardias, silbaban a los clérigos, ordenaban cierre de tiendas y recorrían la capital en son de guerra, gritando: "¡Muera el alcalde! ¡Abajo los ladrones!". En la calle de Atocha sufrieron una carga de caballería. Seis u ocho quedaron descalabradas a sablazos y tendidas en medio del arroyo; otras cayeron pateadas por los caballos; las más se desplegaron desordenadamente hacia la plaza de Antón Martín. Iban furiosas; no eran mujeres, sino fieras.

Hubo momentos en que lo comenzado como asonada de miserables desgraciadas amenazó trocarse en alzamiento social. Los primeros gritos fueron: "¡No pagamos! ¡Abajo la peseta! ¡Abajo el alcalde!". Luego el pueblo, con ese instinto que le hace relacionar ideas hasta encontrar el origen de su daño, comenzó a gritar: "¡Abajo los ladrones!"; y, por último, la miseria fermentada, la pobreza escarnecida, la ignorancia inerte y sin freno, todo aquel conjunto de injusticias acumuladas, se condensó en una voz terrible: "¡Mueran los ricos!".

A este punto llegaba la marea del hambre, cuando en mal hora acertó a desembocar en la plaza una soberbia carretela ocupada por dos señoras elegantísimas. Los caballos ingleses, el coche francés, y lo que ellas llevaban desde las telas de los trajes hasta las horquillas de oro, desde las medias de seda hasta las primorosas flores de sus sombrerillos, todo tenía ese aspecto de suntuosidad a la moderna, que cuesta más caro cuanto parece más sencillo.

Entonces, aquel río de furias desgreñadas, aquellas turbas harapientas, cerraron el paso al coche, y sobre las magníficas faldas de las damas, mudas de sorpresa y medio muertas de miedo, comenzó a caer, en lluvia espesa y sucia, el barro arañado de entre los adoquines o tomado en las cuevas de los árboles; y empezaron a silbar por el aire trozos de cascote, escuchándose los rugidos de las amotinadas, que vociferaban: "¡Mueran los ricos!". Dos o tres piedras chocaron contra la caja de la carretela, quedó herido el lacayo; una moza de fuerzas hercúleas metió un garrote entre los radios de una rueda, y apalancando con alma para que no se moviera el coche, facilitó que por la trasera de éste treparan varias mozuelas ansiosas de arrancar de los sombrerillos las primorosas flores compradas en París a peso de oro. Y los gritos no cesaban: "¡Vamos a desnudarlas!". "¡Mueran los ricos!". El momento fué horrible; aquello parecía el choque del hambre con la inconsciente insolencia de la hartura.

De repente, una de las amotinadas, que estaba en tercera o cuarta fila, comenzó a dar codazos y empellones, pugnando por abrirse paso.

Debía de ser alguna de las "jefas", porque los grupos se espaciaron, dejándola avanzar hasta la caja del coche, mientras ella, gesticulando enérgicamente, decía con los brazos en alto:

—¡Compañeras, quietas! ¡Chicas, no tiréis! ¡Dejadme hablar..., no seáis bestias!

Viendo a aquella mujer, la más joven de ambas damas dió un grito de asombro y de sorpresa, exclamando:

—¡Manuela!

—¡Yo soy, "seña" duquesa!

Y subida en el estribo, agarrándose a la capota, siguió gritando:

—¡Muchachas; por lo que más queráis en el mundo, "sus" pido que no les hagáis daño! Ellas no "tién" la culpa. ¿Sabéis quién es ésta, la guapa, la más joven, la que "paece" la Virgen de la Paloma? Las que me conocéis, las de mi lavadero, ¿no "m'habéis" oído contar que cuando mi hijo se me moría le dió la teta una señora?... ¡Pues ésta es! ¡"Pa" hacerla daño me tenéis que matar a mí!

Sonó algún silbido, se oyeron algunas carcajadas de mofa; pero las turbas abrieron paso, los grupos se aclararon, la lavandera echó pie a tierra, arreó el cochero y el carruaje pudo arrancar despacio por entre aquella muchedumbre hostil, momentáneamente amansada. La duquesa miró a su salvadora con los ojos nublados de lágrimas, y Manuela siguió mientras pudo al lado del coche, diciendo, trémula de gozo:

—¡Adiós, señora! ¡Qué lejos que estamos ya los pobres y los ricos! ¡Cuánto más valían aquellas buhardillas cuando vivíamos unos cerca de otros "pa" conocernos y querernos! Ahora hacen unos "ciminterios" de ricos que les "yaman" barrios "pa" obreros... y cuando subimos a Madrid... es "pa" esto!

—¡Te debemos la vida! —dijo una voz aun entrecortada del terror.

—¡Adiós, señora!

Trotaron los caballos, se alejó en salvo el coche, y a su espalda, ya lejos, arreció el rumor formidable del motín, semejante al ruido de una presa cuando, rota la esclusa, se precipita el agua en oleadas de espuma sucia y turbulenta. ◈



PARA UNA BIOGRAFIA



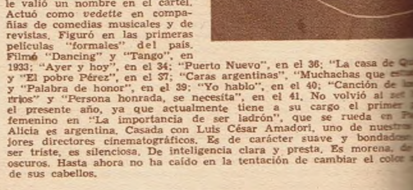
Alicia Vignoli ama los pájaros y las muñecas

ALICIA Vignoli ha soñado siempre con una casa donde hubiera muchos pájaros y una sala con muchas muñecas. En condiciones actualmente de poder lograrlo, no sabemos si aquella ilusión de sus primeros años de teatro habrá cristalizado... Desde muy jovencita pisó las tablas. Antes fué empleada. Alguien la encontró "bonita", y... le hizo dar el gran salto que más tarde le valió un nombre en el cartel. Actuó como *vedette* en compañías de comedias musicales y de revistas. Figuró en las primeras películas "formales" del país. Filmó "Dancing" y "Tango", en 1933; "Ayer y hoy", en el 34; "Puerto Nuevo", en el 36; "La casa de Q
y "El pobre Pérez", en el 37; "Caras argentinas", "Muchachas que e
y "Palabra de honor", en el 39; "Yo hablo", en el 40; "Canción de
trios" y "Persona honrada, se necesita", en el 41. No volvió al
el presente año, ya que actualmente tiene a su cargo el primer
femenino en "La importancia de ser ladrón", que se rueda en
Alicia es argentina. Casada con Luis César Amadori, uno de nuestr
jores directores cinematográficos. Es de carácter suave y bondados
ser triste, es silenciosa. De inteligencia clara y presta. Es morena,
oscuros. Hasta ahora no ha caído en la tentación de cambiar el color
de sus cabellos.

Rosalind Russell, la actriz más "habladora"

ROSALIND Russell poseía, hasta hace poco, el récord de la actriz que podía hablar con mayor velocidad y fluidez. Pues bien: en su última película ha superado su propio récord.

Cuando filmaba "Su novia de los viernes", su director, con un cronómetro en la mano, le registró 365 palabras por minuto. Ahora en el papel de la dinámica agente teatral, que interpreta en "El que juega con fuego", ha alcanzado la increible cifra de 379 palabras en el mismo tiempo... Esto se dice muy pronto... La cuestión es ponerse a prueba para poder hacerlo...



Al margen del "impasse"

ES necesario exhibir el mayor número de películas
gentinas en el mayor número de salas, de acuerd
lo que la industria pueda producir", fueron las palabra
secretario de Trabajo y Previsión, coronel Juan D. P
al emplazar a los representantes de productores y exhib
para que, con miembros de dicha Secretaría, se consti
en comisión a fin de estudiar el pleito y llegar a una
ecuánime en un plazo prefijado. No necesitan comentar
palabras del señor coronel. Hay en ellas un imperativ
no deja lugar a dudas: impulsar la industria cinem
fica hasta ponerla en pie de igualdad—dentro de lo pos
con sus similares del continente, para que la postgue
encuentre en condiciones de servir eficientemente los
intereses del país, que están muy por encima de los int
privados, por muy respetables que éstos sean. La f
debe circunscribirse, pues, a garantizar para los ma
riesgos las mayores posibilidades de beneficio. Así el
de emulación entre nuestros diferentes sellos editores
manifestarse libremente, y cada uno brindará, por lo
una producción anual con "bolsa libre" y "tiempo nece
liberando al realizador de la tiranía de la "cantidad
y el "plazo perentorio".

La voz de Jean Arthur

ESTÁ muy en boga actualmente, en los Estados Un
dos, el convertir en *pin-up-girl* a las más hermos
muchachas y estrellas de Hollywood. Esta expresi
que no tiene traducción literal, significa elegir a u
muchacha como la "novia" de un grupo de gente q
pueden ser soldados, marinos, aviadores, ayudantes
El regimiento 327 del Cuerpo de Señaleros, estac
nado "en alguna parte de Inglaterra", ha descubier
que además de fotografías autografiadas, puede s
licitar de sus *pin-up-girl* algo mejor...

El soldado Marvin Milkes, de ese cuerpo, escrib
hace poco a Jean Arthur, pidiéndole que, si fuera p
sible, les enviara "un disco con la grabación de su dul
voz", a lo que parece haber accedido la estrella.

REPORTAJES EN CINCO MINUTOS

Lionel Barrymore habla del beso



Clark Gable y Lana Turner en un beso.

SEGÚN Lionel Barrymore, los besos en el cine siempre han sido reales... No compartiríamos esta opinión si no viniera de Lionel, que es uno de los actores más viejos que tiene la pantalla, y a quien se puede creer... Sin embargo, el beso ha evolucionado como ha evolucionado todo en el Séptimo Arte, que pronto cumplirá 50 años de existencia, coincidiendo con el vigésimo aniversario de uno de sus más acreditados sellos: Metro Goldwyn Mayer, que se festeja actualmente.

Pero sigamos con el veterano actor.

—Estoy seguro — afirma — de que los que como yo están en contacto con el cine desde sus comienzos, y los que lo han seguido y lo siguen de cerca, no habrán podido olvidarse de los besos de Rodolfo Valentino, de John Gilbert — entre otros en aquella famosa película "Los amores en la corte de Rusia" —; de aquel "Hermoso Brummel", de mi hermano John; en fin...

—Pero — interrumpe el cronista — hay algo que no podrá negarse, querido Lionel...

—¿Qué es?

—Que Greta Garbo, con su sorprendente aparición en "Demonio y carne", le dió al beso, en la pantalla, indudable y sensacional realismo. Un realismo y una sensualidad potente y delicada al mismo tiempo, que dejó huellas imborrables en la sensación...

—Conformes. Pero ese es "un caso personal", que no ha podido ni imitarse siquiera...

—¡Si habrá visto usted nacer estrellas en estos veinte años de actuación en la Metro!

—Nacer y morir, que es lo más doloroso, amigos. Los millones de esperanzas evaporadas, disueltas, rotas. Es como para no querer ni ponerse a pensar... Miren... Allá por el 1896 ó 98, cuando se le llamaba al cine "la cámara oscura de Edison", los actores de teatro creían que se disminuían al trabajar en el cine. Pero empezó a correr el dinero a manos tan llenas que deslumbró... Por aquel entonces los argumentos sólo constaban de dos actos, las cámaras eran gigantescas cajas de madera; los decorados, de papel, y la luz del sol, la única disponible para fotografiar escenas.

—¡Mucho han cambiado las cosas desde entonces!

—¡Mucho!... Después vinieron los reflectores de aluminio, y luego el más perfecto sistema de iluminación artificial, en uso ahora. Decorados corpóreos, reconstrucciones fantásticas de palacios, de puertos, de ciudades enteras... La acción se enriqueció de vida, de lógica, de potencialidad. Tomemos como punto de referencia que los estudios Culver City, de la Metro, ocupan un área de 167 acres, y que en sus diversos departamentos trabajan a diario no menos de cuatro mil personas. Para la organización de esta colmena hay un servicio de policía, considerada de las mejores del mundo. Existen trece millas de paseos pavimentados, 30 gigantescos *sets*, hospital, escuela para niños de artistas, fábrica de energía, purificación de aguas, grandes laboratorios, fantásticos almacenes y 22 salas de proyección.

—¿Cuántos argumentos se leerán allí por año?

—Unos veinte mil para la selección de cincuenta *films*. Se calcula que en sus veinte años, Metro ha producido 1236 películas de metraje, sin contar el material corto, suficiente para dar la vuelta al mundo tres veces.

—¿Cuál fué la primera película de esta organización?

—"Ben-Hur" y "El gran desfile". La última grande — comparada con aquellas, aunque salvando las distancias — "Madame Curie", que nos trae otra vez juntos a Greer Garson y Walter Pidgeon en otro nuevo suceso, seguramente de resonancia...

—¿Y... se besan en esta nueva película Greer y Walter?

—Besos de sabios... Que distan mucho de aquellos absorbentes y ávidos de Greta, pero que no son menos amorosos...

—¿Cómo ese que se dan Lana Turner y Robert Young, quizá?

—¡No, amigos!... Ese.. ¡Ese es un beso como para tocar alarma de incendio!...

Alguien dijo...

"Ríe, y todo el mundo reirá contigo. Llora, y llorarás tú solo..."

El cuento campero

LA ULTIMA "COLEADA"

Por **Enrique Mouliá**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN" ILUSTRACIÓN DE VALDIVIA

—¡AFIRMATE Biguá, que el noviyo es bravo! Abrieron el brete, lanzaron dos alaridos y la res salió, campo afuera, con gran empuje.

El muchacho espoleó a su tobiano y repitiendo a su vez el grito gaucho, se lanzó detrás de la res como una exhalación. Y cerca de la bestia, le agarró de la cola, y dándole un vigoroso cimbronazo, dió con ella en tierra.

—¡Biguá! —exclamaron al unísono con profundo espanto.

Había ocurrido lo previsto, lo tremendo, lo que no esperó él, confiado en su poder y en su destreza. Fué tan grande el esfuerzo y tuvo que ser tan violento el cimbronazo, que por efecto de este mismo fué despedido por sobre la cabeza del caballo y, dando una vuelta en el aire, cayó a varios metros de distancia.

—¡Se desnucó! — dijo azorado uno de los presentes, lanzando su presagio. Y efectivamente así fué. Cuando acudieron para socorrerle, lo hallaron tendido sobre el pasto del campo, ya exánime, sin vida.

—¡Se desnucó! —repetían luego al dar la mala nueva en la estancia y en los rincones del pago.

—¡Pobre Biguá! —agregaban—. ¡Tan fuerte y tan gaucho!

* * *

Pasó el tiempo y el triste fin de aquel lindo mocetón criollo vivía en el recuerdo de la gente campera como algo que no se termina de lamentar.

Mas no por eso dejóse de practicar la tradicional costumbre de la "coleada". En toda fiesta criolla del pago de los Montieles era infaltable. En ella se rendía culto al coraje y se hacía gala de la destreza gaucha. El hombre mostraba, entre alaridos, su dominio sobre la bestia. Era más difícil y más arriesgada que la doma. Había que tener no sólo habilidad, sino también fuerza, mucha fuerza.

Don Chiviro, un criollo bien plantado, hombre ya maduro, pero vigoroso y diestro, se jactaba de su poder físico. Era de mediana estatura, amplio de hombros y con unas manos temibles como garras. Tenía el rostro varonil, curtido al sol, pero con un aire simpático y un fulgor seductivo en la mirada. Hombre duro en la faena campera, se ablandaba en la convivencia. Sobre todo si había mujeres, entre las cuales tenía fama de conquistador.

Aquella tarde se celebraba una fiesta en el rancho de doña Zenona. Era el "cumple" de su hija Lola. Había locro con chorizos de ... pasteles de arroz con leche.

Cuando llegó don Chiviro corrió a ... doña Zenona, que a pesar de sus años ... vaba el cariño que tuvo por el hombre ... era muchacho y se lo disputaban las ... pago. En cambio, Lola, su hija, se quedó ... tando de lejos y con disimulo. Tambi... sin saber explicárselo, sentía por el ... una atracción irresistible. Comprendía ... era más que una "gurisa", pero no podía ... diarlo. Estaba enamorada, enamorada ... hombre que podía ser su padre.

—Don Chiviro —alardeó la paisanada ...

—Asujétense —intervino doña Zenona ... aquí estoy yo pa recibir a ese "taita".

Apeóse el hombre de su tostado, ...



con el apero de cabezadas de plata ... con virolas de oro, y echándose el ... vicuña sobre el hombro izquierdo se ... la paisanada que celebraba su arribo con ... manifestaciones, siguiendo la fiesta ...

Pero a poco de entreverarse buscó ... Zenona para preguntarle:

—¿Y la del "cumple"?

—Aquí la tiene, compadre...

La muchacha se acercó ruborosa. ... su carne joven y le brillaban los ojos. ... estado esperando aquel instante.

—¡Linda y bien puesta! —afirmó don ... con varonil acento.

—Igual que la madre —dijo ... ña Zenona.

—¡Igualita! —confirmó el criollo, ... fijo y agregando en seguida con una ...

—¡Cuando era moza!

—¡Quién pudiera volver a aquellos ... —suspiró la vieja criolla.

—¡Quién pudiera! —añadió don ... rando a la muchacha con mirada ... atinaba ella más que a sonreír y su ... tiraba la pulpa lujuriante de sus labios ... dos como una fruta en su rostro moreno, ... tras el seno hinchaba sus mórbidas ... apretadas por la bata de percal.

—¿Se acuerda de nuestros tiempos, ... dre? —siguió chanceando la criolla.

—¡Vaya si me acuerdo! —suspiró él—. ... si me acuerdo!

Y sus ojos se hundían en los ojos de la ...

—¡Que Dios se la conserve, comadre! ... luego reaccionando—. ¡Y por muchos ...

Había huído, como un condenado, ... pensamiento.

La fiesta transcurrió feliz. Se sirvió el sabroso menú criollo. La paisanada se chupó los dedos con los ricos pasteles que se sirvieron de postre. Más tarde, vinieron los juegos y después se esperaba el baile, ya que había polleras bien almidonadas y prestas.

Primero se corrió una "penca". Quedaron los "calientes" y dirimieron la disputa en un "mano a mano". Después, alguno propuso:

—Hagamos una "coleada".

—Eso es, una "coleada" —aclamaron los demás.

Buscaron del monte cercano una novillada y embretaron unos cuantos, los más chúcaros.

La suerte se repitió dos, tres, varias veces, con resultado vario.

Tocábale el turno a un novillo grande como un buey. Era un yaguanés de orejas paradas y de torvo mirar.

No se le animaba nadie.

—¡Vaya una mozada la de aura, amigo! —comentó sardónico don Chiviro.

—Y usted, ¿qué hace? —le retrucó uno de los aludidos—. ¿Por qué no se larga?

—En mi tiempo, aparcero, no le hacía asco ni al toro más pintao —se defendió él.

—¡Claro que no! —confirmó doña Zenona—. Tuvieron que verlo!

—Y para que no lo pongan en duda, aura mesmo les voy a hacer la prueba.

La paisanada se arremolinó como cuando va a suceder algo.

Don Chiviro se sacó la chaquetilla y el sombrero y se fué en busca de su tostado, que se hallaba detrás del rancho, atado a un palenque. Pero cuando fué a poner el pie en el estribo, una visión lo detuvo y lo atrajo como un embrujo. Era ella, la moza, que se había asomado a la ventana. Carne de juventud que se brindaba como una presa.

—¡Pa vos, muchacha —dijo don Chiviro—, va mi suerte!

—¡Pa usted esta flor! —contestó la moza, arrancándosela del pecho.

Don Chiviro la miró fijo, sonrió, y levantando la flor se la puso en una oreja.

La paisanada tomó posiciones, preparándose para ver qué pasaba.

—Hum... —murmuró un vizcacha—. Con tal que no te ocurra lo mesmo que a...

—¡Salga d'ai, viejo malagüero! —le respondieron en coro.

Llegó el momento. La paisanada se agrupó expectante.

—¡Lárguenlo, no más! —voceó don Chiviro.

La res atropelló recelosa, pero luego, lanzando un bufido, se largó a la disparada, campo afuera.

Don Chiviro la dejó alejarse un poco, y cuando la tuvo a tiro, espoleó a su tostado y se lanzó detrás de ella.

—¡Anima bendita! —exclamó la gente al unísono llena de estupor.

—¡No le dije! —murmuró el viejo agorero—. ¡Lo mesmito que al finao Biguá!

Corrieron todos. No había nada que hacer. El ruido seco que había hecho el cuerpo pesado del criollo al caer sobre el campo, era indicio de desgracia.

Allí estaba tendido, con la cabeza caída sobre el pecho, sin vida.

Se había desnucado.

Hubo un silencio profundo. Las mujeres se persignaron y los hombres se descubrieron, quedando sobrecogidos. Nadie atinaba a decir palabra alguna. Sólo la moza se animó a moverse. Apretada y medio deshecha había quedado junto al cadáver una flor. Ella se la había ofrendado. Despacito y medio temblorosa, la recogió y la puso en la oreja del muerto.

—Pa vos, muchacha —le pareció oír—, mi última "coleada". ◈

HOMBRES DE AMERICA

Benito Juárez, el hombre que llenó un período tumultuoso de la historia mexicana, ofrece, como todos los grandes hombres, rasgos que explican y definen sus acciones.

Perteneciente a un hogar humildísimo, de padres indígenas, honores y poder no borraron en él la huella profunda que en su infancia dejara esa condición de desheredado de la fortuna. Templado su cuerpo en la intemperie, y su alma en la soledad de las montañas, cuidando hasta los doce años un pequeño rebaño de ovejas, ignorando la lengua castellana, sin haber aprendido aún a leer ni escribir, la Naturaleza inscribió en su cerebro sabias lecciones que igualan o superan la enseñanza de los libros.

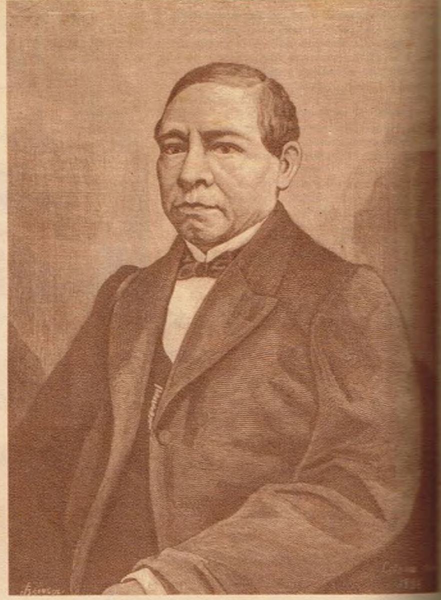
El niño que a los doce años era analfabeto, se doctoró en leyes a los veintiocho, y siempre se educó a sí mismo sobrepasando todos los obstáculos. Su vitalidad y austeridad le acompañaron a través de los azares de su existencia. Pero, como todo mortal, paga el tributo a la crítica, al error, o a la flaqueza de haber sido demasiado fuerte.

Juárez se indignaba cuando le llamaban frío y despiadado, asegurando que cada arruga y cada cana representaban un volcán apagado, un incendio vencido. Lo cierto es que prefirió la severidad extrema al desorden, a los peligros que amenazaban su patria y a su amor por ella lo sacrificó todo.

Algunas anécdotas que a continuación citamos, revelan aspectos de su espíritu y quizá ayudan a comprender, en parte, las características de esta figura, en torno a la cual no han terminado aún las polémicas.

* * *

La emperatriz Carlota fué adorada en la ciudad de México. Su juventud, su belleza, sus "toilettes", inspiradas en los modelos de las más elegantes damas de la corte de Napoleón III, enloquecían a los jóvenes criollos y desesperaban a las niñas, que procuraban imitarla. Desplegaba tal encanto, tal brillo en sus recepciones del Palacio de Chapultepec, que Juárez, conociendo este despliegue de atractivos e inteligencia, comentó en una ocasión:



Benito Juárez, que fuera presidente de México en una época por demás difícil ... esa nación, se retrata en esta nota en 5 pasajes de su vida, que son como ... tantos atisbos en la historia de su vigorosa existencia.

5 ANECDOTAS DE BENITO



Paul Muni, el astro de la pantalla norteam... carnó una vez la recia figura de Juárez, ... los momentos más azarosos de su patria. Ap... junto con otro actor, representando uno de los ... culminantes de la vida del gran patri...

—¡Qué pena! ¡Esta niña tan simpá... debía ser emperatriz!

* * *

Cuando Maximiliano de Austria fué ... denado a muerte por Juárez, éste recib... ticiones de indulto de todas partes del ... do. Víctor Hugo le escribió una ... emocionante carta. Garibaldi también ... clemencia. Multitud de mujeres de San ... Potosí y Querétaro, firmaban solicitudes ... presentaban al campamento liberal.

Llegó la princesa de Salm-Salm; se dej... de rodillas ante Juárez y lloró.

—Me aflige, señora —dijo Juárez con ... ojos velados de lágrimas—, verla arrodi... ante mí; pero si todos los reyes y las ... de Europa estuvieran a su lado, no podría ... donar a Maximiliano. No soy yo quien ... ta: es mi pueblo y la ley, y si no cump... voluntad, el pueblo mismo tomará su ... también la mía.

* * *

Dicen que Benito Juárez era, en su ...

miliar, afectuoso y modesto, procurando acortar distancias entre él y los más humildes servidores.

En Veracruz, adonde llegara en uno de sus viajes, lo hospedó un riquísimo hacendado en su mansión verdaderamente principesca, destinándole una serie de habitaciones y numerosos criados para servirlo. A Juárez se le ocurrió pasearse muy de mañana por el inmenso parque que rodeaba la casa, y pidió a una muchacha de color perteneciente a la servidumbre, pero que no le conocía, algo que necesitaba. Sea por el exterior sencillo de Juárez, sea porque no imaginara que personaje tan importante anduviera a hora tan temprana y solo entre los árboles, la muchacha contestóle con gran desabrimiento:

—¡Habrá impertinente! ¡Si necesita algo, búsqueselo usted!

A la hora del almuerzo, llegó Juárez a ocupar la cabecera de la mesa; la negrita lo vió, reconoció al que en la mañana había creído un criado, dejó caer la fuente que llevaba, y persignándose y diciendo a gritos la barbaridad que había cometido, salió corriendo del comedor. A Juárez le hizo mucha gracia, rió mucho, y Dolores, que así se llamaba la muchacha, fué perdonada y conservada por el caudillo durante largos años, como una de sus mejores servidoras.

❦ ❦ ❦

Una noche, siendo Juárez ministro de Justicia, debía concurrir con un amigo al Teatro Nacional. Llegado el amigo, debió ocupar su butaca solo, pues el ministro no aparecía. Un ranchero, de enorme sombrero y no menos enorme cabellera, se apoderó del asiento de Juárez y allí se instaló cómodamente a presenciar el espectáculo. Juárez llegó a la mitad del acto, y se acercó al hombre pidiéndole el asiento.

—Pues qué, ¿no he pagado?...

Juárez ocupó otra butaca; en el intervalo el acomodador se dirigió al ranchero, diciéndole que era del señor ministro el lugar que ocupaba.

—Pus buena la hice —dijo el ranchero llevándose las manos a la cabeza—. Pus buena la hice...

Se acercó al ministro a darle explicaciones; Juárez no permitió que se le molestara; le suplicó que siguiera en su asiento. Y aquel ranchero le prestó, años después, muy importantes servicios entre Guadalajara y Colima.



Una de las anécdotas más emotivas, de las 5 que relatan en la presente nota, se relaciona con el fusilamiento del emperador Maximiliano. Este cuadro de la época evoca aquel episodio: Maximiliano y los generales Miramar y Mejía, ante el pelotón de ejecución, en Querétaro.

JUAREZ

Por Ethel Kurlat

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

❦ ❦ ❦

En la correspondencia que mantenía Benito Juárez con personas nobles de Madrid, llamó la atención la elegancia de estilo con que manejaba el idioma español, sus giros castizos, y le escribieron felicitándole por ello profusamente y en forma por demás halagadora.

El secretario de Juárez contestó generalidades con exquisita cortesía. Y cuando el primero abandonó el despacho, Juárez escribió al pie de su firma una postdata que decía, poco más o menos, que la corrección de sus cartas y su buen estilo se debían al señor don Pedro Santacilla, su secretario, quien era acreedor a los favorables juicios que se hacían, y que él no tenía parte en la redacción de tan elogiada correspondencia.

❦ ❦ ❦

Estas anécdotas, y las líneas que les preceden, son únicamente la evocación de un hombre que trató de "hacer". Como todo lo humano, sus actitudes podrán discutirse. Pero no nos interesa aquí perseguir lunares. Los seres que viven en las páginas de la posteridad son gloriosos por sus mejores realizaciones.

Un clásico hispano escribió:

El caer no ha de quitar
la gloria de haber subido. ◈



GUY

CAPÍTULO I

SERÍA hacia principios de noviem
17..., cuando un joven hidalgo
recién salido de la universidad de
empleó sus primeros momentos de
tad en visitar una parte del norte de
y movido por la curiosidad, extendió
hasta la inmediata frontera de la
cina. Había visitado el mismo día en
pieza esta historia las ruinas de un
rio en el condado de Dumfries, y
toda la mañana
te de la tarde
jarle bajo dife
puntos de vista,
do que cuando
a caballo para
su camino, ya
do sobre la
breve y denso
lo propio de
adelantada
nía nuestro
que atravesar
tado campo
matorrales
tendía en
distancia de
llas; alzábanse
superficie,
otras tantas
nas graciosas
mostrando de
en cuando, ya
gos, verdes
pesar de la
una choza o
a que hacían
uno o dos

MANNERING

La famosa novela de

WALTER SCOTT

TAPA E ILUSTRACION DE PREMIANI



ban grandes matas de saúco. Aquellas solitarias habitaciones comu- n entre sí por algunas veredas abiertas entre los matorrales, tran- s sólo para los naturales del país. El camino real era, sin embargo, te bueno y ni aun de noche ofrecía el menor peligro; pero no a agradable viajar solo y a oscuras por un terreno desconocido, y situaciones capaces de inspirar al ánimo pensamientos sombríos, a debe serlo tanto como aquella en que se hallaba Mannering.

medida que iban siendo más densas las sombras de la noche e iba ndo el terreno, más frecuentes eran las preguntas de nuestro via- a los raros transeúntes que encontraba, acerca de la distancia a que llaba de la aldea de Kippletringan, donde se proponía pasar la . La respuesta habitual a estas preguntas era una especie de con- gunta dirigida a averiguar el punto de donde venía. Mientras fué te la claridad de la tarde para que pudiesen distinguirse en viajero el porte y traje de una persona decente, aquellos sin- s interrogatorios adoptaban generalmente la forma de una supo- como por ejemplo: —¿El señor habrá ido seguramente a la antigua de Halycross? Muchos caballeros ingleses van a verla. — O bien: stra merced vendrá seguramente del castillo de Pouderloupat? — cuando sólo pudieron distinguirse a causa de la oscuridad la pre- y el tono de la voz, la respuesta habitual era: —¿Y qué os trae s horas de la noche por estos andurriales? — O bien: —¿Conque s de esta tierra, buen hombre? — Las respuestas, cuando por dad obtenía alguna, eran tales que ni le era posible conciliarlas sí, ni añadían nada nuevo a lo que ya sabía. Al principio le fal- para llegar a Kippletringan *un buen pedazo de camino* (a gey luego el *buen pedazo de camino* se concretaba con alguna exactitud a *acaso unas tres millas*, que se reducían un mo- después a como *una milla y un pedacillo*, la cual milla y el peda- o tardaban en crecer hasta el punto de convertirse en *cuatro millas poco más o menos;* hasta que al fin, una mujer, después de haber o a un chiquillo que llevaba en brazos, aseguró a Guy Mannering estaba muy lejos de Kippletringan y que no era muy bueno el para viajeros peones. El pobre rocín en que iba caballero ring fué sin duda de opinión de que no era mejor el camino para para la mujer que acababa de responder, pues empezó a acortar considerablemente, a no darse por sentido de los espolazos más r medio de una especie de lastimero relincho y a tropezar en piedra (y no eran pocas) que hallaba en el camino.

Mannering empezaba a perder la paciencia. Seducíale a veces la falaz esperanza de que iba a llegar al término de su caminata al ver a lo lejos una o más luces; pero cuando llegaba a ellas, quedaba cruelmente desengañado viendo que salían de alguno de los cortijos que se alzaban de trecho en trecho en el llano. En fin, para colmo de incertidumbre, llegó a un punto donde el camino se dividía en dos ramales. Aun cuando hubiera derramado la luna suficiente claridad para que le hubiera sido posible consultar los restos de un letrero escrito en un poyo que había en aquel sitio, no le hubiera sido de mucho provecho, pues según la bendita costumbre escocesa, nunca falta quien borre esos letreros apenas se ponen. Vióse, pues, precisado nuestro viajero, cual otro antiguo caballero andante, a abandonarse a la sagacidad de su caballo, el cual, sin titubear un momento, tomó el camino de la izquierda y apretó el paso, de suerte que dió a su amo esperanzas de que su instinto le hacía conocer que se acercaba a la cuadra. No se realizó, sin embargo, por el pronto esta esperanza, y Mannering, a quien en su impaciencia, cada estadio parecía tres veces mayor de lo que era en realidad, empezó a creer que Kippletringan se alejaba de él a medida que iba andando.

Estaba el cielo cubierto de nubes, a pesar de lo cual expedían de vez en cuando las estrellas una trémula e incierta luz. Nada hasta entonces había interrumpido el silencio en torno del caminante más que el ronco chillido del alcaraván en los pantanos y los suspiros del viento entre los matorrales de aquel yermo aguanoso, a los cuales se mezclaban los lejanos bramidos del océano, al que evidentemente se acercaba el viajero. Esta última circunstancia no era muy a propósito para tranquilizar su ánimo; muchas veredas en aquel país costean el mar, y se ven continuamente cubiertas por la marea que se extiende a grande altura y sube con extraordinaria rapidez; otras están cortadas por ancones y pequeñas ensenadas que sólo se pueden cruzar sin peligro cuando la marea está muy baja, circunstancias todas fatales para un caminante que no conoce la tierra que pisa, en una noche oscura y con un caballo rendido. Resolvió, pues, Mannering definitivamente hacer noche en la primera habitación, por pobre que fuese, que le deparase la suerte, a menos de hallar un guía que le condujese a la malhadada aldea de Kippletringan.

Una miserable choza le presentó, en fin, ocasión de ejecutar este proyecto. No poco trabajo le costó hallar la puerta, y aun después de llamar a ella pasó un buen rato sin que oyese más respuesta que un dúo entre un perro y una mujer, el primero ladrando y la segunda gritando para hacerle callar; poco a poco la voz humana predominó en el coro, y como en un momento los ladridos perrunos, dejando los acentos de la amenaza, se convirtieron en humildes aullidos, es muy probable que esta victoria fué debida a algo más que a la mera fuerza de los pulmones.

—¡Mal rayo en tu boca, amén! — Tales fueron los primeros acentos articulados que oyó el viajero —, ¿no me dejarás oír lo que me quieren con tus ladridos?

—¿Estoy lejos de Kippletringan, buena mujer?

—¡De Kippletringan!... — repitió una voz mujeril en un tono de estupefacción que sólo podemos expresar por medio de tres admiraciones —. ¡Vaya!, ¡vaya!, ¡vaya! ¿Cómo habíais de poder ir a Kippletringan? Es preciso que volváis ahora al Whaap (cueva); del Waap iréis luego a Ballenloan, y entonces...

—¡Eso es imposible, buena mujer! Mi caballo está molido de cansancio. ¿No podéis albergarme por esta noche?

—No por cierto; estoy sola, porque Jacobo ha ido a la feria de Drumshourloch a vender los añinos, y aunque me fuera en ello la vida no abriría mi puerta a gente que anda corriéndola por ahí a estas horas...

—¿Pero qué queréis que haga, buena mujer? Yo no puedo pasar toda la noche en despoblado.

—No sé, a fe mía, qué deciros, a menos que queráis ir hasta la *plaza*, donde os recibirán sin informarse de si sois noble o simple.

—¡Simple sí, bastante simple para andar por estos campos a semejante hora de la noche! — dijo entre sí Mannering, que ignoraba el sentido de la frase —. ¿Pero cómo haré para hallar esa *plaza*, como vos la llamáis?

—Tomaréis *wessel* (hacia poniente) al fin del *loan* (plaza), pero cuidado con caer en el hoyo.

—¡Oh! Si seguís hablándome de *eassel* y de *wessel* soy perdido! ¿No sabéis de alguno que pueda llevarme a esa *plaza?* Se le pagará muy bien.

La palabra *pagar* produjo un efecto mágico.

—¡Eh, Jack, tunante! — exclamó la voz del interior de la choza —, ¿te estás ahí tumbado en la cama y hay aquí un caballero que busca quien le acompañe a la *plaza?* Arriba, haragán, arriba, y llévale por el gran *loaning* (camino). —Este os enseñará bien el camino y yo respondo de que seréis bien recibido, pues a nadie se cierra allí la puerta, y precisamente llegáis en la mejor ocasión, porque esta noche ha pasado por aquí el criado del laird (lord) — no su ayuda de cámara, sino otro — e iba a buscar al comadrón; como que no se detuvo más que lo preciso para beber dos pintas de *tippeny* (cerveza), y decirme que Milady sentía los primeros dolores.

—Acaso — dijo Mannering — les será importuna la llegada de un forastero en semejante momento.

—¡Oh! No tengáis cuidado; la casa es grande, y un día de parto es buen día.

Durante este diálogo había tenido tiempo Jack para meterse en una chaqueta zarrapastrosa y en unos calzones más zarrapastrosos todavía, hecho lo cual salió de la choza. Era un muchacho de como hasta doce años, con el pelo blanco, con las piernas al aire, regordete y zopencote, que todo pudo verlo el viajero a la luz de un candil que su madre, medio desnuda, asomaba recatadamente para poder echar una ojeada al forastero sin que él la viera. Tomó Jack hacia la izquierda de la choza, llevando del bocado el caballo de Mannering; y conduciéndole con bastante destreza por el estrecho sendero que daba vuelta al terrible hoyo, que no era ni más ni menos que un muladar, y cuya inmediación se dejaba percibir por más de un sentido. Metió entonces al derrengado rocín en un vericueto pedregoso, luego en unas tierras labradas, abrió un *slop* (boquete), como él decía, derribando un pedazo de tapia de cascote, hizo pasar por la brecha al dócil animal y le introdujo, en fin, por una puertecilla en un sitio que parecía una calle de árboles, aunque de éstos faltaban muchos para que mereciera completamente este nombre. Oíase ya entonces a corta distancia el estruendo del océano, y la luna, que empezaba a salir, iluminó un torreado y al parecer ruinoso edificio de considerable extensión. En él fijó la vista Mannering con algún desconsuelo.

—¡Eh!, mocito — dijo a su guía —, eso no es una habitación, sino unas ruinas.

—Ahí han vivido mucho tiempo, sin embargo, los señores de la comarca; ésa es la antigua *plaza* de Ellangowan, donde dicen que hay muchos duendes; pero no tengáis miedo porque yo nunca he visto ninguno; además, ya estamos a la puerta de la nueva *plaza*.

En efecto, dejando las ruinas a la derecha, pronto condujo al viajero a una pequeña casa construída a la moderna, a cuya puerta llamó con recios golpes, como anunciando la llegada de un personaje de importancia. Dijo Mannering al criado que salió a abrir, el caso en que se hallaba, y el dueño de la casa, habiéndole oído desde la sala inmediata, salió a recibirle y a darle el parabién por su llegada a Ellangowan. El muchacho, muy satisfecho con media corona que le dió el viajero, se volvió a [illegible] choza; el caballo, que ya no podía con sus [illegible]sos, fué llevado a la cuadra, y Mannering [illegible] halló a los pocos minutos sentado delante [illegible] una opípara cena, para la cual el frío [illegible] largo paseo a caballo le habían dado un vig[illegible] apetito.

CAPITULO II

> Siempre viniendo a menos
> De mi hacienda perdí la mej[illegible]
> Con lo cual ha quedado
> Como la luna en su último m[illegible]
> SHAKESPEARE, *Enrique IV*, [illegible]

La sociedad reunida en el salón de E[illegible]wan se componía únicamente del laird [illegible] un personaje que podía ser el dómine [illegible]gar o tal vez el teniente del ministro, [illegible] su traza era demasiado humilde para [illegible] le tomase por el mismo ministro de [illegible] casa del laird.

Era éste una de aquellas personas de [illegible]da categoría que suelen hallarse frecue[illegible]te en las posesiones rurales. Fielding [illegible]crito una clase de hombres *feras c*[illegible]*nati;* pero la afición a la caza supone [illegible]tividad de alma que enteramente hab[illegible]nado a Mr. Bertrán, dado caso de [illegible]día la hubiese poseído. Una habitu[illegible]dad era la única expresión notable de [illegible]ciones, que eran bastante agraciadas; [illegible] su fisonomía indicaba la indolencia en [illegible]bía pasado la vida. Voy a dar al le[illegible] ligera noticia de su carácter y su [illegible] mientras echa un largo discurso a M[illegible] sobre la utilidad y conveniencia de [illegible] bien las botas en paja para montar a [illegible] cuando hace frío.

Godofredo Bertrán de Ellangow[illegible] muchos lairds de aquella época, h[illegible] una larga genealogía una muy módica [illegible] La lista de sus antepasados ascendía a [illegible]ra, que se perdía en los tiempos b[illegible] la independencia galwegiana, de modo [illegible] árbol genealógico, además de los no[illegible]tianos de Godofredo, Gilberto, Di[illegible]dán, célebres en tiempo de las cruzad[illegible]taba, como frutos de más remotas [illegible] de Arth, Knarth, Donngild y Hanlo[illegible]lidad de verdad, habían sido pose[illegible]guamente de vastos dominios y jefes [illegible] numerosa tribu llamada Mac Ding[illegible] hacía ya mucho tiempo que habían [illegible] el apellido normando de Bertrán. H[illegible]rreado y promovido rebeliones; hab[illegible]cesivamente vencidos y vencedores, [illegible] degollados, etc., etc., por espacio de [illegible] siglos, cual correspondía por entonces [illegible] familia de cuenta; pero habían ido de[illegible] por grados de su pasada grandeza: [illegible] haber sido cabezas de banderías y de [illegible]ciones, los Bertranes o Mac Ding[illegible] Ellangowan habían acabado por no ser [illegible] cómplices subalternos. Sus más desast[illegible]zas en este género ascendían al siglo [illegible]rante el cual su mala estrella les insp[illegible]píritu de contradicción que los puso [illegible] guerra abierta con el partido domin[illegible]ron una conducta diametralmente op[illegible] del famoso vicario de Bray, uniéndose [illegible]do más débil con tanta tenacidad [illegible] digno sacerdote al partido más fuerte, [illegible] y al cabo, como él, recibieron su reco[illegible]

Allan Bertrán de Ellangowan, que [illegible] *tempore Carole primi*, fué, según dice [illegible] a quien he consultado para estos [illegible] sir Roberto Douglas en su *Scotish* [illegible] (véase el título Ellangowan), "un re[illegible]rrimo y lleno de entusiasmo por la ca[illegible] sagrada majestad, en la cual se unió [illegible] marqués de Montrose y a otros ilu[illegible]losos patriotas, por lo que sufri[illegible]

(¹) La historia del vicario de Bray es [illegible] Inglaterra y aun existe sobre ella una canc[illegible] Bray es una parroquia situada sobre el [illegible] el Berkshire: el susodicho vicario vivió [illegible] Enrique VIII y alcanzó a sus tres suc[illegible] vando siempre su vicaría de Bray, para la [illegible] cuatro veces de religión. — *T. de D.*

...das. Tuvo el honor de ser nombrado caballero por su rey; fué con... ...do por el parlamento en 1642 al secuestro de sus bienes, como *ma-* ...*t*, y de nuevo en 1648, como *resolutioner*". Estos dos malhadados ...tos de *malignant* y de *resolutioner* (apodos políticos) costaron al ... sir Allan la mitad de su patrimonio. Su hijo Dionis Bertrán con... matrimonio con la hija de un fanático eminente, miembro del con... de estado, y merced a este enlace salvó los restos de los bienes de ...sa; pero su suerte adversa quiso que no se enamorase menos de las ...ones de su mujer que de su hermosura. Este carácter le da el autor ...tado: —"Era un hombre de grandes prendas y de mucho valor, por ... razón fué elegido por los condados del oeste miembro de la junta ...balleros encargada de llevar al consejo privado de Carlos II la expo... de sus quejas con motivo de la llegada del ejército Highlandés ...678." En castigo de haberse encargado de esta patriótica misión fué ...nado a una multa, para cuyo pago tuvo que empeñar la mitad de lo ... quedaba de la sucesión paterna. A fuerza de una severa economía ...a podido remediar este descalabro, pero cuando Argyle levantó ...ndarte de la rebelión, Dionis Bertrán se hizo sospechoso al go..., fué preso, enviado al castillo de Dunnotar en la costa de Mearns, ... se rompió los sesos en una tentativa que hizo para escaparse de la ... subterránea llamada la Bóveda del Whig, donde estaba confinado ...nas ochenta personas de sus mismas opiniones. El consejero *(the ...er)*, como se llamaba entonces el que tenía en rehenes una hipoteca, ... posesión de ella, y según el lenguaje de Hostpur, "siempre vinien... menos", quedó despojada la familia de otra gran parte de su desmo... patrimonio.

...ohoe Bertrán, con un nombre y un carácter algo irlandeses, here... ya escasas propiedades de Ellangowan, plantó en la calle al reve... Aarón Macbriar, capellán de su madre (se dice que riñó con él ...otivo de cortejar entrambos a la vaquera), dió en emborracharse ...ente brindando a la salud del rey, del consejo de estado y de los ..., en celebrar grandes orgías con el laird de Lagg, Teófilo Oglet..., y sir James Turner; montó en fin en su caballo tordo y fué a ...rse al ejército de Clavers en Killicera. En una refriega cerca de ...ld, en 1689, fué muerto por un soldado cameroniano con un botón ...ata disparado a guisa de bala, pues se suponía que el diablo había ... su cuerpo invulnerable por el hierro y el plomo, y todavía se lla... sepulcro "la madriguera del laird malo".

... hijo Luis *(Lewis)* tuvo más prudencia de la que se acostumbraba ... en la familia. Dedicóse a conservar la poca hacienda que le queda..., pues las demasías de Donohoe la habían desquiciado no menos que ...ltas y las confiscaciones. No pudo, sin embargo, sustraerse a la fa...d que impulsaba a los señores de Ellangowan a mezclarse en asun... políticos, pero tuvo la precaución antes de *salir* (unirse) con lord ...more, en 1715, de poner sus bienes en fideicomiso, a fin de sus...los a las multas y a los embargos, en caso de que el conde de Marl, ...ese poderoso a derribar la dinastía protestante. Pero pasó de Scila ...ibdis — al buen entendedor pocas palabras: — sólo salvó sus bienes ... de un pleito que de nuevo subdividió la herencia de sus mayores; ... como era hombre resuelto, vendió una parte de sus tierras y evacuó ...iguo palacio medio derruído, donde vivía su familia, decía un anti... arrendatario, como una rata en un camaranchón. Derribando parte ...uellas venerables ruinas, construyó con las piedras que se pudieron ...vechar una pequeña casa de tres pisos, con una fachada a manera ... gorra de granadero, con una ventana redonda en el centro, como ... único de un cíclope, dos ventanas a cada lado y una puerta en el ..., con vistas a todos lados en la sala y en el recibimiento.

...l era la nueva *plaza* de Ellangowan donde hemos dejado a nuestro ..., acaso más agradablemente entretenido que nuestros lectores, y a ...e se había retirado Luis Bertrán, llena la cabeza de proyectos para ...blecer el caudal de la familia. Labró sus tierras por su cuenta, arren... algunas otras de los propietarios vecinos, compró y vendió ganado ... y vacuno, recorrió las ferias y los mercados, hizo tratos y especu...nes, trabajó de firme y ahuyentó de su casa la pobreza lo más que ...: pero perdió en honra lo que ganó en provecho, pues sus ocupa...es agrícolas y mercantiles fueron miradas con el más soberano des...o por sus allegados los demás nobles, que no pensaban más que en ..., en peleas de gallos, en carreras de caballos y tal vez de cuando ... cuando en andar a estocadas. Las ocupaciones a que se dedicaba eran, ... su opinión, indignas de la hidalguía de los Ellangowan, por lo que ... a poco se vió en la necesidad de renunciar a su trato y de redu... al carácter ambiguo de un noble labrador. En medio de estos pro...os pagó tributo a la muerte, y los escasos restos de un pingüe pa...onio pasaron a Godofredo Bertrán, su hijo único, posesor de ellos ... la época a que se refiere esta historia.

Pronto pudo conocer Godofredo los azares a que estaban sujetas las ...culaciones favoritas de su padre. Privado de la personal y activa vi...ancia de laird Luis, todas sus empresas le salían mal, y careciendo sobre ... de la más ligera chispa de energía para hacer cara a la desgracia ...huyentarla, puso su confianza en la actividad de otro. No tenía ni ...os, ni caballos, ni otros preliminares de ruina; pero según la costum... del país, tenía un *agente de negocios*, lo que venía a ser lo mismo ... sustancia. Bajo la inspección del tal agente, deudas insignificantes lle...on a ser considerables, los intereses se acumularon sobre el capital, ...sos redimibles se hicieron perpetuos, y para fin de fiesta tuvo que ...enderse con procuradores y escribanos; era, sin embargo, Ellangowan

tan poco litigioso naturalmente, que en dos ocasiones salió condenado a pagar las costas de un pleito del que jamás había tenido la más remota noticia. Todos sus vecinos vaticinaban su completa ruina: los de la alta clase, considerándole como un hermano degenerado, la esperaban con maligno placer; las clases inferiores, no viendo nada envidiable en su situación, tributaban más compasión a su futura desgracia. Justo será decir, además, que generalmente era muy querido, y así sucedía que en tratándose de la división de algún terreno baldío, o cuando prendían a algún contraventor a las ordenanzas de caza y pesca, o en otras ocasiones semejantes, en que los villanos se creían oprimidos por la nobleza, solían decirse entre sí: "¡Ah, si Ellangowan, excelente sujeto..., poseyese aún todo lo que ha pertenecido a sus antecesores, no permitiría que los pobres infelices fuesen atropellados de este modo!" Sin embargo, esta buena opinión general no impedía que se aprovechasen de su bondad en beneficio propio siempre que podían, haciendo pastar los ganados en sus dehesas, robándole su leña, matándole su caza, porque decían: "el laird, ¡excelente sujeto!, nunca lo sabrá; él no se ocupa en lo que hacen los pobres infelices." Buhoneros, gitanos, caldereros, vagabundos de todas calañas, saqueaban sus huertas o atestaban su cocina, y el laird, que no era nada afeminado, pero que gustaba de chismes y habladurías como casi todos los caracteres flojos, hallaba recompensada su hospitalidad con el placer de molerlos a preguntas sobre las novedades de los países de donde venían.

Una circunstancia detuvo a Ellangowan en la rápida senda de su ruina, cual fué su casamiento con una señora que tenía sobre cuatro mil libras esterlinas. Nadie en todas aquellas cercanías pudo comprender cómo, siendo ella tan rica, se había casado con él, que era tan pobre, a menos que fuese porque era alto, bien formado, de unas facciones bastante regulares, de gentil continente y del mejor y más alegre genio del mundo. Añádase a todo esto que la doncella frisaba ya en la juiciosa edad de veintiocho años y que no tenía parientes cercanos que pusiesen obstáculo a su voluntad.

Para esta señora, próxima a salir de su primer embarazo, fué despachado a Kippletringan en la noche misma de la llegada de Mannering, el activo y diligente mensajero de que hizo mención la vieja de la cabaña.

Ya que hemos hablado tan largamente del laird, bueno será que hagamos trabar al lector más amplio conocimiento con su compañero. Era éste Abel Sampson, vulgarmente llamado a causa de su profesión de pedagogo, Dominus Sampson. Era de humilde cuna, pero habiendo mostrado desde su más tierna infancia un carácter serio y reflexivo, sus padres, que eran muy pobres, llegaron a esperar que su *bairn* (hijo), que así le llamaban, podría aspirar con el tiempo a regentear una cátedra. Con estas ambiciosas miras se condenaron a la más estricta economía, se privaron de todo, madrugaron con el alba, se acostaron tarde, comieron pan seco, bebieron agua fresca, todo con el objeto de proporcionar a su querido Abel los medios de instruirse. Pusiéronle, pues, en una escuela, donde su cuerpo larguirucho y flaco, su porte desgarbado, su carácter grave y taciturno y algunos hábitos grotescos que le eran naturales, como el de contonearse y hacer visajes mientras daba la lección, hicieron del pobre Sampson el hazmerreír de sus compañeros. Las mismas cualidades le granjearon la misma suerte en el colegio de Glasgow; siempre había codazos y quimeras entre los colegiales por ver en primera fila a Dominus Sampson (porque ya le habían conferido este honroso título) bajar de la clase de griego, con su *Lexicón* debajo del brazo, sostenido sobre dos largas piernas, semejantes a las patas de un grullo, levantando alternativamente dos puntiagudos y desiguales hombros, metido en una casaca negra en que hubiera podido embozarse, que estaba además toda raída y que era en fin su constante y única gala. Cuando hablaba, todos los esfuerzos del profesor (y eso que lo era de teología) eran insuficientes para poner coto a la inextinguible algazara de los estudiantes, y aun a veces para que él mismo dejara de reírse con ellos. El rostro luengo y descolorido de Sampson, sus ojos bizcos, sus descomunales mandíbulas que parecía que no se abrían y se cerraban por un acto de su libre albedrío, sino por efecto de un complicado mecanismo interior; su voz áspera y disonante, que se alzaba hasta el chillido de la lechuza cuando le decían que hablara más alto, todas estas cosas, sin contar el vestido remendado y los zapatos rotos, que desde los tiempos de Juvenal distinguen al pobre estudioso, le daban diariamente nuevos títulos a la rechifla de sus colegas. Y, sin embargo, jamás Sampson mostró el menor enfado de resultas de los malos tratamientos de que era objeto, ni pensó en vengarse de los que le hostigaban con sus despiadadas burlas. Salía del colegio lo más recatadamente que podía, e iba a encerrarse en su miserable zaquizamí, donde por dieciocho peniques por semana le daban un mal jergón y la facultad de estudiar junto a la lumbre de la patrona, cuando estaba esta señora de buen humor. En medio de todas estas calamidades, adquirió suficientes conocimientos en el griego y en el latín, y una regular erudición en las ciencias exactas.

Andando los tiempos, Abel Sampson, *probationer* (novicio) en teología, fué admitido al privilegio de predicar; pero, ¡oh dolor!, parte por su timidez, parte por la evidente disposición a la risa que se apoderó del auditorio apenas se presentó en el púlpito, lo cierto es que quedó en una absoluta incapacidad de seguir adelante en su sermón. Abrió una bocaza enorme, hizo un gesto ridículo, tendió por todas partes una mirada tal que el auditorio temió que se le iban a saltar los ojos de sus órbitas, cerró su Biblia, bajó del púlpito más que a paso, derribó al salir todo desalentado y corrido a varias viejas que según costumbre se habían acercado para oír mejor, y desde entonces le quedó el mote del "ministro apurado". Volvióse pues a su tierra, perdidas todas sus esperanzas y desbaratados todos sus propósitos, a participar de la pobreza de sus padres, y como no tenía ni amigo confidente, ni siquiera un simple conocido, nunca se pudo saber cómo había sobrellevado allá en su interior Dominus Sampson una catástrofe que dió que reír a todo el pueblo por espacio de una semana. Sería nunca acabar si hubiese de hacer mención de todas las zumbas a que dió origen el citado suceso, desde un romance titulado: "*Sampson's riddle*", *el enigma de Sampson*, compuesto por un principiante de humanidades, hasta el chistoso equivoquillo del Rector que se daba el parabién de que Sampson, en su rápida fuga, no se hubiese llevado, como su antiguo homónimo, las puertas del colegio.

Pero nada podía alterar la mansedumbre y magnanimidad de Sampson. Con el objeto de ayudar a sus padres abrió una escuela de primeras letras, que le valió muchos discípulos, pero pocos emolumentos. El caso fué que admitió en ella a los hijos de los labradores acomodados por lo que quisieran darle, y a los niños pobres gratuitamente, y sea dicho para oprobio de los primeros, las ganancias del pobre pedagogo nunca llegaron a competir con el jornal de un buen cavador. Sin embargo, como tenía buena letra, siempre ganaba alguna cosilla para mejorar la pitanza, copiando cuentas y escribiendo cartas para Ellangowan. Insensiblemente el laird, que vivía retraído de todo trato de gentes, fué aficionándose al de Dominus. Su conversación no era en verdad de las más brillantes, pero sabía escuchar y no atizaba mal la lumbre. Probó también a despabilar las velas, pero hubo de renunciar a sus ambiciosas pretensiones después de haber dejado por dos veces el salón en tinieblas. To-
das sus atenciones quedaron, pues, lim...
levantar su vaso de cerveza al mismo...
exactamente que el laird, y a proferir...
vagos murmullos de aprobación cuando...
ba éste alguna de sus largas y mal...
historias.

En una de estas ocasiones fué cuan...
tró a Mannering su macilenta y grac...
ra, en la que parecía que cada peda...
biera ido por su lado a no haber estado...
da en un casacón negro todo raído, ...
ñuelo de color, que algún día estuvo...
que rodeaba su seco y nervudo pesc...
unos calzones grises, en unas medias...
en unos zapatos con clavos y con he...
cobre.

Tales eran en bosquejo las dos pers...
tre quienes se hallaba sentado Manner...
toda comodidad.

CAPITULO III

¿No cuentan las historias de todos tiempo...
llosos presagios? ¿No ha habido siempre...
que se preciaban de leer en los astros? ...
han escrito almanaques.

BUTLER, *H...*

Manifestó Ellangowan a su huésped...
cunstancias en que se hallaba su espo...
meramente como una disculpa de que...
liese a recibirle, en segundo lugar...
no extrañase carecer de algunas de aq...
licadas atenciones que siempre se echan...
nos cuando faltan señoras, y, en fin, ...
razón poderosa para hacer traer a la...
botella de vino generoso.

—Yo no puedo acostarme — dijo el...
la inquietud propia de quien está...
vísperas de ser padre — hasta que sepa...
mujer ha salido de su parto con toda...
y si vos no tenéis mucho sueño y qu...
cernos a mí y a Dominus el honor de...
con nosotros, espero que no os dete...
mucho tiempo, porque Lucía Ho...
mujer que lo entiende y despacha...
Había no ha mucho tiempo una much...
tera que se hallaba en el mismo caso...
mujer en este momento; por más señas...
vivía lejos de aquí... No hay que...
menear la cabeza, Dominus; estoy se...
que se le ha pagado a la iglesia todo...
le debía, y ¿qué más puede hacer el...
sobre todo, ya ha recibido las bendi...
el que es ahora su marido no la tiene...
porque le haya sucedido ese percance...
ven en Anaan, a la orilla del mar, y...
sible hallar un matrimonio más unido...
jos tienen, y el mayor, que se llama G...
do, como yo, está ya colocado a bordo...
yate de la aduana, y es muchacho...
carrera, yo lo fío. El comandante es...
mío, y obtuvo su diploma cuando aqu...
reyerta que tuvimos en el condado, de...
habréis oído hablar, pues se trató de...
Cámara de los Comunes. Yo hubiera...
esa cuestión ciertamente por el laird...
ruddery, pero sucedió que como mi...
Jacobita y *salió* con Kenmore, nunc...
juramento, y por más que hice no pu...
ner que me dejaran votar, pero mi ag...
tiene un voto a causa de mis bienes, ...
favor del anciano sir Tomas Kittlec...
volviendo ahora a lo que decíamos...
cía Howatson es verdaderamente...
porque aquella muchacha...

Al llegar a este punto interrumpió...
narración del laird la voz de una pers...
subía la escalera de la cocina cantand...
pelado. Las notas altas eran demasiad...
para un hombre y las bajas parecían...
siado broncas para una mujer. Las pa...
lo que pudo oír Mannering, venían a...

Te será dulce sufrir
Si con bien logras parir:
Mi hechizo protegerá
Al que haya nacido ya.

—Meg Merrilies es, la gitana — dijo Mr. Bertrán —; tan cierto como ... yo soy un pecador.

...ominus exhaló un sordo suspiro, separó las piernas que tenía cruza... retiró el ancho pie que en su primera actitud estaba extendido, lo co... perpendicularmente, y pasó la otra pierna por encima, expidiendo ...mismo tiempo a grandes bocanadas el humo de su pipa.

—¿A qué viene suspirar, Dominus? Estoy seguro de que los cantares ... Meg no pueden hacer daño a nadie.

—Ni bien tampoco — respondió Sampson con una voz cuya insopor...ble aspereza correspondía a su extraña figura. Aquella era la primera ... que desplegaba sus labios delante de Mannering, y como éste tenía ... poca curiosidad por saber si aquel autómata que comía, bebía, se mo... y fumaba estaba también dotado de la facultad de hablar, oyó con ... aquellas palabras; pero en el mismo instante se abrió la puerta y ...ó Meg Merrilies.

...stremecióse Mannering al verla. Su estatura no bajaba de seis pies: ...aba sobre sus demás vestidos una levita de hombre, y un garrote de ... en la mano; todos sus atavíos, a excepción de las faldas, parecían ... propios del género masculino que del femenino. Los negros mecho... de su pelo, semejantes a las sierpes de la Gorgona, se escapaban por ... troneras de un viejísimo sombrero a la antigua usanza, llamado un ...*grace*, realzando el singular efecto de sus facciones robustas y curti... por la intemperie, mientras que sus ojos desencajados y su rápida ...da mirada indicaban una locura verdadera o fingida.

—¡Pardiez que hacíais una buena cosa, Ellangowan — le dijo —, en de... que pariera Milady sin avisarme, sabiendo que estaba yo en la feria ... Drumshourloch! ¿Quién hubiera apartado de su cabecera los malos ...ritus, decidme? ¿Quién hubiera atraído a los genios del bien a la cuna ... recién nacido? ¿Quién, por amor suyo, le hubiera dicho el conjuro ... Santa Colma? — Y sin esperar la respuesta, comenzó a cantar:

El trébol y la verbena
Te aliviarán toda pena:
Si ayunas en san Andrés
Ganarás de vida un mes.

Santa Brida con su rata,
Santa Colma con su gata,
San Miguel con su lanzón
Te darán su protección.

...ntó este conjuro con voz ronca y destemplada, haciendo al mismo ...po cabriolas con tal fuerza y agilidad, que casi fué a dar en el techo ... la frente.

—Y ahora — dijo luego que hubo acabado —, ¿no mandaréis que me ... una copa de aguardiente?

—Sí, Meg, pero sentaos por lo pronto ahí junto a la puerta y sepamos ... habéis oído de nuevo en la feria de Drumshourloch.

—A decir verdad, laird, mucha falta hacíais vos y los que se os pare... porque había, sin contarme yo, algunas buenas muchachas y un ...lo para darlas que hacer.

—¿Cuántos gitanos han enviado a la Tolbooth (cárcel)?

—La verdad sea dicha, laird, tres solamente, porque tampoco había ... en la feria, sin contarme yo, y lo que es yo me quité de en medio ... tiempo, porque no me gusta andar en camorras. Dunbog ha hecho ... de sus tierras a John Yung y a Red Rotten... ¡malhaya su ra... Imposible que él sea noble, que si lo fuera no privaría a unos infe... del abrigo de una pobre choza, porque le han cortado algunas zar... en las cercas de sus heredades o le han arrancado las cortezas de al...os troncos podridos, para hacer hervir un mal puchero... Pero hay ... Dios en los cielos y allá veremos si algún día antes de amanecer no ... sobre su tejado el gallo rojo.

—¡Chitón, Meg, chitón! Eso no se dice.

—¿Qué quiere decir? — preguntó Mannering a Sampson en voz baja.

—¡Incendio! — respondió el lacónico Dominus.

—Pero, en nombre del cielo, ¿qué es esa mujer?

—Ramera, ladrona, bruja y gitana — dijo Sampson.

—¡Oh! de verdad, laird — prosiguió Meg durante este *aparte* —, sólo ...te de hombres como vos se puede hablar con el corazón en la ma... lo digo y lo repito, tan noble es Dunbog como el último de los mo... de su caballeriza. Si se pareciera a vos, que os viene la nobleza de mu...simos centenares de años atrás, no hubiera echado de sus tierras, como ... perro rabioso, a un pobre hombre, aunque le hubiera robado más ...pones que tiene hojas el *trysting tree* (árbol de la cita). Y ahora, ea, ...nga alguno de vuestras mercedes el reloj sobre la mesa y dígame a ...nto fijo la hora y el minuto en que nace la criatura, para que yo le ...ga la buenaventura.

—Para eso, Meg, no necesitamos de vuestro auxilio, pues aquí tenéis ... estudiante de Oxford que entiende la materia mejor que vos, porque ... en las estrellas.

—Ciertamente — dijo Mannering siguiendo la broma de su huésped —; ...cularé su porvenir desde su nacimiento conforme a la regla de las ...plicidades, recomendada por Pitágoras, Hipócrates, Diocles y Avice..., o empezaré *ab hora questionis* como enseñan Haly, Messahala, Gan...this y Guido Bonato.

Uno de los grandes títulos que recomendaban a Sampson a la privan... de Mr. Bertrán, era que jamás descubría las tentativas por más palpa...les que fuesen, que se hacían para engañarle, de modo que el laird, cu-

yos esfuerzos para echarla de gracioso se reducían exclusivamente a lo que se llamaba entonces *bites* y *bams*, y luego se ha llamado *hoaxes* y *quizzes* (chasco), no podía hallar mejor campo para lucir sus agudezas que el que constantemente le ofrecía el candor del inocente Dominus. Verdad es que él por su parte jamás se reía, ni tomaba parte en la risa producida por su simplicidad; hasta se dice que no se rió más que una sola vez en su vida, y que en esta memorable ocasión hubo de mal parir su patrona, tanto por efecto de la sorpresa que le causó el suceso en sí, cuanto por el terror que le inspiraron los terribles gestos que acompañaron a aquella insólita carcajada. El único efecto que producía en Dominus el descubrimiento de los chascos que le prodigaban, era hacerle exclamar *¡prodigioso!* o *¡muy gracioso!* sin que se alterara en lo más mínimo un solo músculo de su rostro.

En la presente ocasión volvió hacia el joven extranjero su descarnado y pálido semblante y le miró con traza de hombre que duda si ha oído bien o mal.

—Mucho temo, caballero — dijo Mannering dirigiéndole la palabra —, que seáis uno de esos desgraciados cuyos ojos, cerrados a la luz, son incapaces de penetrar las esferas estrelladas y leer en ellas los decretos del cielo; cuyas almas, en fin, oponen a la convicción la insuperable barrera de sus preocupaciones.

—No negaré — dijo Sampson — que opino con sir Isaac Newton, caballero y director de la casa de moneda de S. M., que la supuesta ciencia de la astrología es vana, frívola y despreciable.

—Por cierto — repuso el viajero — que me aflige que un hombre tan grave e instruído como vos parecéis, padezca una ceguedad tan lastimosa. ¿Queréis poner el breve, moderno y, yo puedo decirlo, patrio nombre de Isaac Newton en parangón con las graves y retumbantes autoridades de Dariot, Bonatus, Ptolomeo, Haly, Eztler, Dieterick, Naibob, Harfurt, Zael, Taustettor, Agrippa, Duretus, Maginus, Orígenes y Argol? Cristianos y gentiles, judíos y paganos, poetas y filósofos, ¿no están todos de acuerdo en admitir el influjo de las estrellas?

—*¡Communis error!* ¡Error general! — dijo el imperturbable Dominus.

—No por cierto — replicó el joven inglés —; es una creencia universal y bien fundada.

—Recurso de truhanes, charlatanes y embaucadores — dijo Sampson.

—*Abusus non tullit usum* — dijo Mannering —. El abuso que se hace de una cosa no proscribe su uso.

Durante esta discusión, Ellangowan estaba como cogido en su propias redes. Volvía los ojos alternativamente hacia ambos interlocutores, y al ver la gravedad con que Mannering impugnaba a su adversario y la erudición que desplegaba en la controversia, iba empezando a creer que todo aquello era algo más que una broma. Por lo que hace a Meg, fijaba en nuestro astrólogo sus ojos delirantes, subyugada por su extraño lenguaje, más misterioso aún que el suyo propio.

Aprovechóse Mannering de su ventajosa posición y sacó a relucir todos los terminachos técnicos que le suministró su memoria feliz, y con los que una circunstancia, de que hablaremos más adelante, le había familiarizado desde su primera juventud.

Los signos y los planetas, en sus fases sextiles, cuaternarias y ternarias, conjuntas u opuestas; las divisiones de la esfera celeste, con sus crecientes y sus menguantes, sus horas y sus minutos; almuten, almochoden, anahibazon, catahibazon, otros mil términos igualmente sonoros y significativos salieron a la palestra y fueron a estrellarse en el imperturbable estoicismo de Dominus.

Interrumpió, en fin, esta plática la feliz nueva de que milady acababa de dar a su esposo un robusto niño, y se hallaba (frase corriente) tan bien como era de desear en su situación. Mr. Bertrán pasó inmediatamente al cuarto de su mujer; Meg Merrilies bajó a la cocina para tomar su parte del *groaning malt* (cerveza caliente) y de *Kenno* (bebida), y Mannering, después de haber consultado su reloj y tomado nota con suma exactitud de la hora y del minuto del alumbramiento, suplicó a Dominus, con la gravedad competente, que le llevase a algún sitio desde donde pudiese observar los cuerpos celestes.

Levantóse el maestro de escuela sin responder palabra, abrió la puerta cuya mitad superior cubría un espejo, y le llevó a una azotea que conducía a la altura en que estaban situadas las ruinas del antiguo castillo. El viento, que poco antes había empezado a soplar había disipado las nubes que encapotaban el cielo: brillaba la luna en mitad del firmamento y todas las estrellas derramaban sus más vivos resplandores. La escena que su luz ofreció a Mannering era en sumo grado sorprendente y magnífica.

Ya hemos dicho que, en la última parte de su jornada, nuestro viajero se iba acercando al mar, pero sin saber a qué distancia se hallaba de la costa. Vió entonces que las ruinas del castillo de Ellangowan estaban situadas sobre un promontorio o peñasco inclinado sobre el mar, que formaba uno de los lados de una reducida y serena bahía. El edificio moderno estaba situado un poco más lejos, y el terreno que se extendía a su espalda llegaba hasta el lindero del mar, formando una verde pradera en declive, dividida en cuadros por naturales hileras de añosos árboles, y limitada por las blancas arenas de la playa: el otro lado de la bahía opuesto al antiguo castillo, era igualmente un promontorio cubierto de rica vegetación que en aquella costa, favorecida por la naturaleza, llega hasta la orilla del mar. Distinguíase en él, entre los árboles, la cabaña de un pescador. A pesar de ser tan entrada la noche, veíanse circular algunas luces por la playa, con las que se alumbraban probablemente los que estaban descargando un lugre de contrabando de la isla de Man, que se alcanzaba a ver en la bahía. Apenas se abrió la puerta a donde asomó Mannering con luz, cuando el grito de "*¡Alerta! ¡Apaguen!*" que salió del buque, puso en confusión a todos los que estaban en la costa y en un momento desaparecieron todas las luces.

Era la una de la mañana, y por todas partes se dominaban en torno vistas deliciosas. Las pardas torres del castillo ruinoso, unas enteras y otras medio derruídas, ostentando aquí los vestigios de su venerable antigüedad, allí embozadas en una capa de yedra, cubrían el borde de la negra roca que se alzaba a la derecha de Mannering; tenía enfrente la mansa bahía, cuyas menudas olas, rizándose y luciendo a los rayos de la luna, los reflejaban en su tersa superficie y se quebraban con suave murmullo en la argentada orilla. Tenía a su izquierda un inmenso bosque que se extendía a gran distancia dentro del mismo océano, presentando al resplandor de la luna los más varios y graciosos juegos de luz y sombra, en sus claros y en sus espesuras, tan despejados aquellos que la vista se perdía con delicia en sus hondos senos, y tan densas éstas que era imposible penetrar por ellas: sobre su cabeza giraban los planetas, cuya luminosa órbita los hacía distinguir de las estrellas menores o más distantes. Tan fuerte es el poder de la imaginación aun sobre los mismos que dominan las de los demás, que Mannering, contemplando aquellos brillantes cuerpos celestes, se sentía medio inclinado a creer en la influencia que les atribuye la superstición sobre la suerte de los hombres. Pero Mannering era joven, amaba, y tal vez estaba subyugado por los sentimientos que tan delicadamente expresa un poeta moderno:

En la ingeniosa fábula del hombre
Su cuna y su morada halló el amor,
Y entre fadas y espíritus mecido
Y encantado en la mágica visión,
De su divino origen olvidado,
Falsas divinidades adoró.
De las antiguas artes la hermosura,
De los antiguos vates la creación,
Pasaron cual la sombra de la noche,
Cuando el tiempo la imagen destruy
La majestad, la fuerza, la belleza
Pasaron de la forma a la razón;
Y sus templos perdieron monte y
Como la noche y el fulgente sol,
La náyade murió en las puras ondas,
Al silfo errante el viento arrebató...
Mas nuestro corazón siempre agita
Buscando al sentimiento la expresi
Une al lenguaje de la fe postrera
De la primera lira el primer son.
Por eso aunque de espíritus y div
Otro estrellado mundo es ya mansió
Y aunque no imploran ya los am
De un astro la benigna emanació
Mientras que ahora es dote de nat
Lo que antes era dádiva de un Di
Aun se reparten Jove la grandeza.
Y Venus la hermosura y el amor.

Pronto a estos vagos pensamientos
otros.
—¡Ah — dijo entre sí mi anciano y
ceptor, que solía tomarse tanto inter
controversias de Heydon con Chamber
astrología —, hubiera contemplado es
con otros ojos, y hubiera procurado
te descubrir con arreglo a la disposi
pectiva de esas celestes luminarias,
probables sobre la suerte de la cria
acaba de nacer, como si el curso de
pudiera regir las leyes de la divina Pro
Pero en fin, ¡paz a su alma!, bastante
tró para sacar un horóscopo en regla,
poner manos a la obra.
Dicho esto, tomó nota de la posici
principales astros y se volvió a la
laird, que le esperaba en el salón,
con entusiasmo que era padre de un
niño, y se mostró muy dispuesto a
lante la cena con nuevos bríos; pero
la excusa de cansancio que alegó Ma
acompañándole hasta la habitación que
ba preparada, le dejó entregarse al
que tanto había menester.

CAPITULO IV

¡Ven y mira!, da crédito a tus propi
signo terrible brilla en el astro de tu vida;
go te amenaza... ¡Oh, tenlo presente!

La creencia en la astrología era cas
sal a mediados del siglo XVII; come
caer hacia fines del mismo siglo, y a
del XVIII esta ciencia cayó en gener
dito y hasta llegó a hacerse ridícula,
servó, no obstante, todavía algunos
aun entre las personas instruídas. Ho
ves y estudiosos no podían resolverse
ciar a los cálculos que habían sido el
objeto de sus tareas, y se resistían a
las sublimes alturas en que suponían
había colocado sobre todo el resto
humano el supuesto poder de calcular
de los astros.
Entre los más vehementes partidar
soñado privilegio, contábase un ancian
tico, bajo cuya dirección había pasa
nering su juventud; el buen hombre
peaba la vista observando las estre
devanaba los sesos calculando sus
binaciones. Su discípulo, en su prime
tud, participó algún tanto naturalme
entusiasmo, y se afanó durante algú
por llegar a ser maestro en la cienci
gica, de modo que, antes de que se co
de su vanidad, el mismo William Lilly
reconocido en él "suficiente saber y pe
para sacar un horóscopo".
En la presente ocasión, madrugó cu
permitírselo la brevedad del día, y
inmediatamente a calcular el porvenir
heredero de los Ellangowan. Empr
trabajo *secundum artem*, tanto por
las apariencias, como por una especie de
sidad de saber si aun recordaba y era
practicar aquella ciencia imaginaria.
pues, conforme a las reglas su *tema* o

cielos, le dividió en doce secciones, colocó en ellas los planetas con arreglo a las efemérides, y calculó sus posiciones respectivas en la hora y punto del nacimiento del niño. Sin que sea nuestro ánimo cansar a nuestros lectores con los pronósticos generales que hubiera podido sacar en semejante caso la astrología judiciaria, no debemos omitir una circunstancia que ocupó singularmente la imaginación de nuestro astrólogo. Marte, en el cenit de la dozava sección, amenazaba al recién nacido con cautividad o muerte repentina y violenta; y Mannering, recurriendo a aquellas más profundas y misteriosas reglas con que pretenden los adivinos cerciorarse de la exactitud de sus cálculos, obtuvo por resultado final, que tres períodos de su juventud debían ser particularmente peligrosos para el niño: los correspondientes a los años *quinto, décimo* y *vigésimoprimero* de su vida.

Es algo singular que Mannering, poco tiempo antes, habiendo hecho los mismos cálculos a instancias de Sofía Wellwood, la dama de sus pensamientos, había hallado que una combinación semejante de las influencias planetarias la amenazaba también con muerte o prisión a la edad de treinta y nueve años. Tenía a la sazón dieciocho, de modo que a la misma época amenazaban a ambos iguales calamidades. Atónito a la vista de esta singular coincidencia, repitió Mannering sus cálculos, y sacó por último resultado que el mismo mes y el mismo día eran para ambos la época del mismo peligro.

No creemos necesario advertir que al mencionar esta circunstancia, no es nuestro ánimo acreditar las predicciones de la astrología; pero es tal a veces nuestra tendencia a creer todo lo maravilloso, que con harta frecuencia nuestros propios esfuerzos contribuyen a descarriar nuestro juicio. La coincidencia de que he hablado, era realmente uno de aquellos extraños azares, que suelen ocurrir contra todas las probabilidades, o acaso Mannering, perdido en el laberinto de sus delirios astrológicos, siguió insensiblemente dos veces el mismo hilo para salir de él? ¿O tal vez su imaginación, seducida por algunos puntos de aparente semejanza, le ayudó a hallar entre aquellos dos cálculos más coincidencia de la que ofrecían en realidad? Imposible es resolverlo, pero no hay duda que la impresión que hizo en su ánimo la igualdad absoluta de los resultados de sus cálculos fué tan viva como indeleble.

No podía volver en sí de la sorpresa que le causaba un resultado tan singular e inesperado.

—¿Andará el diablo metido en la danza — se decía — para vengarse del desprecio con que trato un arte que pasa por hijo de la magia? ¿O será posible, como aseguran Bacon y sir Tomás Browne, que la astrología, bien estudiada, puede conducir al descubrimiento de la verdad, y que no se puede negar el influjo de los astros, aunque conviene precaverse de los tunantes que practican este arte?

Un momento de reflexión le bastó para desechar esta opinión, como extravagante y sólo sancionada por aquellos grandes hombres, o bien porque no habían osado declararse abiertamente contra las preocupaciones universales de su época, o porque ellos mismos no estaban enteramente libres de la contagiosa influencia de las opiniones dominantes. Y, sin embargo, el resultado de sus cálculos en las dos citadas circunstancias, produjo en él una impresión tan desagradable, que, como Próspero, resolvió allá en su mente abandonar la práctica de este arte y no volver a ejercer ni aun por burla la astrología judiciaria.

Titubeó algún tiempo sobre lo que diría al laird de Ellangowan relativo al horóscopo de su primogénito, y al fin resolvió comunicarle el resultado de sus cálculos, informándole al mismo tiempo de la variedad de las reglas porque se había guiado. Tomada esta resolución, fué a pasearse por la azotea.

Si la perspectiva de la escena que se dominaba desde Ellangowan era hermosísima, vista a la luz de la luna, nada perdía de su belleza iluminada por los primeros rayos del sol naciente. La tierra, aun en el mes de noviembre, sonreía bajo su benéfica influencia. Una pendiente rápida, pero regular, que se extendía desde el terrado hasta una vecina altura, condujo a Mannering al pie del antiguo castillo, que consistía en dos macizas torres redondas, que proyectaban su sombría y grandiosa mole sobre un murallón que las reunía, protegiendo así la entrada principal que se abría en una soberbia bóveda labrada en el centro de la muralla en el patio interior del castillo. Las armas de la familia, labradas en piedra de sillería, se veían esculpidas sobre la fachada, como también los espacios dispuestos por el arquitecto para bajar el rastrillo y alzar el puente levadizo. Una puerta de tablas de pino clavadas unas a otras groseramente, como la de un cortijo, era a la sazón la única defensa de aquella entrada en otro tiempo formidable. La llanura frontera al castillo dominaba una brillante perspectiva.

La triste escena de desolación por junto a la cual había pasado Mannering la noche anterior, estaba cubierta por una altura, con lo que todo el país que abarcaba la vista ofrecía una agradable alternativa de collados y valles, cortados por un riachuelo, visible en algunos puntos y perdido en otros entre densas arboledas. La torre de una iglesia y algunas casas que se veían a lo lejos, anunciaban un lugarcillo situado en la desembocadura del río en el océano. Las tierras parecían bien cultivadas y estaban divididas en pequeñas cercas al pie de las colinas; los zarzales que las rodeaban se elevaban a bastante altura. Veíanse por una y otra parte verdes dehesas cubiertas de ganados, y animaba aquella graciosa perspectiva el mercado del vecino pueblo. Las remotas montañas presentaban un aspecto más severo, limitando a cierta distancia la fertilidad del terreno peñones cubiertos en parte de matorrales verdosos que, oponiendo a la vista una barrera impenetrable, inspiraban la más halagüeña idea de aquella repuesta soledad. Las costas del mar que Mannering veía entonces en toda su extensión, correspondían en variedad y hermosura al aspecto del país circunvecino: en algunos puntos presentaba enormes rocas, coronadas a veces de ruinas de antiguos castillos, torres y fanales que, según la tradición, habían sido construídos a corta distancia unos de otros para que pudiesen protejerse mutuamente en caso de invasión extranjera o de guerra civil. El castillo de Ellangowan parecía haber sido el más importante y considerable de aquellos edificios arruinados, y probaba por su magnitud y su situación, la superioridad de que aseguraba habían gozado sus fundadores sobre los demás nobles de la comarca. En otros puntos el mar, más risueño a la vista, estaba festoneado de pequeñas bahías donde la tierra, en suave declive, internaba en el mar promontorios cubiertos de verdura.

Una escena tan diferente de la que le había hecho presagiar su viaje de la noche anterior, produjo en Mannering una impresión tanto más viva cuanto menos se asemejaba a ella. En frente de sí tenía la moderna quinta de Ellangowan, muy mediana, es verdad, como obra de arquitectura, pero deliciosamente situada.

—¡Cuán feliz y sosegada vida — pensaba nuestro héroe — se podría pasar en semejante retiro! A un lado, las imponentes reliquias de una pasada grandeza con el secreto orgullo que inspiran; al otro, una habitación elegante y bastante cómoda para satisfacer unos deseos moderados. ¡Vivir aquí y contigo, Sofía!...

Dejemos aquí los devaneos de un amante: Mannering, engolfado en ellos, permaneció algunos momentos con los brazos cruzados, y entró después en el antiguo castillo.

Apenas hubo pasado la puerta vió que la agreste magnificencia del patio interior correspondía a la grandeza de la fachada. Veíase a un lado una hilera de altas y espaciosas ventanas divididas por labrados escudos de piedra, por las cuales antiguamente penetraba la luz en el salón principal del castillo; al otro había varias construcciones de diferentes alturas y edades, si bien su conjunto comunicaba al edificio cierto carácter de uniformidad. Las puertas y las ventanas estaban adornadas de esculturas antiguas e informes, unas enteras todavía, otras destruídas, y las demás, en fin, cubiertas de hiedra y otras plantas rastreras, que crecían con profusión entre aquellas ruinas. El fondo del patio frontero a la entrada había estado también cerrado con otras construcciones semejantes; pero habiendo sido, decían, bombardeadas por las naves del parlamento mandadas por Deane durante la larga guerra civil, aquella parte del castillo estaba mucho más arruinada que todo lo demás, y presentaba una brecha enorme por la cual vió Mannering el mar y un pequeño buque (un lugre armado), que estaba anclado en el centro de la bahía. Mientras andaba Mannering por aquellas ruinas, oyó en el interior de una pieza, a su izquierda, la voz de la gitana a quien había visto la noche anterior. Pronto se llegó a una abertura por la cual podía observarla sin ser visto, e involuntariamente se le ocurrió que su figura y su ocupación en semejante sitio correspondían exactamente a la idea que nos formamos de las antiguas sibilas.

Estaba sentada sobre una piedra rota en un rincón de una sala embaldosada, en la que había barrido los escombros a fin de franquearse suficiente espacio para las evoluciones de su huso. Un rayo del sol que penetraba por una alta y estrecha ventanilla, caía sobre ella e iluminaba sus facciones y su extraña vestimenta: el resto de la estancia estaba absolutamente oscuro. Vestida con el traje nacional del pueblo en Escocia, al que se mezclaba algo de fantástico y oriental, hilaba un copo de lana de tres colores, negra, blanca y gris, con ayuda de aquellos antiguos instrumentos de las mujeres caseras, casi desterrados ya de la tierra, la rueca y el huso; cantaba al mismo tiempo, y su canción parecía ser un conjuro. Mannering, después de haber procurado en vano retener en la memoria las palabras de aquel cantar, hizo de él la siguiente paráfrasis, habiéndose penetrado de su sentido por algunas pocas frases que pudo oír bien:

Tuércete, retuércete, hebra torcida,
Mezclando tus hilos de vario color:
Así en el tejido de la humana vida
Van siempre mezclados placer y dolor.

Del niño que nace la aurora primera
Pálidos fulgores empieza a extender.
Y ya en el tejido de su vida entera
Cien hilos diversos miro aparecer.

Veo allá en las sombras, en ciego delirio,
Mezclando coronas de rosa y ciprés,
La fe, los temores, la paz, el martirio
En mágica danza cruzando sus pies.

Ya crece, ya mengua la turba danzante
Del huso zumbante girando en redor:
Retuércete, hebra, que llega el instante,
Y empieza el tejido de dicha y dolor.

Antes de que nuestro traductor o, por mejor decir, libre imitador, hubiese arreglado estas estancias en su cabeza, y mientras andaba todavía buscando un consonante a *dwindle* (mezclar), ya había acabado la sibila de hilar su copo. Cogió entonces el huso, cubierto ya del fruto de su trabajo, y devanando el estambre poco a poco, le fué midiendo en trozos como desde el codo hasta el intervalo que separa el dedo índice del pulgar. Luego que todo estuvo medido, se dijo a sí misma hablando entre dientes:

—Aquí hay una madeja, pero no de un solo cabo. Setenta codos tiene; muchos años son; pero el estambre se ha roto tres veces, y buena dicha tendrá si tres veces le anuda.

Iba nuestro héroe a dirigir la palabra a la profetisa cuando una voz bronca como la de las olas irritadas, gritó dos veces y cada vez con más impaciencia.

—¡Meg! ¡Meg Merrilies! ¡Gitana, bruja, mil demonios te lleven!

—Allá voy, allá voy, capitán — respondió Meg, y en el mismo instante apareció en las ruinas el impaciente personaje a quien se dirigía.

Su aspecto era el de un marino, tenía una estatura más que regular y su tez estaba curtida por los embates del nordeste. Era tan robusto y fornido, que evidentemente parecía muy capaz de vencer en una lucha cuerpo a cuerpo a otro hombre mucho más alto que él. No sólo tenía traza de hombre duro, más lo que es peor, nada en su semblante anunciaba la indiferencia, jovialidad y franqueza que caracterizan a un marino en tierra firme. Estas cualidades, acaso, contribuyen tanto como las que más a la alta popularidad de que gozan nuestros marinos y al aprecio que hace de ellos nuestra sociedad: su cortesía, su intrepidez, su generosidad, son cualidades que excitan al respeto y aun tal vez humillan en su presencia a los pacíficos habitantes de las ciudades; y si bien es cierto que ni el respeto ni un sentimiento de humillación se concilian bien con la simpatía que por lo común inspiran, también lo es que su buen humor y cordial franqueza, cuando están en tierra, templan lo formidable de su carácter y los hacen ser generalmente queridos. No sucedía así, sin embargo, con el capitán en cuestión, antes por el contrario, una expresión de grosera ferocidad hacía aún más desagradable la natural dureza de sus facciones.

—¿Dónde andas, hija del diablo? — dijo, con un acento algo extranjero, pero en muy buen inglés —. ¡Trueno y maldición! Media hora hace que te estamos aguardando. Ven a echar la bendición al buque para que haga una buena travesía, ¡y maldita seas por bruja de Satanás!

Vió en el mismo instante a Mannering, que por la posición que había tomado para ver lo que hacía Meg Merrilies, parecía que trataba de esconderse detrás del arco a que estaba arrimado. El capitán, que este título se daba, se paró de repente, miró de hito en hito a Mannering, y metiendo la diestra en el seno entre la casaca y el chaleco, como si buscase un arma:

—¿Qué se hace ahí, hermano? — le dijo —; parece que estamos espiando, ¿eh?

Antes de que Mannering, indignado del ademán y tono insolente de aquel hombre, le hubiese respondido, salió la gitana de su rincón y se acercó al capitán, que le dijo en voz baja, mirando a Mannering de soslayo:

—¿Es algún tiburón de la costa, eh?

—No por cierto — respondió ella en el mismo tono y en la algarabía de su tribu —; es un huésped del laird.

El rostro sombrío del capitán se despejó algún tanto al oír esta explicación.

—Que los tengáis muy buenos, caballero — dijo a Mannering —; veo que sois visita de mi amigo Mr. Bertrán, os pido perdón de lo dicho, pues os tomé por otro.

—Y vos, caballero — replicó Mannering —, ¿sois sin duda el dueño del buque que se ve en la bahía?

—Sí, señor; soy el capitán Dirk Hatteraick, comandante del *Iung fraw Hagenslaapen*, bien conocido en esta costa; no tengo que avergonzarme ni de mi nombre, ni de mi buque, ni tampoco de mi cargamento.

—Creo muy bien que no tendréis razón para ello.

—¡No, mil truenos! Yo hago un tráfico excelente. He cargado ahí en Douglas, en la isla de Man, verdadero *cognac*, rico *hyson* y *souchoung* (té), magníficos encajes que están a vuestra disposición. Pero sobre todo, ¡qué cognac! Anoche desembarqué más de cien pipas.

—Yo soy un viajero, y no necesito por ahora ninguno de esos géneros.

—En ese caso, pasadlo bien, caballero; es menester que cada cual atienda a su negocio, a menos que queráis venir a bordo, donde os prometo que probaréis rico té. Dirk Hatteraick sabe lo que es ser cortés.

Había en aquel hombre una mezcla de impudencia, de osadía y de recelosas sospechas, que verdaderamente inspiraba una inexplicable aversión. Su porte era el de un bellaco que sabe el mal concepto en que todos deben tenerle y que procura deslumbrar afectando una intrépida y franca familiaridad. Mannering le dió las gracias en pocas palabras por su atención, y después de haberle devuelto su saludo, Hatteraick se retiró con la gitana por la parte de las ruinas por donde había entrado. Una escalera muy estrecha, labrada sin duda para el mejor servicio de la guarnición en un sitio, conducía a la playa; por ella bajó la digna pareja, tan amable por su apariencia como respetable por su profesión. El supuesto capitán se embarcó en un bote donde le esperaban dos de los suyos, y la gitana se quedó en la playa declamando, cantando y manoteando con singular vehemencia.

CAPITULO V

Os habéis comido mis haciendas, habéis talado mis parques, destruído mis bosques y en mis propias ventanas desgarrado mis vestidos; nada me habéis dejado para probar que soy noble más que mi opinión y mi sangre.

SHAKESPEARE, *Ricardo II.*

Luego que la lancha que conducía al digno capitán a su buque le hubo dejado a bordo, izaron las velas y levaron el ancla, después de haber saludado con una salva de tres cañonazos al castillo de Ellangowan; el viento soplaba de tierra y el lugre se alejó a todo trapo.

—¡Ah!, ¡ah! — dijo el laird, que había andado buscando a Mannering por un buen rato y acababa de reunirse con él —; ya se fueron los del comercio libre. Ya se fué el capitán Dirk Hatteraick en su *Iung fraw Hagenslaapen*, medio manés (de la isla de Man), medio holandés, medio diablo. ¡Bajen el mástil del bauprés, desplieguen la vela del palo mayor y de las gavias, y adelante! ¡y quién pueda, los siga! Habéis de saber, Mr. Mannering, que ese pajarraco es el terror de la sisa y de los guardacostas de la aduana: sobre que no pueden con él, y si se le acercan salen con las manos en la cabeza...; pero ahora que se habla de sisa, vengo a buscaros para almorzar, y por cierto que vais a tomar un té, que...

Mannering, que ya había echado de ver con cuánta profusión derramaba el locuaz Mr. Bertrán sus ideas

Cual perlas mal ensartadas,

y con cuánta facilidad pasaba de un asunto de conversación a otro, se apresuró a interrumpirle para tomar algunos informes acerca de Dirk Hatteraick.

—¡Oh! El es... es..., viene a ser, como si dijéramos, un buen sujeto, con tal que nadie le incomode; contrabandista, cuando sus cañones le sirven de lastre; corsario, pirata tal vez, cuando están corrientes en sus cureñas. El solo ha causado más perjuicios a la renta de aduanas que todos los contrabandistas de Ramsay (puerto de la isla de Man).

—¿Pero cómo puede, amigo mío, semejante sujeto hallar protección y estímulo en esta costa?

—¿Qué queréis que os diga, Mr. Mannering? Por aquí suelen necesitarse té y aguardiente, y ese es el único medio de adquirirlos. Luego, ya se ve, cada cual hace sus negocios como Dios le da a entender. Si vais a comprar esos géneros a casa de Cristams o de Duncan Rob en Kipletringan, os hacen pagar en metálico o en papel, pero pagadero a la vista o poco menos, en vez de que Dirk os deja a la puerta un par de barricas de aguardiente o una docena de libras de té, y toma en pago leña, granos o cualquiera cosa, lo primero que se ofrece. Y ahora que viene a pelo, os voy a contar una aventura muy particular. Había una vez un laird — Macfie de Gudgeonford se llamaba por más señas — que cobraba a título de censo una multitud de gallinas, es decir, que se las daban en [illegible] arrendatarios de sus tierras, como si [illegible] una especie de renta en gallinas. A prop[illegible] gallinas, no están las mías muy boyant[illegible] digamos. La semana pasada me envió tr[illegible] Kinniston que daba vergüenza mirarl[illegible] será porque no tiene sus doce fanegas [illegible] labrantía para cebarlas, como que el [illegible] su marido — pero ya se murió — (tod[illegible] de hacer otro tanto, Mr. Mannering, [illegible] do cierto es!) —; pero ahora que se [illegible] morir, vivamos lo más que se pueda, [illegible] está el almuerzo en la mesa y Do[illegible] espera para echar la bendición.

Echó en efecto Dominus su bendici[illegible] muerzo en un discurso más largo qu[illegible] Mannering le había oído hasta entonc[illegible] debido entre paréntesis al ilícito tr[illegible] noble capitán Hatteraick, pareció a [illegible] quisito; pero Mannering, aunque con [illegible] miramientos posibles, no pudo menos [illegible] nifestar cuán peligroso le parecía fom[illegible] mejantes violaciones de la ley.

—Aunque no fuera — dijo — más [illegible] respeto a los derechos de la aduana, [illegible] ce que...

—¡Ah! los empleados en la aduana, [illegible] exclamó Mr. Bertrán; porque es el caso [illegible] buen señor nunca veía idea general o [illegible] bajo su verdadero punto de vista, y [illegible] aduana estaba personificada en los [illegible] recaudadores y demás dependientes —, [illegible] pleados en la aduana tienen obligació[illegible] fenderse y no necesitan que los ayu[illegible] que para eso tienen soldados que los [illegible] y por lo que hace a la justicia... [illegible] creer, Mr. Mannering, que aquí donde [illegible] no soy juez de paz?

Afectó Mannering la mayor sorpre[illegible] no pudo menos de pensar allá a sus [illegible] no perdía mucho la corporación de l[illegible] de paz en estar privada de las luces de [illegible] huésped. Pero Mr. Bertrán acababa [illegible] blar uno de los pocos asuntos de conv[illegible] que le llegaban al alma, y prosiguió [illegible] poca vehemencia.

—No señor; el nombre de Godofre[illegible] trán de Ellangowan no figura en los [illegible] nombramientos, aunque apenas hay un [illegible] en el condado, dueño de un palmo [illegible] que no tenga su asiento en las se[illegible] pueda poner J. P. (juez de paz) despu[illegible] nombre. Ya sé a quién tengo que [illegible] selo. Sir Tomás Kittlecourt tuvo la des[illegible] de decirme que me hubiera hecho no[illegible] hubiera abrazado sus intereses en las [illegible] elecciones, y porque yo preferí apoyar [illegible] pia sangre en la persona de mi primo [illegible] el laird de Balruddery, no me incluyer[illegible] lista de los mayores contribuyentes. ¿[illegible] ahora nuevos nombramientos, y tam[illegible] dejan fuera! ¿Y todo por qué? Porq[illegible] que echaba todo el quehacer sobre las [illegible] de David Mac Guffog, el constable, [illegible] todo lo que le daba la gana, como si [illegible] un pelele, lo que es mentira, porque en [illegible] he expedido más que siete mandatos de [illegible] por más señas que Dominus me los es[illegible] a no haber sido por aquel maldito [illegible] Sandy Mac Gruthar, a quien los co[illegible] tuvieron dos o tres días metido en el [illegible] castillo, en vez de enviarle como era [illegible] debido a la cárcel del condado... ¡[illegible] dinero que me costó el tal pleito! Pe[illegible] sé lo que anda buscando sir Tomas... [illegible] puesto, como si lo viera; pero no le har[illegible] lo que él quiere es mi asiento en la i[illegible] Kilmagirdle; pero, seamos justos, ¿no [illegible] rresponde a mí de derecho la primer[illegible] enfrente del ministro, más bien que [illegible] Krosskie de Creochstone, el hijo de [illegible] Mac-Krosskie, el tejedor de Dumfries?

Mannering manifestó que reconocía l[illegible] cia de aquellas varias quejas.

—También hubo, habéis de saber Mr. [illegible] nering, un pleitecillo acerca de un ca[illegible]

NADIE SE FIJABA EN ÉL...



hasta que inició sus estudios!

Las cartas y los relatos de nuestros ex alumnos son pruebas palpables de la influencia que la enseñanza de la UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA tiene sobre la vida de muchos jóvenes.

Es clásico el caso del joven que vegeta en un puesto rutinario, mal remunerado, sin perspectiva alguna, y que recién al iniciar sus estudios se da cuenta que él también puede triunfar. La atención personal de nuestros profesores le permite vencer todos los obstáculos en forma sencilla. Empieza a tenerse fe, pronto se destaca y progresa, conquistando empleos más importantes y ganando la admiración de todos!

Siga usted su ejemplo! No crea que está condenado a la mediocridad por falta de tiempo y medios! Confíe en nosotros y le ayudaremos como lo hemos hecho con más de 40.000 ex alumnos!

No postergue su triunfo un día más! Mándenos el cupón adjunto HOY MISMO!

IMPORTE DE LOS CURSOS PAGADEROS EN PEQUEÑAS CUOTAS MENSUALES

Tenedor de Libros	$ 8	Técnico en Pinturas, Barnices y Materias Colorantes	$ 10
Contador General	$ 10	Aceites y Grasas	$ 10
Contador Mercantil	$ 10	Dibujo Artístico	$ 8
Jefe Oficina	$ 10	Dibujo Ind. y Com.	$ 10
Empleado Bancario	$ 10	Adminis. de Hoteles	$ 10
Cajero	$ 10	Radiotelefonía	$ 10
Emp. de Comercio	$ 10	Electrotécnico	$ 10
Corresponsal	$ 10	Construcción	$ 10
Secretariado	$ 10	Arquitectura	$ 10
Mecanografía	$ 5	Mecánico Automóvil	$ 10
Taquigrafía	$ 10	Motores a Explosión	$ 10
Téc. Arg. Cinem.	$ 15	Perito Agrónomo	$ 10
Taqui-Mecanógrafo	$ 10	Adm. de Estancias	$ 10
Caligrafía	$ 5	Técnico Tambero	$ 10
Aritmética Comercial	$ 6	Mecánico Agrícola	$ 10
Redac. y Ortografía	$ 5	Avicultura	$ 10
Balanceador y Martillero	$ 10	Jard. y Arboricultura	$ 10
Procuración	$ 10	Motores Diesel	$ 10
Prep. p/Id. Farmacia	$ 10	Corte y Confección	$ 5
Química Industrial	$ 10	Radiotelegrafía	$ 15
Técnico en Vinos y Licores	$ 10	Inglés (c. discos)	$ 15
Jabones y Perfumes	$ 10		
Telegrafía (con discos)	$ 15		

★

UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA

RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires

REPRESENTANTES EN:

COLOMBIA
Alfonso Fernández Quintero
Edificio Olano, Medellín.

BOLIVIA
Calle Belisario Díaz Romero (Miraflores) 411. Casilla de Correo 1307. La Paz.

PARAGUAY
Ramón Ortiz Cabriza
Brasil 142, Asunción.

Mándenos este cupón y recibirá GRATIS y sin compromiso el interesante folleto "HACIA ADELANTE" que le enseñará a triunfar en la vida.

Sr. Ing. B. Margulián, Director de la "Universidad Popular Sudamericana"
Rivadavia 2465 (R - 25) - Buenos Aires

NOMBRE ....

DIRECCION ....

LOCALIDAD ....

L. 243

de unas dehesas mías. Yo sabía que sir Tomás entendía en el tal negocio, y no me mordí la lengua para decirle al escribano de los comisarios, que veía al diablo instigándolos contra mí. ¿Cómo una o más personas decentes pueden pensar en meter un camino por las tapias de un parque y estropear de ese modo unas tierras excelentes para pastos, como se lo hizo observar mi agente? Pues todavía fué mejor cuando se trató de elegir al colector de contribuciones...

—Verdaderamente, Mr. Bertrán, que es muy extraño que hayan hecho tan poco caso de vos en un país donde, a juzgar por la importancia de su solar, vuestros mayores debieron hacer un papel muy principal.

—Cierto que sí, Mr. Mannering, pero yo soy hombre que me ocupo poco en esas pequeñeces; ni siquiera me acuerdo de ellas. Pero daría cualquier cosa porque hubiérais oído todas las historias que contaba mi padre sobre los antiguos combates de los Mac Dingawaies, que son los Bertranes actuales, contra los irlandeses y los highlanders; como fueron a la Tierra Santa, es decir, a Jerusalén y a Jericó, seguidos de todos sus vasallos (mejor hubieran hecho en ir a la Jamaica, como el tío de sir Tomás Kittlecourt), y como trajeron una multitud de reliquias como las que veneran los católicos y una bandera que todavía está allá arriba en la guardilla (si hubieran traído buenas barricas de ron y buenos sacos de moscada, otro gallo nos cantaría). Pero no hay ni remota comparación entre la quinta de Kittlecourt y el castillo de Ellangowan; dudo que su fachada tenga cuarenta pies. Pero vos no almorzáis, Mr. Mannering, no probáis bocado. Os recomiendo este salmón; John Hay le pescó el sábado hará tres semanas en el estanque junto al vado de Hampseed, etc., etc., etc.

El laird, cuya indignación había tenido ya tiempo de desfogarse, se entregó entonces a su inagotable locuacidad, con lo que pudo Mannering reflexionar a su sabor sobre las desventajas de una situación que, una hora antes, le había parecido tan envidiable. Estaba viendo retirado en sus haciendas, un hidalgo acomodado, cuyo excelente natural parecía su cualidad más estimable, secretamente descontento de su suerte y murmurando de los demás por fruslerías que, comparadas con los verdaderos males de la vida, no hubieran pesado un grano en la balanza. Pero tal es la sabia distribución de la providencia; a los que no hallan grandes aflicciones en la senda de la vida, depara pequeñas desazones que bastan para turbar la serenidad de su suerte, y ninguno de mis lectores ignorará, ciertamente, que ni una natural apatía, ni una filosofía adquirida a fuerza de estudio y meditación, pueden hacer a un rico propietario agrícola insensible a las tribulaciones que llueven sobre él en la época de las elecciones de diputados, de los nombramientos de autoridades y de las juntas provinciales.

Deseoso de conocer las costumbres del país, aprovechó Mannering un momento de respiro de Mr. Bertrán para preguntarle qué necesidad podía tener de la gitana con tanta urgencia el capitán Hatteraick al dar la vela.

—Supongo que sería para que bendijese su buque. Es menester que sepáis, Mr. Mannering, que esos del comercio libre, a quienes la ley llama contrabandistas, no teniendo religión ninguna, están llenos de supersticiones, y creen en hechizos y en brujerías, y otras mil necedades.

—¡Vanidad y algo más! — dijo Dominus —; ése es un tráfico con el Malo. Los hechizos, los talismanes y los conjuros son parte de sus arterías; flechas escogidas en el carcaj de Apolo.

—Basta ya, Dominus, todo os lo habláis vos (obsérvese de paso que aquéllas eran las primeras palabras que pronunciaba el pobre hombre en toda la mañana, excepto la bendición y la acción de gracias), no dejáis meter baza a Mr. Mannering. Y ahora que se habla de astronomía y de talismanes y de cosas por el estilo, ¿habéis tenido la suma bondad de examinar aquello de que hablábamos anoche?

—Empiezo a creer, Mr. Bertrán, con vuestro digno amigo que está presente, que esas cuestiones son un puñal de dos filos. Ni vos, ni yo, ni ninguna persona sensata, podemos dar crédito a las predicciones de la astrología, y sin embargo, como la curiosidad, que aunque sea en broma, nos mueve a sondear los arcanos del porvenir, suele tener resultados serios y desagradables; desearía realmente poder dispensarme de contestar a vuestra pregunta.

Ya se deja suponer que esta respuesta evasiva no hizo más que avivar la curiosidad de Ellangowan, que insistió aún con mayor empeño, por lo que Mannering, temeroso de exponer al niño a los inconvenientes que hubieran podido resultar para él de los temores de sus padres, puso en manos de Mr. Bertrán el papel que contenía el horóscopo, cerrado en forma de carta, recomendándole muy especialmente que no rompiese el sello en cinco años, hasta pasado el mes de noviembre. Después de esta época, le dejaba árbitro de enterarse de su contenido, esperando que, una vez pasado sin inconveniente el primer período fatal, dejaría el padre de temer los demás. Prometióle Mr. Bertrán conformarse con sus instrucciones, y Mannering para asegurarse más y más de su fidelidad en cumplir lo prometido, añadió que no respondía de lo que podía sobrevenir si no se hacía lo que recomendaba. Pasó Mannering, a instancias de Mr. Bertrán, lo restante del día en Ellangowan, sin que le sucediese cosa digna de contarse; a la mañana siguiente montó a caballo, se despidió afectuosamente de su hospitalario huésped y de su fiel compañero, deseó nuevamente mil prosperidades a su familia, y dirigiéndose hacia Inglaterra, pronto desapareció a la vista de los habitantes de Ellangowan. También va a desaparecer de la de nuestros lectores, que no le volverán a ver hasta una época de su vida algo distante de la que nos ocupa por ahora.

CAPITULO VI

> Allí cerca el juez, ostentando su redonda panza forrada interiormente con un buen capón, la mirada severa, perfectamente afeitado, y lleno de términos científicos, hace su papel como otro cualquiera...
>
> SHAKESPEARE.

Apenas mistress Bertrán de Ellangowan se halló en estado de oír las novedades que habían ocurrido mientras había tenido que guardar cama, no se habló en su cuarto más que del joven y gallardo estudiante de Oxford, que había leído en las estrellas la suerte del joven laird, "bendiciendo todos sus linda cara (1)." Describiéronle prolijamente su figura, su acento, sus modales y hasta su caballo, sus espuelas, sin olvidar la silla y el freno; todo lo cual hizo la más viva impresión en el ánimo de mistress Bertrán, pues la buena señora era, a decir verdad, más que medianamente supersticiosa.

Su primera ocupación, apenas pudo dedicarse a alguna labor, fué hacer un saquito de terciopelo para meter el horóscopo de su hijo, pues había logrado de su marido que se lo dejara guardar. Grandes tentaciones le vinieron de romper el sello, pero venció la superstición a la curiosidad, y tuvo suficiente dominio sobre sí misma para guardarle íntegro, envuelto en dos hojas de pergamino, para que no se chafase. Colgóle de esta suerte al pecho del niño, de una cadenita ceñida al cuello, y resolvió dejárselo como un amuleto hasta que llegase el momento en que pudiese satisfacer legítimamente su curiosidad.

El padre, por su parte, resolvió dar a su hijo una buena educación, y con el fin de que pudiera ésta empezar con los primeros albores de su razón, fácilmente decidió a Dominus a renunciar a su pública profesión de maestro de escuela del lugar, y a instalarse enteramente en la *Plaza*, donde, por un sueldo equivalente con corta diferencia al salario de un cria[...] se obligó a comunicar al futuro laird de Ellan[...]gowan toda la erudición que poseía y [...] las gracias y perfecciones, que no poseía en [...]dad, pero que nunca había sospechado que [...] faltasen. El laird hallaba también su conve[...]cia en este ajuste, pues se aseguraba un o[...] sufrido y constante a quien contar sus hi[...] cuando estaban solos, y a cuya costa p[...] lucir sus agudezas cuando tuvieran gente.

Cuatro años poco más o menos después de esta época, acaecieron grandes novedades en el condado en que estaba situado Ellang[...]

Los que seguían atentamente los [...] de la opinión pública, creían hacía [...] tiempo que era inevitable una mudanza de mi[...]nisterio, y en fin, después de mil espe[...] temores y dilaciones, después de mil r[...] más o menos fundados y algunos d[...] enteramente de todo fundamento, después [...] muchos clubs hubieron brindado gritando [...]va éste! ¡muera el otro!; después de mil [...] y venidas a pie, a caballo, en silla de posta, [...] mil peticiones y exposiciones en pro y en con[...]tra, después de mil protestas de sacrificar [...] y haciendas, dióse en fin el gran golpe; ca[...] ministerio, y el parlamento, como una con[...]cuencia natural, fué disuelto al mismo tie[...]

Sir Tomás Kittlecourt, como otros m[...] diputados en la misma situación, acudi[...] posta a su condado, pero fué recibido con [...] indiferencia. Había sido partidario de la [...]nistración pasada, y los amigos de la nueva [...]bían ya puesto en movimiento un activo [...]*vass* (cábala electoral) en favor de Juan [...]herhead, Esq. que tenía los mejores galgos [...] los mejores caballos de caza del condado. En[...]tre los que habían enarbolado el estandarte [...] la rebelión contra Sir Tomás, figuraba G[...]berto Glossin, escribano en *** y agente [...] laird de Ellangowan. Acaso el antiguo m[...]bro del parlamento había rehusado algún [...] al buen Glossin, o lo que es no menos [...]bable, habiéndole chupado ya todo lo que [...]día esperar de él, echaba los ojos por otro [...] en busca de nuevos provechos. Tenía, [...] ya hemos dicho, un voto sobre la finca [...] Ellangowan, y resolvió que era menester [...] su cliente tuviese uno también, seguro [...] lo estába del partido que abrazaría Mr. Be[...] en las próximas elecciones. Logrólo en [...] y a fuerza de amaños, sir Juan salió e[...] diputado, sir Gilberto Glossin fué nom[...] de resultas notario del tribunal de paz, y [...] las primeras sesiones del parlamento el no[...] de Godofredo Bertrán de Ellangowan fué [...]to entre los de los jueces de paz del cond[...]

Esta había sido la suma ambición de [...] Bertrán, no porque le gustasen los queb[...]ros de cabeza ni la responsabilidad de [...] cargo, sino porque creía que era una dig[...] que le correspondía de derecho, y de que [...] lo había estado privado hasta entonces [...] evidentes injusticias y animosidades. Pero [...] dice un antiguo proverbio escocés "que no de[...]ben darse a un loco armas ofensivas": ape[...] Mr. Bertrán se vió en posesión de la auto[...] judicial que tanto había deseado, cuando [...]pezó a ejercerla con más severidad que bl[...]ra, con lo que totalmente dió al traste con [...] opinión que todos tenían formada de la b[...]dad de su carácter. Nos acordamos de [...] leído la anécdota de un juez de paz que, [...]diatamente después de su nombramiento, es[...]bió una carta a su librero pidiéndole los es[...]tutos de su cargo en la siguiente ortogr[...] *"Please send the ax relating to Augustus pe[...]* Servíos enviarme la hacha relativa a [...] gusto guisantes. (En vez de *"Please send* [...] *act relative to justice of peace"*: servíos [...]viarme las actas relativas a los jueces de [...] Ciertamente que cuando aquel docto mag[...]do estuvo en posesión del *hacha*, sólo hizo [...] de ella para mutilar las leyes. Mr. Bertrán [...] estaba tan atrasado en gramática inglesa com[...] su digno predecesor; pero el mismo Au[...]

(1) *"Blessings on his daintz face"*, frase proverbial en Inglaterra, equivalente a nuestro "Dios le bendiga." — N. del T.

...se no hubiera podido emplear con menos discernimiento el arma que indiscretamente habían puesto en sus manos.

De muy buena fe consideró la comisión que acababa de recibir como una muestra personal de favor que le dispensaba su soberano, olvidando que antes había creído que si hasta entonces había estado privado de aquel privilegio u honor común a los de su clase, era sólo por efecto de mal intencionadas arterías. Mandó a su fiel edecán Dominus Sampson que le leyese en alta voz el nombramiento y desde las primeras palabras: *El rey ha tenido a bien nombrar...* — ¡Ha tenido a bien! — exclamó en un rapto de gratitud —. ¡Digno soberano! ¡Ha tenido a bien! no más que yo ciertamente. (1)

No quiso, pues, reducir su agradecimiento a meras palabras, antes bien resolvió desplegar una actividad sin límites en el desempeño de su cargo para probar cuan penetrado estaba del honor que se le había hecho al conferírsele. "Escoba nueva — dice el refrán —, bien barre", y yo mismo puedo atestiguar que, habiendo mudado de criada en cierta ocasión, desaparecieron de la noche a la mañana las antiguas y hereditarias arañas que ocupaban las últimas tablas de mis estantes (donde sólo tenía a la mano libros de jurisprudencia y de teología) durante el pacífico reinado de su predecesora. Con no menos severidad emprendió el laird de Ellangowan sus reformas, a costa de los varios vagabundos, pillos y demás gentes de mala vida, que eran sus vecinos hacía ya medio siglo. Su celo hizo milagros; dió piernas al cojo, vista al ciego y brazos al manco; desterró y echó con cajas destempladas a los contraventores a las ordenanzas de caza y pesca, y ganó en recompensa los aplausos de sus concolegas y la reputación de activo magistrado.

Todos estos bienes no dejaban de ir mezclados con algunos males. Cuando un abuso está muy arraigado, se necesitan ciertas precauciones para extirparlo. El celo de nuestro digno amigo ponía en graves apuros a muchas personas, cuya holgazanería y malas costumbres había fomentado su propia flojedad, y de las cuales unas eran ya incapaces de mejorar de conducta, por efecto de una costumbre inveterada, y otras realmente inaptas para el trabajo, eran, como ellas mismas decían con razón, acreedoras a la caridad de todo buen cristiano. El mendigo conocido hacía veinte años en la comarca, y que recibía lo que se le daba más bien como una prueba de afecto que como una limosna, fué enviado al hospicio más inmediato. La anciana decrépita que, apoyada en su palo, iba de puerta en puerta, como un chelín roñoso que cada cual se apresura a pasar a su vecino; la que, imposibilitada de andar, pedía que la llevasen en brazos con tantos fueros, o más, como el viajero que pide caballos de posta, sufrían la misma desastrosa suerte. Jock el bobo, que medio truhán, medio idiota, había sido el hazmerreír de cuantas generaciones de muchachos se habían sucedido en poco menos de un siglo, fué encerrado en la Bridewell (casa de corrección) del condado, donde, privado de aire libre y de la luz del sol, únicos bienes de que era capaz de gozar, murió a los seis meses, de consunción y tedio. El antiguo marinero que hacía largos años, regocijaba las ahumadas vigas de todas las tabernas circunvecinas cantando *el capitán Ward* o *el valiente almirante Benbow*, fué desterrado del país por la plausible razón de que tenía un acento irlandés muy marcado. En fin, hasta las rondas anuales de los caldereros fueron abolidas por el nuevo juez de paz en su insaciable empezón de reformar la policía rural.

Tamañas reformas no pudieron plantearse sin originar graves censuras. Los hombres no son de palo ni de piedra, y los hábitos hondamente arraigados en el corazón no se arrancan como el musgo o el liquen, sin ocasionar crueles heridas. Dolíale a la labradora no poder ya lucir su indigencia, y acaso también verse privada de gozar cierta satisfacción interior, repartiendo, a guisa de limosna, sendos puñados de harina de centeno a los mendigos que le traían noticias. Las cabañas echaban de menos mil frioleras que les llevaban esos mismos vagabundos: los chiquillos se quedaban sin bollos y sin juguetes; las doncellas sin cintas, sin alfileres, sin peinetas, sin cantares nuevos; las viejas no podían ya trocar sus huevos por sal o rapé. Todas estas circunstancias derramaron sobre el laird de Ellangowan un descrédito tanto mayor cuanto más general había sido su popularidad: hasta la antigüedad de su linaje salió a colación como un argumento contra él.

—No extrañamos — decían — lo que hacen los Greenside, los Burnville, los Viewforth, que son extranjeros en esta tierra, pero ¡Ellangowan! un nombre conocido desde que el mundo es mundo, y antes! ¡El! ¡Tratar así a los pobres infelices! A su padre le llamaban el Laird Malo; pero, aunque en efecto no era muy bueno cuando había empinado demasiado el codo, no hubiera sido capaz de hacer semejantes tropelías. La gran chimenea de la antigua *Plaza* tenía siempre una buena lumbrada en su tiempo, y tantos desgraciados había junto a ella como señores en la sala; y todos los años milady, la víspera de Nochebuena, distribuía a los pobres doce peniques de plata en honor de los doce apóstoles. Se murmuraba que era papista, pero yo creo que los señores del día podrían recibir lecciones de los papistas de entonces. Si durante los días de trabajo andaba el palo listo para los pobres, a lo menos cuando llegaba el domingo, estaban seguros de que no les habían de faltar sus seis peniques corrientes.

Estas o semejantes razones sazonaban cada jarro de cerveza que se apuraba en las tabernas situadas a tres o cuatro millas de Ellangowan, que venían a ser el diámetro de la órbita en que nuestro amigo Godofredo Bertrán, Esq. J. P., podía ser considerado como el planeta principal. Pero todavía soltaron más la rienda a sus murmuraciones las malas lenguas, cuando desterró de Ellangowan a una colonia de gitanos, establecida en aquellas tierras hacía muchos años, y con uno de cuyos miembros ya ha hecho conocimiento el lector.

CAPITULO VII

> ¡Venid, caudillos del regimiento zarrapastroso! ¡príncipes de la sangre, venid! *Prigg*, flor y nata de los magnates íntegros, y vosotros todos, cualesquiera que sean vuestros nombres o títulos, *Jarkaman* o *Patricio*, *Crane* o *Clapper-dudgeon*; *Frater* o *Abraham-man*. Con todos hablo.
>
> *La Breña del Mendigo.*

Aunque el carácter de aquellas hordas de gitanos que infestaban antiguamente casi todas las naciones de Europa, y que forman todavía una raza distinta de las demás, sea generalmente conocido, el lector me perdonará que le diga estas pocas palabras respecto a su situación en Escocia.

Sabido es que un antiguo monarca escocés (Jacobo V) reconoció a los gitanos como una población separada e independiente, y que fueron tratados menos favorablemente por una ley posterior, bajo la cual el nombre de gitano llegó a ser, en la balanza de la justicia, sinónimo del de ladrón, de resultas de lo cual fueron perseguidos y castigados como tales. No obstante la severidad de ésta y de otras leyes, la raza gitana prosperó en medio de los desastres del país, y aun adquirió grande incremento con los muchos a quienes el hambre, la opresión o los azares de la guerra privaron de sus habituales medios de subsistencia. Con esta mezcla perdieron en gran parte el carácter distintivo de su origen egipcio, y llegaron a ser una raza mixta que unió la holgazanería y hábitos rapaces de sus antecesores orientales a la ferocidad de los hombres del Norte que se unieron a ellos. Viajaban en cuadrillas separadas, regidos por leyes especiales, en virtud de las cuales cada tribu no podía salir del distrito que le estaba asignado, y la menor invasión fuera de los límites señalados originaba pendencias que solían costar mucha sangre.

El patriota Fletcher de Saltoun hizo a principios del siglo pasado una pintura de estos vagabundos, que nuestros lectores verán con asombro.

"Existen actualmente en Escocia (dice), amén de un gran número de familias pobres que sólo viven de las limosnas de la iglesia, o que diezma de la manera más dolorosa la privación de alimentos sanos, doscientos mil miserables cuyo único recurso es ir mendigando de puerta en puerta, y que no sólo son de todo punto inútiles, sino muy gravosos en un país tan pobre. Aunque las calamidades de los tiempos han casi duplicado en el día este número, se puede calcular que siempre ha habido sobre cien mil de esos vagabundos que viven sin sujeción a ninguna de las leyes civiles, religiosas ni aun naturales. Ningún magistrado puede llegar a averiguar cuántos nacimientos y muertes acaecen entre esa gente; se sabe que cometen muchos asesinatos; y que sobre ser una verdadera plaga para los pobres labradores, que están ciertos de ser maltratados por ellos si les niegan cuanto les piden, llevan a veces la osadía hasta el punto de saquear los cortijos distantes de las poblaciones. En las épocas de abundancia se los encuentra a millares por las montañas, donde pasan días enteros en bromas y francachelas, y en las bodas, en los entierros, en las ferias y demás reuniones públicas, se los ve, lo mismo hombres que mujeres, emborracharse, alborotar y escandalizar a toda la gente honrada con sus blasfemias y perpetuas riñas."

No obstante la triste pintura que ofrece este extracto, y aunque el mismo Fletcher, uno de los más enérgicos y elocuentes amigos de la libertad, no veía otro medio de poner coto a tales demasías que el de reducir a aquellas errantes tribus a una especie de esclavitud doméstica, la acción lenta del tiempo, y el simultáneo incremento de los medios de existencia y del rigor de las leyes, fueron reduciendo poco a poco estos males a más estrechos límites. Las tribus de gitanos, Jockies o Cairds — pues bajo todos estos nombres eran conocidos —, se hicieron poco numerosas, y algunas desaparecieron enteramente; pero todavía quedaron bastantes para dar cuidado a la justicia, y causar graves daños al pueblo. Ejercían exclusivamente varios oficios vulgares, con especialidad el de alfareros, y todo lo relativo a calderería, añadiendo a esto el tráfico que ellos solos hacían de platos de madera y cubiertos de cuerno: tales eran sus medios ostensibles de subsistencia. Cada tribu tenía generalmente un centro de reunión, que formaba su establecimiento principal, y en cuyas cercanías cuidaban de no cometer ningún desorden: hasta había algunos que poseían algunos adornos con que lograban hacerse útiles y agradables en ciertos casos. Muchos cultivaban la música con bastante aprovechamiento, y rara vez el gaitero o el flautista del distrito dejaba de ser miembro de una tribu de gitanos. Nadie sabía mejor que ellos donde se hallaba la mejor pesca o la caza más abundante. En invierno, las mujeres decían la buena ventura, los hombres hacían juegos de manos, y, en las noches lluviosas y frías, abreviaban el tiempo en el hogar de los labradores. La fiereza de su carácter y el indomable orgullo con que despreciaban todo trabajo inspiraban cierto temor, que acrecentaba en gran manera la consideración de que eran gente esencialmente vengativa y desalmada. Eran, en una palabra, los *parias* de Escocia, que vivían como indios salvajes entre los europeos, y como a tales se los juzgaba

(1) Este es uno de aquellos pasos que es imposible traducir literalmente. En el texto, esta frase tiene una gracia que apenas se entrevé en la versión; la fórmula oficial del nombramiento es en inglés: *The king has been pleased*, etc. Ha placido al rey, o el rey ha tenido un placer. Si estuviera admitido el primero de estos dos modos de decir, hubiéramos conservado al pie de la letra la frase inglesa: —*¡Ciertamente no le ha placido más que a mí!* — N. del T.

más bien con arreglo a sus costumbres, hábitos y opiniones, que como a miembros de una sociedad civilizada. Todavía existen algunos restos de esas tribus, especialmente en los despoblados donde pueden esconderse cuando los persiguen; su carácter es siempre el mismo, con corta diferencia, pero su número ha disminuído tanto, que en vez de los cien mil que resultaban del cálculo de Fletcher, acaso no se hallarían hoy quinientos en toda Escocia.

Una tribu de esos vagabundos, a que pertenecía Meg Merrilies, estaba, en cuanto lo comportaban sus costumbres nómades, establecida, hacía muchísimos años, en un valle llamado Derncleugh, perteneciente a los estados de Ellangowan. Habían construído en él algunas pocas chozas que llamaban su *ciudad de refugio*, donde vivían, cuando no andaban en sus habituales correrías, tan tranquilos como los cuervos anidados en los altos fresnos que los rodeaban. Tanto tiempo hacía que ocupaban aquel valle, que ya se consideraban como propietarios de sus miserables habitaciones. Decíase que habían adquirido la protección de los señores de Ellangowan en recompensa de los servicios que les habían prestado en tiempo de guerra, y sobre todo talando las tierras de los barones vecinos a quienes habían intentado hacer sus feudatarios. Más adelante, sus servicios fueron de una naturaleza más pacífica; las mujeres hacían mitones para milady y medias para el laird, que les eran presentadas con gran ceremonia el día de Nochebuena; las viejas sibilas bendecían el lecho nupcial del laird, cuando se casaba, y la cuna del niño, cuando le nacía un heredero. Los hombres componían las piezas rotas de China de milady, ayudaban al laird en sus cacerías, domaban sus potros, cortaban las orejas a sus zarceros. Los muchachos cogían nueces en los bosques, moras en las zarzas, setas en los prados y llevaban también su tributo. En remuneración de estos servicios voluntarios que implicaban cierta dependencia, se los protegía en algunas circunstancias, se tenía indulgencia con ellos en otras, y en las grandes ocasiones se les distribuían con profusión comestibles, cerveza y aguardiente. Estas recíprocas correspondencia y buena armonía que duraban hacía más de dos siglos, hacían que los habitantes de Derncleugh se considerasen en cierto modo plenamente autorizados a vivir en los dominios de Ellangowan. Eran, sobre todo, muy amigos del laird actual, que muchas veces había empleado su crédito para protegerlos contra los rigores de la justicia; pero esta íntima unión se desvaneció muy pronto.

Los habitantes de Derncleugh, tranquilos por su propia suerte, veían sin el menor recelo la severidad del nuevo juez contra los que no formaban parte de su tribu. Creían firmemente que estaba decidido a no dejar en el condado más mendigos y vagabundos que los que se hallaban instalados en sus tierras, y ejercían su oficio en virtud de su consentimiento tácito o expreso: el mismo Mr. Bertrán no se daba prisa a ejercer su recién adquirida autoridad a costa de sus antiguos vecinos, pero las circunstancias le obligaron a hacerlo.

En una de las asambleas de jueces de paz que se celebraban todos los trimestres, un rico hacendado que en las últimas elecciones había sido del partido contrario al de Ellangowan, le echó en cara públicamente, que al paso que afectaba un gran celo por la policía y trataba de adquirirse la reputación de celoso magistrado, protegía a los mayores tunantes del condado permitiendo que residiesen en cuadrillas a un cuarto de legua de Ellangowan. Nada había que replicar a esto, pues el hecho era público y notorio. Tragóse el laird la píldora lo mejor que pudo, y de vuelta en su casa púsose a discurrir acerca de los medios que debía emplear para sacudirse de encima aquellos vagos, cuya existencia en sus estados era una mancha en su reputación de magistrado íntegro. Acababa precisamente de resolverse a aprovechar la primera ocasión que se le presentara para romper lanzas con los *parias* de Derncleugh, cuando se le presentó una como llovida del cielo.

Cuando fué nuestro amigo Ellangowan promovido al alto empleo de conservador de la paz, hizo pintar muy bien y cerrar la puerta de la calle de árboles que conducía a su quinta y que hasta entonces había estado siempre hospitalariamente abierta. Hizo también tapar con empalizadas y espinos ciertos agujeros en las cercas de su parque, por donde se introducían los muchachos para coger nidos, los viejos para atajar cuando pasaban por allí cerca, y la gente moza para darse citas nocturnas, todo sin hacer ningún daño, pero también sin pedir permiso a nadie. Pero estos serenos días llegaron a su término, y un terrible letrero puesto a un lado de la puerta intimaba "persecución con arreglo a la ley" a todos los que penetrasen en aquel recinto. Al otro lado, sin duda para que hiciera juego, estaba puesto otro letrero en que se anunciaba que, como medida de precaución, había por aquellos contornos escopetas de resorte (que se disparan al tocarlas), trampas tan formidables que (decía un enfático *nota bene*) "Si cayese un hombre en ellas, le romperían la pata a un caballo".

A pesar de estas tremendas amenazas, seis muchachos gitanos ya bastante zánganos y otras tantas muchachas, estaban un día a horcajadas sobre la nueva puerta haciendo ramilletes de flores, cogidas probablemente en el recinto vedado. Con toda la cólera que era capaz de sentir o acaso de aparentar, mandóles el laird que se bajaran, pero no le hicieron caso: trató en seguida de tirarlos al suelo uno después de otro, pero unos se agarraron tan bien a las tablas que no pudo conseguirlo, y otros apenas caían cuando ya estaban de nuevo a caballo sobre la puerta.

Llamó entonces en su ayuda a un criado que acudió con un látigo y dispersó con cuatro zurriagazos a la turba rebelde. Tal fué la primera brecha abierta a la paz que reinaba hacía tanto tiempo entre la familia de Ellangowan y los gitanos de Derncleugh.

Para convencer a éstos de que la guerra iba a ser formal, era preciso que viesen que los muchachos llevaban muy buenos latigazos cuando se introducían en el parque; que cuando se hallaba alguna de sus caballerías paciendo en los nuevos plantíos o a la vera de algún prado, su dueño tenía que pagar una multa, y en fin, que el constable empezaba a tomar serios informes acerca de su modo de vivir, y manifestaba su sorpresa de ver unas gentes que pasaban el día durmiendo en sus chozas y la noche rondando por los campos.

Cuando llegaron las cosas a este punto, no se anduvieron con escrúpulos los gitanos para tomar represalias. Saquearon el gallinero de Ellangowan, se apoderaron de cuanta ropa blanca pudieron haber a las manos, de la que tendían en cuerdas las criadas para secarla o ponían al sol para que blanqueara; pescaron en sus estanques; le robaron sus perros; le cortaron sus árboles; llevaron, en fin, la venganza hasta el punto de hacer daño por el solo placer de hacerlo. El laird, por su parte, tampoco dió cuartel al enemigo; intervino la justicia en la contienda y no salieron los gitanos bien librados. A pesar de sus tretas, algunos de los saqueadores fueron presos; uno de ellos, mozo robusto, fué a servir de marinero en las galeras del rey; dos muchachos llevaron cada cual su par de docenas de azotes, y una venerable matrona gitana fué enviada a una casa de corrección.

Todavía no pensaban, sin embargo, los gitanos en abandonar el sitio que habían habitado tanto tiempo, y aun al mismo Ellangowan se le hacía muy duro privarlos de su antigua *ciudad de refugio*, de modo que por algunos meses continuaron en el mismo grado de rigor las hostilidades por una y otra parte.

CAPITULO VIII

Cuando el indio de orillas del Onta[rio]
Que el rojo cuerpo ciñe
Con la manchada piel de la pantera
Ve a lo lejos del blanco la bandera
Alzarse, al punto temeroso y triste
Huye al bosque natío
Y su choza a la margen del Ohío,
Y va a buscar en su dolor profundo
Otro bosque, jamás por planta hollado,
Y en su sublime silencio sepultado
Desde que existe el mundo.

LEIDEN, *Escenas de la Inf[ancia]*

AL bosquejar el origen y progresos de la guerra contra los *parias* de Escocia, no debemos omitir que los años iban pasando insensiblemente y que el niño Enrique Bertrán, uno de los más vivarachos y revoltosos chicos que usaron jamás espada de palo y gorra granadera de papel, se acercaba ya al día de su quinto cumpleaños. Un arrojo natural que por sí mismo se desarrollaba, hacía ya de él un pequeñuelo vagabundo; conocía mejor que nadie cuantos valles, cerros y prados había por los contornos de Ellangowan, y estaba muy en estado de decir en su gracioso lenguaje chapurrado dónde se hallaban las flores más bonitas y dónde las avellanas más maduras. Asombraba a cuantos le seguían con su intrepidez en trepar por las ruinas del antiguo castillo, y ya había hecho más de una escapatoria hasta el valle de los gitanos.

En estas ocasiones, Meg Merrilies solía llevarle en brazos hasta la puerta de la quinta, pues aunque jamás había vuelto a poner los pies en ella desde que el mozo de quien ya hemos hablado en el capítulo anterior, y que era sobrino suyo, fué enviado a bordo de una galera, no parecía que su resentimiento contra la familia de Ellangowan se extendiese hasta el niño Enrique, antes por el contrario, procuraba encontrarse con él en sus excursiones, le cantaba alguna canción gitana, le hacía montar en su burra y le metía en el bolsillo un bizcocho o una manzana muy colorada. El antiguo cariño de aquella mujer a la familia del laird, rechazado y comprimido por todos lados, parecía complacerse en hallar un objeto en que reposar y explayarse. Cien veces profetizó "que el joven Mr. Enrique sería el orgullo de la familia, y que no había echado el antiguo tronco semejante vástago desde Arturo Mac Dingawaie, muerto en la batalla de Bloody-Bay, pues por lo que hacía a la rama actual, sólo era buena para echada a la lumbre". En una ocasión, estando el niño enfermo, pasó toda la noche debajo de su ventana, cantando una trova que miraba como un conjuro soberano contra la calentura, y no fué posible decidirla a entrar en la quinta o a dejar el puesto hasta que supo que había pasado la crisis.

El cariño de aquella mujer dió margen a malas sospechas, no en el ánimo del laird, que era incapaz de pensar mal de nadie, sino en el de su mujer, que tenía una mala salud y una pobre cabeza. Estaba ya bastante adelantada en su segundo embarazo, y como no podía salir de su cuarto y no tenía la mayor confianza en la niñera de su hijo, que era una loquilla, suplicó a Dominus Sampson que se encargase de acompañarle siempre que saliera, sin perderle nunca de vista. Dominus amaba entrañablemente a su pequeño discípulo y estaba muy ufano de sus progresos, habiéndole enseñado ya nada menos que a deletrear palabras de tres sílabas; la idea de que podrían llevarse los gitanos aquel prematuro prodigio de erudición, como a un segundo Adam Smith, le era insoportable, por lo que tomó sobre sí con mucho gusto un cuidado enteramente contrario a sus hábitos. Vióscle, pues, pasearse, engolfada la mente en un problema de matemáticas y clavados los ojos en un niño de cinco años, cuyas travesuras le pusieron cien veces en las situaciones más ridículas. Dos veces estuvo para cogerle en un callejón sin salida una vaca bravía; una vez se escurrió al pasar un arroyo sobre unas piedras y se caló hasta los

huesos, y otras se zambulló hasta la cintura en el pantano de Lochend por ir a coger una azucena para el niño. La opinión de las matronas del pueblo que socorrieron a Sampson en aquel trance, fué "que nada perdería el laird en confiar su hijo, para que cuidara de él, a un espantajo"; pero el buen Dominus sobrellevaba todos estos desastres con grave y serena magnanimidad. *¡Prodigioso!* era la única exclamación en que prorrumpía el sufrido varón.

Cansado de la guerra con los *parias* de Derncleugh, resolvió por entonces el laird acabarla de una vez echándolos de sus tierras. Los criados antiguos en la casa menearon la cabeza al oir semejante proposición, y aun el mismo Dominus no puedo menos de aventurar una objeción indirecta; pero, como ésta se contenía en la frase profética *Ne moveas Camerinam*, ni la alusión, ni el lenguaje en que iba envuelta estaban calculados para hacer grande impresión en el ánimo de Mr. Bertrán, y la justicia procedió contra los gitanos con todos los requisitos legales. Todas las puertas fueron señaladas con yeso por un alguacil, como un aviso formal para que se mudasen a la mayor brevedad; sin embargo, no tomaron ninguna disposición que anunciase su propósito de someterse a la ley. Llegó en fin el fatal plazo señalado, día de San Martín, y fué preciso emplear la violencia para expulsarlos. Un destacamento de oficiales de paz, bastante considerable para hacer inútil toda resistencia, intimó a los habitantes la orden de dejar el puesto desocupado para las doce, y como llegada esta hora no obedecieron, los oficiales, con arreglo al tenor de su amenaza, empezaron a arrancar puertas y ventanas y a echar abajo los techos de las cabañas, breve y eficaz sistema de expulsión usado todavía en algunos puntos de Escocia. Miraron al principio los gitanos aquella obra de destrucción con mudo asombro, luego reunieron sus caballerías, cargaron en ellas su miserable ajuar e hicieron sus preparativos de marcha; lo que no exigió mucho tiempo entre gentes parecidas en sus costumbres a los tártaros errantes. Emprendieron, pues, su viaje en busca de un nuevo asilo, cuyos dueños no fuesen miembros del Quorum ni Custos Rotulorum.

Consideraciones muy naturales en su situación impidieron a Mr. Bertrán presidir en persona la expulsión de sus vecinos, por lo que confió este cuidado a unos cuantos oficiales de paz bajo la inmediata dirección de Frank Kennedy, inspector o guarda ambulante agregado a la aduana, recientemente relacionado con Ellangowan, y de quien hablaremos más detenidamente en el próximo capítulo. Mr. Bertrán había elegido aquel día para ir a visitar a un amigo a bastante distancia, pero sucedió que, no obstante estas precauciones, se encontró de manos a boca con los gitanos en el camino al volver a su quinta.

Fué el encuentro en una hondonada, al pie de una colina, límite de los estados de Ellangowan. Cuatro o cinco hombres formaban la vanguardia, embozados en largas capas y calados hasta las cejas los sombreros, cuyas anchas alas caían sobre sus frentes morenas, sus negros ojos y duras facciones. Dos de ellos llevaban sendas escopetas de desmesurada longitud; uno llevaba un sable sin vaina y todos tenían el *dirk* (puñal) de los Highlanders, aunque sin hacer ostentación de estas armas. Seguíanlos una recua de borricos cargados, y varias carretas o *cumblers* (chirriones) como se llaman en aquel país, que llevaban a su destierro a los ancianos, a los enfermos y a los niños. Las mujeres con sus zagalejos colorados y sus sombreros de paja y los muchachos ya algo crecidos, descalzos, con la cabeza al aire y poco menos que en cueros, cuidaban de esta pequeña caravana, a que seguía lo restante de la tribu. Era el camino angosto y estaba cortado por dos desiguales bancos de arena. Al ver venir a los gitanos, metió espuelas a su caballo el criado que acompañaba a Mr. Bertrán, chasqueó su látigo con aire de autoridad, e hizo seña a los guías de que dejasen el paso franco a sus superiores. No habiendo producido efecto alguno esta señal, dirigióse a los hombres que iban indolentemente a la cabeza de la caravana diciéndoles:

—¡Atiendan a sus caballerías y hagan paso al laird!

—Que tome su lado del camino — respondió un gitano por debajo del embozo de su capa y sin levantar la cabeza — y no pida más; tanto derecho tienen a él nuestros borricos como su caballo.

El tono de aquel hombre era resuelto y aun amenazador. Mr. Bertrán juzgó prudente meterse por entonces su dignidad en el bolsillo y pasar tranquilamente por en medio de la procesión, por el estrecho espacio que tuvieron a bien dejarle. A fin de aparentar que no hacía caso de la falta de respeto con que se veía tratado, dirigió la palabra a uno de los que pasaban a su lado sin saludarle y aun sin dar muestra alguna de conocerle.

—Gil Baillie — le dijo —, ¿sabéis si está bueno vuestro hijo Gabriel? — Este era el mozo que estaba sirviendo de marinero.

—Si hubiera sabido lo contrario — respondió el anciano con sombrío ademán —, ya hubierais recibido noticias mías —. Y prosiguió su camino sin entrar en más explicaciones.

Luego que hubo pasado el laird, no sin alguna dificultad, por en medio de aquella multitud de caras conocidas que nunca le habían mirado sino con respeto y cariño, y en las que sólo veía a la sazón odio y desprecio, no pudo menos de volver la rienda a su caballo para echar una última mirada a aquel grupo fugitivo, que hubiera ofrecido un excelente asunto al buril de Callot. La vanguardia había ya torcido un bosquecillo bastante denso que se extendía al pie de la colina, detrás de la cual fueron desapareciendo todos sucesivamente hasta los más rezagados.

Los sentimientos que agitaban a Mr. Bertrán eran de muy amarga naturaleza. Verdad es que la gente a quien acababa de arrojar de su antigua *ciudad de refugio*, era una gavilla de haraganes y de vagabundos, pero ¿había procurado él hacerlos mejores? ¿Eran peores entonces que cuando consentía que se mirasen en cierto modo como dependientes de su familia? La mera circunstancia de su elevación al cargo de juez de paz, ¿debía alterar su conducta con respecto a ellos? ¿No hubiera debido a lo menos plantear algunas reformas entre aquella gente, antes de privar a siete familias enteras del único abrigo que poseían en la tierra, antes de privarlos de unos recursos que, por escasos que fuesen, bastaban a impedir que se lanzasen desesperados en la senda del crimen? Su corazón no podía menos de enternecerse al ver alejarse para siempre tantos semblantes amigos, y tanto más accesible era Godofredo Bertrán a este sentimiento, cuanto su capacidad intelectual, bastante limitada, buscaba su principal entretenimiento precisamente en los objetos de menos valor que le rodeaban. Hechas estas reflexiones, iba ya a continuar su camino, cuando Meg Merrilies, que se había quedado detrás de los demás, se presentó de repente a su vista.

Detúvose sobre una de las alturas que rodeaban el camino, de modo que estaba a bastante elevación sobre Ellangowan; su estatura varonil destacándose sobre el azul del firmamento, le daba un aspecto verdaderamente sobrenatural. Ya hemos dicho que había en sus vestidos o más bien en su modo de disponerlos, cierto carácter oriental, que acaso había adoptado artificiosamente para producir más efecto con sus profecías hiriendo más vivamente la imaginación, o tal vez por algunas nociones tradicionales sobre el modo de vestir de sus antepasados. Llevaba aquel día arrollado en la cabeza, a manera de turbante, un lienzo encarnado, que hacía resaltar con singular energía el fuego de sus negros ojos; sus largos cabellos de ébano caían en revueltos rizos sobre sus hombros. Su actitud era la de una sibila inspirada, y blandía en la mano derecha una rama que parecía recién arrancada.

—¡El diablo me lleve — dijo el criado — si no ha cortado esa rama en el parque de Durik!

No respondió el laird y continuó mirando aquella extraña figura que se alzaba sobre su cabeza.

—Seguid vuestro camino — dijo la gitana —, seguid vuestro camino, laird de Ellangowan, Godofredo Bertrán, seguid vuestro camino. Hoy habéis apagado la lumbre en siete hogares; ved si por eso arderá mejor la de vuestro estrado. Habéis derribado los techos de siete cabañas; ved si por eso estarán más firmes las vigas de vuestra quinta. Podéis meter vuestros ganados en las viviendas de Derncleugh; ved si por eso dejará de hacer la liebre su madriguera en el solar de Ellangowan. Seguid vuestro camino, Godofredo Bertrán; ¿para qué miráis a los de mi tribu? Ahí tenéis treinta personas que se hubieran quitado el pan de la boca por no dejaros carecer de nada, que hubieran derramado toda su sangre antes de consentir que nadie os tocara un pelo de la frente. Sí, sí: ahí tenéis treinta personas, desde la anciana que cuenta un siglo hasta el niño que nació la semana pasada; treinta personas a quienes habéis arrojado de su único asilo, para hacerlas vagar por los despoblados y dormir a cielo raso. ¡Seguid vuestro camino, Ellangowan! Llevamos nuestros hijos a cuestas; ved si el vuestro tendrá por eso mejor cama, y no porque yo desee ningún daño al niño Enrique o a la criatura que no ha nacido todavía... ¡Dios me libre! Haced que sean caritativos con los pobres y mejores que su padre. Y ahora seguid vuestro camino, porque éstas son las últimas palabras que oiréis de boca de Meg Merrilies, como ésta es la última rama que cortaré jamás en los hermosos bosques de Ellangowan.

Esto diciendo, rompió la rama que tenía en la mano y la tiró al camino. Margarita de Anjou, maldiciendo a sus enemigos triunfantes, no pudo lanzarles con más soberbio ademán una mirada más desdeñosa. Abrió el laird la boca para hablarle y se echó mano a la faltriquera para buscar una media corona, pero no aguardó la gitana ni su respuesta ni su dádiva y apretó el paso para reunirse con los suyos.

Volvió Ellangowan a su quinta muy cabizbajo y pensativo, y es de observar que a nadie de la familia contó la entrevista que acababa de tener con la gitana. No fué tan reservado el lacayo; refirió muy por extenso toda la aventura ante una numerosa reunión en la cocina, y acabó por jurar "que si el diablo había hablado alguna vez por boca de una mujer, había sido en aquel bendito día por la de la bruja Meg Merrilies".

CAPITULO IX

¡Pintad la Escocia teniendo que contentarse con sus cardos, su botella vacía como un pito, y esa maldita plaga de aduaneros que no dejan a vida un solo alambique!

BURNS.

En el ejercicio de su magistratura no desatendió Mr. Bertrán los intereses de las rentas del Estado. El contrabando, para el que ofrecía suma facilidad por su situación la isla de Man, era la ocupación general, o, por mejor decir, exclusiva de toda la costa sudoeste de Escocia. Casi todas las clases inferiores tenían una parte activa en ese tráfico; los señores hacían la vista gorda, y los agentes del gobierno se hallaban con frecuencia molestados en el ejercicio de su deber por los mismos que hubieran debido protegerlos.

Estaba a la sazón empleado en aquel condado en calidad de oficial ambulante o inspector de aduanas, un cierto Francisco Kennedy, de quien ya hemos hecho mención. Era hombre resuelto y activo, que había hecho ya multitud de embargos y que por lo tanto se había granjeado el odio de todos los que se interesaban en el

comercio franco *(fair-trade)*, como se llamaba entonces al contrabando. Era hijo natural de un caballero de los más principales, tenía cierto despejo, sabía hacer honor a una buena mesa, cantaba lindamente con la copa en la mano, cualidades a que debía el ser bien recibido en la sociedad de la gente fina de todos aquellos contornos, y en los clubs cuyos socios se ocupaban en ejercicios gimnásticos, para los cuales era singularmente aventajado.

Kennedy iba con frecuencia a la quinta de Ellangowan, donde era siempre muy bien recibido. Su vivacidad evitaba a Mr. Bertrán la molestia de discurrir, y el trabajo de seguir un orden lógico de ideas. Sus frecuentes y temerarias proezas en el ejercicio de su empleo eran un excelente tema de conversación, y el placer que de oírlas resultaba al laird de Ellangowan bastó para que éste se decidiera a prestar al narrador su apoyo con toda eficacia en las arriesgadas expediciones a que le obligaba su deber. "Frank Kennedy – decía –, es un hidalgo, aunque del lado izquierdo de la manta, y hasta me consta que tiene cierto parentesco con la casa de los Ellangowan por la de los Glengubble. El último laird de Glengubble hubiera dejado sus bienes a los Ellangowan, pero, habiendo hecho un viaje a Harrigate, se encontró con miss Juana Hadaway – y por cierto que antes que se me olvide, el *Dragón Verde* es la mejor posada de Harrigate. –Pero volviendo a Frank Kennedy, es todo un hidalgo, y sería una mala vergüenza no ayudarlo contra esos miserables contrabandistas.

Formada esta liga ofensiva y defensiva contra los del comercio franco, acaeció un día que el capitán Dirk Hatteraick desembarcó no lejos de Ellangowan un cargamento de bebidas espirituosas y otros géneros de contrabando, y que, fiado en la indiferencia con que había mirado hasta entonces el laird semejantes infracciones de la ley, no se había dado mucha prisa a deshacerse de sus mercancías. La consecuencia fué que Kennedy, armado de un *warrant* (mandato) de Ellangowan, conducido por algunos dependientes del laird que conocían muy bien el terreno, y seguido de un fuerte destacamento de milicias, se echó de repente sobre los barriles, fardos y cajas que habían desembarcado del buque, y después de una desesperada refriega en que hubo bastantes heridos por ambas partes, logró poner la *gran flecha del rey* (sello del rey) sobre todos aquellos artículos y los llevó en triunfo al depósito más inmediato. Dirk Hatteraick juró en holandés, en alemán y en inglés que se vengaría del protector y del protegido, y ninguno que le conociera podía dudar de su puntualidad en cumplir su juramento.

Pocos días después de la partida de la vieja gitana, preguntó al almuerzo Mr. Bertrán a su mujer, si no cumplía cinco años Enrique aquel día.

–Esta noche los cumplirá – respondió la madre –, de modo que ya podemos leer el papel que nos dejó aquel joven inglés.

–No, amiga mía – dijo Mr. Bertrán, que gustaba de desplegar su autoridad en pequeñeces insignificantes –; es preciso esperar hasta mañana por la mañana. La última vez que asistí a la junta provincial, el *sheriff* nos dijo que *dies*... que *dies inceptus*... Ello al cabo tú no sabes latín, pero eso quiere decir que un día señalado por plazo no empieza hasta que acaba.

–Pero eso me parece un despropósito, amigo mío.

–Lo será, pero así lo expresa la ley. Y ahora que se habla de plazos, pardiez que desearía, como dice Frank Kennedy, que el día de Pentecostés matase al de San Martín, y que le ahorcaran por asesino, pues para esa época remite Jenny Cairns el pago de su arrendamiento... Pero no doy de espera más que hasta la Candelaria; y ahora que se habla de

ank Kennedy, estoy seguro de que vendrá hoy, porque no ha ido s que a Wigton a dar parte a un buque real que está en la bahía, de e el lugre de Dirk Hatteraick anda por la costa, y es preciso que tapemos una botella de vino de Burdeos para celebrar los días de rique.

—Yo quisiera que Kennedy dejase en paz a Dirk Hatteraick. ¿Quién manda ser más oficioso que los demás? ¿No puede cantar sus coplas, rar sus botellas y cobrar su sueldo como el inspector Snail, hombre bien, que nunca se ha metido con nadie? Y mucho me admira también que te metas tú en lo que no te va ni te viene. Cuando Dirk Hatteck hacía tranquilamente su tráfico en nuestra bahía, ¿necesitábamos so enviar al pueblo por té ni por aguardiente?

—Pero ¿y qué entiendes tú de eso? ¿Te parece regular que la casa de magistrado sea un receptáculo de géneros de contrabando? Frank nnedy te enseñará los reglamentos vigentes sobre el particular, y ya tú s que el capitán solía depositar su cargamento en la antigua *plaza* Ellangowan.

—¿Y qué mal había en que tuviéramos de cuando en cuando algunas s de té y algunas barricas de ron en los sótanos de la antigua *plaza?* die nos mandaba saberlo; ¿y te parece a ti que le importa mucho al que tú tomes tu copita de aguardiente y yo mi taza de té a un o moderado? Es una vergüenza haber echado semejantes derechos e esos géneros. ¿Y no estaba yo mucho mejor con aquellos encajes me traía de Amberes Dirk Hatteraick? ¡Tiempo ha de pasar ans de que el rey ni Frank Kennedy nos envíen ni una hilacha! Lo misque tu riña con los gitanos; siempre estoy esperando oír que han jugado alguna mala pasada en el cortijo.

—Repito que no entiendes una palabra de esas cosas; pero ya entra nk Kennedy galopando en el patio.

—Bueno, bueno, Ellangowan — dijo la buena señora levantando la voz tiempo que salía del cuarto su marido —. Sólo deseo que tú entiendas s que yo, esto es todo lo que tengo que decir.

Dejando con mucho gusto este diálogo matrimonial, salió el laird a bir a su fiel amigo Mr. Kennedy, que llegó todo desalentado.

—Por vuestra vida, Ellangowan — le dijo —, que subáis conmigo a lo del castillo, y veréis a ese viejo zorro de Dirk acosado de cerca por sabuesos de su majestad.

Esto diciendo, se apeó de su caballo, dió la rienda a un muchacho, apretó a correr hacia el antiguo castillo seguido del laird y de varias sonas de su casa atraídas por el cañoneo que se oía distintamente en dirección del mar.

Luego que subieron al punto de las ruinas desde donde se dominaba torno mayor extensión, vieron a corta distancia de la bahía un re con todas las velas desplegadas, perseguido vigorosamente por un *op* de guerra con continuas andanadas de proa, a que respondía él otras no menos recias de popa.

—Todavía están muy separados — dijo Kennedy —, pero ya van a harse más de cerca. ¡Bueno! Ahora tira su cargamento al mar, ya veo la buena Nanci (personificación del aguardiente) ir danzando una rrica tras otra... ¡Ah perro!... Eso no es portarse como hombre de , Dirk Hatteraick, y os juro, voto a tal, que me la habéis de pagar... Hola! ¡Hola! ¡Ya le han ganado el barlovento!... ¡Eso es!, ¡eso es!... Duro en él! ¡Firme, firme, mis alanos!... ¡A él! ¡A él!...

—Me parece — dijo el anciano jardinero a una de las doncellas de mi- dy — que el aforador está *fie.* (Con esta palabra expresa el pueblo en Escocia aquella especie de agitación que considera como un esagio de muerte.)

Seguía entretanto el *sloop* dando caza a su enemigo con singular enrnizamiento. El lugre, cuyo piloto debía ser muy diestro, empleando dos los medios posibles para escaparse, estaba ya a punto de doblar el omontorio que formaba el remate de la bahía, cuando tronchó una la su palo mayor, cuya vela cayó sobre el puente. La consecuencia esta avería parecía inevitable, pero no pudieron presenciarla los ectadores, habiendo desaparecido en el mismo instante el lugre detrás l promontorio. Lanzóse en su seguimiento el *sloop* a toda vela, pero biéndose acercado demasiado a la costa, tuvo que virar de bordo para ger la alta mar, y poder entonces doblar el cabo.

—¡No atraparán, vive Dios, ni el lugre ni el cargamento! — exclamó Kennedy —. Es preciso que yo vaya a todo galope a la punta de Warch (éste era el promontorio de que hemos hecho mención), y les indie el rumbo que ha tomado el lugre. Adiós por una hora, Ellangowan; eparad el ponche, y que haya abundancia de limones. Yo me encargo la mercancía francesa, y hemos de brindar a la salud de Enrique apudo una ponchera en que podría bogar la chalupa del colector.

Dicho esto, montó a caballo, y partió a galope.

Como a una milla de la quinta, a la vera de los bosques, que como mos dicho cubrían el promontorio que terminaba en el cabo llamado punta de Warroch, encontró Kennedy al niño Enrique, seguido de preceptor Dominus Sampson. Muchas veces le había prometido monrle en su *galloway* (caballo), y se había granjeado todo su cariño enseñándole a bailar, a cantar y a hacer juegos de manos. Apenas le bo visto Enrique reclamó a gritos el cumplimiento de su promesa, Kennedy, no viendo ningún peligro en darle gusto y deseoso de hacer biar a Dominus, en cuyo semblante leía ya una objeción, cogió al niño brazos, le sentó en la grupa de su caballo y prosiguió su camino dendo a Sampson en medio de un: "Pero Mr. Kennedy..." Tituebó un omento el pedagogo sobre si debía o no seguirlos, pero como el caba-

llo iba a todo escape, como Ellangowan tenía suma confianza en Kennedy, y como a él por su parte no le agradaba mucho la compañía de aquel hombre — "sobradamente inclinado a profanas liviandades" — resolvió volverse solo a la quinta.

Los espectadores a quienes hemos dejado sobre las ruinas del antiguo castillo estaban mirando el *sloop* de guerra que al fin, aunque no sin haber perdido mucho tiempo, había logrado internarse en alta mar: entonces dobló la punta de Warroch y se le perdió de vista. Poco después se oyeron a bastante distancia varias descargas a que no tardó en seguir una terrible explosión semejante a la que hace un buque al volarse: en el mismo instante se alzó detrás de los árboles una densa humareda que fué a mezclarse como una nube con el azul del cielo. Separáronse todos entonces cada cual por su lado, augurando con suma diversidad de pareceres acerca de la suerte del lugre, pero conviniendo todos en que, si no había sido echado a pique, su apresamiento era inevitable.

—Ya es la hora de comer, amigo mío — dijo mistress Bertrán a su marido —; ¿tardará mucho Mr. Kennedy?

—Lo espero de un momento a otro — respondió el laird —; puede que se traiga consigo algunos oficiales del *sloop*.

—¡Jesús, Dios mío! ¿Y por qué no habérmelo dicho antes? Hubiera hecho poner la gran mesa redonda, y luego todos esos oficiales están hartos de cecina, y a decir verdad un pedazo de vaca es lo mejor que tenemos para comer. Yo me hubiera mudado también de vestido y no hubieras tú hecho mal en ponerte una corbata blanca. Pero tú te mueres por sorprenderme y ponerme en berlina: estoy segura de que no podré resistir mucho tiempo esos procederes, y algún día te arrepentirás... cuando ya sea tarde.

—¡Ea, ea! ¡Lleve el diablo la vaca, el vestido, la mesa y el corbatín! Todo saldrá bien. Pero ¿dónde anda Dominus? — dijo Godofredo a un criado —, ¿dónde están Dominus y Enrique?

—Mr. Sampson volvió hará más de dos horas, pero el señorito no está con él.

—¡No está con él! — exclamó mistress Bertrán: —Decid a Mr. Sampson que me haga el favor de venir al instante.

—Mr. Sampson — le dijo apenas hubo entrado en la estancia —, ¿no es la cosa más extraña de este mundo el que vos que recibís aquí aposento, manutención, ropa limpia, leña, alumbrado y doce libras esterlinas de sueldo al año, todo únicamente por cuidar de un niño, le perdáis de vista lo menos por dos o tres horas?

A cada pausa que hacía la irritada señora en la enumeración de las gangas que hallaba Sampson en la quinta, reconocía éste con una humilde inclinación de cabeza cuán cierto era todo lo dicho; y en seguida, en un tono que no le haremos la injusticia de imitar, respondió que Mr. Frank Kennedy se había apoderado espontáneamente del niño, a despecho de sus objeciones en contra.

—Muy poco le agradezco su atención a Mr. Frank Kennedy — dijo mistress Bertrán de malísimo humor —. ¡No falta ahora más sino que le deje caer del caballo y se rompa el niño una pierna! O que llegue una bala a tierra y le mate, o que...

—O que — dijo Ellangowan —, y esto es lo más probable, haya pasado a bordo del *sloop* o de la presa y vuelvan luego a la subida de la marea.

—¡Pues! ¡y se habrán ahogado! — exclamó la madre.

—Yo creía — observó Sampson — que ya había vuelto Mr. Kennedy; me parecía haber oído el trote de su caballo.

—Sí — dijo Juan con aire socarrón y mal reprimida risa —, era Grizzel que perseguía a la vaca en el corral.

Sampson se puso colorado como un tomate, no a causa de la insolencia del criado que se reía de él en sus barbas, lo que estaba muy lejos de conocer o hubiera conocido sin despecho, sino por efecto de una idea que se le ocurrió de repente. —Es indudable — dijo entre sí — que he obrado mal; debí haber seguido al niño —. Esto diciendo cogió el sombrero y el bastón y echó a andar hacia el bosque de Warroch más aprisa de lo que jamás se le había visto hacerlo antes ni después de aquella época.

Continuó el laird por un buen rato departiendo sobre el mismo asunto con su mujer. Descubrió en fin al *sloop* de guerra ya de vuelta, navegando a toda vela hacia el oeste en vez de acercarse a la costa, y pronto le perdió de vista. Era mistress Bertrán tan aprensiva naturalmente, que sus temores no hicieron la menor impresión en el ánimo de su marido, pero no dejó de causarle alguna zozobra cierta agitación que observó entre los criados de la quinta, y especialmente cuando uno de ellos le llamó aparte y le dijo con mucho misterio que el caballo de Mr. Kennedy había vuelto solo a la cuadra, con la silla en los ijares y el freno roto; que un labrador le había informado al paso de que había visto pegar fuego a un lugre contrabandista al otro lado de la punta de Warroch, y que, aunque había atravesado todo el bosque, no había visto ni oído a Frank Kennedy ni al joven laird. Sólo había hallado a Dominus Sampson buscándolos por todas partes más muerto que vivo.

Todo fué entonces confusión en Ellangowan; el laird y todos los criados de ambos sexos corrieron en tropel al bosque de Warroch, y todos los labradores de las cercanías se agregaron a ellos, unos por curiosidad, otros por verdadero interés. Botaron al agua algunas lanchas para visitar la costa del otro lado del promontorio, erizada de altas y escarpadas rocas, desde las cuales se tenía la sospecha vaga, pero demasiado horrible para manifestarla, de que podía haberse caído el niño.

Empezaba a anochecer cuando entraron en el bosque, y todos se dispersaron en diferentes direcciones para buscar al niño y a su compañero. La oscuridad de la atmósfera, los roncos suspiros del viento de otoño que silbaba entre los árboles despojados de verdura, el ruido de las pisadas sobre las hojas secas, los gritos con que se llamaban unos a otros, todo daba a aquella escena una especie de terrible sublimidad.

En fin, después de mil inútiles pesquisas, por todo el bosque, empezaron todos a reunirse en corro para comunicarse mutuamente el fruto de sus investigaciones. No podía ya el desgraciado padre disimular su angustia, pero apenas igualaba ésta a la que devoraba al pobre Sampson.

—¡Pluguiera a Dios que hubiera yo muerto en su lugar! — decía el buen hombre con el acento de la más profunda desesperación.

Los menos interesados en aquella desgracia discutían tumultuosamente todas las probabilidades en pro y en contra; cada cual emitía su opinión y escuchaba las de los demás; cuál decía que Kennedy y el niño estaban seguramente a bordo del *sloop;* unos presumían que habrían ido acaso a un pueblo a tres millas de distancia, y otros, en fin, murmuraban por lo bajo que no era imposible que hubiesen pasado a bordo del lugre cuyos miserables despojos arrojaban las olas a la playa.

Oyóse en aquel instante en la orilla del mar un grito tan agudo, tan lastimero, tan penetrante, tan diferente de todos los que hasta entonces habían resonado en el bosque, que nadie dudó que era el anuncio de alguna desastrosa nueva. Todos volaron al punto de donde salió aquel grito, andando sin titubear por breñas y vericuetos por donde en cualquiera otra ocasión ninguno se hubiera atrevido a pasar, y bajaron en fin por una pendiente escarpada, hasta el pie de una roca adonde acababan de arribar en un bote algunos hombres.

—¡Aquí, señores, aquí! — gritaban —; [illegible] por amor de Dios! ¡Aquí es!

Atravesó Ellangowan por en medio de la multitud que se había apiñado alrededor del sitio fatal y que contemplaba con horror el cuerpo exánime de Kennedy. A primera vista parecía que su muerte había sido el resultado de una caída desde la cima de la roca que se alzaba perpendicularmente a cien pies de altura sobre el nivel de la playa. El cuerpo estaba metido en el agua hasta la cintura; de modo que como el flujo y reflujo de las olas le levantaba los brazos y hacía que se menearan sus piernas, dándole de lejos cierta apariencia de movimiento propio, los primeros que le hallaron creyeron que aun vivía; pero habiéndole examinado de cerca vieron que hacía ya tiempo era cadáver.

—¡Mi hijo!, ¡mi hijo! — exclamó el desesperado padre —, ¿dónde puede estar?

Una docena de personas respondieron a la vez para darle esperanzas que ninguna tenía. Al fin dijo uno:

—Pero ¿y los gitanos?

Inmediatamente subió Ellangowan al promontorio, montó en el primer caballo que halló a mano y corrió como un insensato al valle de Derncleugh que estaba sumergido en las nieblas y sólo presentaba por doquiera imágenes de desolación. Apeóse de su caballo para examinarlo mejor, y a cada paso tropezaba en los escombros de los techos, y en las puertas y ventanas hechas pedazos, de las chozas que habían sido demolidas por orden suya. Recordó en aquel momento con dolor la profecía o anatema de Meg Merrilies: "Habéis derribado los techos de siete cabañas; ved si estarán por eso más firmes las vigas del vuestro."

—¡Vuélveme — exclamó —, vuélveme mi hijo! ¡Vuélvemele y todo lo olvidaré y todo lo perdonaré!

Mientras pronunciaba estas palabras con una especie de frenesí, vió un débil resplandor en una de las cabañas medio destruídas, que era precisamente la que había habitado Meg Merrilies. La luz que parecía salir del fogón, brillaba no sólo por la ventana, mas también por varios boquetes abiertos en el techo medio desmoronado.

Precipitóse hacia la choza y la halló cerrada. La desesperación daba a aquel desventurado padre la fuerza de diez hombres; arremetió a la puerta con tal ímpetu que cedió al punto. La choza estaba desierta, pero varias señales indicaban que había sido habitada recientemente: el fogón estaba encendido, había una caldera a la lumbre, y se veían sobre un poyo algunas provisiones de boca. Mientras andaba examinándolo todo con la esperanza de hallar algo que le confirmase que su hijo vivía aún, aunque en poder de aquella canalla, entró un hombre en la choza.

El recién llegado era su jardinero.

—¡Ah, señor — le dijo éste —, nunca hubiera vivido tantos años para ver una noche como ésta! Venid corriendo a la quinta.

—¿Ha aparecido mi hijo? ¿Vive? ¿Han hallado a Enrique? Andrés, ¿han hallado a mi Enrique?

—No, señor, pero...

—¡Nos le han robado, Andrés, nos le han robado, tan cierto como que hay un Dios en los cielos! ¡Ella se lo ha llevado y no saldré de aquí hasta que me lo vuelva!

—Pero es preciso que vengáis sin perder un momento, señor. Ya hemos enviado a llamar al sheriff y dejaremos una ronda aquí toda la noche por si acaso vuelven los gitanos; pero venid, señor, venid sin perder un momento. Milady está a la muerte.

Echó Ellangowan una mirada despavorida e insensata al mensajero que le traía aquella horrible nueva, y repitiendo las palabras *a la muerte*, como si no pudiera comprender su sentido, se dejó conducir maquinalmente por el anciano. Durante el camino, no hacía más que repetir:

—¡Esposa e hijo! ¡La madre y el niño! ¡Los dos!... ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

Inútil es que insistamos en la nueva escena de horror que lo aguardaba. La noticia del desastroso fin de Kennedy había sido anunciada bruscamente y sin ninguna precaución en Ellangowan, con la gratuita añadidura de que sin duda el joven laird había caído de la peña con él, pues aunque no se había hallado su cuerpo, como era tan ligero, pobre criatura, la mar se lo habría llevado seguramente.

Mistress Bertrán oyó estas nuevas; la infeliz madre estaba muy adelantada en su embarazo; este golpe terrible le ocasionó un mal parto, y antes de que Ellangowan hubiera recobrado bastante presencia de ánimo para comprender toda la amargura de su situación, era viudo y padre de una niña.

CAPITULO X

¡Vedle!: su rostro está negro y ensangrentado; tiene los ojos más abiertos y saltones que cuando vivía: todo anuncia que ha muerto ahorcado. Sus cabellos erizados, su nariz hinchada por los esfuerzos que ha hecho, sus manos crispadas prueban que defendió su vida y que sólo sucumbió a la fuerza.

SHAKESPEARE, *Enrique IV*, parte I.

El vicesheriff del condado llegó a Ellangowan al día siguiente al rayar el alba. Las leyes de Escocia asignan a esa magistratura provincial poderes judiciales muy extensos, como el de entender en todos los crímenes que se cometen en el recinto de su jurisdicción, el de prender y encarcelar, etc., etc.

El sujeto que desempeñaba este empleo en el condado de *** en la época en que acaeció la catástrofe que vamos refiriendo, era hombre bien nacido y de buena educación, que, aunque algo pedante y rutinario en el ejercicio de su profesión, gozaba del aprecio general como magistrado inteligente y activo. Su primer cuidado fué examinar a todos los testigos cuyas declaraciones podían derramar alguna luz sobre aquel misterioso suceso, y extender en seguida la sumaria o *precognición* (éste es el término técnico), que reemplaza en Escocia la información del *coroner* (magistrado). De las minuciosas y sagaces pesquisas del vicesheriff resultaron varias circunstancias que parecían incompatibles con la opinión general de que Kennedy había caído casualmente de lo alto de las rocas. Daremos con la posible brevedad algunos pormenores sobre el particular.

El cuerpo había sido depositado en la cabaña de un pescador, pero sin alterar en lo más mínimo la situación en que se le había hallado; él fué el primer objeto de las investigaciones del sheriff. El cuerpo estaba todo quebrantado y cubierto de contusiones que evidentemente parecían efecto de una caída, pero tenía en la cabeza una profunda herida, que, según la declaración de un hábil cirujano, no podía haber sido hecha sino con un arma blanca. La sagacidad del magistrado descubrió otros indicios que anunciaban una muerte violenta: el rostro estaba amoratado, los ojos se le saltaban de sus órbitas, y las venas del cuello estaban extraordinariamente hinchadas. Llevaba ceñido al cuello un corbatín de color, pero sumamente flojo y con un nudo muy apretado, como si con él hubiesen arrastrado el cuerpo del muerto, acaso hasta el borde del precipicio.

Por otra parte, la bolsa del pobre Kennedy estaba intacta, y lo que pareció aún más extraordinario, las dos pistolas que siempre llevaba consigo estaban cargadas; era, pues, verdaderamente inexplicable que no hubiese tratado de defenderse, siendo como era conocido por hombre intrépido, y que manejaba perfectamente las armas, como más de una vez lo había probado en el ejercicio de su peligrosa profesión. Informóse el sheriff de si solía Kennedy llevar consigo otras armas, y, aunque varios criados de Mr. Bertrán recordaron que en efecto solía usar comúnmente un montante, ninguno pudo asegurar si le llevaba o no el día de su muerte.

No presentaba el cuerpo otros indicios por donde se pudiese venir en conocimiento de la causa de su muerte, pues aunque sus vestidos estaban todos revueltos, y sus miembros horriblemente fracturados, lo uno parecía un resultado probable, y lo otro una consecuencia segura de su caída. Sus manos estaban ensangrentadas y llenas de tierra, pero estas circunstancias parecían también muy equívocas.

Pasó en seguida el magistrado al sitio donde se encontró el cadáver, y extendió un minucioso informe sobre la situación en que se le había hallado. Un enorme fragmento de una peña parecía haber acompañado o seguido su caída; era de una sustancia tan dura y compacta que con haber caído de tanta altura, apenas se habían mellado sus esquinas, de modo que fácilmente se pudo calcular su peso, y reconocer el lado por donde se había desprendido de la roca, que era el único que no tenía el mismo color que los demás, expuestos por espacio de infinitos años a la acción de la atmósfera. Subió luego el sheriff a la roca, y reconoció que el peso de un hombre colocado sobre el pedazo desprendido no había podido bastar para determinar su caída, y que ésta había sido ocasionada evidentemente por el empuje de una palanca o por los esfuerzos combinados de tres o cuatro hombres. La hierba que cubría la vera del precipicio estaba muy pisoteada, como si hubiera sido teatro de alguna refriega, y las mismas huellas, aunque no tan visiblemente estampadas, condujeron al sagaz investigador hasta el centro del espeso bosque que se extendía a espaldas del precipicio.

Aquellas huellas, seguidas con paciencia y perseverancia, formaban

entre los matorrales una senda que sólo podían haber tomado los que la habían formado con sus pisadas, con el objeto de sustraerse a cuantas pesquisas se hiciesen para buscarlos, y que remataba en lo más intrincado del bosque. Allí encontraron ya señales evidentes de una lucha desesperada; algunas ramas estaban tronchadas, como si se hubiese agarrado a ellas alguno a quien arrastraban por fuerza; la tierra en los sitios en que estaba húmeda, presentaba huellas de muchos pies; y se veían, en fin, algunas manchas que parecían gotas de sangre. Era indudable que varias personas se habían abierto paso por entre los jarales, y en algunos sitios se veían señales como de haber arrastrado sobre la hierba un saco de trigo o un cadáver, u otro bulto pesado y de una forma semejante. A un lado del bosque había un charco cuyo fango, mezclado probablemente con marga, presentaba un color blanquecino, y la espalda de la casaca de Kennedy tenía varias manchas del mismo color.

En fin, a cosa de un cuarto de milla del fatal precipicio y a muy corta distancia del sitio que acabamos de describir, el mismo rastro los condujo a una pequeña pradera cuyo césped fuertemente hollado estaba además en varios puntos empapado en sangre, mal tapada con retamas y hojas secas. En aquella pradera se encontraron también después de las más activas diligencias, escondidos bajo montones de hierba, a un lado el montante de la desventurada víctima, y al otro la vaina y el tahalí.

Hizo el magistrado medir y examinar con sumo detenimiento las numerosas huellas estampadas en el suelo, de las cuales unas correspondían exactamente a los pies del muerto, otras eran mayores y otras más pequeñas; parecía, en fin, evidente que cuatro o cinco hombres se habían echado a la vez sobre él en aquel sitio. Entre todas aquellas pisadas, allí y sólo allí, se descubrieron algunas que sólo podían corresponder a los pies de un niño, y como el camino que cruzaba el bosque de Warroch estaba muy inmediato a aquel punto, era muy natural que el niño podría haberse escapado en aquella dirección a favor de la confusión del combate. Esto no obstante, como nada comprobaba esta última circunstancia, el sheriff, que hizo una sumaria exactísima de todos estos sucesos, no pudo menos de consignar en ella la creencia en que estaba de que el infeliz Frank Kennedy había sido asesinado, y de que los asesinos, cualesquiera que fuesen, se habían apoderado de la persona del niño Enrique Bertrán.

Hiciéronse todas las diligencias posibles para descubrir el paradero de los culpados. Todas las sospechas recaían sobre los contrabandistas o sobre los gitanos, únicos entre quienes estaban divididas las opiniones. La suerte del buque de Dirk Hatteraick era conocida; dos hombres que se hallaban al otro lado del promontorio de Warroch habían visto al lugre, aunque a gran distancia, dirigirse con rumbo al este después de haber doblado el cabo, y a lo que pudieron juzgar por sus maniobras, era indudable que estaba desarbolado. Poco después le vieron encallar; una densa humareda le cubrió en seguida, y empezó en fin a arder de popa a proa; ya estaba envuelto en llamas cuando distinguieron un *sloop* con bandera real que se dirigía a él a toda vela. Los cañones del lugre se disparaban por sí solos mientras estaba ardiendo, y últimamente le vieron volarse produciendo una terrible explosión. El *sloop* de guerra se mantuvo a cierta distancia por su propia seguridad, hasta pasada la explosión, y viró en seguida con rumbo al sur. Preguntó el sheriff con suma ansiedad a aquellos hombres si el lugre había botado al agua alguna lancha, pero no pudieron decirlo; no habían visto ninguna, pero el humo, que el viento impelía hacia ellos, podía muy bien haberla ocultado a sus ojos.

No era posible dudar que el buque incendiado fuese el lugre de Dirk Hatteraick, pues además de ser muy conocido en aquella costa, precisamente se le esperaba para entonces. Una carta del comandante del *sloop* a quien consultó el sheriff, se lo confirmó de un modo positivo; a aquella carta iba adjunto un extracto de su *libro de log* (diario de operaciones) del que resultaba que aquel mismo día había dado la vela para sorprender un lugre de contrabando, capitán Dirk Hatteraick, a petición de Frank Kennedy, al servicio de la aduana; que Kennedy debía estar de observación en la playa para el caso de que Hatteraick, que era conocido por hombre resuelto y que había sido proscrito varias veces, resolviese tomar tierra con los suyos; que a cosa de las nueve de la mañana descubrió una vela que le pareció ser la que buscaba; que después de haberle dado caza, y de haberle hecho varias señas para que izara su bandera, o dejase de huir, hizo fuego sobre ella; que entonces el lugre enarboló los colores de Hamburgo, y respondió al fuego, empezando una reñida acción que duró tres horas; que en fin, cuando ya iba el lugre a doblar la punta de Warroch, se advirtió que maniobraba con dificultad y que estaba desaparejado; que no pudo aprovecharse inmediatamente de esta ventaja porque se había acercado demasiado a la costa para doblar más pronto el cabo de Warroch; que después de haber dado algunas bordadas vió que el lugre estaba ardiendo, y que parecía desierto; que habiéndose comunicado el fuego a algunos barriles de aguardiente colocados ex profeso sin duda sobre el puente con otros varios combustibles, se había declarado el incendio con tal violencia, que no había sido posible acercarse al buque, con tanto más motivo cuanto el calor hacía que se disparasen por sí solos los cañones que estaban cargados. El capitán no dudaba, sin embargo, que la tripulación se habría escapado en sus lanchas. En fin, pasada la explosión, el *sloop* de su majestad, el *Shark* (el Tiburón), había enderezado con rumbo a la isla de Man, a fin de cortar la retirada a los contrabandistas que, aunque sin duda habrían logrado internarse en los bosques, donde estarían ocultos uno o dos días, no dejarían de aprovechar la primera ocasión oportuna para abandonar aquel inseguro asilo.

Tal fué el parte dado por Guillermo Pritchard, comandante del *sloop* de guerra el *Shark*, quien terminaba manifestando su vivo sentimiento de no haber podido apresar al temerario que había osado hacer fuego a un buque de su majestad, y asegurando que si encontraba a Dirk Hatteraick en alguna nueva expedición, no dejaría de llevarle a tierra para que diese cuenta de su conducta.

Como, según lo dicho, parecía más que probable que la tripulación del lugre había logrado escaparse, era muy natural presumir que si aquellos malvados, furiosos con la pérdida de su buque, habían hallado en el bosque a Kennedy, que tanta parte había tomado en ella, le habrían sacrificado a su venganza; ni era imposible tampoco que hubiesen llevado la ferocidad hasta el punto de asesinar a un niño, contra cuyo padre, a causa de su repentina animosidad contra los contrabandistas, se sabía que había proferido Hatteraick furibundas amenazas.

Objetaban algunos contra estas hipótesis, que no era probable que una tripulación compuesta de quince o veinte hombres hubiera podido ocultarse lo suficiente para inutilizar todas las pesquisas que se hicieron inmediatamente después del incendio del lugre; que, aun dado el caso de que hubieran podido meterse en los bosques, hubieran debido hallarse sus botes en la costa, y que en una situación tan precaria, cuando les era dificilísima la fuga, sino imposible, no era de creer que todos se hubiesen concertado para cometer un asesinato inútil, por el mero placer de vengarse. Los de esta opinión suponían, o que la tripulación del lugre había botado sus lanchas al agua sin que lo advirtieran los que le estaban viendo arder y había tomado ya en ellas la alta mar cuando el *Shark* dobló el cabo, o que habiendo destruído las lanchas durante el combate el fuego del *sloop*, la tripulación había tomado la resolución desesperada de volarse con su buque. Lo que acabó de dar bastante consistencia a este dictamen fué que ni Dirk Hatteraick ni ninguno de sus marineros, muy conocidos todos en aquella costa, volvieron a aparecer por aquellas cercanías ni en la isla de Man, donde se hicieron también las más diligentes pesquisas; por otra parte, la marea no arrojó a la costa más que un solo cuerpo, que sería probablemente el del único marinero que murió en la refriega. Todo lo que se pudo hacer, pues, fué tomar con suma exactitud las señas de todos los que pertenecían a la tripulación de Hatteraick y ofrecer recompensas al que presentara a alguno de ellos, como también a cuantos diesen a la justicia algunas luces para descubrir a los verdaderos asesinos de Kennedy.

Otra opinión que tampoco parecía inverosímil, imputaba aquel horrible crimen a los antiguos moradores de Derncleugh. Su resentimiento contra el laird de Ellangowan era conocido, y se sabía que habían soltado contra él expresiones amenazadoras, que todos los suponían muy capaces de poner por obra. El rapto de una criatura era un crimen mucho más natural en ellos que en los contrabandistas, y Kennedy podía muy bien haber sucumbido defendiendo al niño; recordóse, además, en apoyo de esta explicación, que dos o tres días antes había tomado una parte activa en la expulsión de los gitanos y que algunos de los patriarcas de aquella tribu le habían hecho en aquella memorable ocasión amenazas que él había despreciado.

Recibió también el sheriff las declaraciones del desgraciado padre y de su criado, relativas a su encuentro con la cuadrilla gitana el día en que salió ésta de los estados de Ellangowan. El discurso de Meg Merrilies excitó particulares sospechas; en él había, como observó juiciosamente el magistrado en su lenguaje técnico, *damnum minatum* — amenaza de daño — y *malum secutum*; los daños anunciados no habían tardado en realizarse. Una muchacha que había ido a coger avellanas al bosque de Warroch el día de la catástrofe, declaró que creía haber visto a Meg Merrilies entre las retamas; que si no era ella, era a lo menos una mujer que se le parecía mucho en la estatura y en el aire del cuerpo; dijo que la había llamado por su nombre, pero que, como no le había contestado y además había desaparecido en el mismo instante, no podía responder de que fuese ella en efecto. Corroboraba esta vaga declaración la circunstancia de haberse visto lumbre aquella misma noche en la cabaña que había habitado aquella mujer, como atestiguaron Ellangowan y su jardinero; pero al mismo tiempo era una extravagancia suponer que, habiendo tomado parte en tan negro crimen, se hubiera atrevido a volver la misma noche al sitio precisamente por donde debían empezar a buscarla.

Meg Merrilies, sin embargo, fué presa, y por primera providencia se le tomó declaración; pero negó redondamente que hubiese estado en Derncleugh o en el bosque de Warroch el día de la muerte de Kennedy. Varios de su tribu prestaron juramento de que en todo el día no se había movido de su campamento situado en un valle distante de Ellangowan más de diez millas. Verdad es que no merecían mucha confianza los juramentos de aquellos hombres, pero ¿qué pruebas había de que juraban en falso? Un solo hecho, pero muy notable, argüía contra ella: Meg Merrilies tenía en un brazo una herida que parecía haber sido hecha con arma blanca, y aquella herida estaba vendaba con un pañuelo de Enrique Bertrán; pero el jefe de la tribu declaró que él la *había corregido* aquel mismo día con su *whinger* (cuchillo) y herídola por inadvertencia; ella misma, y otros varios dieron la misma explicación, y por lo que ha-

cía al pañuelo, habían robado los gitanos tanta ropa perteneciente al laird en los últimos tiempos de su residencia en Derncleugh, que era fácil explicar cómo se hallaba en sus manos sin imputarle un crimen más odioso.

Observóse durante su interrogatorio que miraba con suma indiferencia todo lo relativo a la muerte de Kennedy, o "el aforador", como ella decía; pero que mostró el más vivo despecho de que la hubiesen supuesto capaz de haber maltratado al niño Enrique Bertrán. Tuviéronla mucho tiempo en la cárcel con la esperanza de que el tiempo aclararía algún tanto aquella misteriosa y sangrienta aventura; pero no habiéndose descubierto nada, fué puesta al fin en libertad, aunque con la cláusula de que saliese desterrada del condado por ladrona y vagabunda. Nada absolutamente pudo averiguarse acerca del niño, y esta desgracia, después de haber dado infinito que hablar, acabó por ser considerada como inexplicable, y sólo quedó perpetuada por el nombre de *Salto del aforador* (the Gauger's Leap) que dió el pueblo al peñasco desde cuya cima había caído o tal vez había sido precipitado el infeliz Frank Kennedy.

CAPITULO XI

El tiempo haciendo el papel del coro.
Yo pongo a prueba la verdad y propago el error:
yo soy la alegría y el terror de los buenos y de los malos. No me acuséis de tener las alas en continuo movimiento; no me imputéis a crimen mi velocidad:
diez y seis años son para mí un momento.

SHAKESPEARE, *Cuento de invierno.*

Va a saltar ahora nuestra narración un espacio de cerca de diecisiete años, durante el cual no ocurrió cosa alguna que tenga particular conexión con la historia que vamos refiriendo. El salto es verdaderamente considerable, pero si mi lector tiene suficiente experiencia de la vida para volver los ojos sobre igual número de años, apenas le parecerá más largo ese espacio que el tiempo que empleará en volver esta hoja.

Sucedió, pues, que en una oscura y fría noche del mes de noviembre, como unos diecisiete años después de la catástrofe que dejamos relatada en el capítulo anterior, estaban reunidas algunas personas alrededor de la lumbre de la cocina de las *Armas de Gordon*, pequeña pero excelente posada de Kippletringan, cuya dueña era mistress Mac-Candlish. La conversación que animaba aquel concurso me evitará el trabajo de referir los pocos sucesos ocurridos durante el blanco que hemos dejado en nuestra historia, y de que es preciso que se entere el lector.

Mistress Mac-Candlish, arrellanada como en un trono en un inmenso sillón forrado de baqueta negra, estaba saboreando en compañía de dos o tres viejas de la vecindad su taza de exquisito té, sin perder de vista ni un momento a los mozos de la posada que iban y venían continuamente atentos a sus quehaceres. A corta distancia, el sacristán y el sochantre de la parroquia fumaban su pipa de la noche del sábado y remojaban de vez en cuando la palabra con algún traguito de aguardiente mezclado con agua. El diácono Bearcliff, hombre de suma importancia en el lugar, combinaba entrambos goces y uno más: fumaba su pipa, tomaba su taza de té y tenía delante una copa de aguardiente. Dos o tres jayanes apuraban en un rincón de la estancia un jarro de cerveza.

—¿Está preparado el salón? ¿Tiene buena lumbre? ¿No humea la chimenea? — preguntó la posadera a una criada.

La criada respondió afirmativamente.

—No quisiera por nada en el mundo ser desatenta con ellos, sobre todo ahora que están en la desgracia — añadió volviéndose hacia el diácono.

—Seguramente, mistress Mac-Candlish, seguramente — dijo éste —, y si tuvieran necesidad de tomar en mi tienda por valor de siete, ocho o diez libras, se lo daría a fiado con tanto gusto como al más pudiente. ¿Vienen en la berlina?

—No lo creo — dijo el sochantre —, porque miss Bertrán fué el otro día a la iglesia en su jaca blanca, y por cierto que es de las que más frecuentan la parroquia. ¡Gozo da oírla cantar los salmos, tan joven y tan linda como es!

—Sí — dijo una de las viejas, — y el joven laird de Hazlewood la acompañó después del sermón hasta mitad de camino de su casa. Daría cualquier cosa por saber con qué ojos mira esos obsequios el anciano Hazlewood.

—No sé con qué ojos los mirará ahora — repuso otra de las bebedoras de té — , pero tiempo fué en que no le hubiera dado mucho gusto a Ellangowan ver a su hija andar en amoríos con el hijo del otro.

—Sí, sí, tiempo *fué* — respondió la primera con no poco énfasis.

—Estoy segura, vecina Ovens — dijo la posadera —, de que los Hazlewood de Hezlewood, aunque de una buena y antigua familia del condado, jamás hubieran creído hace cuarenta años que llegarían a ser algún día tanto como los Ellangowan. ¿Sabéis, amiga, que los Bertranes de Ellangowan son los antiguos Mac Dingawaies? Hay un cantar sobre uno de ellos que se casó con la hija de un rey de la isla de Man, que comienza así:

En busca de esposa, riquezas y fama,
Va el mar en su nave surcando Bertrán...

Estoy segura de que Mr. Skreigh podría cantárnosle si quisiera.

—Buena mujer — respondió Skreigh (éste era el sochantre) quitándose la pipa de la boca y tomando un sorbito de aguardiente con gran solemnidad —, Dios nos ha dado nuestras habilidades para que hagamos de ellas usos mejores que el de cantar coplas antiguas, sobre todo en víspera de domingo.

—Vaya, vaya, Mr. Skreigh, segura estoy de haberos oído cantar en sábado. Pero volviendo a la berlina, yo sé muy bien que no ha salido de la cochera desde la muerte de mistress Bertrán, es decir, hace unos dieciséis o diecisiete años. Jack Jabos ha ido a buscarlos en mi silla de posta, y no sé cómo no está ya de vuelta, pues está muy cerca y no hay más que dos malos pasos que atravesar: el puente que está sobre el arroyo que viene de Warroch, que por la derecha es fatal, y la cuesta de Heavieside-brae, que es un verdadero precipicio para los carruajes; pero Jack conoce bien el camino.

Oyóse en el mismo instante un fuerte aldabazo en la puerta.

—No pueden ser ellos, pues no he oído el coche. ¡Grizzel, baja a abrir, menéate!

—Es un caballero solo — respondió Grizzel —; ¿le hago entrar en la sala?

—Vamos, será algún palafrenero inglés. ¡Venir a estas horas de la noche sin criado!... ¿No habrá dejado su caballo al mozo de la cuadra? Enciende la chimenea en el cuarto colorado.

—Desearía, señora — dijo el viajero entrando en la cocina —, que me permitieseis calentarme un poco, pues hace una noche muy fría.

Su porte, su voz, sus modales, produjeron en la posadera un instantáneo efecto a su favor. Era un hombre muy bien plantado, de buena estatura, e iba vestido de negro como se vió luego que se hubo quitado un levitón que llevaba abrochado hasta el cuello; parecía de unos cuarenta a cincuenta años; sus facciones eran nobles e interesantes, y su porte muy marcial; todo, en fin, en él anunciaba una persona principal. Una larga experiencia había dado a mistress Mac-Candlish un tacto exquisito para distinguir a la primera ojeada la calidad de sus huéspedes y proporcionar a ella su modo de recibirlos:

Su lenguaje acomodaba,
Arrogante o muy rendido
A la clase y al vestido,
De la gente que hospedaba.
—Mylord, vuestra humilde esclava.
—Mister Smith, bien venido.

En aquella ocasión llevó la cortesía hasta la bajeza; hizo de su posada la más pomposa apología, y habiéndola encargado el viajero que cuidasen mucho de su caballo, salió ella misma para dar las órdenes necesarias.

—Jamás ha puesto los pies mejor caballo en la cuadra de las *Armas de Gordon* — dijo el mozo de la caballeriza, elogio que como es de presumir hizo subir de punto el respeto de la posadera al dueño de tan excelente animal. Volvió en seguida a la cocina, y habiéndole dicho el viajero que deseaba pasar a otro cuarto, hízole presente que en el que le estaban preparando no estaba todavía bien encendida la lumbre, por lo que le instaló provisionalmente en el mejor asiento alrededor de su fogón, diciéndole si quería tomar algo, pues cuanto había en su casa, añadió, estaba a su disposición.

—Tomaré una taza de vuestro té, si queréis hacerme ese favor, señora.

Echó mistress Mac-Candlish más té *byson* en la tetera, la llenó de agua hirviendo y le presentó una taza con la mejor gracia posible.

—Tengo arriba una sala muy decente — le dijo —, y un cuarto que os gustaría mucho, pero se los he prometido por esta noche a un caballero con su hija que van a dejar el condado: he enviado a buscarlos en una de mis sillas de posta y los estoy esperando de un momento a otro. No están en el día tan en candelero como antiguamente, pero en esta vida todos estamos sujetos a altos y bajos, como vuestro honor sabe mejor que yo... ¿No os incomoda el humo del tabaco?

—En manera alguna señora; soy un antiguo militar y estoy acostumbrado a él. ¿Me permitiréis que os haga algunas preguntas acerca de una familia de estas cercanías?

Oyóse en aquel momento un ruido de ruedas, y al punto mistress Mac-Candlish acudió a la puerta para recibir a los huéspedes que aguardaba, pero volvió un momento después seguida del postillón.

—Es imposible que vengan — dijo —; el laird está muy malo.

—Pero, Dios mío — exclamó la posadera —, mañana se cumple el plazo, y hoy es el último día que pueden pasar en la quinta: mañana debe quedar todo vendido.

—Pero, ¿y qué se ha de hacer? Mr. Bertrán no puede moverse.

—¿Cómo? Mr. Bertrán — dijo el extranjero —; ¿supongo que no se habla de Mr. Bertrán de Ellangowan?

—Del mismo precisamente, caballero, y si sois su amigo, por cierto que llegáis en bien tristes momentos.

—He estado muchos años ausente; su salud está muy quebrantada, ¿no es así?

—Y no lo están menos sus asuntos — dijo el diácono —; los acreedores se han echado sobre todo y mañana se efectúa la venta. Yo sé quién está por ello que baila de gozo..., no diré quién es, pero mistress Mac-Candlish sabe quién quiero decir. (La posadera bajó la cabeza de un modo muy significativo). Los que más favores le deben son los que más le tiran; también a mí me es deudor de un piquillo, pero preferiría cien veces que todo se lo llevara la trampa a que por mí sacasen de su casa a ese pobre viejo, y sobre todo cuando está con un pie en la sepultura.

—Ya, pero Mr. Glossin — dijo el sacristán — tiene prisa de que se largue el anciano laird y de que se vendan los bienes, porque teme que se aparezca el hijo el día menos pensado, pues he oído decir que si hubiera un heredero varón, no se podría vender la finca de Ellangowan para pago de deudas.

—Tenía un hijo que nació hace muchos años — dijo el extranjero —; ¿ha muerto?

—Eso es lo que nadie puede decir — respondió el sochantre con mucho misterio.

—¡Muerto! — dijo el diácono —, y ¿quién puede dudarlo al cabo de veinte años que no se sabe de él?

—No hace veinte años — repuso la posadera —; hará lo más diecisiete a fines de este mes. Mucho dió que hablar por toda esta tierra el [illegible] suceso; el niño desapareció el mismo día de la muerte del inspector Kennedy. Si vuestro honor conoce hace años este condado, ciertamente ha conocido también al inspector Frank Kennedy. Era hombre muy bizarro y decidor, que se trataba con lo mejor del país; mucho hemos reído y bromeado juntos; yo era joven entonces y estaba recién casada con el baile Mac-Candlish (en esto exhaló un suspiro), que Dios tenga en su santa gloria. Si hubiera querido hacer la vista gorda con los contrabandistas, pero ¡ya, ya!, ¡era más arrojado!... Pues señor, el caso fué que había un *sloop* de su majestad en la bahía de Wigton, y Frank Kennedy le dió orden de perseguir al lugre de Dirk Hatteraick. Ya os acordaréis de Dirk Hatteraick, diácono, más de un negocio hicisteis con él (el diácono respondió con una señal afirmativa). Dirk, que era hombre de valor, defendió su buque hasta que saltó como una cebolla a la lumbre, y Frank Kennedy, que fué el primero que pasó a su bordo, fué arrojado a un cuarto de milla de distancia y cayó en el agua junto a la punta de Warroch, que desde entonces se llama el *salto del aforador*.

—¿Y qué relación tiene eso — dijo el extranjero — con el hijo de Mr. Bertrán?

—¡Ahí es nada! El niño iba con Kennedy y se cree generalmente que pasó a bordo del lugre con él, porque las criaturas parece que estudian con el mismo diablo para...

—No, no — dijo el diácono —, eso no es exacto: el joven laird fué robado por una pícara gitana que llamaban Meg Merrilies; todavía me parece que la estoy viendo, que quería vengarse del padre del niño que la había hecho azotar en Kippletringan por haber robado un cubierto de plata.

—Si no me engaña la memoria, diácono — dijo el sochantre —, me parece que estáis [illegible] equivocado como la buena mujer.

—¿Cuál es, pues, vuestra edición de esa historia, caballero? — le preguntó el extranjero, volviéndose hacia él con muestras de vivo interés.

—Mejor sería mudar de conversación — dijo el sochantre con solemnidad.

Sin embargo, habiéndole instado para que se explicara, empezó por inundar con dos o [illegible] bocanadas de humo la atmósfera de la estancia, y después de haber tosido varias veces para disipar la densa nube en que quedó envuelto, dió principio a la siguiente leyenda, procurando imitar la arrebatadora elocuencia que [illegible]naba sobre su cabeza una vez por semana desde lo alto del púlpito.

—Lo que voy a contaros, amados oyentes míos... —¡hem! ¡hem! —, es decir, mis apreciables amigos, no sucedió en un rincón de la tierra y puede servir de confusión a los protectores de los ateos, de los nigrománticos y de toda especie de réprobos. Habéis, pues, de saber que el digno laird de Ellangowan no era [illegible] escrupuloso como hubiera debido en punto a limpiar el país de los hechiceros que le infestaban. De ello dice el texto: "No dejarás vivir a ningún hechicero". El laird toleraba a algunos que tenían familiares, a estos que leían en el porvenir, a aquellos que echaban conjuros y a todos en fin los que practicaban las malas artes de la brujería, como acostumbran hacerlo los egipcios, que éste es el nombre que los gitanos se dan a sí mismos. El laird fué casado [illegible] veces sin tener sucesión, y a fin de tenerla, consultó a aquella Meg Merrilies, públicamente conocida por bruja en todo el Galloway y en el condado de Dumfries.

—Algo hay de cierto en eso — dijo mistress Mac-Candlish —, porque me acuerdo de haber oído al laird mandar que le diesen dos copas de aguardiente en la *plaza*.

—Silencio, buena mujer, déjeme acabar. Hízose en fin embarazada milady, y la noche misma de su parto llegó a la puerta de la quinta — de la *plaza* de Ellangowan, como sus dueños la llaman — un anciano vestido del modo más extraordinario que imaginarse puede, el cual anciano pidió que le hospedasen por algunas horas. Su cabeza, sus piernas y sus brazos estaban desnudos, aunque hacía un invierno muy riguroso; tenía una barba de tres cuartas de larga por lo menos. Recibiéronle en la quinta, y apenas parió milady, preguntó qué hora era y fué a consultar los astros. Cuando volvió dijo al laird que el Malo tendría gran poder sobre el recién nacido; le encargó que le criase en los principios de una una devoción, que le confiase a la dirección de un santo ministro que jamás le perdiese de vista, y que rezase *con* él y *por* él. Entonces el anciano se desvaneció de repente y jamás se le volvió a ver por estos contornos.

—Ya no puedo callar más — saltó el postillón que, a una distancia respetuosa, había escuchado esta sarta de mentiras —. Con vuestro perdón sea dicho, Mr. Skreigh y compañía, pero más larga es vuestra barba en este momento que lo era entonces la del hombre de quien habláis, y yo respondo de que llevaba su buen par de botas y sus guantes y...

—¡Chitón, Jack! — dijo la posadera.

—¡Hola! ¿y cómo está tan bien enterado de esos pormenores el amigo Jack? — dijo el sochantre con desprecio.

—Del modo más sencillo del mundo, Mr. Skreigh. Vivía yo por entonces a corta distancia de Ellangowan, cuando llamó un hombre a nuestra puerta la noche en que nació el niño, y mi madre me envió a enseñarle el camino de la *plaza* adonde quería ir. Si hubiera sido hechicero, ¿hubiera tenido necesidad de que le enseñaran el camino? Era un joven de muy buena presencia, bien vestido, con traza de inglés, y repito que llevaba sombrero, guantes y botas como cualquiera persona decente. Verdad es que miró mucho las ruinas del antiguo castillo y que estuvo qué sé yo cuanto tiempo paseándose por ellas, pues así lo he oído asegurar; pero decir que se desvaneció como un duende, no lo paso, pues yo le tuve el estribo cuando montó a caballo para irse, y por más señas que me dió de propina nada menos que media corona. ¿Qué más?, hasta me acuerdo que montaba un caballo castaño que tenía un esparaván en un brazuelo: era de Jorge el de Dumfries y más de cuatro veces le he visto desde entonces acá.

—Bueno, bueno, Jack — dijo Mr. Skreigh con tono meloso, pero siempre solemne —, nuestras explicaciones de ese hecho no difieren más que en algunas menudencias: yo no sabía que hubieseis conocido a ese hombre. Ya veis, pues, amigos míos, que habiendo pronosticado aquel extranjero grandes calamidades para el niño, su padre buscó un digno ministro para que velara sobre él de la noche a la mañana.

—Sí — dijo el postillón —, al que llaman Dominus Sampson.

—Que parecía ser una especie de perro mudo — observó el diácono —: aseguran que nunca ha podido pronunciar cinco palabras seguidas de un sermón, desde que tomó sus licencias de predicar.

—De modo que — añadió el sochantre alargando el brazo para imponer silencio — velaba sobre el joven laird de la noche a la mañana. Sucedió, pues, que cuando el niño llegó a tener cerca de cinco años, reconoció el laird su error, y se decidió a echar a los gitanos de sus tierras: Frank Kennedy, que era hombre para todo, se encargó de despedirlos. Después de muchos dimes y diretes por una y otra parte, Meg Merrilies, que era la más poderosa de su tribu con el enemigo del linaje humano, le anunció que antes de tres días sería dueña absoluta de su cuerpo y de su alma — esto lo sé de muy buena tinta, como que me lo dijo un hombre que lo oyó: Juan Wilson, criado del laird, que iba con él cuando, volviendo de Singleside, se encontró en Gibbie-Knowe a Meg Merrilies, que le vaticinó todas las desgracias que han sucedido luego a la familia —. Verdad es que Juan no pudo asegurarme si era Meg o algún espíritu infernal que había tomado la forma de aquella bruja, porque en efecto parecía de una estatura sobrenatural.

—Nada tengo que responder a eso — dijo el postillón —, pues yo no estaba entonces en el condado, pero Juan Wilson era un miedoso que no tenía más corazón que una gallina.

—¿Y en qué paró todo eso? — preguntó el extranjero con alguna impaciencia.

—Todo eso paró — repuso el sochantre — en que mientras los de la quinta estaban mirando cómo daba caza un *sloop* de guerra a un lugre de contrabando, Kennedy apretó a correr de repente en su caballo sin que hubiese ninguna razón para ello, y con tal ímpetu que ni cuerdas ni cadenas hubieran bastado a detenerle. Dirigióse hacia el bosque de Warroch, donde encontró al joven laird que iba con su ayo, y sin más ni más sentó al niño a la grupa de su caballo jurando que si estaba hechizado, ambos correrían la misma suerte. Siguiólos Mr. Sampson lo más de prisa que pudo, y verdaderamente no tenía malas piernas, y mientras los iba siguiendo vió a Meg Merrilies, o al diablo en forma de esta maldita bruja, alzarse repentinamente del fondo de la tierra, y arrancar al niño con la velocidad del rayo de entre los brazos del aforador, que desenvainó al punto la espada, pues era hombre que no hubiera tenido miedo al mismo Satanás.

—Creo que así es la verdad — dijo el postillón.

—Entonces Meg cogió a Kennedy por la cintura, y lo arrojó como

una piedra por encima del promontorio de Warroch, donde se le encontró aquella misma noche. Qué fué de la criatura, francamente hablando es cosa que yo no sabré decir; pero el ministro que teníamos entonces, y que luego ha pasado a una parroquia que le produce más, era de opinión de que el niño había sido llevado al país de las hadas, aunque sólo por cierto y determinado tiempo.

Más de una vez había sonreído el extranjero escuchando esta relación; pero antes de que hubiese podido responder, oyéronse las pisadas de un caballo que se paraba a la puerta, y un momento después entró en la cocina echándolas de personaje de importancia un lacayuelo elegantemente vestido, con una escarapela en el sombrero, y diciendo:

—Háganse a un lado hermanos, que voy de prisa.

Pero al ver al extranjero, depuso su insolente ademán, se quitó el sombrero, y entregándole una carta:

—La familia del laird de Ellangowan — le dijo — está en la mayor pesadumbre, y no puede recibir visitas.

—Lo sé — replicó su amo —. Y ahora, señora — añadió dirigiéndose a la posadera —, ¿tendréis la bondad de permitirme que ocupe el salón de que antes hablábais, una vez que no han de venir los huéspedes a quienes estaba destinado?

—Con mucho gusto, caballero — respondió mistress Mac-Candlish cogiendo una luz para irle alumbrando con todas las atenciones de que una posadera se complace en hacer alarde en semejante ocasión.

—Mocito — dijo el diácono al lacayuelo ofreciéndole una copa de aguardiente —, no os vendrá mal este traguillo después del trote que habéis traído.

—Ya lo creo que no; mil gracias. A vuestra salud, caballero.

—Decid, amigo, ¿quién es vuestro amo?

—¿Quién?, ¿este caballero que estaba ahí sentado? Es nada menos que el famoso coronel Mannering, que vuelve ahora de las Indias orientales.

—¿Cómo? ¿Aquel de quien han hablado tanto los periódicos?

—El mismo, precisamente. El fué el que socorrió a Cuddieburn, él quien defendió a Chingalore, y derrotó al gran caudillo de los Maratas, Ram Jolli Bundleman. Yo le he acompañado en todas sus campañas.

—¡Válgame Dios! — exclamó la posadera —, y ahora que me acuerdo que no le he preguntado qué quiere para cenar... Voy volando.

—¡Oh! No hay que apurarse; a él le gusta siempre todo lo mejor. En vuestra vida habéis visto hombre más llano que nuestro buen coronel, y sin embargo, hay momentos en que parece un energúmeno.

No ofreciendo gran motivo de edificación el resto de las pláticas que continuaron cruzándose, vamos, si el lector no lo lleva a mal, a subir al salón.

CAPITULO XII

¿El honor? — El honor es un ídolo sangriento que el hombre osa oponer a Dios, supremo legislador, y que nos manda derramar la sangre del prójimo... ¿Cómo puede un hombre honrado temer por su honor, ni mancillar el honor de otro? No ofender a nadie, es valor; sufrir una ofensa es más valor todavía.

BEN JOHNSON.

Paseábase pensativo el coronel por su salón, de arriba abajo, cuando entró la oficiosa posadera a pedirle sus órdenes. Después de habérselas dado del modo que le pareció más conveniente para "el bien de la casa", le suplicó que se quedase allí un momento.

—Paréceme, señora — le dijo —, si he comprendido bien la conversación de los apreciables sujetos que hemos dejado abajo, que Mr. Bertrán perdió su hijo de edad de cinco años.

—Sí, señor, sí: lo que es eso no admite duda, aunque hay muchas opiniones sobre el modo como pasó la cosa, pues es ya historia que lleva muchos años de fecha, y que cada cual cuenta a su modo junto a la lumbre para pasar las noches de invierno, como hacíamos antes nosotros, v. gr., pero lo cierto es que el niño se perdió a los cinco años, como vuestro honor decía, coronel, y que esa noticia dada de sopetón a su infeliz madre, precisamente en el momento del parto, le costó la vida aquella misma noche. Desde entonces acá, el laird ha tenido siempre la cabeza a pájaros, y aunque su hija miss Lucy, cuando llegó a ser mayorcita, procuró introducir algún arreglo en la casa, ¿qué podía hacer la pobre criatura? Así es que en el día se encuentran sin casa y sin un pedazo de pan que llevar a la boca.

—¿Podéis acordaros, señora, hacia qué época del año desapareció el niño?

La posadera, después de haber reflexionado un momento, le respondió que fué precisamente en la misma época en que se hallaban a la sazón, y con ayuda de algunos recuerdos locales fijó la fecha con exactitud en su memoria, como correspondiente a principios de noviembre de 17...

Dió el extranjero dos o tres vueltas por la estancia, pero haciendo señal a mistress Mac-Candlish de que aguardase todavía un poco.

—¿Es cierto, como me han asegurado — le dijo —, que va a ponerse en venta la finca de Ellangowan?

—¿Pues no ha de serlo? Mañana se la llevará el mejor postor... Miento, mañana no, que es domingo, ¡Dios nos libre!... Pero el lunes sin falta: al mismo tiempo se venderán el ajuar de la quinta y los aperos de la labranza; todos creen que ahora se atropella la venta, porque con la guerra de América anda el dinero muy escaso en Escocia, y no falta quien quiere llevarse la finca a poco precio. ¡Dios se lo tome en cuenta a los que me obligan a hablar así! — añadió la buena mujer trinando de pensar en la injusticia que suponía.

—¿Y dónde será la venta?

—Según anuncian los carteles, en la misma *plaza* de Ellangowan, a lo que yo entiendo.

—¿Y quién está encargado de presentar el plano de la hacienda, los títulos de propiedad, etc., etc?

—Un sujeto muy apreciable, el sustituto del sheriff de este condado. Vive ahí en el pueblo, y, si vuestro honor desea verle, le instruirá mejor que nadie de las circunstancias de la desaparición del niño, porque el sheriff, a lo que he oído decir, revolvió cielo y tierra por descubrir la verdad del caso.

—¿Y se llama?...

—Mac-Morlan, hombre muy entendido y sumamente estimado en el país.

—Me haréis el gusto de enviarle a decir que el coronel Mannering le ofrece sus respetos, y le suplica se sirva, si puede, venir a cenar con él, y traerle todos los papeles relativos a la venta de esa finca. Igualmente os encargo, buena señora, que no digáis a nadie una palabra de lo que acabamos de hablar.

—¿Yo, señor? Me guardaré muy bien de desplegar mis labios. Mucho desearía que vuestro honor (una reverencia), un ilustre caballero que ha hecho la guerra por su patria (otra reverencia), fuese dueño de la finca, una vez que tiene que perderla la antigua familia (un suspiro), más bien que ese miserable de Glossin, que medra a costa del mismo a quien se lo debe todo... Pero, ahora que me acuerdo, voy a ponerme la manta y los chapines, y voy a ir yo misma a casa de Mr. Mac-Morlan: seguramente le hallaré en su casa; está ahí a un paso.

—Id, amiga mía, id, y mil gracias; diréis a mi criado que suba.

Dos minutos después estaba el coronel Mannering sentado a una mesa en la que se veían papeles y recado de escribir. Como tenemos el raro privilegio de leer por encima de sus hombros lo que va escribiendo, vamos a comunicar a nuestros lectores lo más sustancial de su carta, dirigida a Arturo Mervyn, Esq., en [illegible] Hall, Llanbraithwaite, en el [illegible] Empezaba refiriendo los pormenores de [illegible] je desde que se separó de su amigo, y [illegible] de este modo:

"Y ahora, ¿extrañaréis aún mi [illegible] Mervyn? ¿Creéis que, después de [illegible] años de batallas, de heridas, de [illegible] desgracias de toda especie, puedo ser [illegible] aquel Guy Mannering tan vivo y tan [illegible] que trepaba con vos a lo alto del [illegible] dejaba gallo silvestre con vida en los [illegible] de Crosfell? Que vos, que siempre [illegible] vido en el seno de la felicidad [illegible] yáis conservado el mismo carácter, el [illegible] fuego de imaginación, ése es el feliz [illegible] de un temperamento siempre sostenido [illegible] curso de una vida apacible por la [illegible] ventura. Mi carrera, por el contrario, ha [illegible] sembrada de errores de dudas y de [illegible] desde mi infancia he sido el juguete de [illegible] tuna y aunque muchas veces un viento [illegible] ro me ha conducido a buen puerto, rara [illegible] sido al que se encaminaba mi voluntad. [illegible] me que os refiera en pocas palabras el [illegible] destino que ha acompañado mi juventud [illegible] sinsabores que han pesado sobre mí en [illegible] más avanzada.

"La primera, diréis, no ha sido muy [illegible] cosa; no todo en ella fué ventura pero [illegible] go en que fué tolerable. Mi padre, hijo [illegible] génito de una familia ilustre, pero poco [illegible] cida por los dones de la fortuna, me [illegible] casi más patrimonio que el título de [illegible] la casa, confiado a la protección de dos [illegible] nos suyos mucho más ricos que él. [illegible] amaban con tal extremo, que [illegible] yo un motivo de desazones entre ellos. [illegible] el obispo quería hacerme tomar las [illegible] obtener para mí un beneficio; mi tío el [illegible] ciante quería hacerme abrazar la [illegible] comercio, y asociarme a su casa, que [illegible] tomado el nombre de Mannering y [illegible] Lombard-Street. Pasó felizmente mi [illegible] persona por entre aquellos dos escollos, [illegible] mejor decir, entre los dos muelles y [illegible] sillones que le ofrecían la teología y el [illegible] cio, para ir a dar consigo en una silla [illegible] gón. Quiso luego el obispo casarme [illegible] brina y heredera universal del deán [illegible] coln; el comerciante me ofreció la [illegible] hija única del anciano Sloethorn, [illegible] ficante de vinos, que hubiera podido [illegible] su casa con onzas de oro, y encender [illegible] con billetes de Banco... Nuevamente [illegible] escaparme por entre ambas redes [illegible] ambición, y tomé por esposa a la pobre [illegible] Wellwood.

"Diréis también que mi carrera militar [illegible] India, cuando pasé a aquellos países con [illegible] gimiento, ha debido proporcionarme [illegible] tisfacciones, y así es, en efecto, la [illegible] diréis que, a pesar de no haber llenado [illegible] seos de mis tutores naturales, no [illegible] embargo en su malevolencia, pues mi [illegible] obispo me legó al morir su bendición, [illegible] mones manuscritos, su biblioteca, y una [illegible] ra muy curiosa, que contenía los retratos [illegible] más famosos teólogos de las iglesias de [illegible] rra, y mi segundo tío sir Pablo [illegible] instituyó único y absoluto heredero de [illegible] menso caudal. Pero ¿de qué me ha valido [illegible] eso? Ya os dije la última vez que nos [illegible] que llevaba clavado en el corazón un [illegible] que me seguirá hasta la tumba, y ahora [illegible] contaros con más pormenores de lo que [illegible] hacerlo entonces, un suceso que acaso [illegible] mencionar con circunstancias diferentes [illegible] bablemente inexactas; pero os suplico que [illegible] habléis a nadie, ni de mi pesadumbre [illegible] su causa.

"Sofía, como ya sabéis, me siguió a las [illegible] Sofía era tan inocente como irreflexiva, [illegible] desgraciadamente para ambos, tan [illegible] como inocente. Mi carácter se había [illegible] parte con los estudios que había hecho, [illegible]

con la vida de reclusión que siempre había observado; y debo decir en honor de la verdad que no estaba muy en armonía con mi situación de comandante de un regimiento, en un país donde todas las personas de alguna posición están acostumbradas a dar y recibir mutuamente la más cordial hospitalidad. En un momento de extraordinaria premura (ya sabéis cuán difícil suele ser en las Indias completar con blancos nuestras líneas de batalla), un joven llamado Brown se agregó a mi regimiento en calidad de voluntario, y viendo que la carrera de las armas le acomodaba más que la del comercio que había seguido hasta entonces, se quedó con nosotros de cadete. Para hacer justicia a mi desgraciada víctima, debo decir que se portó con tal bizarría en cuantas ocasiones se ofrecieron, que todos consideraban que le era debido un ascenso a la primera vacante. Ausentéme por algunas semanas para una expedición lejana, y a mi vuelta hallé al joven cadete muy introducido en mi casa como un amigo íntimo y como acompañante habitual de mi mujer y de mi hija, cosa que me desagradó sobremanera, aunque en realidad nada tenía que decir de las costumbres y carácter de aquel mozo: hasta es posible que me hubiera acostumbrado a él, a no haber mediado ajenas sugestiones. Si habéis leído el *Otelo*, drama que yo no volveré a leer en mi vida, os formaréis una idea de lo que siguió, es decir, de las sospechas que concebí, porque mis acciones, gracias a Dios, fueron menos reprensibles. Había en mi regimiento otro cadete, llamado Archer, que deseaba también obtener el primer grado vacante, y que llamó mi atención sobre lo que él llamaba la *coquetería* de mi mujer con aquel joven. Sofía era virtuosa, pero estaba muy preciada de su virtud; mis celos la irritaron y fué bastante imprudente para tomar de ellos pie para fomentar más y más una intimidad que sabía que me desagradaba. Mediaba entre Brown y yo una especie de aversión instintiva: hizo él, sin embargo, una o dos tentativas para vencer mi preocupación, pero predispuesto contra él como yo lo estaba, las atribuí a motivos indignos. Viéndose repelido con desdén, desistió; pero por lo mismo que no tenía ni familia ni amigos, le fué más doloroso aquel desaire de parte de quien tenía uno y otro.

"No podéis imaginaros cuánto sufro al escribir esta carta; voy, no obstante, a llegar a la funesta catástrofe que por tanto tiempo ha acibarado mi vida; pero procuraré ser breve.

"Mi mujer, aunque no estaba ya en su primera juventud, era extraordinariamente hermosa, y sea dicho para mi justificación, gustábale más de lo que debiera hacer alarde de su hermosura. No me cansaré de repetir que jamás dudé un solo momento de su virtud, pero movido por las artificiosas sugestiones de Archer, creí que tenía en poco mi sosiego y que el joven Brown seguía galanteándola con el solo objeto de provocar mi enojo. Acaso él por su parte me tenía por uno de aquellos hombres altaneros que se complacen en hacer gala de su autoridad para oprimir y humillar a sus inferiores. Si conoció mis celos, quiso sin duda, fomentándolos en mi ánimo con sus obsequios a mi mujer, vengarse de las pequeñas incomodidades que mi empleo me obligaba a veces a causarle. Un amigo verdadero quiso hacerme mirar bajo un punto de vista muy distinto sus rendimientos, suponiendo que tenían por objeto mi hija Julia, aunque inmediatamente dirigidos a su madre con el fin de hacerla propicia a su amor. No me hubiera dado mucho gusto semejante pretensión en un joven de oscuro nacimiento, pero nunca me hubiera ofendido tanto, ni con mucho, como la loca osadía de que interiormente le acusaba y que acabó, en fin, por inspirarme contra él el más ciego rencor.

"Una chispa basta a veces para levantar un incendio: yo había olvidado completamente la causa de nuestra desavenencia, pero una disputa insignificante de juego dió margen entre



nosotros a algunas expresiones acaloradas, a que siguió un desafío. Salimos a la mañana siguiente a un prado distante de la fortaleza de que era yo gobernador y situado en los límites del territorio de mi mando, a fin de que Brown pudiese atender a su seguridad, si le favorecía la suerte. Casi deseo ahora que así hubiera sucedido, aunque a costa mía, pero cayó al primer tiro. Acudía yo a darle auxilio, cuando se precipitó sobre nosotros una cuadrilla de *Loodies*, especie de salteadores de profesión que siempre andan a caza de ocasiones de robar y de apresar prisioneros. A duras penas montamos a caballo Archer y yo, y nos abrimos paso por en medio de ellos después de una reñida refriega, en la que recibió mi amigo varias heridas muy peligrosas. Para completar las desgracias de aquel funesto día, mi mujer, que sospechaba el designio que me había sacado de la fortaleza tan de mañana, salió en su palanqueta (¹) al instante en mi seguimiento, y fué sorprendida y cautivada por otra cuadrilla de aquellos bandoleros. Salvóla casi inmediatamente un destacamento de nuestra caballería; pero no puedo disimularme a mí mismo que los sucesos de aquella fatal mañana tuvieron una perniciosa influencia sobre su salud ya muy quebrantada. La confesión que me hizo Archer, al morir, del objeto con que me había inspirado falsas sospechas, la franca explicación que tuve con Sofía y la entera reconciliación que siguió a ella entre nosotros, no bastaron a remediar el daño; ocho meses después de este suceso murió en mis brazos, dejándome sólo la hija de quien mistress Mervyn ha tenido la bondad de encargarse por ahora. Julia cayó también peligrosamente enferma, lo que me decidió a dar mi dimisión y a volver a Europa, donde el clima natal, el tiempo, y la mudanza de escenas han contribuído a disipar su tristeza y a robustecer su salud.

"Ahora que conocéis mi historia, no me preguntaréis ya la causa de mi melancolía, no os sorprenderá ver que me abandono a ella con frecuencia, y convendréis en que a pesar de mis riquezas y del buen nombre que creo haberme granjeado, el cáliz de mi vida, si no está envenenado, contiene a lo menos muchas amarguras para mis últimos años de retiro.

"Bien podría añadir algunas circunstancias que nuestro anciano preceptor hubiera mirado como otras tantas pruebas de la *fatalidad* que preside a nuestro nacimiento, pero las tales pruebas os causarían risa, y aun os diré a mayor abundamiento que yo mismo no tengo mucha fe en ellas. Sin embargo, desde mi llegada a la casa desde donde ahora os escribo, he sabido una coincidencia singular, que si en efecto llega a confirmarse, podrá servirnos de tema para una discusión muy curiosa. Nada más quiero deciros sobre este particular por ahora, pues estoy aguardando a un sujeto para hablar con él acerca de una finca que está en venta en esta parte de Escocia. Tengo una predilección que pudiera llamarse antojo en favor de la expresada finca, y espero que si la logro no les pesará de ello a sus actuales propietarios, porque sé que se ha formado una cábala para venderla por mucho menos de lo que vale. Adiós, querido Mervyn; mis respetuosos recuerdos a mistress Mervyn; y autorizándoos, a pasar de vuestras pretensiones de pasar por jovencito, a dar por mí un beso a Julia, queda siempre vuestro,

Guy Mannering."

No bien hubo acabado el coronel esta carta, entró en la estancia Mr. Mac Morlan. La excelente reputación del coronel Mannering había predispuesto al digno magistrado, que era en efecto hombre de inteligencia y de probidad, a hablarle con toda franqueza, por lo que le expuso sin disfraz las ventajas y los inconvenientes de aquella adquisición.

—La mayor parte de la hacienda — le dijo — está vinculada en los herederos varones, y el comprador tendrá el derecho de conservar en su poder una considerable porción de su valor durante un tiempo determinado, para entregársele al hijo del laird que desapareció en su infancia, en el caso de que se presente algún día.

—Pero siendo eso así — dijo Mannering —, ¿a qué fin atropellar la venta?

—La razón ostensible que se alega — respondió Mac Morlan sonriendo — es que con los intereses del importe de la venta se podrán satisfacer corrientemente los que se deben a los acreedores, que en el día están mal pagados; pero en realidad de verdad, de lo que se trata es de satisfacer las miras de un hombre que desea adquirir la finca a un precio ínfimo y que para traer las cosas a este extremo ha puesto en movimiento cuantos ardides ha podido sugerirle su práctica en esta clase de negocios.

Púsose de acuerdo el coronel con Mac Morlan acerca de los pasos que debían darse para desbaratar aquellos miserables manejos. Conversaron en seguida largamente acerca de la singular desaparición de Enrique Bertrán, el día mismo en que cumplía los cinco años según la predicción de Mannering, el cual, como ya se deja suponer, se guardó muy bien de hacer alarde de ello. Mr. Mac Morlan no se halló presente en aquellos sucesos, pero estaba enterado muy a fondo de todos sus pormenores, y prometió a nuestro héroe que si se establecía, como pensaba, en aquella parte de Escocia, haría que el mismo vicesheriff le extendiese una relación circunstanciada de todos ellos. Con esta seguridad, se separaron igualmente satisfechos del resultado de su conferencia.

Al día siguiente fué el coronel Mannering de gran uniforme a la iglesia parroquial del pueblo, donde, aunque no halló a ningún miembro de la familia de Ellangowan, supo que el anciano laird seguía cada vez peor. Jack Jabos, que fué por segunda vez a buscarlos, volvió nuevamente solo, pero anunciando que miss Lucy esperaba que su padre podría ponerse en camino al día siguiente.

CAPITULO XIII

Una sentencia en forma, me dijeron, los autoriza a apoderarse de todos tus bienes. Vi allí un pícaro rufián, de repugnante aspecto, revolviendo como si fuera suya tu vajilla de plata, hacinada de cualquier modo para ser vendida en pública subasta. Otro, hablando de ti en términos indecorosos, tomó posesión de los antiguos muebles de tu casa.

OTWAY.

A la mañana siguiente montó Mannering a caballo y, seguido de su criado, se dirigió a Ellangowan, para donde no tuvo necesidad de preguntar el camino. Una venta por justicia es un objeto de diversión en el campo, y en efecto, acudía a ella a la sazón un considerable tropel de personas de todas clases.

Después de haber cruzado por espacio de una hora un país hermosísimo, descubrió Mannering a lo lejos las torres del antiguo castillo. Los pensamientos que absorbían su atención cuando se separó de ellas muchos años antes, eran muy diferentes de los que ocupaban su ánimo a la sazón. El espectáculo que tenía delante era siempre el mismo, pero ¡cuánto habían mudado los sentimientos, las esperanzas y los deseos del que le contemplaba! La vida y el amor, nuevos entonces para él, hermoseaban toda la perspectiva de su porvenir, y ahora, desengañado en sus afectos, saciado de gloria y de lo que el mundo llama felicidad, perseguido por un amargo recuerdo que nada puede arrancar de su corazón, toda su esperanza se cifra en hallar un retiro donde pueda fomentar la melancolía que ha de acompañarle hasta el sepulcro. Y sin embargo, dice, ¿quién osaría quejarse en este sitio de la inestabilidad de sus esperanzas y de la vanidad de sus proyectos? Los antiguos caudillos que levantaron esas enormes y macizas torres para que sirviesen de fortaleza a sus descendientes y de emblema a su alto poder, ¿pudieron pensar jamás que había de llegar un día en que el último de los Ellan-gowan sería arrojado de sus posesiones, arruina-do y sin tener un asilo donde vivir en paz? Pero las bellezas de la naturaleza son inalterables: el sol se alzará tan brillante sobre sus ruinas, cuando sean propiedad de un extranjero o caigan en manos de un miserable que hace servir las leyes al logro de sus sórdidas miras, como cuando tremolaba en sus almenas la bandera de su primer fundador.

Engolfado en estas reflexiones llegó Mannering a la puerta de la quinta, abierta aquel día a todo el mundo. Entró por ella la muchedumbre de gentes a quienes atraía el deseo de comprar éste o el otro objeto, o el de satisfacer una vana curiosidad. Aun en las circunstancias más favorables, semejante espectáculo es siempre triste: el desorden de los muebles removidos de su sitio para que los compradores puedan examinarlos y llevárselos con más comodidad, produce siempre una impresión desagradable a la vista. Tal objeto que colocado con aseo y buen gusto en su puesto, pasa por muy decente y tal vez por muy hermoso, parece entonces común y de poco valor, del mismo modo que las habitaciones despojadas de todo lo que las hacía cómodas y agradables presentan un aspecto de ruina y saqueo. Disgusta también ver cómo se ceba la curiosidad del vulgo zafio en objetos destinados al uso particular de sus dueños, y las brutales chocarrerías de los espectadores sobre los muebles que les son desconocidos, y más que nada aquella especie de alegría artificial sostenida por el *whisky*, licor que siempre anda muy de sobra en Escocia en semejantes ocasiones. Presentaba entonces Ellangowan todos estos habituales accidentes de tales escenas, y lo que acababa de hacerlas aún más dolorosas para el coronel, era la consideración de que indicaban la ruina total de una antigua y respetable familia.

Largo rato transcurrió antes de que hallase el coronel persona alguna dispuesta a responder a las reiteradas preguntas que hizo acerca del laird. Al fin una antigua criada que hablándole se enjugaba los ojos con un pañuelo, le dijo que su amo se hallaba algo más aliviado, y que se creía que podría salir de la quinta el mismo día; que miss Lucy estaba aguardando de un momento a otro la silla de posta, y que, como hacía buen tiempo para la estación, le habían sacado en su poltrona a la pradera de la antigua *plaza* para evitarle el disgusto de presenciar aquel doloroso espectáculo. Salió el coronel a buscarle, y pronto vió el pequeño grupo que sólo se componía de cuatro personas; como la cuesta que tenía que subir para llegar a él era bastante empinada, tuvo tiempo para examinarlas a medida que iba subiendo y para pensar cómo debía presentarse a ellas.

Mr. Bertrán, paralítico y casi incapaz de moverse, ocupaba su ancho sillón, en bata de camelote, cubierta la cabeza con un gorro de dormir, y envueltas las piernas en una manta. Detrás de él, apoyando ambas manos cruzadas sobre el puño de su bastón, estaba Dómine Sampson, a quien a primera vista reconoció el coronel. Las únicas mudanzas que el tiempo había producido en él, se reducían a que su casaca negra era ya de color de ala de mosca, y a que sus carrillos enjutos estaban todavía más hundidos que la última vez que le vió Mannering. A un lado del anciano estaba una verdadera sílfide, una señorita de como hasta diecisiete años, que el coronel supuso al instante sería la hija de Ellangowan. Miraba de cuando en cuando con inquietud la calle de árboles por donde debía llegar la silla de posta, y se ocupaba en arreglar la manta de modo que preservase bien del frío a su padre, y en responder con una paciencia angelical a las bruscas preguntas en que desfogaba éste su mal humor: no aun se atrevía a volver los ojos hacia la quinta, aunque el ruido que metía en ella el numeroso concurso de que hemos hablado, debía llamar

(¹) Litera portátil que se usa en las Indias.—N. del T.

su atención hacia aquella parte. La cuarta persona del grupo era un joven de muy airosa presencia, que parecía participar de las inquietudes de miss Bertrán y del vivo interés que se tomaba por su anciano padre.

Este joven fué el primero que reparó en el coronel Mannering, e inmediatamente se llegó a él para apartarle con suma atención de aquellos desgraciados. Mannering se detuvo, y le dijo que era un extranjero a quien Mr. Bertrán había recibido hacía largos años en su casa con la más afectuosa hospitalidad; que no se hubiera presentado a él en momentos tan tristes, a no haber creído que le autorizaba a ello en cierto modo el estado de desamparo en que le veía; que, en fin, su único objeto era poner sus cortas facultades a disposición de Mr. Bertrán y de su hija.

Paróse entonces a corta distancia del anciano, que clavó en él sus ojos inmóviles, aunque sin dar señales de reconocerle. Dominus, por su parte, estaba demasiado absorto en su dolor para echar de ver su presencia. Dijo el joven algunas palabras en voz baja a miss Bertrán, que se acercó con timidez al coronel, dándole las gracias por su bondad.

—Pero temo — añadió derramando algunas lágrimas — que mi pobre padre no sea capaz de reconoceros.

Llegóse entonces al sillón seguida del coronel.

—Padre mío — le dijo —, aquí tenéis a un antiguo amigo vuestro, a Mr. Mannering, que viene a visitaros.

—Sea muy bien venido — dijo el anciano procurando incorporarse para saludar al coronel, mientras pasaba sobre sus marchitas facciones un rayo de hospitalaria satisfacción —; pero, Lucy, hija mía, entremos en casa; este caballero tendrá aquí frío. Dominus, buscad la llave de la bodega; Mr. Ma... a... el *gentleman* querrá seguramente tomar algo después del largo paseo que ha dado para venir a vernos.

Sintióse Mannering profundamente conmovido por el contraste que le presentaba su memoria entre aquel recibimiento y el que le había hecho la misma persona cuando se vieron por última vez. No pudo reprimir sus lágrimas, y esta prueba evidente de bondad de alma le valió en el acto la confianza de la desventurada miss Lucy.

—¡Ah! — le dijo —, este espectáculo es doloroso hasta para un extraño, y sin embargo, aun es más feliz mi pobre padre en ese estado, que si pudiera conocer todo lo que nos está pasando en este momento.

Llegóse entonces al joven un lacayo con librea, y le dijo en voz baja:

—Mr. Carlos, milady os anda buscando por todas partes para que vayáis por ella el armario de ébano. Lady Juana Devorgoil la acompaña...; es preciso que vayáis al instante.

—Diles que no me has hallado, Tom... o no, escucha; di que estoy mirando los caballos...

—No, no — exclamó Lucy —, nada de eso; si no queréis agravar mi desgracia en este fatal momento, id corriendo a buscarlas... Estoy segura de que este caballero tendrá la bondad de acompañarnos hasta el carruaje.

—Seguramente, señora — repuso Mannering —; vuestro joven amigo puede fiar en mí.

—Adiós, pues — dijo Carlos, y habiendo hablado a miss Bertrán algunas palabras al oído, se retiró precipitadamente como temiendo no tener fuerza para hacerlo si tardaba más.

—¿Adónde va Carlos Hazlewood? — preguntó el anciano, acostumbrado sin duda a su presencia y a sus cuidados —. ¿Adónde va Carlos Hazlewood? ¿Por qué nos deja ahora?

—Al instante volverá — dijo Lucy.

Oyóse en aquel momento el sonido de varias voces hacia la parte de las ruinas. El lector se acordará de que había entre la quinta y el mar una comunicación, que era precisamente por donde pasaban los que venían hablando.

—Sí, hay en efecto, como vos decís, muchas veneras y hierbas marinas; pero si se quisiera levantar una nueva habitación, lo que puede muy bien llegar a ser necesario, se hallarían en el castillo excelentes materiales para ello.

—¡Cielo santo! — dijo al instante miss Bertrán a Sampson —, es la voz de ese miserable Glossin. Si mi padre le ve no necesita más para morir.

Volvióse Sampson como por máquina, y se adelantó dando enormes zancadas hacia Glossin, que salía en aquel momento de las ruinas.

—¡Vete! — le dijo —, ¡vete! ¿Quieres matarle y despojarle?...

—Basta, basta, señor Dominus Sampson — respondió Glossin con altanería —, pues si no sabéis predicar en el púlpito, dejaos de predicar aquí. La ley autoriza nuestra presencia en este sitio, conque así, amigo mío, guardaos el Evangelio allá para vos solito.

El solo nombre de Glossin bastaba hacía algún tiempo para poner a Mr. Bertrán en el colmo de la exasperación. El sonido de su voz, que reconoció al momento, produjo entonces en él un efecto singular; púsose al punto en pie sin ayuda de nadie, se encaró con él, y le dijo, formando la palidez de su rostro el más extraño contraste con la violencia de sus expresiones:

—¡Quítate de mi vista, víbora infame, víbora que devoras el seno que te ha abrigado! ¿No temes que se desplomen sobre tu cabeza estas paredes, que los umbrales del castillo de Ellangowan se entreabran para tragarte? ¿No te hallabas sin amigos, sin asilo, sin recurso alguno, cuando yo te tendí una mano caritativa? ¿No eres tú el que nos arrojas a mí y a esta inocente niña, sin amigos, sin asilo, sin recurso alguno, de la mansión que nos ha albergado a mí y a los míos por espacio de mil años?

Si Glossin hubiera estado solo, probablemente se hubiera hecho el desentendido a aquella retahila de injurias; pero la presencia del forastero que veía junto a Ellangowan, y la de la persona que iba con él, que era una especie de maestro de obras, le decidieron a echar mano de toda su impudencia. A pesar de su mucho descaro, la empresa era difícil en su situación.

—Sir..., sir..., master Bertrán..., no debéis acusarme a mí... sólo vuestra propia imprudencia...

No pudo al oír esto contener su indignación el coronel.

—Señor mío — dijo a Glossin interrumpiéndole —, sin entrar por ahora en discusiones sobre ese punto, os haré observar que ni el sitio, ni la ocasión, ni mi presencia tal vez, son muy a propósito para esa explicación, por lo que me haréis un gran favor en retiraros sin añadir más palabra.

Glossin era alto, robusto y fornido, por lo que prefirió sostener el ataque de un desconocido que no le parecía hombre muy temible, a continuar defendiendo su mala causa contra las justas reconvenciones de su ofendido bienhechor.

—Yo no os conozco, caballero — le dijo —, pero jamás permitiré que se me hable en ese tono y...

Mannering era por naturaleza más que medianamente arrebatado. Sus ojos se inflamaron de cólera; mordióse el labio inferior con tal fuerza que se sacó sangre, y acercándose a Glossin:

—Que me conozcáis o no — le dijo —, importa muy poco, pero yo *os conozco* muy bien, y si no os quitáis de ahí inmediatamente sin pronunciar una sola sílaba más, por el sol que nos alumbra que bajaréis esta cuesta más aprisa de lo que la habéis subido.

El tono enérgico y resuelto ademán del coronel, subyugaron la insolencia de aquel miserable, que después de titubear un momento, dió media vuelta sobre sus talones, y, disfrazando su cobardía con el pretexto de que no quería asustar a la señorita, los libertó de su odiosa presencia.

El postillón de mistress Mac-Candlish, que había llegado a tiempo para ver lo que acababa de pasar, dijo en alta voz:

—Si me hubiera encontrado a este tuno en el camino, bien sabe Dios que hubiera tenido más gusto en hacerle dar cuatro volteretas por el aire que en echarme un doblón en la faltriquera.

Y al mismo tiempo anunció que el coche estaba a la puerta esperando al anciano y a su hija.

Pero, desgraciadamente, no era ya necesario. El último esfuerzo que había hecho Mr. Bertrán abandonándose a toda su indignación, postró su ya harto débil máquina, y a los pocos momentos de haber caído en su sillón, expiró casi sin exhalar un suspiro. La extinción del vital aliento alteró tan poco su apariencia exterior, que los gritos que lanzó su hija cuando vió apagarse sus ojos, y sintió que cesaba de latir su pulso, fueron lo primero que anunció su muerte a los espectadores de aquella dolorosa escena.

CAPITULO XIV

¡Es la una! ¡En el tiempo no pensamos hasta después que pasa! Cuerda anduvo la inteligencia humana en darle voz. Cual si me hablara un ángel, oigo el solemne son de la campana que da las horas...

YOUNG.

La moral que deduce el poeta Young del medio que hemos adoptado para medir el tiempo, puede aplicarse a nuestro modo de considerar aquella porción de él que constituye la vida humana. Temblamos por los ancianos, por los enfermos, por aquellos a quienes su profesión expone a continuos peligros, creyendo verlos a cada instante a las puertas del sepulcro, pero sin que ese espectáculo nos haga abrir los ojos sobre la inestabilidad de nuestra propia existencia. Sólo cuando nos llega a nosotros el fatal momento, entonces,

...Temores y esperanzas
Se despiertan de súbito y quisieran
Más allá de la vida y de la muerte
Ver... ¿Qué... Abismos profundos, insondables...
La negra eternidad...

La turba de curiosos y haraganes reunida en Ellangowan no se había ocupado más que en sus compras, o en gozar del pasatiempo que había ido a buscar, sin cuidarse en lo más mínimo del infeliz cuya ruina estaba contemplando. Verdad es que muy pocos conocían a la familia. El padre, reducido a un estado de imbecilidad completa, abrumado bajo el peso de sus desgracias, y metido siempre en su cuarto, había sido olvidado por sus contemporáneos; su hija había vivido siempre también sumamente retirada; pero cuando un rumor general anunció que el desgraciado Mr. Bertrán acababa de sucumbir al esfuerzo que había hecho para abandonar la antigua mansión de sus mayores, brotó de todos los corazones un torrente de simpatía, como antiguamente las aguas del peñasco herido por la vara del profeta. La acrisolada nobleza y nunca desmentida integridad de aquella familia fueron recordadas con el debido acatamiento, recibiendo en fin el tributo de respeto y veneración que nunca el infortunio reclama en vano entre los escoceses.

Apresuróse Mr. Mac Morlan a anunciar que se suspendía la venta de los bienes del difunto, y que la joven lady quedaría en posesión de todos ellos hasta que pudiese consultar a sus amigos, y atender a las exequias de su padre.

Glossin, a quien enmudeció por algunos momentos la general impresión de sentimiento que se apoderó de todos los espectadores, cobró ánimo al ver que no se dirigía contra él ningún síntoma de indignación popular, y tuvo la desfachatez de intimar a Mr. Mac Morlan que procediese al remate.

—Yo tomo sobre mí la responsabilidad de esta suspensión — respondió el magistrado — e informaré al público del día en que se efectuará la venta. Todos están interesados en que se obtenga de ella el mayor producto posible, y el momento presente no es el más oportuno para conseguirlo. Repito que tomo sobre mí toda la responsabilidad.

Salió Glossin de la estancia y aun de la quinta con tanta prontitud como secreto, y probablemente lo haría porque vió que nuestro amigo Jack Jabos estaba ya arengando a una caterva de pillos desarrapados y demostrándoles cuán útil y conveniente sería tirarle por la ventana.

Arregláronse a la ligera algunas habitaciones para recibir a la pobre huérfana y depositar el cadáver del laird. Juzgó Mannering que su presencia era ya inútil y aun tal vez que podría dar margen a malas interpretaciones, por lo que habiendo visto además que varias familias enlazadas con la de Ellangowan, y que sacaban sus mayores timbres de aquella alianza, se disponían a pagar a su árbol genealógico un tributo que no había podido obtener de ellas en vida la desgracia de su pariente, y que seis o siete ilustres barones se disputaban el honor de presidir las exequias de aquel a quien ninguno de ellos había ofrecido en vida un asilo (como en la memorable cuestión sobre la patria de Homero), resolvió retirarse de la quinta, y volver al cabo de quince días, que era el plazo señalado para la venta prorrogada de la finca de Ellangowan.

Sin embargo, antes de retirarse, solicitó tener una entrevista con Dominus. Presentóse el cuitado apenas supo que un forastero deseaba hablarle, con muestras de sorpresa suma en su descarnado semblante, al que su reciente dolor comunicaba una expresión de cabal insensatez. Hizo a Mannering dos o tres profundas reverencias, y quedando en seguida silencioso e [illegible] móvil, aguardó con paciencia sus órdenes.

—¿Sin duda no adivináis, Mr. Sampson, [illegible] puede tener que deciros un forastero?

—A menos que tenga que proponerme [illegible] me encargue de enseñar a algún joven [illegible] llas letras y las ciencias exactas. Pero [illegible] no puedo, no puedo; tengo otros deberes a [illegible] atender.

—No, Mr. Sampson, no son tan [illegible] mis miras; yo no tengo hijo alguno varón [illegible] le corresponde a mi hija única un [illegible] como vos.

—No, seguramente — respondió el [illegible] Sampson —; yo he sido sin embargo [illegible] dirigido la educación intelectual de miss [illegible] así como el ama de llaves le ha dado los [illegible] cimientos vulgares propios de su sexo.

—De miss Lucy es precisamente de [illegible] go que hablaros. Paréceme que ya no os [illegible] dáis de mí.

Sampson, más que medianamente [illegible] de suyo, así se acordaba del astrólogo [illegible] bía pasado por la quinta hacía largos años, [illegible] mo del extranjero que acababa de [illegible] defensa de su amigo y favorecedor contra [illegible] sin, ¡cuánto había embrollado todas sus [illegible] muerte del desgraciado laird!...

—En fin, eso poco importa — [illegible] coronel —; yo soy un antiguo conocido [illegible] funto Mr. Bertrán, y tengo los medios [illegible] seo de ser útil a su hija en estas tristes [illegible] tancias. Pienso además comprar esta [illegible] quisiera que todo siguiese en ella muy en [illegible] hasta que se efectúe la venta. Tendréis la [illegible] dad, Mr. Sampson, de aplicar esta friolera a [illegible] necesidades de la familia.

Y esto diciendo, puso en manos de [illegible] un bolsillo lleno de oro.

—¡Prodigioso! — exclamó Dominus —; [illegible] si vuestro honor quiere aguardar un...

—¡Imposible, imposible, amigo mío! — [illegible] el coronel apretando el paso.

—¡Prodigioso! — repitió Sampson [illegible] por la escalera con el bolsillo en la [illegible] pero en cuanto a este dinero...

Mannering bajaba los escalones de [illegible] cuatro sin escucharle ni responderle.

—¡Prodigioso! — exclamó por tercera [illegible] llegar a la puerta —; mas por lo que [illegible] este...

Mannering estaba ya a caballo y no [illegible] oírle. Dominus, que en su vida había visto [illegible] to dinero junto, aunque no contenía la [illegible] arriba de unas veinte guineas, empezó a [illegible] rrir seriamente acerca de lo que debía [illegible] aquella suma de que se veía depositario. [illegible] por fortuna en Mr. Mac Morlan un [illegible] jero desinteresado, que le dijo que la [illegible] en lo que pudiese necesitar miss [illegible] siendo dudoso que tal era la intención [illegible] se la había dado.

Varias familias nobles de las cercanías [illegible] cieron entonces con instancias a miss Lucy [illegible] hospitalidad que ella no pudo decidirse a [illegible] tar, resistiéndosele, como era muy natural, [illegible] trar en una casa donde sería recibida más [illegible] por compasión que por verdadero cariño. [illegible] terminó, pues, esperar el dictamen de la [illegible] rienta más cercana de su padre, mistress [illegible] garita Bertrán de Singleside, soltera ya [illegible] en años, a quien escribió al instante [illegible] dole su desventurada situación.

Celebráronse con sumo decoro las [illegible] de Mr. Bertrán, y no pudo ya [illegible] desde entonces la joven huérfana, sino [illegible] de paso en la quinta en que había [illegible] donde por tanto tiempo su paciencia e [illegible] table dulzura habían mitigado los sinsabores [illegible] difunto anciano. Mr. Mac Morlan le [illegible] hecho esperar que acaso no tendría que [illegible] donar tan pronto como pensaba aquel [illegible] pero la suerte lo dispuso de otro modo.

Dos días antes del término señalado [illegible] remate de la venta de las tierras y [illegible]

Ellangowan, esperaba Mac Morlan que se presentaría de un momento a otro el coronel Mannering, o que le remitiría a lo menos una carta con plenos poderes para representarle en la almoneda, pero no sucedió así. Llegado que fué el día de la venta, pasó muy de madrugada al correo a ver si había alguna carta para él, y no halló ninguna; todavía procuró, sin embargo, persuadirse a sí mismo de que llegaría el coronel para la hora de almorzar, por lo que encargó a su mujer que dispusiese lo necesario para recibirle, y que se preparase a aquella visita; pero todos estos preparativos fueron inútiles.

—Si hubiera podido prever lo que me pasa — dijo —, hubiera corrido toda la Escocia para hallar quien pujara contra Glossin.

¡Vanos lamentos! Llegó la hora prescrita, y todas las partes interesadas acudieron al punto de reunión para proceder al remate de la finca. Empleó Mac Morlan en las formalidades preliminares todo el tiempo que buenamente pudo, y leyó en seguida las cláusulas de la venta con tanta lentitud como si hubiera leído su propia sentencia de muerte. Cada vez que se abría la puerta, volvía los ojos hacia ella, pero cada vez con menos esperanza; escuchaba ansiosamente los más leves rumores del campo, creyendo siempre distinguir en ellos el trote de un caballo o el ruido de un coche... Todo fué en vano. Creyó entonces que acaso Mannering había trasmitido sus poderes a otra persona, y ni por un momento pensó en darse por resentido de aquella falta de confianza en él, pero pronto quedó también frustrada esta esperanza. Después de una solemne pausa, Glossin ofreció el total de la suma en que estaba tasada la baronía de Ellangowan; nadie pujó, y pasado que fué el término señalado por un reloj de arena, Mr. Mac Morlan se vió obligado, bien a pesar suyo, a declarar judicialmente que la quinta quedaba adjudicada con todas sus dependencias a Gilberto Glossin. Rehusando en seguida tomar parte en un espléndido banquete con que obsequió Mr. Gilberto Glossin, *squire*, y señor ya de Ellangowan, a toda la concurrencia, volvióse a su casa de pésimo humor, renegando de los antojos y poca formalidad de esos *nababs* indios que nunca saben hoy lo que querrán mañana. Tomó, sin embargo, la fortuna en aquella ocasión toda la culpa sobre sí, y aplacó algún tanto el resentimiento de Mr. Mac Morlan.

A cosa de las seis de la tarde llegó un expreso, borracho como una cuba, según dijo la criada que salió a abrirle, con un pliego del coronel Mannering, fechado de cuatro días atrás en un pueblo distante como a unas cien millas de Kippletringan, que contenía plenos poderes dirigidos a Mr. Mac Morlan o a cualquiera otra persona a quien éste quisiera pasárselos, para que comprase en su nombre a cualquier precio la finca de Ellangowan; notificábale, además, que un asunto de familia le llamaba con urgencia al Westmoreland, adonde le suplicaba que le escribiese bajo sobre a sir Arturo Mervyn, Esq. en Mervyn-Hall.

Mac Morlan, en el primer rapto de cólera, tiró la carta y los poderes a la cabeza de la inocente criada, y difícilmente pudo contenerse para no dar de palos al pícaro mensajero, causa de tantos disgustos.

CAPITULO XV

—No me queda en mi gaveta
Por valor de una peseta:
De unas tierras dueño soy...
Juan de Escales,
Si me das algunos reales
Aunque pocos, te las doy.
Juan de Escales, muy contento
Acepta y paga al momento.
De las tierras ya es señor...
Bien librado
Sale, pues no le han costado
Un tercio de su valor.

El heredero de Linne.

El galwegiano Juan de Escales no era más que un chiquillo de la doctrina comparado con Glossin, pues éste había hallado el secreto de apropiarse los estados de Ellangowan sin la siempre desagradable ceremonia de soltar el dinero. Apenas supo miss Bertrán esta inesperada desgracia, hizo sus preparativos para dejar la quinta sin demora; Mr. Mac Morlan la ayudó en ellos, e insistió con tanto empeño para que aceptase la hospitalidad en su casa hasta que recibiese una contestación de su parienta, o decidiese, después de pensarlo muy despacio, lo que le convenía hacer, que hubiera creído mostrarse ingrata o descortés rehusando ofertas hechas tan de corazón. Mistress Mac Morlan era persona muy apreciable, de buen nacimiento y esmerada educación, y muy capaz de hacer agradable para miss Lucy la residencia en su casa. Hallaba, pues, un asilo donde estaba segura de ser bien recibida, por lo que se dispuso, ya algo más consolada, a pagar sus salarios a los pocos criados que componían la servidumbre de su padre y a decirles el último adiós.

Cuando hay por ambas partes cualidades apreciables, semejantes momentos son siempre tristes; en el caso presente, las circunstancias los hacían doblemente penosos. Todos recibieron lo que se les debía y aun una pequeña gratificación, y se despidieron de su señorita con lágrimas en los ojos, colmándola de bendiciones y rogando a Dios que la hiciese tan feliz como merecía. Sólo quedaba ya en la sala Mr. Mac Morlan, que pensaba llevarse consigo a Dominus Sampson y a miss Lucy.

—Ahora — dijo la pobre huérfana —, sólo me resta despedirme del más antiguo y mejor de mis amigos. ¡Dios os bendiga, Mr. Sampson, y os pague todos los desvelos que me habéis prodigado y el cariño que siempre os debió el infeliz que ya no existe! Espero que no me olvidaréis y que no dejaréis de darme noticias vuestras.

Esto diciendo, le puso en la mano un rollo de papel que contenía algunas monedas de oro y se levantó para salir de la estancia.

Sampson se levantó también, pero fué para quedarse hecho una estatua de hielo: la idea de separarse de miss Lucy no se le había ocurrido jamás. Estático y mudo dejó el dinero sobre la mesa.

—Seguramente es muy poca cosa en comparación de lo que vos merecéis — dijo Mr. Mac Morlan interpretando mal aquel movimiento —, pero las circunstancias...

Dominus retiró la mano haciendo un ademán de impaciencia.

—No es por eso, no es por eso — dijo —; pero pensar que yo que he comido el pan de su padre y he bebido en su copa por espacio de veinte años y más, he de dejarla ahora... ¡ahora que está en la desgracia!... ¡Oh, no, miss Lucy, vos no podéis exigirlo! No os opondríais a que os siguiera un perro de vuestro padre, y ¿por qué me habéis de tratar a mí peor? ¡No, miss Lucy, mientras yo viva, no me separaré de vos! Ya he pensado en los medios de no seros gravoso, pero como Ruth dijo a Noemí: "No pidas que me separe de ti; a doquiera que tú vayas iré yo, dondequiera que tú habites habitaré yo: tu pueblo será mi pueblo, tu Dios será mi Dios. Yo moriré donde tú mueras y juntos nos enterrarán." Sí, miss Lucy, Dios lo quiere así y sólo la muerte podrá separarnos.

Durante este discurso, el más largo que salió jamás de boca de Dominus Sampson, estaban sus ojos arrasados de lágrimas, y no pudieron Lucy y Mac Morlan reprimir las suyas en vista de aquella inesperada efusión de sensibilidad y cariño.

—Mr. Sampson — dijo Mac Morlan después de haber recurrido sucesivamente a su caja y a su pañuelo —, mi casa es bastante espaciosa, y si queréis aceptar una cama y un cubierto mientras miss Lucy sea servida de honrarnos con su presencia, tendré la mayor satisfacción en recibir en ella a un sujeto de vuestras prendas.

Entonces, con una delicadeza que tenía por objeto satisfacer cualquiera objeción que hubiera podido hacer miss Bertrán, temerosa de abusar de tanta complacencia:

—Mis muchos negocios — añadió — me ponen frecuentemente en ocasión de necesitar de alguna persona que entienda mejor de cuentas que mis pasantes ordinarios, por lo que me será de mucho auxilio que me concedáis de cuando en cuando algunos momentos, cuando os sea menos molesto.

—Con mucho gusto, con mucho gusto — respondió Sampson sin darle tiempo para acabar —; yo conozco la teneduría de libros por partida doble, según el método italiano.

Entró entonces en la estancia el postillón para anunciar que ya estaban enganchados los caballos. Sin que nadie hubiese reparado en él, había presenciado Jack Jabos toda esta escena, y de vuelta en la posada aseguró a mistress Mac Candlish, que en su vida había visto una cosa más patética, y que la muerte de la yegua pía, pobre animalito, no había sido nada en comparación de aquello. Esta circunstancia, al parecer insignificante, tuvo para Dominus consecuencias de importancia.

Recibió a sus huéspedes con la más cordial hospitalidad mistress Mac Morlan, a quien, como a todos, dijo su marido que había suplicado a Mr. Sampson que se encargase de ajustar algunas cuentas algo embrolladas, y que para poder despachar más pronto y mejor este trabajo, se quedaría en la casa por algún tiempo. El conocimiento que tenía Mr. Mac Morlan del mundo y sus malicias, le indujo a dar aquel colorido a la residencia de Dominus en su casa, considerando que por mucho que honrase a Sampson su acendrada lealtad a la familia de Ellangowan, que igualmente hacía el elogio de ésta, su facha no era en verdad muy propia de un *escudero de damas*, lo que podría muy bien dar que reír a costa de ambos, tratándose sobre todo de una hermosa doncella de dieciséis años.

Ocupóse Dominus Sampson con el mayor celo en las cuentas que, en efecto, le confió Mr. Mac Morlan; pero no tardó en ser notorio que todas las mañanas, después de almorzar, desaparecía siempre regularmente a la misma hora y no volvía hasta poco antes de la de comer: por las noches trabajaba en los encargos de su huésped.

En la mañana del sábado siguiente se presentó a Mr. Mac Morlan con triunfante ademán y puso sobre la mesa dos monedas de oro.

—¿Para qué es ese dinero, Dominus? — preguntó éste.

—Primeramente, para indemnizaros de lo que os cuesta mi estancia en esta casa, mi muy apreciable amigo, y lo restante para que haga de ello miss Lucy Bertrán el uso que guste.

—Pero, Mr. Sampson, lo que trabajáis por mí me indemniza sobradamente; yo soy aquí el deudor, amigo mío.

—En ese caso — dijo Dominus alargando la mano —, todo será para miss Lucy.

—Bien, Dominus, bien, pero este dinero...

—Lo he ganado honradamente, Mr. Mac Morlan; es la generosa retribución de un joven a quien enseño las lenguas sabias, dándole diariamente lecciones de tres horas.

Con pocas preguntas más fué averiguando poco a poco Morlan que aquel alumno liberal era el joven Hazlewood, y que todos los días se reunían ambos en la posada de mistress Mac Candlish, la cual, habiendo sabido el desinteresado cariño de Sampson a la joven lady, le había procurado aquel infatigable y generoso discípulo.

Esta noticia dió mucho en qué pensar a Mr. Mac Morlan. Dominus Sampson era sin disputa un hombre muy erudito y un excelente sujeto; los autores clásicos merecen ciertamente ser leídos; pero que un joven de veinte años anduviese todos los días seis millas de ida y otras tantas de vuelta por gozar de semejante conferencia, nada menos que por espacio de

tres horas, era ya demasiado amor a la literatura para que pudiese creer en él Mr. Mac Morlan. No tuvo éste necesidad de mucha astucia para sonsacarle muy a su sabor, pues el pobre Dominus no admitía jamás en su cabeza sino las ideas más simples y directas.

—Y decidme, amigo mío, ¿tiene noticia miss Bertrán de vuestra nueva ocupación?

—No, seguramente. Mr. Carlos me encargó mucho que no le dijera palabra, de miedo de que tuviese escrúpulos de participar, aunque indirectamente, del producto de mi trabajo; pero no será posible ocultárselo por más tiempo, pues el joven se propone venir aquí alguna vez que otra a tomar la lección.

—¡Ah, ya!, ya caigo — dijo Mac Morlan —. Y decidme, Mr. Sampson, ¿esas tres horas se emplean siempre en el estudio de los clásicos?

—No, por cierto; interpolamos el estudio con alguna conversación,

...*"Neque semper arcum*
Tendit Apollo"

(No siempre tiene Apolo el arco tendido.)

—¿Y sobre qué suelen girar esas conversaciones?

—Solemos hablar de Ellangowan y también algunas veces de miss Lucy, porque Mr. Carlos es enteramente como yo en ese particular. Cuando empiezo a hablar de ella, no sé dejarlo, y como muchas veces se lo digo a mi discípulo, aunque en broma, nos roba la mitad del tiempo que dura la clase.

—¡Hola, hola! — dijo entre sí Mr. Mac Morlan —, ya sabemos de dónde sopla el viento. Ahora me acuerdo de haber oído algo de eso.

Reflexionó entonces sobre la conducta que debía observar por su protegida y por sí mismo, porque el padre del joven Hazlewood era poderoso, rico, ambicioso y vengativo, y nunca hubiera consentido en un enlace de que no hubieran resultado para su hijo honores y riqueza. En fin, como tenía la mejor opinión posible del juicio y penetración de su pupila, resolvió aprovechar la primera ocasión oportuna en que se hallase a solas con ella, para hablarle de aquel asunto como de una mera novedad a que no daba la menor importancia.

Habiéndose presentado pronto esta ocasión, le dijo afectando la mayor naturalidad que pudo:

—Os doy el parabién, miss Bertrán, del fortunón que se le ha entrado por las puertas a vuestro amigo Mr. Sampson. Ha hallado un alumno que le da dos guineas por cada doce lecciones de griego y de latín.

—¿De veras? Lo celebro en el alma. ¿Y quién puede ser tan generoso? ¿Está ya de vuelta el coronel Mannering?

—No, no es el coronel Mannering; pero ¿por qué no pensáis en vuestro antiguo conocido Mr. Carlos Hazlewood? Parece que piensa en venir aquí a dar lección, y desearía que la cosa pudiese arreglarse.

Lucy se puso encendida como una grana.

—Por amor de Dios, Mr. Mac Morlan — le dijo —, no lo consintáis. Carlos Hazlewood ha tenido ya bastantes desazones por eso.

—¿Por el estudio de los clásicos, amiga mía? Algún día pudo haberle sido enojoso ese estudio, pero en el día es absolutamente voluntario.

Dejó miss Bertrán caer la conversación, sin hacer ningún esfuerzo para continuarla, y quedó pensativa como si estuviese formando algún proyecto en su imaginación.

Al día siguiente llamó a su cuarto a Dominus, le manifestó en los términos más expresivos lo muy agradecida que estaba a su desinteresado afecto y lo mucho que se había alegrado de saber la buena proporción que se le había presentado; pero añadió que el modo de dar sus lecciones que había adoptado Mr. Hazlewood no dejaba de tener algunos inconvenientes para él, y que mientras durasen sería mejor que se decidiese a una separación temporal y fuese a vivir a la casa de su discípulo, o a lo menos que tomase una habitación en las cercanías. Desechó Sampson esta proposición, como ya se lo esperaba ella en verdad, protestando que no la dejaría ni aun por el empleo de preceptor del príncipe de Gales.

—Pero veo — añadió — que tenéis escrúpulos de participar de lo que yo gano o que tal vez os soy gravoso.

—Nada de eso: erais el más antiguo, acaso el único amigo de mi padre, y siento que me hagáis la injusticia de pensar de mí lo que decís. En cualquiera otra materia desde luego me sometería a vuestro dictamen; pero ahora agradeceré mucho que digáis a Mr. Carlos Hazlewood que habéis hablado conmigo acerca de sus estudios, y que soy de opinión que el venir a continuarlos en esta casa, como piensa, es cosa impracticable y a que es menester que renuncie.

Separóse de ella Dominus, cabizbajo y confuso, y no pudo menos, al cerrar la puerta, de pronunciar entre dientes el *varium et mutabile* de Virgilio. Al día siguiente se presentó con cara verdaderamente compungida y entregó una carta a miss Bertrán.

—Mr. Hazlewood — le dijo —, va a suspender sus lecciones y ha querido reparar generosamente el perjuicio pecuniario que de ello me resultará a mí, pero ¿con qué se repara el que resultará para él de la pérdida de la instrucción que le reportaría mi enseñanza? Hasta en punto a escribir es tal el atraso en que se halla ese joven, que ha tardado más de una hora en trazar esos pocos renglones, y aun para eso ha tenido que hacer tres borradores, que cortar la pluma cuatro veces y que desgarrar qué sé yo cuántos pliegos de papel de cartas, cuando en el término de tres semanas le hubiera yo hecho adquirir un carácter de letra claro, elegante y corrido: ¡Sobre que hubiera llegado a ser todo un calígrafo! ¡En fin, sea como Dios quiera!

No contenía la carta más que algunas líneas reducidas a quejas de la crueldad de miss Bertrán, que no sólo le privaba del placer de verla, mas ni aun le permitía aquel medio indirecto de saber de ella y de contribuir a su servicio. Terminaba protestando que aquella severidad era inútil, y que nada podría alterar el inviolable afecto de Carlos Hazlewood.

Merced a la activa protección de mistress Mac Candlish, halló Sampson algunos otros discípulos, de clase muy inferior, es verdad, a la de Carlos Hazlewood, y cuyas lecciones no eran tan productivas; pero eso no le impedía llevar muy ufano y cuellierguido todas las semanas a Mr. Mac Morlan el producto de su trabajo, del que sólo se reservaban un pequeño *peculium* para llenar su pipa y su caja de rapé.

Ahora vamos a dejar a Kippletringan y a reunirnos con nuestro héroe, no sea que se imaginen nuestros lectores que vamos a olvidarle por otra cuarta parte de un siglo.

CAPITULO XVI

Nuestra Polly es una lcea
Que no quiere oír consejos,
Ni razones... ¿Hija en casa?
Del que la desee reniego.
Gasta uno en educarlas,
Tiempo, paciencia y dinero,
Y al primer galán que llega,
Como hable de casamiento...
Dios guarde a vm. muchos años;
Se largan con viento fresco.

GAY, *Opera del pordiosero.*

Después de la muerte de Mr. Bertrán, Mannering había decidido dar una vuelta por Escocia, proponiéndose volver a las cercanías de Ellangowan hacia la época señalada para el remate de la venta. Llegó hasta Edimburgo, recorrió diferentes ciudades, pero hallándose en un pueblo, como a unas cien millas de Kippletringan, adonde había encargado a su amigo Mervyn que le dirigiese sus cartas, recibió una que le anunciaba una noticia poco agradable. Ya hemos tenido la indiscreción de echar una curiosa ojeada sobre su correspondencia, y [illegible]ra vamos a ofrecer a nuestros lectores [illegible]tracto de la susodicha carta.

"Os pido perdón, amigo mío, del dis[illegible] que os he causado, obligándoos en cierto [illegible] a hacerme una relación que ha abierto en [illegible]tro pecho heridas mal cicatrizadas. Siem[illegible] oído decir, aunque acaso sin fundamen[illegible] las atenciones de Mr. Brown sólo se di[illegible] a miss Mannering; pero aun cuando así [illegible] semejante osadía en su situación merecía [illegible]tigo. Los filósofos dicen que en el esta[illegible] sociedad nos despojamos del derecho na[illegible] la propia defensa, pero sólo bajo la con[illegible] de que nos protejan las leyes. Cuando [illegible] puede pagar, no hay venta posible. Por [illegible]plo, nadie negará que yo tengo el dere[illegible] defender mi vida y mi hacienda contra [illegible]teador, lo mismo que un indio salvaje [illegible] conoce ni leyes ni magistrados. La cues[illegible] resistencia o sumisión debe estar subor[illegible] mis medios y situación; pero si, bien ar[illegible] igual en fuerza, sufro que otro me haga [illegible] justicia o una violencia, paréceme que [illegible] podrá atribuir esta conducta ni a los sen[illegible]tos de la moral, ni a la voz de la religión, [illegible]nos que el ofendido sea un cuáquero. ¿Y [illegible] lo mismo una agresión hecha a mi hon[illegible] este caso, un insulto, por leve que sea, es [illegible] más trascendental para mí que el daño que [illegible] de hacerme un salteador que atenta a mi [illegible] en un camino real, pues contra éste pueden [illegible]tegerme las leyes, y para vengar mi hono[illegible]trajado son insuficientes. Creed fimemente, [illegible]go mío, que nada tiene que echarse en [illegible] que se ve precisado a aceptar o propo[illegible] duelo, siempre que medie una ofensa [illegible] haría perder el aprecio y la considera[illegible] toda persona bien nacida, si la sobrelleva[illegible] indiferencia.

"Mucho siento que penséis estableceros [illegible] Escocia, pero me consuela el que a lo [illegible] no habéis elegido un punto muy distante [illegible] frontera. Ir del Devonshire al Westmo[illegible] es empresa que arredraría a un habitante [illegible] Indostán; pero salir de Galloway o del con[illegible] de Dumfries para venir a hacernos una visi[illegible] dar un paso para acercarse al sol. Adem[illegible] como presumo, la finca a que habéis echa[illegible] ojo está inmediata al antiguo castillo donde [illegible]sasteis por astrólogo hará unos veinte años, [illegible]bradas veces os he oído describir con [illegible] entusiasmo todos sus alrededores, para [illegible] que renunciéis a hacer su adquisición. Esp[illegible] sin embargo, que el hospitalario y parlero [illegible] que tan bien os recibió entonces, ande [illegible] por estos mundos, y que su capellán, que [illegible] tanta frecuencia me habéis pintado, esté [illegible] *rerum natura.*

"Desearía, querido amigo, poder ter[illegible] aquí mi carta, y no sin gran violencia me [illegible]termino a continuarla, aunque creo poder [illegible]guraros que en lo que me falta que decir [illegible] hay la menor indiscreción de parte de mi [illegible]poral pupila miss Julia Mannering; pero [illegible] probaros que todavía merezco el apodo de [illegible]*ta claro* que me pusieron en el colegio. En [illegible] palabra, éste es el caso:

"Vuestra hija tiene mucho de la nove[illegible] disposición de vuestro carácter, con un [illegible] de aquella sed de ser admirada, de que ado[illegible] más o menos todas las bonitas. Probable[illegible] será vuestra única heredera, circunstancia [illegible] poco momento para los que miran a Julia [illegible] mis ojos, pero muy importante para los [illegible]mente llamados caballeros de industria. Ya [illegible]béis cuántas veces la he embromado sobre [illegible] lánguida melancolía, y sobre esos paseos [illegible]tarios que le gusta dar muy de mañana, [illegible] de que nadie se levante, o a la luz de la [illegible] cuando todos deberían estar metidos en la [illegible]ma, o cuando está uno con la baraja en la [illegible] lo que viene a ser lo mismo. El incidente [illegible] sigue puede mirarse todavía como cosa [illegible]nificante, pero creo deber esperar para mir[illegible] así, a que vos me deis el ejemplo.

"Dos o tres veces, durante estos últimos quince días, he oído, ya muy entrada la noche o bien muy de mañana, un caramillo que tocaba aquella canción india que a vuestra hija le gusta tanto. Creí al principio que sería cosa de algún criado filarmónico que, no pudiendo durante el día ejercitar su habilidad, elegía aquella silenciosa hora para imitar los sonidos que había podido oír desde la antesala; pero, habiéndome quedado anoche escribiendo hasta bastante tarde en mi despacho, que cae precisamente debajo del cuarto de miss Julia, no sólo oí el consabido caramillo, mas pude convencerme de que los sonidos salían del lago que está al pie de nuestras ventanas. Deseoso de saber quién nos obsequiaba a tales horas con aquella serenata, escuché con suma atención, y me cercioré de que no era yo el único que velaba en la casa. Sin duda os acordaréis de que miss Mannering prefirió el cuarto que ocupa, porque tiene un balcón que da sobre el lago; pues bien, amigo mío, oí abrir un balcón, luego unas persianas, y en fin el sonido de su propia voz que entraba en conversación con alguno que le respondía desde abajo. No es esto *mucho ruido y pocas nueces;* estoy seguro de haber reconocido muy bien su voz tan dulce y persuasiva, y, a decir verdad, la voz que salía del lago estaba en perfecta armonía de ternura y pasión con la suya; pero no pude oír lo que se decían. Abrí mi ventana a fin de oír algo de aquella cita a la española, pero, a pesar de todas mis precauciones, el ruido que hice espantó a los conversantes; cerráronse con precipitación vidrieras y persianas en el cuarto de miss Julia, y el rápido batir de los remos en el lago me anunció la retirada del interlocutor masculino; hasta puedo asegurar haber visto una lancha, que, impulsada con no menos destreza que agilidad, salía del lago con tanta rapidez como si hubiera contenido doce briosos remeros. A la mañana siguiente, tanteé a algunos de mis criados, como por mera casualidad, y supe que el guardabosque, al hacer su ronda por la noche, había hallado muchas veces aquel bote en el lago junto a la quinta, que nunca había visto en él más que una sola persona, y que casi siempre había oído el consabido caramillo. No quise llevar adelante mis preguntas, por evitar toda sospecha; pero, luego, al almuerzo, hablé como por incidente de la serenata de la víspera, y observé que miss Mannering se puso sucesivamente pálida y encendida. Di inmediatamente a la conversación un giro que pudiese hacerla creer que no había sido mi ánimo en manera alguna echarle una indirecta, pero en lo sucesivo dejaré luz toda la noche en mi despacho, y tendré las persianas abiertas, para ahuyentar, si es posible, a nuestro duende nocturno. He insistido sobre el rigor de la estación, sobre la humedad de la niebla, como un obstáculo para esos paseos solitarios por la noche y por la mañana, a que es tan aficionada Julia, y os confieso que he sentido de veras verla consentir a todo con una resignación que no me parece propia de su carácter. La índole de Julia se asemeja demasiado a la de su padre para renunciar de ese modo a su voluntad, si no conociese que la prudencia debe excitarla a la sumisión.

"Aquí tenéis mi aventura, de la que podéis inferir lo que mejor os parezca. Ni una palabra he dicho de todo esto a mi buena mujer, que, llena de indulgencia para las flaquezas de su sexo, no hubiera dejado seguramente de oponerse a que os diese noticia de estas particularidades, y se hubiera empeñado además en probar sobre el ánimo de miss Mannering los efectos de su elocuencia, facultad que, aunque muy poderosa cuando se dirige a mí, su legítimo objeto, temo que hubiera sido de más perjuicio que provecho en el caso de que se trata. Acaso os parecerá que es más prudente aparentar que ignoráis lo que ha pasado, sin entrar en reconvenciones, o que no dais a todo ello la menor importancia. Julia se parece mucho a cierto amigo mío; tiene una imaginación viva y fogo-

sa que le pinta con colores exagerados así los bienes como los males de la vida; es, sin embargo, una criatura preciosa, tan apreciable por sus gracias como por su talento y su buen corazón. Le he dado con mil amores el beso que me enviasteis para ella, y en recompensa me apretó la mano con sus lindos dedos. No dejéis de volver cuanto antes a abrazarnos, y entretanto contad con la vigilancia de vuestro afectísimo

ARTURO MERVYN.

"P. D. Naturalmente desearéis saber si tengo algunas sospechas acerca de quién pueda ser el amigo de la serenata: a decir verdad, ninguna tengo. Entre todos los jóvenes de estas cercanías que por su clase podrían aspirar a la mano de miss Julia, no conozco ninguno que me parezca hombre para hacer el papel de héroe de novela. Pero al otro lado del lago, casi frente por frente de Mervyn-Hall, hay una miserable posada que es el punto de reunión de toda especie de vagabundos — poetas, comediantes, pintores y músicos — que vienen a inspirarse en estos pintorescos alrededores. Su hermosura nos condena a la incomodidad, que no es pequeña, de tener siempre encima ese enjambre de botarates. Si Julia fuera hija mía, más temería por ese lado que por ningún otro; es generosa y novelesca, escribe seis cartillas por semana a una amiguita de colegio, y a veces es peligroso para una niña tener que buscar un tema cualquiera para ejercitar sobre él sus sentimientos o su pluma. Adiós, amigo mío: si hubiese tratado este asunto más seriamente, hubiese creído hacer una injusticia notoria a vuestro discernimiento; pero si os lo hubiera ocultado, temería haber sido imprudente."

A consecuencia del contenido de esta carta, despachó el coronel su infiel mensajero a Mr. Mac Morlan, con los poderes necesarios para que hiciera la adquisición de la finca de Ellangowan, y se dirigió hacia el sur, sin detenerse hasta que llegó a la quinta de su amigo Mr. Mervyn, situada a la orilla de uno de los lagos del Westmoreland.

CAPITULO XVII

Compadecido el cielo
De los amantes que en la ausencia lloran,
Para mutuo consuelo
El arte epistolar les inspiró.
O queriendo un poeta
De sus héroes hacer la fiel pintura,
Que en carta, más perfecta,
Ellos mismos la hiciesen discurrió.

Imitación de Pope.

El primer cuidado de Mannering, después de su regreso a Inglaterra, fué poner a su hija en un excelente colegio para completar su educación; pero viendo que no progresaba a medida de su impaciencia, la sacó a los tres meses y le tomó maestros en su casa; pero aquellos tres meses le bastaron para formar una *eterna amistad* con miss Matilde Marchmont, señorita de su misma edad, es decir, de unos diez y ocho años. A aquella fiel amiga iban dirigidas las formidables cartas que salían de Mervyn-Hall en alas del correo, desde que habitaba miss Mannering en aquella quinta. La lectura de algunos pocos extractos de aquellas cartas es necesaria para la buena inteligencia de esta historia.

PRIMER EXTRACTO

"¡Ah, querida Matilde, qué pesadumbre la mía! La desgracia me persigue desde la cuna. Considerar que estamos separados por tan leve causa — ¡por una falta de gramática en un tema italiano y tres notas equivocadas en una sonata de Paesiello! Pero tal es el carácter de mi padre, al cual no sé si podría decir si es mayor mi ternura que mi admiración o mi temor. Sus triunfos en la guerra, su costumbre de ver doblegarse todos los obstáculos a la energía de su voluntad, aun cuando parecen insuperables, todo esto ha contribuído a dar a su carácter una tenacidad y un rigor que, ni consienten la menor contradicción, ni disculpan la menor flaqueza. Verdad es que él no tiene que acusarse de ninguna. ¿Sabes que corren rumores, medio confirmados por algunas palabras que me dijo mi pobre madre al morir, de que está iniciado en ciencias, hoy perdidas en el mundo, que dan al que las posee la facultad de penetrar los oscuros y recónditos arcanos del porvenir? La idea de tamaño poder, o aun el talento y la inteligencia con que puede suplirse, ¿no derraman, querida Matilde, un baño de misteriosa grandeza sobre el que los posee? Dirás que estos son devaneos de novela, pero considera que he nacido en el país de las hadas y de los talismanes, y que estoy acostumbrada a oír desde mi infancia esos cuentos deliciosos de que vosotras no podéis gozar sino en pálidas traducciones. ¡Oh, Matilde!, quisiera que hubieras podido ver los aterrados semblantes de mis doncellas indias, inclinados con una especie de devoción estática alrededor de la que en un lenguaje entre poético y fantástico contaba aquellas mágicas historias. No me admira que las ficciones de los europeos parezcan frías e insulsas al lado de los maravillosos efectos que, como yo he visto, producen en los que las escuchan las fábulas del Oriente."

SEGUNDO EXTRACTO

"Tú eres depositaria, querida Matilde, de los secretos de mi pecho; tú sabes el afecto que conservo a Brown, y no quiero decir a su memoria, porque estoy convencida de que vive y de que me ama como siempre. Mi malograda madre había autorizado los obsequios que me tributaba — acaso imprudentemente, considerando las preocupaciones de mi padre en punto a nacimiento y clase —, pero en aquella época yo era una niña, y no se podía exigir de mí que tuviese más cordura que aquella bajo cuyo amparo me había colocado la naturaleza. Mi padre estaba siempre ocupado en los deberes de su profesión; yo no le veía sino muy rara vez, y estaba acostumbrada a mirarle con más respeto que confianza. ¡Pluguiera al cielo que no hubiera sido así! Todos habiéramos ganado en ello."

TERCER EXTRACTO

"Me preguntas por qué no informo a mi padre de que todavía vive Brown o a lo menos de que ha sobrevivido a la herida que recibió en aquel fatal desafío, como también de que escribió a mi madre para anunciarle su convalecencia y la esperanza que tenía de verse pronto libre de su cautiverio; pero no reflexionas que un militar, que ha visto caer tantos hombres en el campo de batalla, debe mirar sin duda con bastante indiferencia una catástrofe que casi me petrificó cuando llegó a mi noticia. Si le enseñase aquella carta, ¿no resultaría que Brown, conservando aún las pretensiones al amor de tu pobre amiga que determinaron a mi padre a atentar contra su vida, turbaría la tranquilidad de su alma mucho más que su supuesta muerte? Si rompe sus cadenas, estoy segura de que volverá a Inglaterra, y entonces será el momento de reflexionar sobre el medio de descubrir a mi padre que existe. Pero si por desgracia llegase a desvanecerse esta dulce y secreta esperanza, ¿a qué fin descubrirle un misterio a que van unidos tantos amargos recuerdos? Mi querida madre temía tanto que llegase a saber que había autorizado a Brown a servirme, que creo que prefirió hacerle sospechar que sus obsequios se dirigían a ella, a descubrirle cuál era su verdadero objeto, y ¡oh, Matilde!, cualquiera que sea la veneración que debo a la memoria de mi madre que ya no existe, necesario es que haga también justicia al padre que me ha conservado el cielo. Lo confieso, no puedo menos de creer que la conducta que adoptó mi madre era injusta con respecto a mi padre, no menos que peligrosa para ella y para mí. Pero, ¡paz a sus cenizas!... Sus acciones le fueron dictadas más bien por [...] razón que por su cabeza, y no le está [...] su hija, que ha heredado todos sus defe[...] vantar el velo que los cubre..."

CUARTO EXTRACTO

MERVYN-[...]

"Si la India es el país de la magia, éste, [...] rida Matilde, es el de la novela. Su aspe[...] tal que parece que la naturaleza ha re[...] él sus más sublimes escenas: sonoras [...] montañas que esconden en el firma[...] peladas cimas, lagos que serpeando entre [...] umbrías conducen en cada recodo a sitios [...] vez más pintorescos, rocas que se pierden [...] las nubes; aquí las agrestes asperezas de S[...] tor, allí las deliciosas escenas de Claud[...] lebres pintores). ¡Gracias a Dios que [...] fin un objeto que mi padre y yo estamos [...] des en mirar con entusiasmo! Admira[...] naturaleza como poeta y como pintor, [...] do el mayor placer en oír sus observac[...] que desenvuelve las causas y los efectos [...] tos magníficos testimonios de su poder. [...] siera que fijara su residencia en este país [...] tador, pero tiene el proyecto de es[...] más hacia el norte, y en este mom[...] dando una vuelta por Escocia, donde [...] gún creo, de comprar alguna finca [...] larse en ella definitivamente. Antig[...] dos le inspiran en favor de aquel país [...] predilección, de modo, querida Mat[...] cuando me establezca en la nueva cas[...] padre será para alejarme aún más de [...] ¡Qué delicia cuando nos volvamos a ver! [...] Matilde, ven a dar un abrazo a tu fiel [...]

"Actualmente vivo en casa de Mr. y [...] Mervyn, antiguos amigos de mi padre. E[...] tima es verdaderamente una buena pasta [...] jer, entre castellana y labradora, pero [...] recursos de la amistad, ¡cielo santo! T[...] hubiera valido a tu triste amiga ir a bus[...] patías en mistress Teach'em (la peda[...] Ya ves que no se me han olvidado los [...] colegio. Por lo que hace a sir Arturo, está [...] muy lejos de poder compararse con mi [...] pero me divierte y sabe seguirme el ge[...] complaciente, no carece de cierta pene[...] y en general tiene muy buen humor; [...] biendo sido en su juventud, según creo, [...] te bien parecido, se precia no menos de [...] *mozo* que de inteligente agricultor. Yo [...] vierto en hacerle dar largos paseos por [...] bres de los montes y al pie de las cascadas, [...] justa retribución admiro sus plantíos de [...] de alfalfa y de pipirigallo. Estoy segura [...] me tiene por una pobrecita muy sencilla, [...] novelesca, de no mala figura (todo se [...] decir) y de muy buen fondo; yo por mi [...] convengo en que el buen Mervyn puede [...] con bastante acierto del exterior de una [...] pero no le concedo suficiente tacto para [...] netrar y comprender sus sentimientos. [...] acompaña, me da sus bromas corrientes, [...] un poquito (porque es el caso que el [...] hombre es algo gotoso), y me cuenta [...] anécdotas de la alta sociedad, que él se [...] de conocer muy a fondo; yo le escucho, [...] me muestro lo más alegre, lo más amable, [...] más candorosa que puedo y congeniamos [...] mil maravillas.

"¡Pero, ah, querida Matilde, cuán larg[...] me haría el tiempo en este romántico [...] habitado por esta pareja tan poco adecua[...] las escenas que la rodean, si no fuera por [...] exactitud en responder a mis insignif[...] cartas! Yo te lo ruego, no dejes de escrib[...] lo menos tres veces por semana; no [...] faltarte materiales."

QUINTO EXTRACTO

"¿Cómo comunicarte lo que tengo que [...] cirte? Mi mano y mi corazón tiemblan en [...] minos que casi me es imposible escribir. [...]

se decía yo que vivía, que me era fiel, que no quería perder mis esperanzas? ¿Cómo puedes decir, querida Matilde, que los sentimientos que me inspira, como nacidos en una edad tan temprana, son hijos más bien de mi fantasía que de mi corazón? ¡Oh, bien segura estaba y lo estoy ahora más que nunca, de que me durarán hasta la muerte! Pero volviendo a lo que tengo que decirte, préstame toda tu atención, querida amiga, y sea esta prueba de confianza el más sincero, el más sagrado testimonio de nuestra eterna amistad.

"Aquí suelen todos recogerse muy temprano, demasiado temprano para que mi corazón, abrevado de inquietudes, esté ya dispuesto a entregarse al descanso. Cojo, pues, generalmente un libro y paso una o dos horas leyendo en mi cuarto, que, como ya creo haberte dicho, tiene un balcón que da sobre un hermoso lago, del que he procurado sacar el bosquejo que te he remitido. Mervyn-Hall, que era antiguamente una fortaleza en cuya construcción no hubo de desatenderse ningún medio de defensa, está situado en la misma orilla del lago, bastante hondo para que pueda navegar por él un barquichuelo. Había yo dejado anoche las persianas entornadas solamente, porque quería según mi costumbre, antes de irme a la cama, asomarme un rato al balcón y contemplar el efecto de la luz de la luna sobre las aguas del lago. Estaba profundamente engolfada en aquella hermosa escena del Mercader de Venecia, en que dos amantes, describiendo la calma de una noche de verano, procuran a porfía hallar en ella nuevos encantos; los sentimientos de mi corazón se confundían con los que me inspiraba aquella deliciosa poesía, cuando oí sobre el lago el sonido de un caramillo. Ya te he dicho que éste era el instrumento favorito de Brown. ¿Quién podía tocarle en aquel sitio y en una noche que, aunque serena y hermosa, era demasiado fría para que el solo placer de dar un paseo llevase a nadie al lago a tales horas, y sobre todo estando la estación tan adelantada? Acerquéme a la ventana y me puse a escuchar con mis cinco sentidos. Los sonidos cesaron por un momento, empezaron de nuevo y aun parecía que se iban acercando cada vez más; al fin distinguí sin poderme equivocar aquella cancioncilla india que tú llamabas mi música predilecta: ya sabes quién me la enseñó.

"¿Era él?, ¿o eran unos sonidos que me traía el viento para anunciarme su muerte?

"Un buen rato pasó antes de que me fuese posible resolverme a salir al balcón; nada en el mundo me hubiera determinado a hacerlo, si no hubiera tenido la convicción íntima de que vivía aún, de que debía volverle a ver; pero esta convicción me alentó, y aunque temblando de pies a cabeza, me resolví en fin. Vi una lancha en que no había más que una persona... ¡Oh, Matilde!... ¡Era él! ¡Al instante le conocí después de tan larga ausencia, a pesar de la oscuridad de la noche, como si le hubiera visto el día antes, como si hubiera brillado sobre nosotros la luz del sol! Dirigió su lancha hacia mi balcón y me habló: no sé lo que me dijo ni lo que le respondí; las lágrimas me cortaban la voz, pero eran lágrimas de júbilo. Los ladridos de un perro a corta distancia turbaron nuestra entrevista y nos separamos prometiéndonos volvernos a ver en el mismo sitio y a la misma hora.

"¿Pero en qué parará todo esto? ¿Puedo responder a esta pregunta? No, ciertamente. El cielo que le ha libertado de la muerte y le ha sacado de su cautiverio, que ha libertado también a mi padre de la desgracia de derramar la sangre de un hombre que por nada en el mundo hubiera querido tocar un solo cabello de su frente, el cielo me sacará tal vez de este conflicto. Entretanto, bástame la firme resolución de que jamás tendrán que sonrojarse ni Matilde de su mejor amiga, ni mi padre de su hija, ni mi amante del objeto de toda su ternura."

CAPITULO XVIII

¡Hablar a un hombre por la ventana! ¡Bueno, bueno!
SHAKESPEARE, *Mucho ruido por nada.*

Continuaremos dando algunos extractos de las cartas de miss Mannering, para que conozcan nuestros lectores la natural sensatez, buenos principios y sensibilidad de aquella señorita, aunque deslucidos tal vez por una educación imperfecta y por la torcida dirección de una madre que miraba en el fondo de su corazón a su marido como a un tirano, y que acabó por temerle como si verdaderamente lo fuera. Mistress Mannering había leído muchas novelas; las complicadas intrigas que contienen la habían cautivado de tal modo, que quiso manejar una en su propia casa, constituyendo a su hija, de edad de dieciséis años, en su principal heroína. Complacíase en pequeños misterios, daba a la cosa más insignificante una importancia suma, y temblaba sin embargo a la idea de la indignación de su marido si llegaba a descubrir aquellos ridículos manejos. Así muchas veces formaba un proyecto por el solo placer de formarle, o acaso por espíritu de contradicción, no podía retroceder cuando hubiera querido hacerlo, procuraba salir de sus atolladeros por medio de nuevos artificios, o cubrir sus errores con el velo del disimulo, y muchas veces se hallaba cogida en sus propias redes, resultando de aquí que el temor de que se descubriera el embrollo más inocente la metía continuamente en nuevos embrollos y por lo tanto en nuevos apuros.

Por fortuna, el joven a quien tan imprudentemente había introducido en su intimidad y cuyas miras sobre miss Julia había fomentado a hurtadillas del coronel, tenía un fondo de honradez y una rectitud de principios que hicieron menos peligrosas sus relaciones con madre e hija de lo que hubiera debido esperar mistress Mannering. Sólo podía objetársele la oscuridad de su nacimiento, pues por lo demás,

Con altos pensamientos vino al mundo
Amor a la virtud, ansia de gloria:
Principió noblemente su carrera,
Y todo anuncia que será muy honrosa.

Pero no era posible que resistiese a la tentación que le ofrecía la imprudencia de mistress Mannering, ni que dejase de prendarse de una señorita cuya hermosura y buenas prendas hubieran justificado su pasión, aun en sitios donde estas cualidades se hallan más generalmente que en una remota fortaleza de nuestras posesiones en las Indias. La carta del coronel a Mr. Mervyn ha dado ya suficientes pormenores sobre las resultas de la imprudencia de mistress Mannering, e insistir más sobre este punto sería abusar de la paciencia de nuestros lectores.

Vamos, pues, a presentar los extractos que hemos ofrecido de la correspondencia de miss Julia con su amiga.

SEXTO EXTRACTO

"He vuelto a verlo, Matilde; otras dos veces nos hemos visto. En vano me he empeñado en convencerle de que estas secretas entrevistas son peligrosas para ambos, en vano le he excitado a seguir su carrera sin pensar más en mí, asegurándole que estoy sin cuidado y que soy feliz desde que sé que no ha sido víctima del resentimiento de mi padre. El me responde... ¿pero cómo decirte todas las respuestas que a él se le ocurren? Reclama las esperanzas que mi madre le autorizó a concebir, y aun ha tratado de persuadirme a que le dé mi mano sin esperar el consentimiento de mi padre. Pero a esto, querida Matilde, jamás me decidirá. He rehusado positivamente, aunque para ello he tenido que imponer silencio a la voz de mi corazón; ¿pero cómo salir de este fatal laberinto en que a los dos nos han metido la suerte y la imprevisión propia y ajena?

"Tanto he discurrido sobre esto, Matilde, que tengo la cabeza aturdida. He pensado que lo me-

jor sería declarárselo todo a mi padre, que es acreedor a esta prueba de confianza, porque verdaderamente me ama con una ternura que jamás podré pagarle. Creo, además, haber observado su carácter lo suficiente para conocer que no es arrebatado y violento sino cuando sospecha que quieren engañarle, y acaso en este punto ha sido mal juzgado por alguna persona que le era muy cara. Tiene además sentimientos muy caballerescos y muchas veces le he visto tributar a la pintura de una acción generosa, de un rasgo de heroísmo o de virtud, lágrimas que no hubieran podido arrancarle la situación más desesperada. Pero a esto opone Brown que es su enemigo personal; ¡y luego la oscuridad de su nacimiento! Sería para mi padre un golpe terrible... ¡Oh, Matilde!, supongo que ninguno de tus ascendientes habrá estado en la batalla de Poitiers ni en la de Azincourt. Si no fuera por la veneración de mi padre a la memoria de sir Miles Mannering, me explicaría con él sin la mitad del temor que tengo ahora".

SÉPTIMO EXTRACTO

"En este instante recibo tu carta, ¡tu deseadísima carta! Gracias, querida amiga, gracias por tu simpatía y por tus consejos; sólo puedo pagarte tanta amistad con una confianza sin límites.

"Me preguntas cuál es la extracción de Brown para que inspire a mi padre tanto desprecio. Su historia se reduce a muy pocas palabras: es escocés de nacimiento; pero habiendo quedado huérfano, una familia relacionada con la suya, y establecida en Holanda, le recogió y cuidó de su educación. Destináronle al comercio, y en su primera juventud le enviaron a uno de nuestros establecimientos en el Indostán, donde su tutor tenía un corresponsal; pero cuando llegó a las Indias, aquel corresponsal había ya muerto, por lo que no le quedó más recurso que el de entrar de dependiente en otra casa de comercio. La guerra que empezó por entonces y la necesidad de alistar nuevos reclutas para el ejército, abrieron la carrera de las armas a todos los jóvenes inclinados a ella, y Brown, cuya disposición marcial nunca se ha desmentido, fué uno de los primeros en dejar la senda de la fortuna por la de la gloria. Ya conoces lo restante de su historia; pero imagínate cuál sería el despecho de mi padre, que desprecia el comercio (aunque sea dicho aquí para entre nosotras, casi todos sus bienes fueron adquiridos por el hermano de mi abuelo en esta honrosa profesión) y que tiene una antipatía particular a los holandeses; ¡figúrate, digo, cómo escucharía las proposiciones a la mano de su hija única de parte de Van Beest Brown, criado por caridad en la casa de Van Beest y Van Brugen! Jamás daría su consentimiento, y... ¿querrás creerlo? Casi, casi estoy por decir que poco falta para que yo participe de esa flaqueza aristocrática. ¡Mistress Van Beest Brown!... Gracioso nombre en verdad... ¡Qué insustanciales somos!"

OCTAVO EXTRACTO

"Todo se perdió, Matilde: nunca tendré valor para confesárselo a mi padre, y aun temo que haya descubierto mi secreto por otro conducto, lo que me quitaría hasta el mérito de una confesión espontánea y destruye las esperanzas que aun me atrevía a conservar. Una de estas noches pasadas vino Brown al lago según costumbre, y el son de su caramillo me anunció su llegada; habíamos convenido en que ésta fuera siempre la señal. Estas románticas cercanías atraen un numeroso concurso de viajeros a todas horas, y esperábamos que si llegaban en la quinta a reparar en Brown, pasaría por uno de aquellos admiradores de la naturaleza que se complacen en exhalar los sentimientos que les inspira su aspecto en vagas armonías; el placer de escucharlas podía también servirme de disculpa si llegaban a verme asomada al balcón; pero en nuestra última entrevista, mientras le estaba hablando aún de mi proyecto de declarárselo todo a mi padre, a que él se oponía obstinadamente, oí que se abría con mucho tiento la ventana del despacho de Mr. Mervyn, que cae precisamente debajo de mi cuarto; hice señal a Brown de que se alejara y me retiré al punto con alguna esperanza de que acaso no nos habría descubierto.

Pero, ¡ah, Matilde!, estas esperanzas se desvanecieron apenas vi a la mañana siguiente a Mr. Mervyn cuando nos reunimos para almorzar; sus miradas, su aire socarrón, sus risitas falsas, todo me anunció que nos había visto. En mi vida me he sentido más dispuesta a enfadarme de veras; pero es preciso tener un poco de política, y ahora se limitan mis paseos al jardín adonde sin inconveniente puede seguirme el pobre gotoso pegado a mis faldas como mi sombra. Una o dos veces le he sorprendido tratando de sondear mis pensamientos y de espiar la expresión de mi semblante. Ha hablado de sonatas y de caramillos, ha insistido sobre la vigilancia y ferocidad de sus perros y sobre el cuidado con que hace su ronda el jardinero todas las noches con una escopeta bien cargada; ha echado en fin una puntadita sobre las trampas, redes y cepos que tiene en sus tierras. No quisiera hacer un desaire a un antiguo amigo del autor de mis días en su propia casa, pero tendría gusto en probarle que soy hija de mi padre y no suya, cosa de que ciertamente quedará bien convencido Mr. Mervyn el día en que me decida a responder a sus indirectas en el tono que se merecen. De una cosa estoy segura y se la agradezco en el alma, y es de que no ha dicho una sola palabra de todo ello a su mujer. ¡Poquitos sermones en gracia de Dios me hubiera echado la buena señora sobre los peligros del amor y del relente de la noche en el lago, sobre los reumatismos y los aventureros que enamoran a las mujeres por su dote, sobre la conveniencia y utilidad del agua de manzanilla y de las ventanas bien cerradas! No puedo menos de hablarte en tono de broma, Matilde, y, sin embargo, mi corazón está traspasado de dolor. No sé qué es de Brown, aunque presumo que sólo el temor de que descubran sus visitas nocturnas le retrae de venir. Vive en una posada al otro lado del lago, bajo el nombre, según me ha dicho, de Dawson (hijo de grajo): no tiene buena mano para escoger nombres, fuerza es conocerlo. No creo que haya pedido su licencia absoluta, pero nada me ha dicho de sus actuales planes.

"Para completar mis angustias, mi padre ha vuelto de repente y de muy mal humor. La buena de nuestra patrona, según he inferido de una conversación muy acalorada que ha tenido con su ama de gobierno, no le esperaba hasta de aquí a una semana; pero se conoce que su llegada no ha sorprendido a Mr. Mervyn; se muestra conmigo muy frío y reservado, lo suficiente para quitarme toda la resolución de que necesitaría para hablarle con franqueza. El achaca su murria al malogro de un proyecto que había tomado muy a pecho de comprar una finca hacia el sudoeste de Escocia, pero no puedo creer que tan leve motivo baste para tenerle tan mustio. Su primera excursión fué para atravesar el lago en un bote con Mr. Mervyn e ir a la posada de que ya te he hablado: imagínate si estaría yo en brasas esperando su vuelta. Si hubiera reconocido a Brown, ¿quién sabe cuáles hubieran sido las resultas? Pero volvió sin que nada anunciara que le hubiese reconocido. Acabo de saber que piensa alquilar una quinta en las cercanías de Ellangowan, que es la finca que quería comprar y con que tantas veces me ha machacado los oídos; parece ser que está persuadido de que no tardará en volver a ponerse en venta. No cerraré esta carta hasta que sepa con más certeza cuáles son definitivamente sus intenciones.

"Acabo de tener una entrevista con mi padre en la que me ha dicho acerca de sus proyectos lo que le ha parecido conveniente. Esta mañana, después de almorzar, me dijo que le siguiese a la biblioteca: las rodillas me temblaban, Matilde, y no exagero si te digo que apenas podía seguirle. Yo no sé realmente lo que tenía; sólo sé que desde mi niñez estoy acostumbrada [illegible] a cuantos le rodean temblar al menor mov[illegible] de sus cejas. Díjome que me sentase, y [illegible] vida he obedecido de mejor gana, porque [illegible] cir verdad, no podía tenerme en pie; él [illegible] paseándose de arriba abajo por la estancia. [illegible] has visto a mi padre, y me acuerdo de [illegible] llamó la atención, como a todos los que [illegible] la extraordinaria expresión de sus facciones [illegible] ojos son naturalmente claros, pero la agitación [illegible] la cólera; les dan un no sé qué de pe[illegible] sombrío; tiene también la costumbre de [illegible] los labios cuando está muy irritado y [illegible] reprimirse. Aquélla era la primera vez [illegible] hallaba sola con él desde su vuelta de Escocia [illegible] como veía en su semblante todas esas [illegible] agitación, no dudé que iba a entrar de [illegible] el asunto de que yo más temía oírle hablar.

"Para consuelo mío, pronto vi que [illegible] engañado, y que, si en efecto tenía noticia [illegible] descubrimientos de Mr. Mervyn, no [illegible] trar en contestaciones conmigo sobre [illegible]

"—Julia — me dijo —, mi apoderado [illegible] be de Escocia que me ha alquilado una [illegible] bien amueblada con todo lo necesario para [illegible] otros, a unas tres millas de la que yo me [illegible] comprar.

Hizo en esto una pausa, como si aguardase [illegible] contestación.

"—Cualquier sitio que os agrade, papá, [illegible] de menos de agradarme a mí igualmente — [illegible] dije.

"—¡Ya!, pero no pienso, Julia, que [illegible] sola todo el invierno.

"—Tendremos a Mr. y mistress Mervyn [illegible] entre mí. Y luego en alta voz:— La sociedad [illegible] vos elijáis será muy de mi gusto seguramente [illegible] respondí.

"—Lo creo, pero te advierto que tanta [illegible] me empalaga: esa docilidad es muy buena [illegible] puesta en práctica, pero ese tonito [illegible] siempre el mismo me recuerda la rastrera [illegible] ción de nuestros esclavos negros de Oriente. [illegible] una palabra, Julia, sé que te gusta la sociedad [illegible] pienso convidar a una señorita, hija de un [illegible] mío que murió hace poco, a que venga a pasar [illegible] gunos meses con nosotros.

"—¡Por amor de Dios, papá, nada de [illegible] exclamé, venciendo el temor a la prudencia.

"—No se trata de un aya — respondió [illegible] ciendo el ceño —, sino como ya he dicho, de [illegible] señorita tan joven o más que tú, criada en [illegible] cuela del infortunio, y cuyo excelente [illegible] podrá serte de mucho provecho.

"Responder a esta pulla hubiera sido [illegible] me en un terreno muy resbaladizo, por [illegible] preferí hacerme la desentendida. Después de [illegible] breve silencio:

"—¿Y es escocesa esa señorita? — le dije.

"—Sí — me respondió con sequedad.

"—¿Y tiene mucho acento?

"—¡Qué acento ni qué diablo! ¿Te parece [illegible] importa mucho que pronuncie *a* o *ai*, [illegible] Hablo con formalidad, Julia; sé que eres [illegible] nada a la amistad, es decir, a entablar re[illegible] a que das este nombre (¿qué me dices de [illegible] dureza, Matilde?), y yo quiero ponerte en [illegible] sión de adquirir una amiga que merezca el [illegible] bre de tal. A este fin he resuelto que esa [illegible] venga si gusta a pasar algunos meses con [illegible] y espero que hallará en ti todas las a[illegible] debidas a la desgracia y a la virtud.

"—Ciertamente, papá. Y esa mi futura [illegible] ¿tiene el pelo rojo?

"Echóme al oír esto una mirada furibunda. [illegible] dirás que bien la merecí, pero ¿qué quieres? [illegible] parece sino que el mismo diablo me inspira [illegible] ces las ocurrencias más importunas.

"—Te es tan superior, prenda mía — [illegible] pondió mi padre de muy mal talante —, en [illegible] como en juicio, y en afecto a sus amigos.

"—¿Y creéis, papá, que esa superioridad [illegible] buena recomendación? Vaya, vaya, veo que [illegible] máis con demasiada formalidad lo que no [illegible] que una chanza; sea quien fuere esa señorita [illegible] déis estar seguro de que basta y sobra [illegible]

recomendéis para que no halle en mí el motivo de queja. Pero decidme — añadí s de un buen rato de silencio —, ¿tiene esa persona alguna que la sirva? Porque bien eréis que si viene sola, será menester que os de buscarle una doncella.

—No..., rigurosamente hablando..., no tie- ningún criado..., pero... el capellán que en casa de su padre es un excelente sujeto, ngo que la acompañará.

—Un capellán, papá! ¡Dios nos libre!...

—Sí, señora, sí, un capellán: ¿qué tiene eso raño? ¿Es nuevo para ti ese nombre? ¿No os también nosotros un capellán en casa estábamos en las Indias?

—Sí, papá, pero allí érais vos el gobernador.

—También gobierno aquí, miss Mannering, a nos en mi familia.

—Seguramente; ¿y nos leerá el rito de la anglicana?

El aparente candor con que le hice esta pre- dió al traste con gran parte de su grave- —Basta, basta — me dijo —; no te quisiera maliciosa, pero nada ganaría con reñirte. dos personas de que te he hablado, una rá mucho ciertamente, y en cuanto al que capellán, por no saber qué otro nombre darle, es un sujeto muy estimable, aunque ridículo. Muy a las claras sería menester de él para que lo echara de ver el infeliz. o último me acomoda bastante. Pero de- la quinta que vamos a habitar, ¿está tan samente situada como ésta?

—Acaso no será tan de tu gusto, porque no ventanas que den sobre el lago, ni más que la de tu piano.

úrate, querida Matilde, si me dejaría pa- quel ataque brusco; la impresión que me tal, que quedé sin saber qué responder. embargo, como ya habrás visto por el que antecede, estoy mucho más animada que yo misma hubiera podido esperar. vive, está en libertad, se halla en Ingla- ... Con esta certeza, todo me importa poco. í a dos o tres días salimos para nuestra residencia; no dejaré de escribirte lo que ezca de nuestros dos escoceses, de quie- go sobradas razones para suponer que no más ni menos que dos dignos espías, uno ldas y otro con casacón, que mi padre introducir en su casa por los motivos que dejan discurrir. ¡Qué contraste con lo que yo desearía! Pero ¿cómo ha de ser?... lleguemos escribiré a mi querida Matilde, ndola de cuanto ocurra de nuevo a su amiga hasta la muerte.

JULIA MANNERING."

CAPITULO XIX

Cercada de colinas
Y densas arboledas que regaba
Con ondas cristalinas
Un arroyo, se alzaba
La repuesta vivienda que habitaba.
¡Oh soledad sombría
Donde natura de sus galas todas
Vistoso alarde hacía!...

WARTON.

nombre de la hacienda que había alqui- Mr. Mac Morlan para el coronel Mannering oodbourne, espaciosa y elegante quinta si- al pie de un cerro cubierto de un bosque guarecía de los vientos del norte y este; la daba sobre una pradera limitada por una arboleda, y a su espalda se extendían excelentes tierras labrantías a la vera de un e se veía desde las ventanas. Un jardín lindo, pero al antiguo uso, un palomar abastecido, y las suficientes huertas para a todas las necesidades de la familia, de aquella quinta una mansión tan có- como placentera.

había resuelto Mannering fijar su residen- lo menos por una temporada. Aunque acos- ado al lujo de la India, no era amigo de ostentación de sus riquezas; tenía aquel e demasiado orgullo verdadero para que cabida en su corazón la vanidad. Esta- bleciose, pues, sobre un pie muy decoroso y adecuado a su clase y caudal, pero sin hacer ni permitir que nadie en su casa hiciese alarde del fausto que ya entonces se consideraba como cua- lidad distintiva de un *nabab*.

Tenía, además, puesta la vista en Ellangowan, que no había renunciado a la esperanza de com- prar, y que Mr. Mac Morlan creía que Glossin tendría que volver a poner en venta, pues ya varios acreedores le disputaban el derecho de conservar en su poder la porción de su valor que él retenía de hecho, y se sospechaba que en caso de una liquidación, no tendría fondos suficientes para satisfacer todos los créditos. Aca- so parecerá extraño que conservase Mannering tanto apego a un sitio en que no había estado más que una vez, muy poco tiempo y en una época tan remota; pero las circunstancias de que allí había sido testigo habían herido profunda- mente su imaginación. Parecía que su propio des- tino tenía algunos puntos de contacto con el de la desgraciada familia de Ellangowan, y sentía un inexplicable deseo de verse propietario de aque- lla azotea desde donde había leído en el libro

LA MUJER HERMOSA



Ojos claros y cabellera sin teñir; esta hermosa mujer se nos muestra tal cual es cuando se le- vanta de dormir. Si todos hicieran lo mismo, se- rían contados los "bellezas" en el mundo; la mayoría de estas hermosas dejan su hermosura en- tre las sábanas. Y quien se casa con ellas al anochecer desea divorciarse al amanecer.

Jamás sentirá temor a las sábanas Ella Raines, porque posee colores y formas auténticas exce- lentes, capaces de contentar al más exigente de los maridos a cualquier hora de la tarde, de la noche y de la madrugada, que ya es mucho decir.

de las estrellas la singular catástrofe acaecida al único heredero del nombre de Bertrán, catás- trofe en que veía una misteriosa corresponden- cia con la suerte de su malograda esposa, cuyo recuerdo desgarraba todavía su corazón. Además, una vez que se le hubo metido en la cabeza ha- cer aquella compra, no pudo llevar con paciencia la idea de ver desbaratados sus planes por un miserable como Glossin, de modo que este nuevo pique de amor propio se unió al capricho que ya tenía para aferrarle más y más en su propósito de hacer a todo trance aquella adquisición, ape- nas le fuese posible.

Hagamos justicia, sin embargo, al noble carác- ter del coronel; el deseo de aliviar la desgracia de miss Lucy contribuyó mucho a determinarle a establecerse en las cercanías de Ellangowan. Sabía, además, cuán conveniente sería para su hija la compañía de miss Bertrán, cuyo juicio su- perior a su edad y bello carácter le eran cono- cidos, pues Mr. Mac Morlan le había confiado en secreto su conducta con respecto al joven Carlos Hazlewood. Proponerle que le hubiese

seguido lejos de los sitios donde había pasado su juventud, y donde tenía los pocos amigos de su padre, le hubiera parecido poco delicado, pero en Woodbourne podía muy bien convidarla a pa- sar una temporada con su hija sin exponerse a humillarla con visos de dependencia. Miss Lucy, después de haber titubeado un poco, aceptó su oferta de ir a pasar algunas semanas con miss Mannering; pero, a pesar de todos los delicados miramientos que usó con ella el coronel para disfrazarle la verdad, bien conoció la pobre huér- fana que su principal objeto era ofrecerle un asilo y su protección.

Precisamente por entonces recibió de mistress Bertrán de Singleside, la parienta a quien, como ya hemos dicho, consultó sobre lo que debía ha- cer después de la muerte de su padre, una carta tan fría y tan atenta como buenamente imagi- narse puede. Enviábale, es verdad, una pequeña suma, pero la excitaba a observar la más estricta economía, la aconsejaba que entrase en pensión con alguna familia honrada, ya fuese en Kipple- tringan, ya en las cercanías, y terminaba asegu- rándole que, a pesar de la escasez de sus recur- sos, se quitaría el pan de la boca antes de dejar a su parienta expuesta a la necesidad. No pudo menos miss Bertrán de derramar algunas lágrimas al leer esta carta tan poco consoladora; acordá- base de haber oído decir que, en vida de su madre, aquella buena señora había pasado mu- chos años en Ellangowan, donde probablemente hubiera terminado sus días, a no haber tenido la fortuna de heredar sobre unas cuatrocientas libras de renta. Fuertes tentaciones tuvo miss Lucy de devolverle la friolera que la vanidad, luchando con la avaricia, había arrancado a la descastada solterona; pero, después de haberlo pensado bien, se decidió a escribirle que la aceptaba como un préstamo que esperaba pagarle algún día, y la consultó relativamente a la oferta que había re- cibido del coronel Mannering. A vuelta de co- rreo le llegó la contestación, temiendo sin duda mistress Bertrán que una delicadeza mal enten- dida, o una verdadera insensatez (éstas eran sus mismas expresiones), indujesen a su sobrina a rehusar aquellas excelentes proposiciones, y a preferir ser una carga para sus parientes. No le quedaba, pues, a miss Lucy otro partido que tomar, a menos de continuar siendo gravosa a Mr. Mac Morlan, que era demasiado liberal para ser rico. Las familias de quienes había recibido semejantes ofertas cuando murió su padre, no se acordaban ya de ella, bien fuese porque se ale- grasen mucho que no las hubiese aceptado, bien por resentimiento de que hubiese dado la prefe- rencia a Mr. Mac Morlan.

Triste hubiera sido la situación de Dominus Sampson si la persona que se interesaba por miss Lucy no hubiera sido el coronel Mannering, ad- mirador nato de todo ente original, y que cono- cía por Mr. Mac Morlan su excelente proceder con la hija de su antiguo protector. Informóse el coronel de si poseía aún el buen Dominus aquella imponderable taciturnidad que tanto le distinguía en Ellangowan, y habiendo sabido que en este particular, como en todos, era siempre el mismo: "Hacedme el favor de decir a Mr. Samp- son — escribió a Mac Morlan en su próxima carta —, que necesitaré de su auxilio para hacer el catálogo y el arreglo de la biblioteca de mi tío el obispo, que he dado orden de que me en- víen por mar; tendré también que hacer copiar y poner en orden algunos papeles. Fijad sus emolumentos en la suma que os parezca regular,

cuidad de equiparle decentemente, y haced que venga con miss Lucy a Woodbourne".

Recibió el digno Mr. Mac Morlan esta comisión con sumo placer; pero no dejó de ponerle en graves apuros lo relativo a equipar decentemente al pobre Sampson. Examinóle con ojos escrutadores, y se convenció de que realmente sus vestidos estaban en una situación harto lastimosa. Darle dinero y decirle que se comprase otros nuevos, era darle los medios de ponerse en ridículo, porque siempre que, ¡suceso rarísimo!, renovaba Sampson alguna parte de su vestimenta, lo hacía con tal tino y con tan buen gusto, que era por espacio de muchos días la diversión de los chiquillos del pueblo. Por otra parte, traerle un sastre para que le tomara medida y le vistiera como a un muchacho de la escuela, hubiera podido ofenderle y con razón. En este conflicto resolvió, en fin, Mr. Mac Morlan consultar a miss Bertrán y requerir su mediación para salir airoso de tamaño apuro; pero ella le aseguró que, aunque no estaba en estado de dar su voto sobre el traje conveniente para un hombre, nada era más fácil que equipar a Dominus de nuevo.

—En Ellangowan — dijo —, cuando creía mi padre que era preciso renovar parte de los vestidos de Dominus, entraba un criado en su cuarto por la noche mientras estaba dormido, y es de advertir que duerme como un lirón, sacaba la ropa vieja, ponía en su lugar la nueva, y nunca hemos observado que haya echado de ver el trueque.

Con arreglo a este sistema buscó Mr. Mac Morlan un hábil maestro que, después de haber considerado a Dominus atentamente, se encargó de hacerle a ojo dos trajes completos, uno negro y otro gris oscuro, asegurando que le encajarían tan bien cuanto podía esperarse de la extravagante catadura del sujeto para quien eran. Luego que estuvieron confeccionados y puestos en casa de Mr. Mac Morlan, determinó éste juiciosamente hacer la metamorfosis por grados; mandó sacar por la noche la parte más importante del vestido de Sampson y sustituyó a ella la pieza nueva. Viendo que el fraude había pasado sin obstáculo, repitió la escena al día siguiente con el chaleco y la casaca, y tampoco hubo novedad; nada advirtió el buen Dominus. Cuando estuvo así completamente transformado y cubierto por primera vez en su vida de un vestido enteramente nuevo, fácil fué observar que estaba Dominus algo aturdido y como hombre que no sabe lo que le pasa. Veíase en su semblante una expresión singular, particularmente cuando echaba la vista a las rodillas del calzón, en las que buscaba en vano alguna mancha, antigua conocida suya, o algún zurcido con hilo azul sobre fondo negro, que parecía un entorchado; entonces procuraba dirigir su atención a cualquier otro objeto, hasta que a fuerza de tiempo llegó a familiarizarse con su nuevo equipo. La única observación que se le oyó sobre el particular, fué que los aires de Kippletringan debían ser muy sanos para la ropa, pues su casaca le parecía tan flamante como el día en que la estrenó para predicar su primer sermón.

Cuando oyó Dominus la generosa proposición del coronel Mannering, echó a miss Bertrán una mirada triste y recelosa, como si temiera que aquel proyecto implicase su separación; mas cuando le dijo Mr. Mac Morlan que miss Lucy iría también a pasar una temporada en Woodbourne, cruzó sus largas y secas manos y las levantó al cielo con una expresión de júbilo y gratitud, comparable a la del Afrita en el cuento del califa Vathek. Después de esta inusitada explosión de entusiasmo, no dió la menor importancia a todos los demás pormenores de aquella mudanza de domicilio.

Habíase convenido en que Mr. y mistress Mac Morlan irían a tomar posesión de la quinta de Woodbourne pocos días antes de la llegada del coronel, para ponerlo todo en orden e instalar a miss Bertrán del modo que pudiese serle más agradable, para que no hiriese su delicadeza la repentina transición de una a otra familia. Pasaron, pues, a Woodbourne en los primeros días de diciembre.

CAPITULO XX

¡Un ingenio colosal capaz de devorar bibliotecas enteras!

BOSWELL, *Vida de Johnson*.

Llegó el día en que se esperaba en Woodbourne al coronel Mannering y a su hija. Acercábase ya la hora de su llegada, y todos los individuos que componían la pequeña colonia reunida en la quinta estaban ocupados cada cual a su modo. Mac Morlan deseaba naturalmente granjearse la confianza y hacerse un cliente de persona tan apreciable y acomodada como el coronel Mannering. El conocimiento que tenía del corazón humano le había hecho observar que Mannering, aunque generoso y lleno de bondad, tenía la flaqueza de exigir que sus menores caprichos fuesen obedecidos con suma exactitud y puntualidad. Desvivíase, pues, por hacer que todo estuviese dispuesto con arreglo a los deseos e instrucciones del coronel, a cuyo fin quiso examinar cada cosa por sí mismo en la quinta, desde la cuadra hasta los desvanes. Mistress Mac Morlan se agitaba en una órbita más reducida que comprendía la cocina, el comedor y las despensas; todos sus temores se fijaban en que la tardanza del coronel retardase la comida, y en que ésta no hiciese honor a sus conocimientos especiales en el arte de gobernar una casa. El mismo Dominus, saliendo de su habitual apatía, se había asomado dos veces al balcón que daba sobre el zaguán, y había exclamado dos veces:

—¿Qué será lo que los detiene?

Lucy, la más sosegada de la casa, se entregaba a sus melancólicas reflexiones; iba a hallarse confiada a la protección, casi puede decirse a la piedad de un extranjero, a cuyo favor la prevenía, es verdad, cuanto de él había visto y oído, pero cuyo carácter apenas conocía. Aquellos momentos de espera le parecieron, pues, largos y penosos.

Oyéronse en fin los chasquidos de un látigo, y poco después se paró un coche a la puerta. Los criados, que ya habían llegado, se reunieron para salir a recibir a sus amos con una prisa y un aire de importancia que casi sobrecogieron a miss Lucy, poco acostumbrada al trato de gentes y que nunca había conocido lo que se llama la alta sociedad. Mac Morlan bajó a recibir a los viajeros al zaguán, y pocos momentos después entraron todos juntos en el salón.

Mannering, que, según su costumbre, había hecho el viaje a caballo, entró dando el brazo a su hija. Era ésta de mediana estatura, más bien menos que más, pero sumamente airosa y elegante; sus ojos eran negros y penetrantes, y su hermoso cabello de un color castaño oscuro, realzaba la vivacidad e inteligencia de sus facciones, en las que se traslucía un poco de altanería, alguna timidez, mucha malicia y cierta disposición al sarcasmo.

—¡Nunca la querré! — fué el resultado de la primera ojeada que le echó miss Bertrán, pero la segunda le hizo pensar: — Puede ser que llegue a quererla.

Iba miss Mannering embozada en pieles hasta los ojos, a causa del rigor de la estación, y llevaba el coronel un levitón como los que usaban entonces los militares sobre el uniforme. Saludó cortésmente a mistress Mac Morlan, a quien hizo su hija una reverencia a la última moda, pero sin andarse por lo demás en demasiados cumplimientos. Condujo entonces el coronel a su hija hacia miss Bertrán, y cogiendo a ésta una mano con ademán bondadoso y casi paternal, dijo:

—Julia, ésta es la señorita a quien espero que nuestros excelentes amigos habrán determinado a honrar esta casa con una visita, que nunca será tan larga como yo deseo. Mucho celebraré que puedas hacer tan agradable para miss Lucy su residencia en Woodbourne, como lo fué la mía en Ellangowan cuando Mr. Bertrán tuvo la bondad de hospedarme en su casa.

Saludó Julia a su nueva amiga y le apretó la mano cariñosamente. Volvióse entonces Mannering hacia Dominus, que desde su llegada a la quinta no había cesado un punto de hacerles cortesías, alargando una pierna y doblando el cuerpo hacia adelante como un autó[illegible]
pite el mismo movimiento mientras [illegible]
cuerda.

—Aquí te presento a mi buen amigo [illegible]
son — dijo acercándose con él a su [illegible]
zándole al mismo tiempo una mirada [illegible]
reprimir la visible tentación de risa [illegible]
ba en ella y que a duras penas repr[illegible]
mismo —; este caballero, Julia, es el [illegible]
la bondad de poner en orden mis lib[illegible]
lleguen, y espero sacar mucho fruto [illegible]
tos conocimientos.

—Estoy segura, papá, de que tend[illegible]
cho que agradecer a este caballero, [illegible]
una forma ministerial a mi cumplido, [illegible]
gurarle que nunca se borrará de mi [illegible]
impresión que me ha inspirado su asp[illegible]
miss Bertrán — añadió apresuradam[illegible]
que su padre empezaba a fruncir las [illegible]
mos hecho un viaje bastante largo; ¿[illegible]
réis que me retire a mi cuarto para [illegible]
de comer?

Estas palabras dispersaron toda la [illegible]
excepción de Dominus, que, no teniendo [illegible]
que fuese necesario vestirse más que [illegible]
tarse de la cama, ni desnudarse más [illegible]
acostarse, se quedó rumiando algún pro[illegible]
temático, hasta que se reunieron todos [illegible]
de donde pasaron en seguida al come[illegible]

Por la noche quiso Mannering tener [illegible]
conversación a solas con su hija.

—¿Qué te parecen nuestros huéspe[illegible]
— le dijo.

—¡Oh!, miss Bertrán me gusta m[illegible]
¡cuidado si el otro es un ente original! [illegible]
dréis, papá, en que es imposible mirarle [illegible]

—Pues mientras esté en mi casa, así [illegible]
mirarle, Julia.

—Pero ni aun los criados podrán [illegible]
delante de él.

—Dejarán mi librea y se reirán ent[illegible]
to quieran. Mr. Sampson es un sujeto a [illegible]
aprecio mucho por su candor y excel[illegible]
das.

—¡Oh!, lo que es de su generosidad [illegible]
yo — repuso la loquilla —; porque no [illegible]
terse una cucharada de sopa en la boca [illegible]
partirla con el chaleco y la casaca.

—Julia, eres incorregible; pero esper[illegible]
bre este punto sabrás poner coto a tu [illegible]
mor lo suficiente para que en ningun[illegible]
ni bajo ningún pretexto pueda ofender [illegible]
no eclesiástico, ni menos a miss Bertrán, [illegible]
estima como él se merece. Un desaire [illegible]
Mr. Sampson la afligiría más que si se [illegible]
a ella misma; y ahora, hija mía, buenas [illegible]
ten presente que hay muchas cosas en [illegible]
do más dignas de ser puestas en ridíc[illegible]
falta de desparpajo y la sencillez de [illegible]

Dos días después salieron de Woodb[illegible]
y mistress Mac Morlan, después de hab[illegible]
pedido con el más cordial afecto de la [illegible]
Lucy. Todos estaban ya instalados en [illegible]
cuarteles de invierno con suma comod[illegible]
señoritas seguían los mismos estudios [illegible]
las mismas diversiones. Muy agradable[illegible]
prendido quedó el coronel al ver que [illegible]
trán sabía perfectamente el francés y [illegible]
lo que debía a los infatigables desvelos [illegible]
lencioso Dominus, no menos versado en [illegible]
guas modernas que profundo en las ant[illegible]
música sabía poco o nada, pero su nue[illegible]
tomó a su cargo darle lecciones, en cam[illegible]
cual, fué acostumbrándose poco a poco [illegible]
Lucy a dar largos paseos a pie, a mo[illegible]
ballo y a arrostrar el rigor de la [illegible]
Mannering cuidaba de buscarles para [illegible]
por las noches libros que reunían lo [illegible]
agradable, y como leía con mucho gu[illegible]
les parecieron largas las veladas de inv[illegible]

Pronto empezaron a recibir las visitas [illegible]
las familias acomodadas de las cercanías, [illegible]
a Woodbourne por diferentes motivos, [illegible]
dó Mannering en hallar entre sus nue[illegible]
cidos algunos cuyo trato le pareció [illegible]
mente agradable. Carlos Hazlewood fué [illegible]
los primeros en presentarse y de los [illegible]
también en granjearse su aprecio; hacía [illegible]

...te visitas a la quinta con el consentimiento ...bación de sus padres.

—Quién sabe — decían éstos — lo que puede ...r de esas visitas? Miss Mannering es her... de buena familia, muy rica, y no nos des...ría para Carlos.

...lumbrados con esta esperanza, estaban muy ...tes de pensar en el temor que por un mo... habían tenido de que su hijo se prendase ...sideradamente de la pobre Lucy Bertrán. ...no tenía un cuarto, ni más recomendación ...una ilustre cuna, una figura lindísima y un ...ter angelical. Mannering era más prudente; ...deràbase como el verdadero tutor de miss ...in, y si bien no creyó necesario romper to... ...pecie de relaciones entre ella y un joven ...quien era un partido excelente bajo todos ...tos, excepto bajo el de los bienes de fortuna, ...a lo menos reducirlas a tales límites que no ...se mediar entre ellos ningún compromiso ...l, ni aun ninguna explicación sobre este ..., hasta que el joven conociese un poco más ...ndo, y hubiese llegado a edad en que pu... creérsele capaz de decidir por sí mismo en ...materia en que está tan interesada la felici... de toda la vida.

...ntras de esta suerte pasaban su tiempo los ...s habitantes de Woodbourne, Dominus ...son estaba ocupado, en cuerpo y alma, en ...r la biblioteca del difunto obispo, que ha... ...gado por mar de Liverpool y había ocupa... ...n el camino hasta la quinta unos treinta o ...nta carros. Imposible sería describir su en... ...mo al ver llegar la inmensa cantidad de ...s en que venía: parecía un energúmeno. Hi... ...chinar sus dientes como un ogro, alzó los ...s como los mástiles de un navío y exclamó ...voz de trueno en las repetidas explosiones ... delirio: *¡Prodigioso!* En su vida — dijo — ...visto tantos libros juntos, como no fuera ... biblioteca de la universidad, casi al nivel ...cuyo bibliotecario, a quien siempre había ...derado como al hombre más grande y más ...de la tierra, le ponía en su opinión la alta ...dad y deliciosa suerte de superintendente ...dos aquellos tesoros. En nada disminuyeron ...tremos de alegría cuando hubo echado una ... a la ligera sobre el contenido de aquellos ...enes; verdad es que encontró entre ellos y ... de sí con desdén algunas obras de lite... ... moderna, como poemas, dramas, memo... ...pronunciando en tono de oráculo: *¡Super...*, pero la mayor y más preciada parte era ... género muy distinto. El difunto prelado, ...ndísimo teólogo de los que ya no se en... ...ran, había llenado su biblioteca de volúme... ...que ostentaban aquellos rancios y venerables ...tos tan felizmente descritos por un poeta ...derno:

> Aquellos antiquísimos librotes
> ...e folio, encuadernados con madera
> ...en labrada en los cantos y en el centro
> Y además bien forrados de baqueta;
>
> Aquellas hojas que por largos años
> ...an estado metidas como en prensa
> Entre las apretadas manecillas
> De pulido metal con que se cierran;
>
> Aquellas anchas márgenes que fueron
> ...n tiempo blancas, y que ya pardean:
> Aquellos lomos donde en letras de oro
> El título flamante se conserva...

...íanse allí libros de teología y de controver... ...comentarios a centenares, los poliglotos, los ...s padres, sermones manuscritos e impresos, ... uno de los cuales hubiera dado suficientes ...iales a un predicador de nuestros días para ...poner una docena, tratados antiguos y mo... ...s sobre todas las ciencias, las mejores y más ... ediciones de todos los clásicos; tales eran ...bras que formaban el fondo de la biblioteca ...venerable obispo, y que ya devoraba con los ... nuestro Dominus Sampson. Empezó al ins... ...a formar el catálogo de todos ellos con la ...escrupulosa atención, perfilando cada letra ...tanto esmero como un amante que escribe ...primera vez a su dama, y a medida que iba ...ndo los títulos de las obras, las colocaba por orden en el estante que les estaba destinado, con no menos cuidado y veneración que si hubieran sido otras tantas piezas de preciosa China. A pesar de todo su celo no adelantaba mucho el trabajo: muchas veces le sucedía al subir la escalera de mano para colocar un libro en las tablas más altas, abrirle maquinalmente y quedarse engolfado en su lectura horas y horas, sin acordarse de si era o no incómoda la postura en que le cogían estas frecuentes distracciones, hasta que tenía que ir un criado a tirarle de los faldones de la casaca para anunciarle que la sopa estaba en la mesa. Iba entonces al comedor, engullía en un santiamén cuanto podía haber a la mano, respondía *sí* o *no* a cuantas preguntas le hacían, y apenas levantaban el mantel volaba sin perder un segundo a su adorada biblioteca.

> Cuán felizmente pasaba.
> Así la vida Talaba

Y ya que hemos dejado a los principales personajes de nuestra historia en una situación que, aunque muy agradable para ellos, debe hacerlos poco interesantes para nuestros lectores, vamos a volver la vista hacia una persona a quien aun no hemos hecho más que nombrar, y que es acreedora a todo el interés que pueden inspirar el infortunio presente y la inseguridad del porvenir.

EL VACIO DOLOROSO

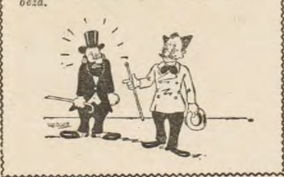
Cierto crítico exigente, y quizá de mala intención, hablaba mal de la obra de Alejandro Dumas, hijo. Hacía especial hincapié en la frase del dramaturgo que dice: "vacíos dolorosos que causan momentos de debilidad". Y decía:

—Esto es realmente raro. ¿Cómo puede doler una cosa vacía?

Meses más tarde, Dumas encontró al crítico y le preguntó si no había cambiado de opinión.

—No — le respondió el otro —; no comprendo todavía cómo una cosa vacía puede doler.

—Lo felicito a usted por su salud, señor — replicó Dumas —. Evidentemente usted no ha tenido nunca un dolor de cabeza.



CAPITULO XXI

> ¿Y qué dirás, filósofo?—Que puede
> Vencer amor la ley de la fortuna:
> Que alguna vez sucede
> Que la nobleza al mérito se una,
> Y el orgullo del genio al de la cuna.
>
> CRABBE.

V. Brown — no me atrevo a escribir con todas sus letras su tres veces malhadado nombre — había sido desde su infancia el ludibrio de la suerte; pero la naturaleza le había dotado de uno de aquellos temples de alma a que comunica la desgracia nuevo vigor. Era de buena estatura, varonil aspecto, activo y emprendedor; sus facciones, sin ser regulares, tenían una expresión de inteligencia y alegría, y cuando hablaba o estaba animado por cualquier afecto, eran verdaderamente interesantes. Su porte anunciaba la profesión militar, que había abrazado por vocación, y en la que había llegado al grado de capitán, habiéndose apresurado el sucesor del coronel Mannering a reparar la injusticia que por resentimientos personales había éste hecho a Brown, privándole del ascenso que le era debido, y que no recibió hasta la salida de su cautiverio, época en que ya Mannering había regresado a Europa. Poco tiempo después pasó Brown a Inglaterra con su regimiento, y su primer cuidado fué informarse del sitio donde residía su antiguo coronel, que no tardó en averiguar, y al que se dirigió sin demora con la firme resolución de ver a Julia. No se creía obligado a guardar ningún miramiento con el coronel, porque, ignorando los infames medios con que había logrado malquistarlos el impostor Archer, lo miraba como a un tirano que había abusado de su autoridad para atropellar sus derechos, y que le había provocado a un desafío sin más objeto que el de hacerle renunciar a sus obsequios a una joven muy digna de ser querida, que le correspondía, y cuya madre, además, había apoyado sus pretensiones. Estaba, pues, determinado a no dejarse abatir sino por su misma amada, mirando la herida que había recibido, y el cruel cautiverio que de ella había resultado, como injurias directas que le dispensaban de gastar muchas ceremonias con el coronel. Ya saben nuestros lectores a qué punto había llegado en el logro de sus proyectos cuando descubrió Mr. Mervyn sus visitas nocturnas.

De resultas de esta desagradable ocurrencia, dejó el capitán la posada en que residía bajo el nombre de Dawson, de modo que todos los esfuerzos de Mannering para descubrir al autor de las misteriosas serenatas del lago fueron infructuosos. Resolvió, no obstante, no desmayar en su empresa, mientras le dejase Julia un solo rayo de esperanza; y como no había tenido valor la hermosa enamorada para ocultarle los sentimientos de su corazón, no ya sólo su vehemente amor, mas también un verdadero pique de pundonor caballeresco excitaban a Brown a la perseverancia. Como sin duda preferirá el lector oír de boca del mismo Brown cuáles eran sus esperanzas y sus planes, vamos a presentarle un extracto de la carta que escribió por entonces a un capitán suizo, llamado Delaserre, que servía en su mismo regimiento, y era su mejor amigo y su confidente.

EXTRACTO

"No tardes en escribirme, querido Delaserre; considera que sólo por tu conducto puedo saber lo que pasa en el regimiento, y que tengo suma curiosidad por ver en qué paró la causa de Ayrie, y si Elliot obtuvo o no la mayoría; también quisiera saber cómo van los alistamientos, y si nuestros oficiales bisoños se van haciendo a la vida militar. Nada te pregunto de nuestro excelente amigo el teniente coronel, pues cuando pasé por Nottingham tuve el gusto de verle feliz en el seno de su familia. ¡Qué dicha para nosotros, pobres diablos, Felipe, cuando tenemos un momento de respiro entre las fatigas de la guerra y la muerte, si logramos evitar las enfermedades, el plomo y el acero! Un antiguo soldado retirado del servicio es siempre atendido y respetado; a veces es algo gruñón, pero se le perdona que lo sea. Si un eclesiástico, un médico, un abogado, se quejasen de no ganar bastante, o de medrar poco, cien bocas se abrirían para decirles en sus barbas que a nadie echasen la culpa de lo que sólo era efecto de su propia incapacidad; pero el más estúpido veterano que cuenta por tercera vez la manoseada historia de un sitio o de una batalla, o cualquiera otra vejez por este estilo, está seguro de ser escuchado con interés, y de hallar sinceras simpatías cuando, meneando su cabeza cana, habla con indignación de los mozalbetes que sus jefes han preferido. Y tú y yo, Delaserre, extranjeros ambos (porque aun cuando yo podría probar que soy escocés, apenas me miraría un inglés como su compatriota), podemos blasonar de no deber nuestros grados a na-

die más que a nosotros mismos, y de haber ganado con la espada lo que por falta de dinero o de protección no hemos podido ganar de otro modo. Los ingleses son gente muy sensata; al paso que se ponen a sí mismos en las nubes, y afectan menospreciar a todas las demás naciones, tienen buen cuidado de dejar abiertas de par en par puertas y ventanas traseras por donde nosotros, extranjeros, menos favorecidos por la naturaleza, podamos introducirnos a participar de sus muchos goces, semejantes en cierto modo al astuto fondista que pondera la calidad y el sabor de un plato que desea repartir entre sus parroquianos. En una palabra, tú, cuya orgullosa familia, y yo, cuyo destino adverso, han hecho de nosotros unas especies de aventureros, no podemos menos de recordar con placer que al servicio de la Gran Bretaña, si no medramos en nuestra carrera tanto como podríamos desear, no será ciertamente porque no nos franquean el camino, sino por falta de medios con que pagar el portazgo. Por eso si puedo persuadir al amigo Weischell a que sea de los nuestros, dile por amor de Dios que se limite a comprar una charretera de alférez (antiguamente se compraban los grados en Inglaterra), que obre con prudencia, que cumpla bien con su obligación, y que deje a la suerte el cuidado de proporcionarle ascensos.

"Ahora, amigo mío, apostaré a que estás rabiando por saber el fin de mi novela. Ya te dije que descubiertas que fueron mis citas nocturnas en el lago, resolví ausentarme por algunos días, que empleé en dar una vuelta a pie por las montañas del Westmoreland, en compañía de un joven artista inglés, llamado Dudley, de quien me he hecho bastante amigo. Es sujeto muy apreciable, y desearía que le conocieras; pinta regularmente, dibuja muy bien, tiene muy buena conversación, y toca la flauta con perfección; en medio de tantos méritos, tiene uno mayor que todos ellos, y es el de no poder ser más modesto.

"De vuelta de esta pequeña excursión supe por mi patrón que el enemigo había venido a hacer un reconocimiento. Mr. Mervyn había cruzado el lago, y había estado a verle con un forastero.

"—¿Y qué clase de hombre era ese forastero, amigo mío?

"—¡Oh! era un caballero muy espetado, que parecía de tropa, y a quien llamaban coronel; Squire Mervyn me hizo más preguntas que si hubiesen ido a tomarme declaración. Ya yo tenía mis sospechas, Mr. Dawson (ya te he dicho que éste es mi nombre supuesto), pero no le he dicho palabra de vuestras visitas al lago por las noches; no, no; lo que es a saber callar nadie me ganará, y eso que squire Mervyn es hombre que se pierde de vista para eso de sonsacarle a uno, es muy trucha. Siempre me pregunta los nombres de todos los que llegan a mi posada, y no para hasta que averigua si se acercan o no se acercan a su quinta. Pero lo que es Joe Hodges no se deja engatusar por nadie tan fácilmente.

"Bien conocerás que no me quedaba más arbitrio que el de pagarle su cuenta al digno Joe Hodges y mudar de aires, o ponerle en el secreto de mis amores, lo que no me acomodaba en manera alguna. Acababa, además, de saber que nuestro antiguo coronel efectuaba a la sazón su retirada hacia Escocia, llevándose consigo a la pobre Julia. He sabido por los que llevaban el equipaje que va a tomar sus cuarteles de invierno en una quinta llamada Woodbourne, al sudoeste de Escocia; ahora estará muy alerta, y quiero dejarle meter en sus trincheras sin darle una nueva alarma; pero cuando estéis en ellas, señor coronel, a quien debo tantos favores, andad listo y cuidado con lo que se hace.

"Te protesto, Delaserre, que creo a veces que el espíritu de contradicción entra por algo en la vehemencia de mi amor y en la tenacidad con que estoy resuelto a llevar adelante mi propósito. Creo que tendré más placer en obligar a ese hombre insultante y altanero a llamar a su hija mistress Brown a secas, que en poseerla con su consentimiento, aun cuando me diese con él todo su caudal, aun cuando me autorizase el rey a usar el apellido y las armas de los Mannering. Una sola consideración me arredra: Julia es joven y novelesca, y no quisiera hacerla dar un paso de que acaso podría arrepentirse algún día. Sería para mí una pesadumbre mortal que llegase un momento en que, aunque no fuese más que con la expresión de su mirada, me acusase de haber destruido sus brillantes esperanzas, que pudiese decirme con razón, y no sería la primera vez que otro tanto ha sucedido a muchos maridos, que si la hubiese dejado tiempo para pensarlo bien, hubiera obrado con más cordura y acierto. No, Delaserre, eso no será si Dios quiere; semejante porvenir me aterra demasiado, persuadido de que Julia, en su situación actual, no puede formarse una idea exacta de la extensión del sacrificio que me haría. Sólo de nombre conoce la indigencia, y si a veces le sonríe la idea del amor en una cabaña, es una cabaña elegante y ricamente adornada, como las que se ven en las novelas y en los parques de los que gozan doce mil libras esterlinas de renta. Su educación no la ha preparado a las privaciones anejas a aquella verdadera cabaña suiza, de que tantas veces hemos hablado, y a las dificultades que necesariamente hallaríamos antes de llegar a ese deseado retiro. Cosa es ésta que debe pensarse muy despacio. Aunque la hermosura y bellas prendas de Julia, no menos que la ternura con que creo que paga la mía, han hecho en mi alma una impresión profunda, quiero, antes de consentir en que haga por mí ningún sacrificio, estar seguro de que sabe muy bien lo que me sacrifica.

"¿Me hago ilusión, Delaserre, lisonjeándome de que esa prueba tendrá un resultado muy favorable a mis deseos? ¿Es sobrada vanidad en mí suponer que mi escaso mérito, mi más escaso caudal, y la firme resolución de consagrar mi vida a su felicidad, bastarán a hacerle llevadera la pérdida de cuanto debe abandonar por seguirme? ¿El lujo, las pompas, los placeres y diversiones de lo que llaman la alta sociedad, tendrán más atractivos para ella que la perspectiva de la felicidad doméstica en el seno de un mutuo e inalterable amor? Nada digo de su padre; las buenas y las malas cualidades están tan singularmente mezcladas en él, estas últimas neutralizan de tal modo las primeras, que el placer de evitar el influjo de aquéllas en su suerte debe consolar a Julia del disgusto de separarse de éstas; así me parece que la necesidad de dejar a su padre es circunstancia que no debe en manera alguna retraerla de acceder a mis deseos. Entretanto procuro no desanimarme; he sufrido demasiados reveses para tener una presuntuosa confianza en el éxito; pero también he vencido demasiados obstáculos para que me sea fácil renunciar a mis esperanzas.

"Quisiera que vieses este país; estoy seguro de que te encantaría, pues a cada paso me recuerda las animadas descripciones que tantas veces me has hecho de tu país natal. Todo tiene en esta tierra para mí el atractivo de la novedad. Aunque nacido, según me han dicho siempre, en las montañas de Escocia, no conservo de ellas más que un recuerdo muy confuso. La admiración con que vi por primera vez las llanas costas de la Zelandia se ha conservado mejor en mi memoria que todo lo que precedió a aquel momento; pero esta misma sensación, unida a algunos vagos recuerdos anteriores, me confirma en que pasé los primeros años de mi infancia entre montañas y riscos, a paso que la sorpresa que sentí al desembarcar en un país llano como la Zelandia provenía de que no hallaba en él los objetos que me eran familiares, y que habían producido una impresión indeleble en mi imaginación infantil. Me acuerdo de que cuando pasamos en la India aquella famosa montaña del Misora, mientras casi todos nuestros compañeros sólo parecían asombrados de su prodigiosa altura y del imponente espectáculo que tenían delante, yo participaba de tus sentimientos y de los de Cameron, cuyo asombro en vista de aquella agreste y magnífica naturaleza iba unido a las gratas sensaciones que inspira todo objeto que nos recuerda los felices tiempos de la infancia. A despecho de mi educación holandesa, una montaña azul es como una amiga para mí, el estruendo de un torrente co-
mo el cántico con que arrullaban mi sueño [illegible]
do era niño. Jamás he probado esas sen[illegible]
tan fuertemente como en este país de la[illegible]
montañas, y no puedes formarte una idea [illegible]
que siento que no te permitan tus deberes [illegible]
pañarme en mis excursiones. He proc[illegible]
car algunas vistas de estos contornos; [illegible]
han salido muy mal; Dudley, por el [illegible]
dibuja primorosamente con un toque [illegible]
que parece mágico, al paso que yo [illegible]
afano, y, poniendo aquí demasiada luz, [illegible]
masiada sombra, no logro sacar más que [illegible]
fesio. Tendré que volver a mi caram[illegible]
decididamente, de todas las bellas artes, [illegible]
ca es la única que se digna dispensarme [illegible]
vores.

"¿Sabías que el coronel Mannering es [illegible]
jante de primera tijera? No lo creo, [illegible]
demasiado altanero para mostrar sus [illegible]
a un subalterno. Pues sábete, amigo [illegible]
dibuja muy bien. Después que Julia [illegible]
ron de Mervyn-Hall, sir Arturo ha [illegible]
Dudley para que le complete una serie [illegible]
bujos de la que el coronel no pudo [illegible]
que los cuatro primeros, a causa de su [illegible]
da partida. Dudley asegura que están [illegible]
mano maestra; al pie de cada uno de [illegible]
además una breve descripción en verso [illegible]
que representan. ¿Saúl es acaso profeta?, [illegible]
rás. ¡Poeta el coronel Mannering! Pre[illegible]
este hombre ponga tanto conato en [illegible]
talentos como otros en lucirlos. ¡Qué [illegible]
e insocial era con nosotros! ¡Cuán poco [illegible]
to parecía en todas ocasiones a to[illegible]
en una conversación interesante para [illegible]
su predilección a aquel miserable Ar[illegible]
inferior a él bajo todos aspectos! Y [illegible]
qué? ¡Porque su hermano el vizconde [illegible]
field es un triste prócer de Escocia! C[illegible]
Archer hubiera sobrevivido a las heri[illegible]
cibió el día de mi desafío con el [illegible]
biera declarado cosas que acaso expl[illegible]
inconsecuencias de este carácter tan [illegible]
sé de persona a quien dijo más de una [illegible]
si algún día llegaba a verme, me diría [illegible]
me harían formar muy distinta opinión [illegible]
nel; pero murió, y si tenía que darme [illegible]
plicación, como indicaban estas palabras, [illegible]
tiempo para ello.

"Me propongo hacer una nueva [illegible]
pie por estas montañas aprovechando [illegible]
sos días que nos proporcionan estos [illegible]
y Dudley, que es casi tan buen andarín [illegible]
piensa acompañarme. Nos separaremos [illegible]
confines del Cumberland, desde donde [illegible]
él a su casita de Londres, calle de Mary[illegible]
tercero, a dedicarse a lo que él llama [illegible]
mercantil de su profesión. Según él, [illegible]
existencia alguna que se divida en dos [illegible]
diferentes entre sí que la del artista, [illegible]
entusiasta que sea de la gloria del arte, [illegible]
dose ora exclusivamente en las bellezas [illegible]
turaleza para buscar inspiraciones y [illegible]
carteras, y ora teniendo que *despachar* [illegible]
y exponerlas a la insoportable indifere[illegible]
la crítica más insoportable todavía de [illegible]
nados del *gran tono*. "Durante el vera[illegible]
soy libre como un indio salvaje y gozo [illegible]
bertad en medio de las más grandiosas [illegible]
de la naturaleza, al paso que durante el [illegible]
y la primavera estoy, no sólo metido, [illegible]
do, mejor diría emparedado en un mis[illegible]
quizamí, sino lo que es peor, conden[illegible]
blegarme al capricho de los demás y [illegible]
materialmente como un esclavo amarra[illegible]
cadena". Le he prometido hacerle trab[illegible]
cimiento contigo, Delaserre, y no dudo [illegible]
darás tan satisfecho de su talento como [illegible]
entusiasmo por las breñas y los torrentes.

"Cuando me separe de Dudley, podré, [illegible]
me han informado, entrar en Escocia [illegible]
do unos despoblados al norte de Cu[illegible]
pienso seguir ese camino para dar tiempo [illegible]
ronel de sentar sus reales, e ir en seguida [illegible]
un reconocimiento en forma. Adiós, amigo [illegible]
no creo volver a tener ocasión de escri[illegible]
ta mi llegada a Escocia."

CAPITULO XXII

Adelante y siempre a pie,
Y siempre con buen humor,
Porque con malo, parece
Cada legua más de dos.

SHAKESPEARE, *Cuento de invierno.*

lector, allá en su imaginación, represéntese hermosa mañana de noviembre, en una in- llanura a que hace límite la escarpada cor- de montañas entre las que sobresalen las Skiddaw y Sadleback; tienda los ojos sobre vereda, que apenas merece el nombre de tal, sólo la han formado las pisadas de algunos ntes, que de lejos presenta una verdura pálida que la de los matorrales que la rodean cerca no puede distinguirse bien, y verá a nuestro joven capitán que camina a muy paso. Su porte esbelto y marcial, sus miem- robustos y bien proporcionados están en armonía con su agilidad juvenil y su es- de más de seis pies. Su traje es demasiado para indicar su clase y graduación, por- puede pasar por el de un caballero que diversión viaja a la ligera, como por el de un artesano. Nada más ligero que su equipa- tomo de Shakespeare en un bolsillo, una de ropa blanca en el otro y una vara de en la mano, completan el pedestre atavío le presentamos a nuestros lectores.

wn se había separado por la mañana de su Dudley y había emprendido en el mismo solitario viaje hacia Escocia.

rante las dos o tres primeras millas estuvo triste, echando de menos una compañía a staba acostumbrado; pero a esta disposición que no le era natural sucedió pronto dinario buen humor, excitado por el ejer- y el aire puro de la mañana. Iba silbando, no pensar en nada, sino porque no tenía medio de expresar los sentimientos que le ban. Cada patán que encontraba le dirigía ludo amistoso acompañado de alguna cu- ta; los buenos de los cumberlandeses reían r junto a él diciendo:

—Campechano parece, Dios le bendiga!

moza que iba al mercado volvía la cara más vez para mirar de soslayo sus formas agra- y atléticas que tan bien decían con su o e intrépido continente. Un perrillo zar- su compañero inseparable, rival de su amo nto a buen humor, iba dando brincos y ca- por el llano y volvía a cada instante a ha- mil caricias perrunas, como para asegurarle también él recibía gran contento de viajar de suerte. El doctor Johnson era de opinión hay pocas cosas más dulces en esta vida excitación producida por el suave meneo silla de posta; pero todo el que haya pro- en su juventud el placer que causa un via- pie, con absoluta independencia, por un país sante y con un tiempo hermoso, no tendrá en este particular el mismo gusto que nues- célebre moralista.

principal motivo que movió a Brown a to- el camino poco frecuentado que conduce Cumberland a Escocia atravesando una es- de yermo, fué el deseo de visitar los restos famosa muralla construída por los roma- de la que todavía quedan más vestigios por la parte que por otra alguna. Su educación sido muy descuidada; pero ni los devaneos juventud, ni su precaria situación, ni las ocupaciones a que había tenido que dedi- sucesivamente, le habían hecho nunca des- r el cuidado de cultivar su entendimiento nuevos y sanos estudios.

—Salve, famosa muralla romana! — exclamó ndo a la cumbre de un cerro desde donde seguir la dirección de aquella tan celebra- bra de la antigüedad —. ¡Qué pueblo aquél, trabajos, aunque ejecutados en uno de los nes de su imperio, cubren tanto espacio y tanta grandeza! En las edades futuras, o haya mudado enteramente el arte de la y queden apenas recuerdos de las obras Vauban y Coehorn, las reliquias de los monumentos construídos por ese pueblo maravilloso seguirán interesando a la atónita posteridad. Sus fortificaciones, sus acueductos, sus teatros, sus fuentes, todas sus obras públicas ostentan el grave, sólido y majestuoso carácter de su lengua, al paso que nuestros trabajos, como nuestros idiomas modernos, parecen compuestos con los despojos de aquel pueblo-rey.

Después de haber de esta suerte filosofado, se acordó de que tenía un solemne apetito y prosiguió su camino dirigiéndose a una venta que veía a lo lejos, donde se proponía tomar algún refrigerio.

La que le pareció venta, y no era ni más ni menos que una taberna con honores de bodegón, estaba situada en el fondo de un estrecho valle cruzado por un riachuelo. Un tejadillo de cascote sobre cuatro estacas, que formaban el recinto destinado a servir de cuadra, estaba apoyado sobre un añoso roble, sin el cual parecía muy probable que se hubiera venido al suelo; en aquella especie de cuadra se veía un caballo ensillado despachando su pienso de cebada. Las habitaciones de aquella parte del Cumberland participan de la grosería que caracteriza a las de Escocia. El exterior de la taberna de que hablamos no daba una alta idea de su interior, a pesar de la pomposa muestra que se veía sobre la puerta representando un jarro de cerveza que derramaba en una copa su espumante licor, y de la inscripción jeroglífica, a fuerza de falta de ortografía, que prometía, *buen hospedaje para hombres y caballos;* pero Brown no era viajero muy exigente; detúvose, pues, y entró en la taberna.

El primer objeto que llamó su atención en la cocina fué un hombre de buena estatura, robusto, vestido con un chaquetón de jockey, y que tenía traza de labrador; ocupábase en trinchar y engullir gruesos tasajos de vaca asada fiambre, y echaba de cuando en cuando una ojeada por la ventana, para ver si su caballo cuidaba también de hacer por la vida, pues era el dueño del que Brown había visto en la cuadra. Un gran jarro de cerveza hacía centinela al plato de carne, repartiendo entre ambos el labrador todas sus atenciones. La dueña de la casa estaba ocupada en cocer el pan; la lumbre, según costumbre del país, ardía sobre un poyo de piedra en el centro de un inmenso fogón, bajo cuya campana se veían dos bancos, uno a cada lado. En uno de ellos estaba sentada una mujer notable por su extraordinaria estatura; llevaba una manta colorada, una gorra como las de los montañeses, una pequeña pipa en la boca, y parecía una pobre de pedir limosna o una artesonera.

Habiendo Brown pedido de comer, limpió la tabernera con su mandil enharinado una esquina de la mesa a que estaba sentado el labrador, púsole delante una escudilla de madera, un tenedor y un cuchillo, llenó un jarro de cerveza hecha en la casa, y enseñándole el plato de carne, le excitó a seguir el buen ejemplo de Mr. Dimmont. No tardó Brown en hacer honor al festín; al principio, tanto él como su vecino, estuvieron demasiado ocupados para pensar uno en otro, ni hacerse más cumplidos que una atenta inclinación de cabeza cada vez que se acercaban el jarro a la boca. Al fin, cuando pensó nuestro capitán en atender a las necesidades de su fiel Wasp, el labrador escocés, pues tal era la profesión de Mr. Dinmont, se mostró dispuesto a entrar en conversación.

—No parece malo ese perro, caballero, y apostaré a que es excelente para la caza, digo, si está bien enseñado, porque ahí está el busilis de la cuestión.

—A decir verdad, caballero, su educación ha sido algo descuidada, y su mejor prenda es la fidelidad.

—¿Sí, eh? Pues es lástima; perdonad mi franqueza, pero es mucha lástima que se malogre, así por descuido, la crianza de una bestia o de un hombre. Yo tengo en mi casa seis zarceros, sin contar los galgos, los sabuesos, los mastines, los lebreles, los perdigueros y otras varias castas de perros; tengo el viejo "pimiento" y la vieja "mostaza", el "joven pimiento" y la "joven mostaza", "el pimientillo" y la "mostacilla", que todavía son nuevecillos. A todos los he adiestrado perfectamente; primero los he acostumbrado a arremeter a espantajos de trapo, luego los he echado contra hurones y comadrejas, luego contra garduñas y tejones, y hoy es el día en que no tienen miedo a ningún animal de pelo.

—No dudo que estarán muy bien enseñados; pero una vez que tenéis tantos perros, ¿por qué no variais un poco más sus nombres?

—¡Oh! Es una idea que se me ha ocurrido para distinguir sus razas ¿Sabéis que el mismo duque ha enviado a Charlies-Hope para obtener un pimiento y una mostaza de Dandy Dinmont?

—¿Supongo que tendréis mucha caza?

—¡Si tengo caza! Creo que hay en las tierras dependientes de mi cortijo más liebres que carneros, y en cuanto a gazapos, patos y chochas, los tengo como palomas en un palomar. ¿Habéis matado alguna vez un gallo negro?

—Ni aun he tenido nunca el placer de ver ninguno, como no sea en el gabinete de historia natural de Keswich.

—Bien conocía yo por vuestro acento que venís de la parte del sur. Es muy extraño que de todos los ingleses que vienen a Escocia, casi ninguno sabe lo que es un gallo negro. Me parecéis un buen sujeto, y si queréis venir a mi casa — yo me llamo Dandy Dinmont —, a Charlies-Hope, os haré ver un gallo negro, y aun matarle y comerle también, que por cierto os gustará mucho.

—Seguramente que no hay mejor medio de conocer la caza que el de matarla y comérsela, y tendré una verdadera satisfacción en que se me presente una coyuntura favorable para aceptar vuestra oferta.

—¡Una coyuntura! ¿Y por qué no venís ahora mismo? ¿Cómo viajáis?

LOS ESPEJOS QUE MIENTEN



Parece que en la larga serie de espejos que estamos recorriendo no es posible hallar el que nos refleje de una manera normal. No hay más remedio que detenerse y contemplarse en ellos, a pesar de nuestra voluntad, que se resiste a que nuestro indefenso cuerpo sea un juguete tan poco elegante de los caprichosos espejos. Y lo peor es que no hay más remedio, en la mayoría de los casos, que soltar una carcajada y reír de buena gana, como hace la hermosa muchacha que aquí vemos.

—A pie; y si esa jaquita que veo ahí en la cuadra es vuestra, no me siento con bríos para seguirla.

—Lo creo, a menos que podáis andar catorce millas por hora; pero podéis llegar esta noche a Riccarton, donde hallaréis un parador, o si queréis llegar hasta la casa de Jock Grieve, en el Heugh (colina), seguramente os recibirán muy bien. Me pararé a echar un trago cuando pase por su puerta y le prevendré que vais a llegar... Pero no, ahora me ocurre otra cosa mejor. ¡Eh, buena mujer!, ¿podéis prestar a este caballero el *galloway* del buen hombre (del dueño? Mañana os lo devolverá uno de mis mozos.

El *galloway* estaba paciendo en el monte y no se dejaba agarrar a dos tirones.

—Vaya, cómo ha de ser; dejémoslo por hoy; pero os espero mañana sin falta. Y ahora, buena mujer, Dios os guarde, porque quiero llegar a Liddel antes de anochecer, y sabéis que vuestro Waste (erial) no goza de la mejor reputación que digamos.

—Mal hecho, Mr. Dinmont, andar así desacreditando nuestra tierra... Nadie se ha metido con nadie en el Waste desde que Sawney Culloch, el buhonero, fué robado por Rowley Overdees y Jock Penny, a quienes hace dos años ahorcaron por ello en Carlisle. Desde entonces no se ha vuelto a oír hablar de ninguna tropelía; no hay más que gente muy de bien por estos contornos.

—Sí, Tibb; eso será verdad cuando ciegue el diablo, y todavía no tiene dañada la vista. Pero es el caso, buena mujer, que acabo de dar un voltazo por el Galloway y el condado de Dumfries, de vuelta de la feria de Carlisle, que traigo las faltriqueras bien provistas, y que no me haría maldita de Dios la gracia que me despabilasen la bolsa, estando ya tan cerca de mi casa; conque, lo dicho, Dios os guarde.

—¿Habéis estado en Dumfries y en el Galloway? — dijo la vieja que estaba fumando al fogón y que aun no había hablado palabra.

—Sí, buena mujer, y no me pesa.

—¿Conocéis un sitio llamado Ellangowan?

—¡Ellangowan!, ¿que pertenecía a Mr. Bertrán? Por supuesto que lo conozco. El laird murió hará unos quince días, a lo que he oído.

—¡Murió! — exclamó la mujer quitándose la pipa de la boca y acercándose al labrador — ¡murió!, ¿estáis seguro de ello?

—¿Pues no? ¡Poquito ruido en gracia de Dios metió el tal suceso por toda esta tierra! Murió precisamente el mismo día en que se puso en venta la quinta con todas sus dependencias, y como por eso dió la justicia un plazo para el remate, más de cuatro se quedaron con medio palmo de narices. Parece ser que era el último descendiente de una antigua familia, y su muerte fué sentida, porque la buena sangre va escaseando en Escocia más de lo que sería menester.

—¡Murió! — repitió la anciana, en quien nuestros lectores habrán reconocido ya tal vez a su antigua amiga Meg Merrilies —; en ese caso, le perdono: ¡Dios le tenga en su gloria! Pero ¿decís que no ha dejado mayorazgo?

—En efecto, y por eso se ha vendido la quinta, que dicen que no se hubiera podido vender si hubiera dejado un heredero varón.

—¡La han vendido! — exclamó la gitana con voz terrible —. ¿Y quién ha osado comprar los estados de Ellangowan, sin tener en sus venas sangre de los Bertranes? ¿Quién sabe si el heredero de los Bertranes no vendrá algún día a reclamar lo suyo? ¿Quién ha osado apoderarse de Ellangowan?

—Un antiguo escribano, a lo que entiendo..., un tal Glossin...

—¡Glossin! ¡Gilberto Glossin, a quien tantas veces he llevado en mis brazos, porque no era su madre mucho más que yo!... ¿Ese ha tenido la desfachatez de comprar la baronía de Ellangowan? Vivimos en unos tiempos muy extraños, así Dios nos ayude. Males le deseé, es cierto, pero no tantos... ¡Desgraciada, desgraciada!, ¿por qué le maldije?

Quedó un momento pensativa, pero con el brazo tendido para impedir que se fuera Dinmont, que a cada una de sus preguntas hacía un movimiento para salir de la estancia, pero que viendo el vivo interés que manifestaba aquella mujer, se quedaba por pura complacencia.

—¡Lo han de ver y lo han de oír: la tierra y el agua no estarán en paz por más tiempo! ¿Sabéis si el sheriff del condado en que está situado Ellangowan, es el mismo que había años atrás?

—No es el mismo; aquél ha hallado mejor acomodo en Edimburgo. Pero quedad con Dios, buena mujer, que se hace tarde y tengo que irme.

Siguióle ella hasta su caballo, y mientras apretaba la cincha, arreglaba la maleta y ponía el bocado a su rocín, hízole acerca de la muerte de Mr. Bertrán y del paradero de su hijo nuevas preguntas a que escasamente pudo responder el buen labrador.

—¿Habéis visto alguna vez un sitio llamado Derncleugh, a una milla poco más o menos de la plaza de Ellangowan?

—Sí, le he visto; es un valle muy escabroso, donde todavía se conservan algunas tapias viejas. Me acuerdo de que le visité con uno que quería arrendar aquellas tierras.

—¡Feliz morada en otro tiempo! — dijo Meg Merrilies como hablando consigo misma —. ¿Habéis reparado en un añoso sauce derribado? El tronco ha muerto; pero la raíz vive todavía en la tierra, y sus retoños cubrirán el techo derruído. ¡Cuántos copos he hilado sentada a la sombra de aquel sauce!

—El diablo es esta pobre vieja con su sauce, su raíz y su Ellangowan. Vaya, vaya, buena mujer, haceos a un lado, que voy de prisa; ahí tenéis seis peniques para echar una copa de aguardiente, que eso valdrá más que tanto charlar.

—Tantas gracias, buen amigo. Y ahora que habéis tenido la atención de responder a todas mis preguntas, voy a daros un buen consejo; pero no tratéis de averiguar más. De aquí a un momento vendrá Tibb Mumps a ofreceros que echéis un trago de despedida; os preguntará si pensáis tomar el camino de Willies-brae o el de Conscowthart-moss, por el cerro o por el llano; le responderéis lo que os parezca, pero cuidad — añadió en voz baja y con no poco énfasis—, de hacer *lo contrario* de lo que respondáis.

Echóse a reír el labrador, prometió hacerlo así y en seguida se retiró la gitana.

—¿Y seguiréis su consejo? — le preguntó Brown, que había oído todo este diálogo.

—¡No por cierto, buena pregunta! Más temería indicarle el camino que voy a tomar que decírselo a Tibb Mumps, aunque tampoco Tibb merece la mayor confianza, por lo que os aconsejo que no paséis aquí la noche, creedme.

Un momento después, fué Tibb Mumps, la bodegonera, a ofrecer a Dinmont un trago de despedida, que él aceptó. Como Meg había anunciado, le preguntó si tomaría el camino del cerro o el del llano, a lo que respondió que tomaría este último, y después de haber repetido a Brown que le esperaba al día siguiente a más tardar en Charlies-Hope, metió espuelas a su caballo y se alejó a muy buen paso.

CAPITULO XXIII

...En los caminos reales
Este encuentra la horca, aquél cien palos.
SHAKESPEARE, *Cuento de invierno.*

No echó Brown en saco roto, como suele decirse, la oferta del hospitalario labrador; pero mientras pagaba la cuenta, no pudo menos de fijar su atención en Meg Merrilies; su aspecto era en un todo semejante al que describimos cuando por primera vez la introdujimos en la quinta de Ellangowan. Sus negros cabellos empezaban ya a encanecer con los años, y algunas arrugas surcaban su expresivo y moreno semblante; pero se conservaba derecha y firme, y su vivacidad era siempre la misma. Se había observado que la vida activa, aunque no laboriosa, que hacía aquella mujer, le daba, como a muchas de su misma clase, un dominio tal sobre su fisonomía y sus movimientos, que todas las actitudes que tomaba eran naturales, desembarazadas y pintorescas. Estaba a la sazón de pie junto a una ventana, de
modo que podía verse muy bien su esta
daderamente varonil; tenía la cabeza
echada hacia atrás, para que el sombrer
que la cubría no la impidiese ver a
quien parecía examinar con suma ate
cada movimiento que hacía, a cada pal
pronunciaba, se la veía agitada por un
miento casi imperceptible; a él por su
dejaba también de sorprenderle bastante
mirar aquella singular fisonomía sin cie
plicable interés.

—¿Si se me habrá representado algun
sueños esa mujer? — decía hablando con
mo —, ¿o será que me recuerda tal vez
de las extrañas figuras que he visto en
das indias?

Mientras resolvía estos pensamient
mente y había ido la bodegonera a bu
bio para darle la vuelta de media guine
repente la gitana con singular rapidez
para acercarse a Brown, y le cogió
Creyó él que su ánimo era darle una
su talento en el arte de decir la buen
mas no tardó en conocer que estaba a
otros sentimientos.

—Decidme, decidme, joven, en no
cielo — exclamó —, cómo os llamáis y
venís.

—Mi nombre es Brown, buena mujer, y
de las Indias Orientales.

—¡De las Indias Orientales! — exclam
dole la mano y exhalando un suspiro... —
puede ser él; yo estoy loca. Todo lo
me parece que es lo que deseo ver...
las Indias Orentales! No puede ser,
ser él. Con todo, vuestra presencia y
de vuestra voz me han recordado mis
tiempos. Adiós, no os paréis en el cam
halláis a algunos de los míos, no os
ellos y nada os harán.

Brown, que ya había recibido la vue
media guinea, le puso un chelín en la
despidió de la patrona, y tomando el
mino que había seguido el labrador,
dar a buen paso, con la ventaja de pode
por las recientes huellas que había deja
padas en la tierra el caballo de Dinmo
Merrilies le fué siguiendo con los ojos
le perdió de vista.

—No hay remedio — dijo entonces
consigo misma —; es preciso que yo vu
a ese joven; es preciso que vuelva a ver
la plaza de Ellangowan. El laird ha
con la muerte acaban todos los rencore
fué en que era un excelente hombre. E
no es ya el mismo que antes, conque
meterme en el bosque... Al fin y al
aventuro?, algunos días de cárcel...
pues! ¡Quiero volver a ver antes de
hermosos bosques de Ellangowan!

Brown entretanto proseguía su cam
árido yermo llamado el *Waste* del C
Vió, después de mucho andar, una so
suca de ruin apariencia, en la que sin
haber entrado Dinmont, pues las pisa
caballo seguían aquella dirección; a poc
más allá, las mismas huellas le anunciaro
bía proseguido su camino.

—Desearía — dijo Brown entre sí — que
labrador se hubiese quedado aquí hasta
gada; hubiera tenido el gusto de pedirle
informes acerca del camino, que cu
avanzó menos apetitoso me va parecien

Realmente la naturaleza, como si h
signado aquel terreno para barrera na
dos naciones enemigas, ha estampado
carácter de horror y desolación. Las
no son ni altas ni escarpadas, pero toda
está cubierta de matorrales; las pocas c
se descubren por aquellos contornos so
bles y están situadas a gran distanci
otras. Vense en derredor algunos vesti
esfuerzos que se han hecho para dar
una apariencia de vegetación; pero do
potros errantes de una parte a otra, a
un cordel las patas traseras, para ahorr
de cuadra, anuncian que el principal re
país es la cría caballar. El pueblo es m

lario y más tosco que en lo restante del Cum-nd, lo que proviene tanto de su agreste mo-de vivir, como de sus continuas relaciones los vagabundos y forajidos que van a guare- en aquellos despoblados de las persecucio-de la justicia. Los habitantes de toda aquella rca eran ya hasta tal punto, en la época a se refiere esta historia, un objeto de descon-a y desprecio para sus vecinos más civiliza-, que existía y acaso existe aún en Newcastle reglamento que prohibe a todo maestro de s avecindado en aquella ciudad, tomar por ndiz a ningún natural de aquellos dilatados mos. Hay un refrán que dice: *cuando quie-matar a tu perro, di que está rabioso*, y pue-ñadirse, que cuando se da a un hombre o a clase de hombres una mala fama, es más que ble que acabarán por merecerla. Brown no raba estos pormenores, y el lenguaje de ont y de la gitana agravaba aún más sus chas; pero era hombre que no conocía el o, no llevaba sobre sí nada que pudiera dar ciones a un ladrón, y esperaba cruzar el e con la luz del día. En esto, sin embargo, lió fallida su esperanza; el camino era más o de lo que había creído al principio, y ya zaba a negrear el horizonte cuando acababa s de entrar en unos vastos arenales.

retando el paso lo más que pudo, tomó ro joven capitán una estrecha vereda que aba por entre densos jarales y profundos ncos, cercados a veces de zanjas llenas de materia que era un término medio entre el y el agua, y a veces de montones de guija- y de arena que los torrentes habían des-ido de los cerros inmediatos y acumulado ferentes puntos. Admirábale cómo un hom- a caballo había podido pasar por aquellos rriales, y sin embargo veía las huellas del llo de Dinmont, y aun creía oír a bastante ncia el sonido de sus cascos sobre las pie- Persuadido, pues, de que el labrador no a ganar tanto terreno como él entre los ma-les y las breñas, apretó más y más el paso la esperanza de alcanzarle y de aprovechar-e su conocimiento del terreno. En el mismo mento echó a correr su perro en línea recta a adelante, ladrando de una manera par-ar.

Apresuróse Brown a subir a la cima de una a inmediata, desde donde pudo ver lo que a causado la inquietud del fiel Wasp. En hondonada, como a un tiro de bala, un bre, en quien al punto reconoció a Dinmont, defendía valerosamente contra dos que le aban a la vez; habíase apeado de su caballo esgrimía como Dios le daba a entender el go de su látigo. Acudió presuroso en su ayu-nuestro viajero; pero antes de que llegara al o de la contienda, un terrible garrotazo en la eza derribó por tierra al pobre labrador, a en uno de los villanos agresores continuaba reando sin compasión. El otro malhechor, endo al encuentro de Brown, llamó a su pañero diciéndole:

—Ese ya está despachado — queriendo dar a nder sin duda que ya no estaba en estado de stir, y ni aun de quejarse.

Uno de ellos llevaba un cuchillo, y el otro una ca; pero como el barranco en que pasaba esta na era muy angosto:

—Como no tengan armas de fuego — dijo wn entre sí — no los temo.

Arremetieron sobre él los bandidos prorrum-ndo en furiosas amenazas e imprecaciones; mas nto conocieron que su adversario era hombre menos forzudo que valiente, y, después de ber recibido dos o tres buenos trancazos, uno ellos le dijo:

—¿Por qué diablos no seguís vuestro camino, si vos no va nada?

No acomodándole a Brown entrar en capitula-n, y no queriendo dejar a merced de aquellos lvados al infeliz a quien querían despojar, y so también quitar la vida, emprendió de nue- con ellos, cuando Dinmont, vuelto en sí del rdimiento que le había causado el fiero po-zo que había recibido en la mollera, púsose en pie, cogió su látigo, y acudió a tomar parte en la refriega. Como los dos bellacos habían hallado en él un temible enemigo, aun cuando de improvisto se le echaron encima cogiéndole solo y desprevenido, no juzgaron prudente aguardar a que uniese sus fuerzas a las de quien había probado que bastaba para darles harto que hacer a los dos, y apretaron a correr por entre los retamales huyendo a toda prisa, perseguidos por Wasp, que se había portado gloriosamente en la pelea, hostilizando al enemigo por la retaguardia, y efectuando de esta suerte una útil división de fuerzas en favor de su amo.

—¡Diablo! ¡Bien entiende ahora de caza vuestro perro! — fueron las primeras palabras del buen labrador, que llegó con la cabeza toda ensangrentada, y que inmediatamente reconoció a su libertador.

—Supongo, amigo, que no estaréis peligrosamente herido.

—¡Bah!, no es cosa mayor. Mi cabeza está hecha a prueba de chichones, y a vos las gracias, la conservaré por ahora; pero es preciso que me ayudéis a hallar mi caballo, y montéis también conmigo a las ancas, porque no será malo que pongamos tierra por medio antes de que cargue sobre nosotros toda la cuadrilla, que acaso no andará muy lejos.

Quiso la buena suerte que el caballo no se hubiese alejado cuatro pasos, y habiéndole cogido al instante, titubeó Brown en montarle, temeroso de cargar demasiado al pobre animal.

—No hay cuidado — respondió su dueño —. Dumple llevaría seis hombres como una pluma, si su espinazo fuera bastante largo para ello; pero, por amor de Dios, no perdamos tiempo, que ya veo asomar a lo lejos una cáfila de tunos, y no me parece acertado aguardarlos.

Brown conoció por su parte que la aparición de cinco o seis jayanes, que en efecto acudían a todo correr, debía poner coto a los cumplimientos; montó, pues, a las ancas de Dumple, que, aunque cargado con dos mocetones como dos trinquetes, partió con no menos velocidad que si sólo hubiera llevado encima dos muchachos de cinco a seis años. Su amo, que conocía el terreno a palmos, le aguijaba bastante, cuidando con suma destreza de elegir el mejor camino, lo que casi hacía inútil el admirable instinto del animal, que en todos los malos pasos nunca dejaba de buscar el más expedito. Esto no obstante, estaba el camino tan lleno de escabrosidades, y tenían tantas veces que separarse de la línea recta, que no le era posible tomar mucha delantera sobre los que los perseguían.

VENECIA SE DEBE A ATILA

A Atila se debe, indirectamente, la existencia de Venecia, la magnífica y curiosa ciudad de Italia. Los habitantes del norte y de las riberas del Adriático, atemorizados por los estragos que causaban los hunos bajo el mando de Atila, se refugiaron en las lagunas de la desembocadura del río Po, fundando allí la ciudad de Venecia, a mediados del siglo V.

CURIOSIDAD

Dos tercios de la América del Sur se hallan en la zona tropical. Es el continente que tiene la zona verdaderamente tropical más extensa del mundo.



—No hay cuidado — dijo el resuelto escocés a su compañero —; una vez que hayamos pasado el arroyo de Withershin, el camino muda de aspecto, y mucho han de correr para alcanzarnos.

Pronto llegaron al citado arroyo, cubierto de junco y espadaña, y de raudal tan poco corriente que más que un arroyo parecía un pantano o, por mejor decir, un lodazal. Dirigió Dinmont su rocín hacia el sitio por donde le pareció que sería más fácil vadearle; pero Dumple se plantó de repente, agachó la cabeza como para reconocer más de cerca el agua que querían hacerle pasar, aguzó las orejas, dió algunas manotadas en el suelo, y quedó inmóvil como si fuera de piedra.

—¿No haríamos mejor — dijo Brown — en apearnos y abandonar al caballo, o hacerle pasar tirándole del freno?

—No, no — dijo el piloto —; dejemos a Dumple que haga lo que quiera, que yo sé muy bien que tiene más entendimiento que muchos cristianos. — Esto diciendo, soltó la rienda, y, dirigiéndose a su caballo: — Ea — le dijo —, elige el camino que te acomode; ve por donde puedas.

Dumple, dejada la elección a su albedrío, fué trotando a otro punto del arroyo, que a Brown no le pareció tan transitable como el primero, pero que el instinto o la experiencia hicieron preferir al animal; allí entró en el agua, y llegó a la opuesta orilla sin dificultad.

—Ya estamos — dijo Dinmont — fuera de los jarales donde se hallan más caballerizas para las bestias que posadas para los racionales. Si llegamos ahora a *Maiden Way*, ya no hay cuidado.

En efecto, pronto llegaron a un camino empedrado, resto de una antigua calzada construída por los romanos, que cruza aquellos ásperos eriales con dirección al norte; empezaron ya desde entonces a andar de nueve a diez millas por hora, no exigiendo Dumple para tomar resuello más que pasar de cuando en cuando del galope al trote largo.

—Bien podría espolearle para que fuese aún más aprisa — dijo su amo —, pero es preciso considerar que lleva a cuestas a dos nenes sobradamente zancudos y que sería cargo de conciencia reventar al pobre Dumple; no había caballo mejor en la feria de Carlisle.

Brown fué también de opinión de que no se debía cansar al caballo, y añadió que, como ya estaban a cubierto de todo peligro, no haría mal Dinmont en vendarse la cabeza con un pañuelo, no fuese que la acción del fresco de la tarde enconase su herida.

—¿Y para qué? — dijo el impávido labrador —, lo mejor es dejar que se cuaje la sangre; así se evita un emplasto.

Brown, que en su carrera militar había visto recibir muchas heridas, no pudo menos de observar que nunca había hallado en ningún herido tanta indiferencia.

—¡Bah, bah! ¿Había de acoquinarme por un miserable chirlo en la cabeza?... Pero de aquí a cinco minutos estaremos ya en tierra de Escocia, y es preciso que vengáis conmigo a Charlies-Hope; es cosa hecha.

Aceptó Brown con mucho gusto la hospitalidad que tan cordialmente le ofrecía el buen labrador. Era ya bastante entrada la noche, cuando llegaron a la orilla de un riachuelo que se deslizaba serpeando por una frondosa vega; las montañas que se ofrecían a la vista eran más verdes y más escarpadas que las que poco antes habían pasado, y sus herbosas vertientes se extendían hasta la vera del manso río. Sin asombrar por su extraordinaria altura, ni por su romántico e imponente carácter, recreaban la vista por su aspecto solitario y placentero. No se veían por allí ni caminos, ni cercas, ni tierras labrantías; parecía aquello una campiña elegida por un patriarca pa-

ra apacentar sus rebaños. Los restos de algunas pocas torres desmanteladas y ruinosas probaban que aquel país había sido antiguamente habitado por hombres muy diferentes de sus actuales pobladores, es decir, por aquellos aventureros conocidos bajo el nombre de *freeboters* (merodeadores), a cuyas proezas dieron harto campo las guerras entre Escocia e Inglaterra.

Bajando una cuesta que remataba en un vado que conocía muy bien, atravesó Dumple el río, y apretando el paso, le costeó como por espacio de una milla. Dirigióse entonces hacia dos o tres casas de humilde apariencia, cubiertas de bálago, y cuyos ángulos opuestos unos a otros indicaban un soberano desprecio de todas las reglas de la simetría; aquellas casas formaban el cortijo de Charlies-Hope, o, según el lenguaje del país, *el Lugar.*

Oyóse al acercarse nuestros viajeros un terrible estrépito de ladridos producido por las tres generaciones de los Pimientos y de las Mostazas, y una infinidad de deudos y allegados suyos, cuyos nombres no han pasado a la posteridad. La voz del labrador restableció el orden; abrióse la puerta, y una muchacha medio desnuda, a cuyo cargo estaba ordeñar las vacas, y que acababa de desempeñar su obligación, asomó la cabeza un momento, y se retiró al interior del cortijo gritando:

—Mistress, mistress, es el amo que llega con otro caballero.

Dumple, puesto en libertad, dirigióse sin ayuda de nadie a la puerta de la cuadra, y saludó con algunos relinchos a sus amigos que se hallaban en ella, y que desde dentro le volvieron atentamente su saludo. Brown entretanto se veía y se deseaba para preservar a su pobre Wasp de la insolencia de los otros perros, que, con una aspereza más propia de sus nombres que de la hospitalaria condición de su dueño, no parecían dispuestos a recibirle con mucho agasajo.

Un momento después fué un mozo de labranza a meter a Dumple en la cuadra, mientras que mistress Dinmont, cuya figura era tan agraciada cuanto era bello su carácter, salió a dar la bienvenida a su marido con sincera alegría.

—¡Vaya, vaya, que bastante tiempo has estado fuera de casa!

CAPITULO XXIV

¡Oh Liddel! en tus márgenes amenas
Jamás la poesía
Cantó sus dichas ni lloró sus penas:
En ellas solamente
Se oye noche y día
De algún pastor el suspirar doliente
Que exhala sus amantes amarguras;
Pero tampoco al golfo de occidente
Ningún río va a dar ondas más puras.

ARMSTRONG. *El arte de conservar la salud.*

Los actuales labradores del sur de Escocia son gente mucho más civilizada que sus padres, y las costumbres que voy ahora a describir, si no han desaparecido del todo, están a lo menos sumamente modificadas. Sin perder su primitiva rústica sencillez, cultivan artes desconocidas a la generación que los ha precedido, y aplicables no sólo a la progresiva mejora de sus haciendas y de los medios de hacerlas productivas, más también a todas las comodidades de la vida. Sus casas están mejor dispuestas, sus hábitos los ponen al nivel de las clases civilizadas, y el más laudable de los lujos, el lujo del saber, ha heeho muchos prosélitos entre los montañeses durante estos últimos treinta años: su mayor defecto, el de beber demasiado, va disminuyendo por días. La franqueza de su hospitalidad es siempre la misma, pero, generalmente hablando, tiene un carácter más culto, y no raya como antes en exceso.

—¡Eh! El diablo tiene esta mujer en el cuerpo — dijo Dandy Dinmont desprendiéndose de los brazos de su mitad, pero suavemente y mirándola al mismo tiempo con cariño —, ¿no ves, Ailie, a este caballero?

Volvióse Ailie a Brown para disculparse.

—Es que tenía tanto gusto en ver a mi marido... — le dijo —, pero, Dios mío, ¿qué tenéis uno y otro?

Acababan entonces de entrar en una salita, donde la luz que estaba sobre una mesa le hizo ver la sangre que corría de la descalabradura de Dinmont, y que había rociado copiosamente sus vestidos y los de su compañero.

—¡Apostaré, Dandy, a que has tenido como sueles alguna quimera con algún chalán de Bewcastle! Verdaderamente que un hombre casado, y con hijos como tú, debería saber mejor lo que vale la vida de un padre.

Y mientras esto decía, tenía la buena mujer los ojos arrasados de lágrimas.

—Vaya, vaya, mujer — dijo el marido abrazándola con más cordialidad que ceremonia —, bien enterada estás por vida mía; este caballero es buen testigo de cómo al salir de casa de Lourie Lowther, donde me paré un momento a echar un trago, al entrar en el despoblado, y por cierto que iba a muy buen paso para llegar tempranito, salieron de entre los matorrales dos bribones; se echaron de improviso sobre mí, me tiraron del caballo abajo, me dieron un cachiporrazo en la cabeza que me dejó todo turulato sin dejarme tiempo para sacudirles el polvo con mi látigo; y si no hubiera acudido en mi auxilio este digno caballero, todavía me hubieran dejado peor parado y sin un chelín en el bolsillo para fin de fiesta; primero a Dios y luego a él debes, pues, el volverme a ver.

Dicho esto sacó de la faltriquera una bolsa de cuero bien repleta y se la dió a su mujer diciéndole que la guardara.

—¡Bendiga Dios a este caballero, como yo le bendigo con todo mi corazón! — dijo Ailie — ¿Pero cómo hemos de probarle nuestro agradecimiento? Ofrecerle la mesa y el aposento, es cosa que a nadie ni aun al más infeliz se le niega en esta casa; si hubiera — añadió echando a la bolsa una mirada de soslayo, pero con una delicadeza y una timidez que quitaba a aquella oferta todo lo que hubiera podido tener de ofensiva hecha de otro modo —; si hubiera algún otro medio...

Brown vió y apreció la mezcla de sencillez y de generosa gratitud que respiraba en las palabras y en el ademán aquella buena labradora, y no pudo menos de conocer que su más que modesto equipaje, todo roto además y cubierto de sangre a la sazón, podía legítimamente hacerle considerar como un objeto de conmiseración y acaso de caridad. Apresuróse, pues, a decir que se llamaba Brown, que era capitán en el regimiento... de caballería, que viajaba a pie por recreo y por economía, y acabó por instarla a que examinase la herida de su marido, que él no le había dejado reconocer.

Mistress Dinmont estaba más acostumbrada a ver a su marido con la cabeza rota que a hallarse en presencia de un capitán de dragones. Cogió una servilleta casi limpia, y olvidando por algunos momentos el cuidado de la cena en que ya se ocupaba, dió a su marido un golpecito en el hombro diciéndole:

—Vaya, siéntate ahí, que siempre andas buscando desazones para ti y para los demás.

Hizo Dandy Dinmont dos o tres cabriolas y empezó una danza montañesa para burlarse de la inquietud de su mujer, después de lo cual consintió en sentarse y confió a su inspección su crespa, redonda y negra cabeza. Brown había visto al cirujano del regimiento manifestar inquietud por heridas menos graves. Ailie mostró, en efecto, bastante inteligencia en su operación quirúrgica; empezó por cortar con sus tijeras los mechones de pelo llenos de sangre coagulada que hubieran podido embarazarla en su manipulación; cubrió las heridas con hilas empapadas en un agua vulneraria que pasaba por un soberano específico en todo el condado y de que se hacía un prodigioso consumo las noches de feria, después de lo cual sujetó el emplasto con una venda, y a pesar de la resistencia del paciente, puso sobre todo ello, para que nada se moviese de su sitio, un gorro de dormir muy apretado. Dióle friegas con aguardiente sobre algunas contusiones que tenía en la frente y en los hombros, lo que no permitió Dinmont en manera alguna [illegible] hubo pagado la medicina un amplio [illegible] boca.

Ofreció en seguida mistress Dinmont [illegible] cios a Brown con la más cordial franqu[illegible] él respondió que sólo necesitaba un poco [illegible] en una jofaina y una toalla.

—Antes hubiera debido pensar en ello [illegible] Ailie —, pero no me he atrevido a abrir [illegible] ta, porque ahí están todos los chicos [illegible] criaturas, que rabian por venir a dar [illegible] su padre.

Esto explicó a Brown la gritería y el [illegible] que se oía a la puerta de la sala y que [illegible] dejado de sorprenderle al principio, [illegible] tress Dinmont no había hecho de todo [illegible] caso que el de echar el cerrojo apenas [illegible] oído acercarse; pero apenas abrió la [illegible] ir a buscar la palangana y la toalla [illegible] aun se le ocurrió hacerle pasar a otro [illegible] una turbamulta de chiquillos de pelo [illegible] hizo irrupción en la estancia, unos [illegible] la cuadra, adonde habían ido a dar la [illegible] a su amigo Dumple, otros de la coci[illegible] escuchaban las consejas y cantares de [illegible] Elspeth, y los más pequeñitos medio [illegible] como que acababan de saltar de la ca[illegible] gritando hasta desgañitarse que querí[illegible] beso a papá y ver qué les traía de las [illegible] que había recorrido en su viaje. Nue[illegible] dín de la cabeza rota empezó por besar [illegible] chiquillería a la redonda, e hizo en [illegible] distribución general de muñecos, [illegible] bizcochos; en fin, cuando el estrépito [illegible] zara llegaron a ser tales que ya no h[illegible] para aguantarlos:

—Toda la culpa es de la buena mujer [illegible] Dandy al capitán —; siempre deja a [illegible] que hagan cuanto les da la gana.

—¿Yo? Dios nos ampare — dijo Ailie [illegible] traba en aquel momento con la jofaina [illegible] lla —, ¡vaya un pecado! ¿Pues y cómo [illegible] mediarlo? Nada más puedo hacer por [illegible] bres angelitos!

Levantóse entonces Dinmont, y entre [illegible] amenazas y empellones, echó fuera a [illegible] alborotadores, excepto a los dos mayo[illegible] muchacho y una niña, que eran, dijo [illegible] capaces de portarse con juicio. Por [illegible] razón, pero con menos miramiento, [illegible] cuarto a todos los perros, excepto a los [illegible] bles patriarcas el viejo pimiento y la [illegible] taza, a quienes frecuentes castigos y el [illegible] la paz que suele acompañar a la edad [illegible] habían inspirado sentimientos tan hos[illegible] que, previo un mutuo reconocimiento [illegible] de haber gruñido algún tanto, admitie[illegible] compañía a Wasp, que hasta entonces [illegible] manecido atrincherado debajo de la s[illegible] amo, y consintieron buenamente en re[illegible] él una piel de carnero que todavía con[illegible] lana y que equivalía para ellos a la mejor [illegible] bra de Brístol.

La actividad de la dueña de la casa, [illegible] llamaban la señora en la cocina y la *bue*[illegible] en la sala, había ya costado la vida a [illegible] pollos, que por falta de tiempo para [illegible] de otro modo, figuraron pronto en la [illegible] dos en las parrillas. Un buen trozo [illegible] fiambre, huevos, tostadas de manteca y [illegible] ding de harina de cebada; rociado todo [illegible] excelente cerveza de la cosecha de la casa [illegible] una botella de exquisito aguardiente, [illegible] ron una cena a que Brown se sentía [illegible] puesto a hacer honor: pocos soldados, [illegible] hubieran dejado de darse por muy cont[illegible] ella, después de un día de mucho ejer[illegible] batalla. Mientras la dueña de la casa [illegible] una robusta moza, cuyos carrillos eran [illegible] rados como el lazo de su moño, a [illegible] restos de la cena, y ponía sobre la me[illegible] car y el agua caliente, lo que temía que [illegible] la criada (tan embebecida estaba conte[illegible] un capitán en actual servicio), pregunt[illegible] a su huésped si se arrepentía de no [illegible] guido los consejos de la gitana.

—¿Quién sabe? — respondió Dinmont [illegible] gitanos son el diablo; acaso no hubiera [illegible]

peligro más que para caer en otro mayor; y lo digo por mal, porque si esa pobre vieja algún día a Charlies-Hope, he de darle pinta de aguardiente y una libra de tabaco que le sean más llevaderos los fríos del erno. El diablo, el diablo son, como decía buen padre, pero van mal cuando los guían y de todo hay un poco en los gitanos, de no como de malo.

Estas y otras pláticas les hicieron apurar otra de cerveza y exigieron un nuevo refuerzo ferer, según la locución provincial de Dinmont) de aguardiente, de agua y de azúcar, pero wn rehusó en fin decididamente prolongar sesión por aquella noche, alegando el cansandel camino y el molimiento de la refriega, estaba íntimamente persuadido de que hu- sido de todo punto excusado hacer pre- al buen labrador que el excesivo beber ocasionar fatales resultas para su herida. cuartito muy reducido, pero en el que había excelente cama, recibió al viajero, a quien ron las sábanas y demás blanquería que fundamento se preciaba su patrona de "no se hubieran podido hallar en ninguna otras tales ni tan buenas, porque precisa- Nelly y ella habían hilado el lino para las habían blanqueado en la pradera cortijo y jabonado en la exquisita agua de pozo; ¿y qué más podría hacer una mujer, fuera una reina?"

Verdad es que competían con la nieve en blan- y que la hierba sobre que habían estado didas para blanquear, les había comunicado grata fragancia. Wasp, después de haber la mano a su amo para darle las buenas se echó a los pies de su cama, y pronto ron sepultados en un delicioso olvido de las cosas mundanas los sentidos de nuestro ero.

CAPITULO XXV

Consagrad, ¡oh bretones!
Vuestro valor natío
A exterminar las hordas de ladrones
Que infestan vuestros campos; y ese brío
Que en la casa se emplea,
Fatal también a los malvados

THOMPSON. *Las Estaciones.*

Madrugó Brown bastante a la mañana siguien- salió de su cuarto con objeto de echar una a la vivienda de su nuevo amigo. Todo en cercanías del cortijo parecía desatendido y inculto; la huerta era miserable, y no se ba de ver en ella ningún cuidado para ha- productiva, ni la menor precaución para rla de las aguas estancadas que inundaban buena parte de su terreno; antes bien, ofrecía ausencia total de aquella elegancia que da aspecto tan risueño a las casas de labranza in- s. Conocíase, sin embargo, que estos defec- no provenían de pobreza ni de la desidia que acompañarla, sino de poco gusto y de ig- ncia. Por otra parte, un establo lleno de mosas vacas, un cuarto entero bien repuesto eche, requesones, manteca y quesos, diez bue- y dos buenas yuntas de caballos para las la- del campo, sin contar otros dos caballos montar; una muchedumbre de criados activos, riosos y al parecer contentos con su suer- en una palabra, cierto aire de abundancia que doquiera se veía, anunciaban el cortijo de un ador acomodado. La casa, situada sobre un do que dominaba el río, preservaba a sus antes, por su bien aireada posición, de las rosas influencias de las inmediaciones. A distancia estaba ya reunida toda la caterva os muchachos, unos correteando y otros ha- do una casita de barro alrededor del tronco una enorme encina, llamada el chaparro o la oscada de Charlies, en memoria de un anti- aventurero de este nombre de quien decía radición que había habitado en aquel sitio. e el cortijo y las dehesas había un pantano, ado en toda aquella tierra el *slack*, y que se que había servido antiguamente para la sa de una fortaleza de que ya no quedaba ún vestigio, pero que había sido la residencia del héroe de que acabamos de hacer mención. Procuró Brown entrar en conversación con los muchachos, pero "se le escaparon de entre las manos como azogue", atreviéndose sólo los dos mayores a pararse para mirarle cuando estuvieron ya muy lejos. Dirigió entonces sus pasos hacia el collado, al que llegó atravesando el pantano sobre unas piedras puestas de intento, pero por desgracia no tan anchas ni tan sólidamente afianzadas en el suelo como era de desear. Apenas empezaba a subir la cuesta cuando vió un hombre que bajaba por ella.

Pronto reconoció en aquel hombre a su bondadoso huésped, a pesar de que el *maud* (este es su nombre propio) o *plaid* (manta) gris de los pastores escoceses, reemplazaba su chaquetón de camino. Un gorro de piel de gato montés cubría más cómodamente su cabeza de lo que hubiera podido hacerlo un sombrero, a causa de las vendas que la ceñían. Al verle asomar entre la niebla matutina, Brown, que como buen militar estaba acostumbrado a juzgar de los hombres por su fuerza física, no pudo menos de admirar la estatura, recia complexión y paso firme de Dinmont; éste por su parte hacía interiormente el mismo cumplimiento a Brown, cuyas formas atléticas podía examinar a la sazón mejor de lo que hasta entonces lo había hecho. Después de haberse saludado recíprocamente, preguntó el capitán a su huésped si se resentía aún de su herida y si estaba con cuidado por sus resultas.

—Ya la había olvidado — dijo el animoso Dinmont —; pero ahora que estoy en ayunas y tengo el entendimiento claro, me ocurre que si vos y yo tuviéramos una buena estaca cada uno, no les volveríamos la espalda a media docena de aquellos tunos.

—¿Pero no hubierais obrado cuerdamente, amigo mío, en quedaros un par de horas más siquiera en cama después de haber recibido tales contusiones?

—¿Confusiones, decís, capitán? — replicó el rayano (habitante de la frontera), riéndose con desdén —; yo nunca he tenido confusiones en la cabeza. Un día me caí desde lo alto de la peña de Christenbury, y sin quedar confuso por eso, me levanté como si tal cosa, y me fuí por mi propio pie a buscar a mis perros que traían a mal traer a una zorra. No, no, yo no sé lo que es tener confusiones a menos que alguna vez se me vaya la mano al empinar el codo y…, eso es cosa que le sucede a cualquiera. Además, tenía que echar hoy un vistazo al ganado y cerciorarme por mí mismo de que todo va como Dios manda, porque como dice el refrán, el ojo del amo engorda al caballo; cuando yo falto, más piensan los mozos en hacer su santísima voluntad que en cumplir con su obligación. Y a propósito, acabo de encontrar ahí cerca a Tom Todshaw con algunos labradores de las cercanías que van a pasar la mañana cazando zorras; ¿queréis que nos agreguemos a ellos? Os quedaréis con Dumple y yo montaré la yegua.

—Pero temo tener que dejaros esta misma mañana, Mr. Dinmont.

—¡Dejarme! El diablo me lleve si me dejáis antes de quince días. No, no se encuentran todas las noches amigos como vos en los cerros de Bewcastle.

Brown no llevaba prisa en su viaje; capituló, pues, con su huésped y quedó decidido que pasaría una semana en Charlies-Hope.

De vuelta en el cortijo hallaron un abundante almuerzo que presidió Ailie, la cual cuando oyó la proyectada cacería, si bien no le dió entera aprobación, tampoco manifestó inquietud ni sorpresa.

—Tú siempre has de ser el mismo, un eterno busca-ruidos; nunca sentarás cabeza, hasta que un día te traigan a casa con los pies hacia adelante.

—Calla, calla, mujer — respondió Dandy —; ya sabes tú que después de todas mis calaveradas no valgo un ardite menos.

Esto diciendo instó a Brown a despachar pronto el almuerzo, porque empezando ya a deshelar, no había que perder tiempo para emprender temprano la batida.

Pusiéronse, pues, en camino, abriendo la marcha el labrador; pronto salieron de la vega y se hallaron en medio de unos cerros escarpados, pero sin precipicios; a uno y otro lado se veían hondas barrancas, por las cuales durante las lluvias e inundaciones del invierno, se precipitaban con ímpetu furiosos torrentes. Algunas densas nieblas, restos de las nubes matinales, flotaban todavía sobre las cimas de los riscos; una lluvia menuda había barrido la escarcha y formando cien caprichosos arroyuelos que recamaban la verdura como otros tantos hilos de plata. Dinmont llevaba su yegua al trote sin ningún recelo por las angostas veredas formadas en las ver-

LOS SOLTEROS SE LIBERAN



Han batido el "record" de tejido sin etapas. Estos hombres incansables, en su desmedido afán por alcanzar la livertad suprema en la tierra, que es la de no necesitar para nada la intervención de las mujeres en su vida privada, ni siquiera en invierno, han logrado la terminación de algo que ya puede merecer el nombre de "sweater". Se lo está probando una "técnica" en la cuestión, para que indique fallas y aconseje los últimos toques de perfeccionamiento. Quedan en la acción nada más que estos tres recalcitrantes luchadores, los tres solterones más empedernidos; los demás desertaron: entregaron las agujas y la lana a las mujeres. Veremos cuánto duran los que quedan.

tientes de los montes por las pisadas del ganado, hasta que divisaron a lo lejos otros hombres a pie y a caballo que se dirigían como ellos al punto de reunión señalado. No concebía Brown cómo se podían correr zorras en unos montes donde un caballo acostumbrado al llano no se hubiera atrevido a tomar el trote, pues separarse sólo palmo de vericueto trazado, hubiera sido suficiente para despeñarse caballo y caballero en un barranco y hacerse pedazos en las peñas. No disminuyó su admiración cuando llegó al sitio donde debía efectuarse la cacería.

Después de haber subido hasta bastante altura, halláronse en una meseta que dominaba un *glen* (barranca) muy largo, pero sumamente angosto; en él estaban reunidos los cazadores con un aparato que verdaderamente hubiera sorprendido a un miembro del *Pychely Hunt* (club de cazadores), porque, en efecto, siendo el objeto de la expedición más bien destruir una raza dañina que gozar del recreo de la caza, no podía la pobre zorra disputar su vida tanto tiempo como si la hubieran perseguido en el llano Su natural astucia, sin embargo, no menos que la naturaleza del terreno, le daban algunos recursos que no debía a la generosidad de los cazadores. La barranca estaba rodeada de peñones tajados y naturales tapias de tierra, hasta un arroyo que la cerraba por un lado y cuyas orillas estaban cubiertas de espinos y retamas. A lo largo de esta especie de valle se colocaron de trecho en trecho los cazadores a pie y a caballo, cada labrador tenía consigo por lo menos dos hermosos perros, de aquella raza de sabuesos tan estimada antiguamente en Escocia para la caza de montería, pero que ha degenerado mucho en la actualidad por haberse cruzado con otras castas. El montero, especie de guardabosques a quien se da un tanto por cada raposa que destruye, estaba ya en el fondo del barranco, atronado por los ladridos de media docena de perros que le acompañaban, bien amaestrados en aquel género de caza. Una multitud de zarceros, incluídas las tres generaciones de los pimientos y de las mostazas, aguardaban ya también en el campo bajo la custodia de un pastor; con ellas estaba de refuerzo un crecido número de podencos, de alanos, de perros de todas especies tamaños y colores ladrando en coro. Otros cazadores, apostados en lo alto de los riscos, tenían sus galgos atraillados, y estaban allí con el objeto de soltarlos contra la zorra, si intentaba ésta escaparse por las alturas.

El espectáculo, aunque poco halagüeño para un cazador de profesión, ofrecía no obstante el carácter más seductor y pintoresco. Los que ocupaban lo alto de los cerros, destacándose sobre el vaporoso firmamento, parecían moverse en los aires, y la impaciente jauría, ansiosa de tomar parte en la caza, no cesaba un punto en sus brincos y en sus ladridos, y tascaba las correas que le impedían ir a reunirse con los otros perros en el fondo de la barranca, donde no era la escena menos animada. El sol no había disipado aún la niebla enteramente; el viento la impelía en gruesos copos de una a otra parte, y ora se distinguían como al trasluz de una gasa los movimientos de los cazadores que perseguían su presa, ora se los veía clara y distintamente correr sin titubear por entre ásperas breñas, azuzando a los perros; algunos en lontananza parecían unos verdaderos pigmeos. Cuando los cubría de pronto una niebla muy densa, los gritos de los hombres, los relinchos de los caballos, los ladridos de los perros parecían salir de las entrañas de la tierra en aquella invisible cacería; cuando la zorra, acosada de uno a otro extremo de la barranca, la abandonaba por trepar a las cimas de los cerros, todos los que colocados en ellas seguían con la vista sus movimientos, soltaban al punto sus sabuesos que, más ágiles que la zorra y no inferiores a ella en arrojo y fuerza, pronto acababan a dentelladas con la rapaz alimaña.

De este modo, sin atención ninguna a las reglas ordinarias de esta especie de caza, pero con notoria satisfacción de todos los bípedos y cuadrúpedos que en ella tomaron parte ofensiva, perecieron cuatro zorras en aquella bien empleada mañana; el mismo Brown, a pesar de haber asistido a las regias batidas de la India y de haber cazado tigres, montado en un elefante con el nabab de Arcot, confesó que se había divertido infinito. Acabada la expedición, varios labradores de los que habían tomado parte en ella fueron convidados, con arreglo a las reglas de la hospitalidad establecidas en aquel país, a ir a comer a Charlies-Hope.

Al volver al cortijo, Brown se halló un buen rato al lado del montero, y le hizo algunas preguntas acerca del modo cómo ejercía su profesión; pero se conocía que aquel hombre procuraba evitar sus miradas y huir de su compañía y de su conversación, cosa que no supo Brown a qué atribuir. Era un mozo de buena estatura, bien plantado, moreno, muy vivo y que parecía muy a propósito para la activa profesión que ejercía; pero su semblante no anunciaba la franqueza y buen humor propios de un cazador; estaba como inquieto y caviloso, y procuraba evitar que le mirasen cara a cara. Después de algunas insignificantes observaciones sobre el resultado de la batida, dióle Brown una pequeña propina y fué a reunirse con su huésped, dirigiéndose todos juntos al cortijo, donde hallaron todo dispuesto para recibirlos, merced a los cuidados de Ailie; el establo y el corral suministraron la comida, y la buena voluntad suplió ampliamente lo que pudo faltar en punto a elegancia y finura.

CAPITULO XXVI

¡Acudieron los Elliot y los Armstrong, bizarra gente!

Trova de Juan Armstrong.

Sin detenernos a enumerar las ocupaciones de los dos días siguientes, que como se redujeron a los ordinarios pasatiempos campestres de cazar y montar a caballo, poco podrían interesar a nuestros lectores, nos limitaremos a mencionar una que es en cierto modo peculiar a Escocia y que puede llamarse la caza del salmón. Esta caza, en que se mata y coge el pescado con una pica o, por mejor decir, tridente llamado *waster* (arpón), está particularmente en uso en la embocadura del Esk y de los demás ríos de Escocia en que abunda el salmón. La caza se hace de noche y de día, pero más comúnmente de noche, pues entonces sube el pescado a flor de agua y fácilmente se le descubre al resplandor de las hachas que se llevan de intento, o de las hogueras que se encienden en unos hornillos con leña embreada. En la cacería de este género a que asistió Brown, algunos de los principales actores de ella, embarcados en un bote, ocupaban la parte del río inmediata a la presa de una aceña, mientras que los otros, esparcidos por la orilla, presentaban una imagen cabal de las antiguas bacanales, blandiendo sus arpones y sus teas, y acosando con los primeros a los salmones, que hacían todo lo posible por evitar sus tiros, unos huyendo despavoridos contra la corriente del río, otros escondiéndose entre las raíces de los árboles y las peñas de la orilla. Pero el más leve indicio bastaba para anunciar su presencia a los que estaban en el bote; el menor ruido, una mata que se movía, eran suficientes para indicar al diestro cazador el punto adonde debía lanzar su dardo.

Los que estaban acostumbrados a aquella pesca se divertían muchísimo con ella, pero Brown, que en su vida había manejado un arpón, pronto se aburrió de ver que sus tiros, en vez de dar en el salmón, daban siempre en las relucientes peñas de la orilla; ni podía menos tampoco de mirar con cierta compasión al pobre pescado, reluchando con las ansias de la muerte, revolcarse en el fondo del bote que bañaba con su sangre. Hizo, pues, que le dejasen en tierra, y habiéndose subido sobre un *heugh* o risco escarpado que se adelantaba un tanto sobre el río, pudo disfrutar mejor del espectáculo que tenía delante. Más de una vez se acordó de su amigo Dudley el artista, viendo los varios juegos de claroscuro que la luz de las hachas producía en la superficie del agua. Parecía a veces que una estrella lejana reflejaba en las ondas su vivo rayo, seme [illegible]
que envían los *Kelpies* o genios de las [illegible]
según las creencias tradicionales del país [illegible]
indicar las húmedas sepulturas de sus [illegible]
ora la luz más cercana y brillante ilumin [illegible]
vamente todos los objetos haciéndolos [illegible]
y comunicando un matiz rojizo a los árb [illegible]
las peñas y al campo circunvecino, hasta [illegible]
se convertía en un pálido crepúsculo al que [illegible]
día en breve una profunda oscuridad. [illegible]
daba la claridad sobre el barco, veíanse [illegible]
bien los pescadores, ora inmóviles espi [illegible]
presa, ora con el brazo levantado para [illegible]
arpón; y el encendido color de sus semb [illegible]
los vivos reflejos luminosos que hacían [illegible]
la lancha como si fuera de fuego, con [illegible]
aquella escena en un verdadero Pandemo [illegible]

Después de haberse entretenido un [illegible]
en observar aquellos varios efectos de luz [illegible]
bra, siguió Brown el curso del río para [illegible]
al cortijo, mirando al paso las demás [illegible]
que se ocupaban en la pesca desde la [illegible]
lo común se juntan tres pescadores, de [illegible]
les el uno tiene la tea y los otros dos [illegible]
pones. Habiendo visto en uno de aque [illegible]
pos un hombre que se afanaba inútilme [illegible]
sacar a tierra un enorme salmón que [illegible]
atravesar de parte a parte con su tride [illegible]
cóse Brown con objeto de ayudarle y [illegible]
aquella excelente presa; el que tenía la [illegible]
el montero cuyo cauteloso desvío le [illegible]
prendido bastante en otra ocasión, como [illegible]
dicho en el capítulo anterior.

—Venid aquí, caballero, venid aquí — [illegible]
ron los que lo vieron acercarse —; veni [illegible]
este salmón; ¡como un cerdo se resiste [illegible]
dito!

—¡Ten firme el arpón! ¡A tierra con [illegible]
ra recio, recio! ¡No tienes más fuerza [illegible]
gato! — Tales eran los gritos que dirig [illegible]
los presentes al pescador que se desvivía [illegible]
car a tierra el susodicho salmón, y que [illegible]
que luchar contra el empuje de la corr [illegible]
traria y la resistencia de un pescado [illegible]
no sabía cómo componerse para que [illegible]
escapara su presa. Habiendo Brown lleg [illegible]
tonces al pescador, cuya situación era [illegible]
más apurada:

—¡Eh!, arrimad la luz a este buen [illegible]
amigo montero — dijo a este último, [illegible]
diatamente lo reconoció por sus marcad [illegible]
nes y tez morena; pero apenas hubo [illegible]
montero la voz de Brown y visto que [illegible]
sa se acercaba, cuando en vez de arrimar [illegible]
la dejó caer en el río como por casualidad [illegible]

—¡El demonio es este Gabriel! — dijo [illegible]
dor viendo flotar sobre el agua la tea [illegible]
gada —; el mismo demonio es, Dios me [illegible]
¡Qué! ¡Imposible que yo pueda sacar este [illegible]
a oscuras! ¡En mi vida he visto otro [illegible]
grande!...

Metiéronse algunos en el río hasta [illegible]
na para ayudar al pobre pescador, sacar [illegible]
el salmón a la orilla, y entonces se vió [illegible]
bro que pesaba cerca de treinta libras.

La conducta del montero dió mucho [illegible]
pensar a Brown, puesto que no se ac [illegible]
haberle visto en su vida, ni podía conc [illegible]
qué motivo evitaba sus miradas. ¿Sería [illegible]
uno de los salteadores que le habían ata [illegible]
cos días antes? Esta hipótesis no era [illegible]
inverosímil, aunque no se apoyaba en [illegible]
observación relativa al porte y a la fiso [illegible]
aquel hombre; los tales salteadores llevab [illegible]
des sombreros de ala ancha calados hasta [illegible]
chaquetas largas de paño burdo, y ning [illegible]
ticularidad recordaba en sus trajes ni en [illegible]
chas que pudiese confirmarle en que fuese [illegible]
vamente el montero uno de ellos. Resolv [illegible]
por lo que pudiera acontecer, comunicar [illegible]
pechas a Dinmont, pero por muchas [illegible]
aguardó para hacerlo hasta la mañana [illegible]

Volvieron los pescadores cargados de [illegible]
co botín, pues no bajaron de ciento los [illegible]
nes muertos y cogidos sólo en aquella [illegible]
Los más abultados se reservaron para los [illegible]
dores ricos, y los demás fueron distribu [illegible]
tre los pastores, los mozos de los cor [illegible]

res de las cercanías y demás gente ínfima, o sustento principal durante el invierno se ce a la carne de este pescado, hecha cecina, más añadidura que cebollas y patatas. Obióseles además con una generosa distribu- de cerveza y de *whisky*, amén de dos o tres ones que se cocieron de intento en una olla que cenasen aquella noche. Siguió Brown huésped y a los numerosos amigos de éste cocina, donde se sirvió la cena en una mesa dilatada que bien hubieran podido reunirse rno de ella Juan Armstrong y toda su ale- cuadrilla; pronto resonaron por todas partes estrepitosas demostraciones de una franca ialidad, sazonadas con frecuentes chistes, as y carcajadas. Tendió Brown la vista en edor buscando entre tantos joviales rostros mbría catadura del montero, pero en vano; más que hizo, no pudo encontrarla.

ecidióse en fin a hacer recaer sobre él la ersación.

—Extraño lance le ha sucedido a uno de vos-, amigos míos — dijo a los pescadores —; pe- o sé a quién. Hablo del que dejó caer por lidad su tea en el río cuando uno de sus pañeros estaba echando los bofes por sacar orilla un enorme salmón.

—¿Por casualidad, eh? — respondió un pastor, era el mismo que había herido al pescado su arpón —; buena casualidad nos dé Dios. gar los *roughies* (antorcha de madera) do ya tenía yo cogido el salmón!... Tan estoy como de la luz que me alumbra de Gabriel lo hizo ex profeso, porque es hom- a quien le gusta poco ver que otro hace las mejor que él.

—Por supuesto — dijo otro —, y preciso es que muy avergonzado cuando no aparece por pues también es hombre Gabriel a quien stan los buenos bocados como a cualquier de vecino.

—¿Es de esta tierra? — preguntó Brown.

—No, señor, hace poco tiempo que vino, pero do un cazador; creo que ha de ser de hacia ndado de Dunfries.

—¿Y cómo se llama?

—Gabriel.

—¿Pero Gabriel de qué?

—Dios lo sabe: aquí no hacemos mucho caso los apellidos. Uno solo sirve para todo un

—Habéis de saber, caballero — dijo un anciano or, poniéndose en pie, y hablándole al oí- —, que todos los que estáis viendo se llaman strong o Elliot, y no salen de tres o cuatro lidos por este estilo; así es que para distin- se entre sí, los nobles y los labradores to- el nombre del sitio en que residen, como ejemplo Tom de Todshaw, Will de Flat, bie de Sorbietrees, y nuestro buen amo que presente, de Charlies-Hope. Luego la gen- e poco más o menos, o como si dijéramos los riores, son conocidos por algún apodo par- lar, como Christie el tonto, Deuke el joro-, o por el título de su profesión, como Ga- l de la zorra, o Gabriel el montero. Como hace mucho tiempo que anda por esta tierra, creo que nadie le conozca por otro nom-..., pero no es bien hecho murmurar de él detrás, y lo cierto es que nadie le gana a cazador, aunque no sea tan diestro como o de nosotros en la pesca del salmón.

Dinmont y varios de sus amigos pasaron a estancia a acabar la noche a su modo, de- o a los demás entregarse libremente a su iciosa algazara a fin de no tenerla a raya con presencia. Aquella noche, como todas las que Brown en Charlies-Hope, se dedicó a un ente recreo, y sobre todo a comer y beber incansables bríos. Acaso esto último hubie- degenerado en grave exceso a no mediar la rvención de algunas *buenas mujeres*, porque deseo de ver el resultado de la memorable de aquella noche había llevado a Charlies- pe a varias *mistress* (señoras) (título que te- allí una significación muy distinta de la que le da en la alta sociedad) de los vecinos cor- os. Siendo de opinión de que se llenaban las poncheras con sobrada frecuencia, y de que era muy de temer que acabase la parte masculina del concurso por olvidar su amable presencia, arremetieron valerosamente a los rebeldes bebedores, capitaneadas por la buena Ailie, y tanta maña se dieron, y tanto denuedo desplegaron, que puso Venus a Baco en completa derrota. Entraron en seguida en la estancia el gaitero y el primer violín de la comarca, y gran parte de la noche se pasó en danzar al son de su música.

Una caza de nutrias y otra de tejones hicieron pasar alegremente a los habitantes de Charlies-Hope los dos días siguientes. Espero que no desmerecerá nuestro viajero en la opinión del lector, por muy aficionado que sea a la caza, si le digo que en esta última batida, habiendo perdido una pata delantera el *pequeño* Pimiento, y habiendo estado la *joven* Mostaza a pique de perecer a las uñas de un tejón, pidió a Mr. Dinmont como particular merced que dejase en su madriguera sin molestarla más tiempo a la pobre alimaña que había hecho una defensa tan brillante. Semejante súplica, en boca de otro, hubiera dado risa al labrador, pero, hecha por Brown, limitóse a manifestar la sorpresa que le causaba, diciendo:

—¡Donosa ocurrencia! Mas una vez que os interesáis por él, ninguno de mis perros lo perseguirá mientras viva; pondré una señal en su madriguera, y le llamaré el tejón del capitán. Nada puedo rehusaros ahora ni nunca, pero cuidado que también es idea rara ir a interesarse por un tejón.

Después de una semana consagrada a las diversiones que ofrece el campo, después de haber recibido de su huésped todas las muestras de una franca amistad, despidióse Brown de las márgenes del Liddel y del hospitalario cortijo de Charlies-Hope. Los muchachos, de todos los cuales había llegado a ser grande amigo, pusieron el grito en el cielo cuando llegó el momento de la despedida, y tuvo que prometerles veinte veces que volvería pronto, y que les tocaría en su caramillo las canciones que más les gustaban, hasta que las aprendieran de memoria.

—Volved, capitán — dijo una chiquituela descaradilla —, y Jenny será vuestra mujer.

Jenny tenía ya once años, y fué a ocultar su rubor detrás del delantal de su madre.

—Volved, capitán — dijo otra chiquilla de seis años, adelantando sus redondos mofletes para que le diera un beso —,y os casaréis conmigo.

—Más duro corazón que el mío había de tener — dijo Brown entre sí —, quien se separase de tan honrada gente con indiferencia.

La *buena mujer*, con la modestia propia de una matrona, y con aquella afectuosa sencillez que caracterizaba a los antiguos tiempos, presentó también su mejilla al viajero.

—Poco valemos — le dijo —, pero si en algo creéis que podemos serviros...

—Acepto, amiga mía, acepto esa oferta, y permitidme que empiece a aprovecharla desde ahora; hacedme un *plaid* gris, en un todo igual al del *buen hombre*.

En el poco tiempo que había pasado en Charlies-Hope se había hecho a los hábitos y al lenguaje del país, y estaba seguro del placer que causaría aquella solicitud a mistress Dinmont.

—Preciso había de ser que no tuviéramos un copo de lana — dijo la buena mujer radiante de alegría — para que no os hiciese uno del que os aseguro que habéis de quedar contento. Mañana mismo hablaré a John Goodsire, tejedor de Castletown. ¡Dios sea con vos, capitán, y ojalá seáis tan feliz como deseáis que los demás lo sean! No a todos se les puede desear otro tanto.

No debo omitir que Brown dejó su fiel Wasp en Charlies-Hope, previendo que podría acaso incomodarle en algunas ocasiones en que tuviese necesidad de silencio y misterio. Quedó, por consiguiente, encomendado al cargo del hijo mayor, que prometió darle, como dice el antiguo cantar,

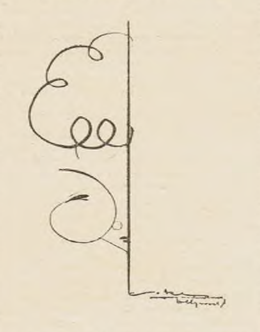
Un rinconcito en su mesa.
Un rinconcito en su cama,

y no permitir que tomase parte activa en ninguna de aquellas arriesgadas expediciones en que la raza de los Pimientos y de las Mostazas había sufrido mutilaciones harto frecuentes. Preparóse, pues, Brown para su viaje, después de haberse despedido por una temporada, con mutuo sentimiento, de su fiel compañero.

Todos los labradores de aquellas montañas son buenos jinetes, y suelen pasar días enteros a caballo. Acaso la vasta extensión de sus haciendas, que por lo general contienen inmensas dehesas, y la necesidad de recorrerlas con frecuencia para vigilar sus ganados y sus pastores, han introducido entre ellos esta costumbre; un celoso anticuario la haría ascender tal vez a los tiempos del *Canto del último Juglar*, en los que veinte mil jinetes se reunían alrededor de la hoguera que les servía de fanal. Sea de esto lo que fuese, el hecho que refiero es cierto, y de él resulta una preocupación que hace creer a los escoceses de los montes limítrofes que no se puede viajar a pie más que por economía o por necesidad; Dinmont insistió, pues, con grande empeño en que aceptase Brown un caballo. Quiso también acompañarlo hasta el primer pueblo del condado de Dumfries, adonde había dispuesto que le dirigiesen su maleta, y desde donde se proponía continuar su viaje a Woodbourne, residencia de Julia Mannering.

Durante el camino, hizo el capitán algunas preguntas a su compañero acerca de la reputación que tenía por aquella tierra el misterioso montero; pero nada pudo averiguar, pues había llegado a ella cuando andaba Dinmont recorriendo las vecinas ferias.

CARICATURA AUDAZ



Observe, el lector, estas caprichosas líneas. Primeramente no encontrará nada más que eso: líneas. Luego descubrirá que se trata de una cara de mujer. Y si tiene "buen ojo" verá en seguida que esta mujer es... una conocidísima actriz cinematográfica: Claudette Colbert.

Por lo menos, así la ve Coke, el famoso caricaturista chileno.

PINCELITO PURAPOSE — **Sol... al plato** — **Por DOMINGO VILLAFA**



—Trazas tiene de gran bellaco, y no juraré yo que no corre sangre gitana por sus venas, pero estoy seguro de que no es uno de los bribones que nos atacaron; si alguno de ellos se me pone delante, de mi cuenta corre darle su merecido. Aun cuando sea gitano, no todos ellos son tan malos como se cree, y si algún día vuelvo a ver a la vieja de marras, he de darle para comprar un par de libras de tabaco, porque, a decir verdad, creo que me dió un buen consejo.

Cuando llegó el momento de separarse, dió el labrador un largo y recio apretón de manos a su nuevo amigo, y le dijo en seguida:

—Capitán, la cosecha ha sido buena este año, las lanas se han vendido bien, y ya he pagado todos mis arriendos vencidos; cuando Ailie se haya hecho un vestido nuevo, y haya equipado a los chicos, no sabré qué hacerme del dinero que me quede. Quisiera ponerlo en manos seguras, lo que valdrá más que emplearlo en azúcar y en aguardiente. He oído decir que la gente de tropa puede a fuerza de dinero adquirir ascensos; si esto es cierto, y pueden haceros al caso unas doscientas o trescientas libras, un simple recibo vuestro sería para mí lo mismo que dinero contante, y tendríais todo el tiempo que quisierais tomaros para devolvérmelo. Os hablo con el corazón en la mano; me haríais un verdadero favor.

Brown, que conoció y apreció la suma delicadeza con que, deseando hacerle un servicio, aparentaba aquel excelente hombre pedirle uno a él, le dió las más expresivas gracias, y le aseguró que recurriría a su bolsa sin cortedad ni escrúpulo, si le obligaban a ello las circunstancias. En seguida se separaron con recíprocas y cordiales demostraciones de aprecio.

CAPITULO XXVII

Si tienes algunos sentimientos de caridad en el alma, vuélveme del otro lado y déjame morir en paz.
Juana Baillie.

Alquiló nuestro viajero, en el pueblo en que se separó de Dinmont, una silla de posta, en la que se proponía ir a Kippletringan, y tomar allí los informes necesarios acerca de la familia reunida en Woodbourne, antes de noticiar a miss Mannering su llegada a las cercanías. Tenía que andar veinte o treinta millas por un camino apenas trazado, y para colmo de desdicha empezaba a nevar copiosamente. El postillón, sin embargo, no opuso ninguna dificultad durante las primeras millas, y sólo cuando ya era enteramente de noche, declaró que no sabía dónde estaban. La nieve que continuaba cayendo cada vez con más brío, hacía tanto más apurada esta situación cuanto el viento la dirigía precisamente de cara al postillón, y como cubría además todo el campo circunvecino, de nada le servía el conocimiento que tenía del terreno, siéndole por consiguiente imposible dar con la carretera. Apeóse Brown del carruaje, y tendió la vista en derredor, esperando hallar alguna habitación donde pudiera informarse del camino de Kippletringan, pero no vió ninguna; fué, pues, preciso continuar andando a la buena ventura. Hallábanse rodeados de arboledas bastante considerables, lo que les hizo presumir que no debían estar lejos de alguna quinta o cortijo. En fin, después de haber andado como por espacio de una media hora, paróse el postillón protestando que sus caballos no querían dar un paso más; y asegurando al mismo tiempo que divisaba una luz entre los árboles, que sin duda provenían de alguna casa, y que iba a informarse del camino; echó, pues, pie a tierra, y, con un par de botas que nada hubieran tenido que envidiar en punto a consistencia y fortaleza al escudo de Ayax, emprendió su expedición; pero Brown, que no podía refrenar su impaciencia, viendo que precisamente había de tardar mucho en despachar, le hizo volver atrás, y le dijo que se quedase cuidando de la silla de posta y de los caballos, que él iría a preguntar el camino; mandato que obedeció el postillón con mucho gusto.

Dirigióse nuestro viajero hacia una cerca de zarzas, por entre la cual veía brillar la luz, a fin de hallar algún medio de llegar a ella; y en efecto, después de haberle dado vuelta por un buen rato, encontró un boquete que conducía a un sendero que cruzaba los bosques muy dilatados por toda aquella parte. Parecía probable que aquella senda le condujera a la luz, objeto de su expedición, mas pronto se la ocultaron los árboles; después de haberla seguido por un buen trecho, durante el cual era bastante ancha y se extendía en línea recta, halló que empezaba a formar varios recodos y que era ya poco menos que imposible reconocerla a pesar de la viva claridad que reflejaba la nieve. Dirigióse, no obstante, a tientas, abriéndose paso entre las malezas, hacia el punto donde le pareció que debía estar la luz, y anduvo de esta suerte sobre cosa de una milla sin verla ni hallar rastro de habitación alguna. No podía creer que lo que había visto fuese un fuego fatuo; había brillado demasiado tiempo y siempre en el mismo punto, para que esto fuese posible; antes bien, todo le movía a creer que salía de la choza de algún pastor. El terreno por donde andaba era ya sumamente escabroso y empezaba a formar una pendiente muy rápida, lo que unido a la circunstancia de cubrir la nieve todas sus escabrosidades, ocasionó dos o tres costaladas a nuestro viajero. Comenzó, pues, a pensar seriamente en volverse atrás, con tanto más motivo cuanto la nieve arreciaba por momentos.

Al hacer, esto no obstante, un postrer esfuerzo para avanzar algunos pasos más, tuvo la gran satisfacción de volver a ver de pronto la luz a corta distancia y a su mismo nivel, según lo que pudo juzgar; pero no tardó en conocer que se había hecho ilusión en esto último, y como continuaba siendo cada vez más rápido el declive del terreno, llegó a temer y aun le pareció indudable que habría algún barranco o alguna ancha zanja entre él y el objeto de sus investigaciones. Tomando, pues, las mayores precauciones que pudo, continuó bajando la cuesta hasta que llegó al fondo de un estrecho valle en el que serpeaba un arroyuelo, cuya corriente estaba en varios puntos cortada por la nieve amontonada en ellos. Vió a su alrededor las ruinas de una porción de cabañas, de las que aun quedaban en pie algunas tapias, notables por el contraste que formaba su color oscuro con la blanca superficie sobre la que se alzaban; todos los techos estaban desmoronados, y sus hacinados escombros cubiertos de nieve, ponían frecuentes y embarazosos estorbos a los pasos de nuestro viajero. No desmayó éste, sin embargo; antes bien, pasó el arroyuelo sobre el hielo, no sin algunos
después de haber estado varias veces
que de dar las narices en tierra, se halló
junto a la luz que buscaba.

Difícil era, a tan escasa claridad,
naturaleza del edificio que alumbraba,
recía ser una construcción cuadrangular,
considerable, y que podía haber servido
tiempos de vivienda a un labrador acom
de retiro y fortaleza a algún antiguo
dal; pero ya sólo se conservaba la
piso bajo, que servía de techo a aquella
habitación. Acercóse Brown al sitio
salía la luz, que era una especie de
tronera como las que se ven en los anti
tillos. Deseoso de reconocer el interior
edificio antes de penetrar en él, miró
la citada abertura, y una escena de
ofreció a su vista. Estaba encendida
tancia una gran lumbrada cuyo humo,
de haber inundado muy bien toda la
por un agujero abierto en la bóveda;
vistas a aquella escasa luz, tenían la
lida apariencia de unas ruinas de dos
glos por lo menos. Uno o dos toneles,
cajones rotos y varios fardos estaban
mados por el suelo con el mayor desor
la atención de Brown se fijó principal
las personas que ocupaban aquel sitio.
miserable jergón, cubierto sólo con
yacía tendido un hombre, cuyo rostro
pálido, que a no ser porque no tenía
dos que anuncian la muerte, Brown
tomado por un cadáver. Habiéndole
do con atención se convenció de que
la agonía, pues vió en él aquella lenta
josa respiración que precede a la diso
la vida. Una mujer embozada en una
estaba sentada sobre una piedra junto
miserable lecho; tenía los codos apoya
las rodillas y estaba vuelta de cara hacia
ribundo, de modo que la lámpara colo
trás de ella, no dejaba ver su rostro.
cuando en cuando la boca del moribundo
licor que podía ser un bebedizo o una
y cantaba en los intervalos, en voz baja
una cadencia monótona, una de aquellas
nes o más bien conjuros que recita el
jo de Escocia y del norte de Inglaterra
lecho de los moribundos, para facilitar
paración del alma y del cuerpo, atrib
la misma virtud que los católicos al
las campanas. Acompañaba la mujer
gubre armonía con un continuo tamb
cuerpo como si con él hubiera querido
compás. Las palabras que cantaba eran
corta diferencia:

> Sal, alma, del cuerpo doliente y
> Del muerto despojo de angustia y tortura:
> Sacude la pálida, yerta figura:
> Ya canta tu *requiem* el templo enlutado
>
> Las lívidas deja reliquias humanas:
> Sean tu esperanza los santos del cielo:
> La madre de Cristo sea tu consuelo,
> ¡Escucha!... ya tocan por ti las camp
>
> No temas las nieves del rígido invierno,
> El rudo granizo que tala y desgaja:
> Presto ha de cubrirte la blanca mortaja,
> Y el sueño en que duermas será sempi
>
> ¡Acaba! prepárate el cuerpo a dejar
> Que llega el momento y acaba el dolor;
> Exhala el postrero penoso estertor
> Que ya la mañana comienza a rayar.

Detúvose al llegar a este punto la cantora, interrumpida por dos o tres largos gemidos del moribundo, que parecían anunciar su postrera agonía.

—No, no — murmuró ella a media voz —, no puede morir con eso en el espíritu: eso lo detiene aún.

> El cielo no quiere sus puertas abrirle;
> Tampoco la tierra quiere recibirle.

—Es preciso que abra la puerta — añadió, y habiéndose puesto en pie, avanzó hacia ella, cuidando de no volver atrás la cabeza, y descorriendo dos cerrojos (porque a pesar del miserable estado del cuarto, la puerta estaba cuidadosamente cerrada), levantó el pestillo diciendo:

> Ábrete, pestillo: todo acabó ya:
> La muerte ha llegado, la vida se va.

Brown, que acababa de dejar su sitio, se halló precisamente cara a cara con ella cuando abrió la puerta. Retrocedió un paso la mujer, y Brown entró en la estancia, reconociendo al instante y con mucho gusto, a la misma gitana con quien se había encontrado en Bewcastle. También ella le reconoció inmediatamente, y su actitud, su semblante, la ansiedad que se manifestó en todo su continente, presentaron una viva imagen de la compasiva ogra de un antiguo cuento de brujas que aconsejó a un viajero que no entrase en la peligrosa morada de su marido. Las primeras palabras que dijo alargando la mano hacia él como si fuera a reconvenirlo, fueron:

—¿No os dije que no os metierais con ellos? ¿Cuidado con separar a los que pelean! ¡No habéis venido a sitio donde se muere de muerte natural!

Esto diciendo cogió la lámpara y dejó caer la luz perpendicularmente, de modo que le iluminase de lleno, sobre el rostro del moribundo, cuyas duras y desfiguradas facciones estaban a la sazón en las convulsiones de la muerte. Tenía la cabeza entrapajada con vendas empapadas en sangre, como lo estaban también en muchas partes el jergón y la manta; era evidente en efecto que aquel desdichado no moría de muerte natural. Retrocedió Brown a la vista de aquel horrible objeto, y volviéndose hacia la gitana, exclamó:

—¡Infeliz! ¿Quién ha dado muerte a ese hombre?

—Los que podían hacerlo — respondió Meg Merrilies sin apartar del moribundo sus ardientes miradas —. Tiene una larga y dolorosa agonía, pero ya llega a su término: bien sabía yo que no moriría cuando llegasteis. Esas son las últimas bascas... ¡Ya es cadáver!

Oyéronse en el mismo instante algunas voces a bastante distancia.

—Ya llegan — dijo a Brown —; muerto sois, aunque tengáis tantas vidas como pelos en la cabeza.

Tendió Brown la vista por el cuarto buscando algunas armas, pero no halló ninguna; precipitóse entonces hacia la puerta, con intención de internarse entre los árboles y de huir de un sitio que no podía menos de tener por una caverna de asesinos; pero Meg Merrilies le detuvo asiéndole por un brazo con varonil vigor.

—Aquí, aquí — le dijo —; quedaos y estáis salvado; pero veáis lo que veáis, oigáis lo que oigáis, siempre quieto y no resolléis siquiera.

Brown, en aquel trance desesperado, discurrió que lo único que podía hacer era abandonarse enteramente a aquella mujer y obedecerla a ciegas. Hízole tenderse sobre un montón de paja que había en un rincón de la estancia en el lado opuesto al que ocupaba el cadáver, cubrióle muy bien con ella, y extendió encima a mayor abundamiento dos o tres costales vacíos que había en el suelo. Deseando observar todo lo que iba a suceder, acomodóse Brown de modo que le quedase la vista expedita, y aguardó con viva zozobra el resultado de aquella aventura tan singular como desagradable. Entretanto la gitana acomodaba el cadáver estirando los miembros, extendiendo un brazo a cada lado y repitiendo entre dientes que era mejor hacerlo antes de que se enfriase. Puso sobre su pecho un plato de madera lleno de sal, colocó una vela de sebo a su cabecera, otra a sus pies, las encendió, y tornó a su canto esperando la llegada de los que poco antes se habían dejado oír.

Brown era soldado y valiente, pero era hombre al fin, y en aquel crítico momento vencieron en él tan completamente los temores al valor, que se sintió cubierto de un sudor frío pensando que corría peligro de ser descubierto por aquellos miserables, que precisamente debían formar una cuadrilla de asesinos, y que no tenía ni armas, ni más medio de defensa que sus súplicas, que serían para ellos un motivo de escarnio, y sus gritos para pedir auxilio, que no podrían llegar a oídos de nadie más que de los mismos bandoleros. Toda su esperanza, en fin, estaba cifrada en la compasión de un ser asociado a aquellos malvados, cuya infame profesión debía haberla hecho inaccesible a todo humano sentimiento; casi le sorprendió la especie de interés que le había mostrado. Desojábase por buscar en aquel atezado y rugoso semblante, cuando le iluminaba la luz de la lámpara, algunos de aquellos signos que anuncian la humanidad, la compasión y que rara vez abandonan a las mujeres, aun las más degradadas; pero nada de eso se veía en aquella mujer. El interés, cualquiera que fuese, que la determinaba a su favor, no provenía de ningún natural impulso de compasión, y no se debía ciertamente más que a una extraña y caprichosa asociación de sentimientos, a una inexplicable simpatía, acaso más bien a una semejanza imaginaria, como la que creyó hallar con su padre lady Macbeth en el rey dormido. Tales eran las reflexiones que rápidamente se sucedían en la mente de Brown, mientras consideraba desde su escondite aquel singular personaje; entretanto nadie llegaba y casi estaba tentado de volver a su primera intención de apelar a la fuga, maldiciendo la irresolución que le había hecho meterse en un sitio donde le era ésta tan imposible como la resistencia.

Meg Merrilies parecía estar también ojo alerta y muy sobre sí. Prestaba el oído al más leve rumor que venía del bosque, y cada vez que oía o creía oír alguno, volvía a acercarse al cadáver y siempre hallaba algo que componer o alterar en su posición.

—Es un hermoso cuerpo — decía a media voz — y merece que se le entierre con esmero.

No parecía en verdad sino que apacentaba con cierto placer, hijo de la costumbre, sus ojos en aquel repugnante espectáculo, considerándole con tan minucioso interés como hubiera podido hacerlo un profesor de anatomía. Tendió sobre el cadáver, a manera de mortaja, una larga capa negra que sacó de un rincón; dejó la cara expuesta al aire, después de haberle cerrado la boca y los ojos, y dispuso la capa y la manta de modo que no se vieran las manchas de sangre, a fin, dijo, de dar al cuerpo una apariencia más decente.

Entraron al fin en tropel, en la estancia, tres o cuatro hombres de traza verdaderamente patibularia.

—Meg, hija de Satanás, ¿por qué dejas la puerta abierta? — fué el primer saludo de uno de ellos.

—¿Y quién ha dicho nunca que debe dejarse la puerta cerrada cuando está un hombre agonizando? ¿Cómo había de salir su alma estando cerradas esas rejas y echados esos cerrojos?

—¿Luego ha muerto? — dijo uno de ellos acercándose al lecho para examinarle.

—Sí, sí, bien muerto está — repuso otro —, y aquí tenemos con qué brindar por que haga buen viaje.

Y esto diciendo, sacó de un rincón del cuarto un barril de aguardiente, mientras se apresuraba Meg a prepararles pipas y tabaco. De la actividad que desplegó en esta ocupación, sacó Brown buen agüero en favor de la fidelidad de aquella mujer; era evidente que quería emborrachar a aquellos desalmados, para evitar que pudiesen descubrirle si, por casualidad, alguno de ellos se acercaba al sitio donde estaba escondido.

CAPITULO XXVIII

> Nosotros no tenemos bienes ni hogar; no conocemos techos, ni puertas con cerrojos; entre nosotros no hay votos sagrados que sujeten el antojo de los malvados. La luz del mediodía nos sorprende en una caverna, y nuestro sol es la tenebrosa oscuridad de la noche. ¡Alerta, pues!, alerta, alegres compañeros; la tierra negrea y empieza a despuntar nuestro día. — *Juana Baillie.*

Ya entonces Brown podía contar sus enemigos: éstos eran cinco. Dos de ellos eran hombres muy fornidos, que parecían marineros o se habían disfrazado de tales; los otros tres eran un anciano y dos mozos, que por su tez morena y negros cabellos debían pertenecer a la tribu de Meg Merrilies. Pasábanse uno a otro la copa en que bebían el aguardiente.

—¡A su buen viaje! — dijo uno de los marineros empinando el codo —; ha pasado una gran borrasca, pero ya está en el puerto.

Omitiremos por respeto a nuestros lectores las repetidas imprecaciones con que aquellos dignos bandoleros sazonaban sus pláticas, conservando sólo lo que no pueda ofender los oídos castos.

—Ya no le importan ni el viento ni la tempestad — dijo otro —, pero más de una vez le han dado que hacer los vendavales del nordeste.

—Ayer hizo su último crucero — repuso el primero que había hablado — y ahora puede rezar por él la vieja Meg, para que tenga el viento próspero.

—No rezaré ni por él ni por ti, ni por ningún perro como vosotros — dijo Meg —; muy mudados están los tiempos desde que yo velaba los muertos. Los hombres eran hombres entonces, y sabían pelear en campo raso, a la luz del sol y no asesinar de noche. Los nobles tenían buen corazón y no hubieran negado el pan y la cama a una pobre gitana, no había uno solo de nosotros, desde el abuelo Juan Faa hasta el niño Christie que llevaba yo en brazos, capaz de quitarles ni una hilacha. Pero vosotros no seguís las buenas reglas antiguas, y no es extraño que

JACINTO PIESFELICES — *Una vaca en el camino* — **Por CAO**



os alcancen tantas veces los azotes y los cepos. No, no, ya no sois los mismos de antes; coméis el pan de un hombre honrado, os bebéis su cerveza, dormís en su cama, y en recompensa le saqueáis su hacienda y le cortáis la cabeza. Más sangre hay en vuestras manos, perros, que en las de un hombre que muere peleando a buena ley. Y por eso, ved cómo moriréis — añadió señalando el cadáver —; larga y cruel fué su agonía; mucho tiempo luchó con las garras de la muerte, porque no podía ni vivir ni morir; pero a vosotros, la mitad del condado os verá patalear en una horca.

La profecía de Meg Merrilies los hizo a todos reír a carcajada tendida.

—¿Y por qué has vuelto, vieja loca? — dijo uno de los gitanos —; ¿no podías quedarte donde estabas y decir la buenaventura en los arenales del Cumberland? Arrea, diablo con faldas, y ve a ver si ronda alguien por ahí fuera; ya no sirves más que para eso.

—¿No sirvo más que para eso, eh? — replicó la indignada matrona —; para algo más servía en la gran batalla entre los nuestros y los de Patricio Salmón, y si estas manos no te hubieran levantado del suelo, Juan Baillie hubiera dado buena cuenta de tus huesos, ¡pobre diablo!

Siguió a esta vigorosa réplica una carcajada a costa del héroe socorrido en la susodicha ocasión por nuestra amazona.

—Ea, ea, madre mía — dijo uno de los marineros —, eche un trago con nosotros y lo pasado, pasado.

Apuró Meg la copa que le ofrecían y, separándose de la conversación, fué a sentarse junto al sitio donde estaba escondido Brown, de modo que no hubiera sido posible acercarse a él sin obligarla a levantarse, y ninguno parecía dispuesto a molestarla, por el momento.

Sentáronse alrededor de la lumbre y se dispusieron a celebrar consejo, pero como hablaban en voz baja y en una especie de *germanía* ininteligible, sólo pudo comprender Brown a duras penas, que hacían contra alguno furiosas amenazas.

—Se le ajustarán las cuentas — dijo uno al oído del que estaba a su lado.

—En eso yo no me meto — respondió éste.

—¿Te has vuelto cobarde, Jack?

—No por cierto, no lo soy más que cualquiera de vosotros; pero me acuerdo que un lance semejante a ése acabó con el tráfico hará unos veinte años. ¿Has oído hablar del salto del aforador?

—Sí, sí, muchas veces le oí — dijo el otro indicando el cadáver con un movimiento de cabeza — contar esa aventura. ¡Cuidado si se destornillaba de risa explicando cómo le arrastró hasta la cima!

—Pues eso fué lo que tuvo suspendido el comercio tanto tiempo.

—¿Y por qué?

—¿Por qué? — repuso Jack —; la gente tuvo miedo y no quiso volver a comprarnos por el valor de un chelín.

—Pues a pesar de todo — dijo el otro — es preciso que nos venguemos de él, y si llegamos a encontrarle entre dos luces, no hay que tenerle compasión.

—Ya se ha dormido Meg — dijo uno que no había hablado hasta entonces —. La pobre vieja empieza a chochear, y si no tenemos el ojo sobre ella, algún día nos ha de delatar. Miedo tiene de su misma sombra la maldita bruja.

—No hay que temer — dijo el más anciano —; Meg es de buena casta y la última de quien yo desconfiaría, pero tiene sus extravagancias como cualquiera.

Continuó la conversación por algún tiempo, pero en términos de todo punto ininteligibles para Brown. Empleaban un dialecto oscuro que les era peculiar, sin que, ni de los términos de que se servían ni de los ademanes con que los acompañaban, pudiese inferirse el asunto de su conferencia. En fin, uno de ellos viendo a Meg bien dormida o fingiendo estarlo, dijo a uno de los mozos que fuese a buscar a Pedro el Negro (maleta, en *caló*) para empezar cuanto antes a destriparle. Salió el muchacho y volvió un momento después con una maleta que Brown reconoció al punto por ser la suya. Acordóse inmediatamente del desgraciado postillón que se había quedado solo con el carruaje, y temió que le hubiesen asesinado aquellos malvados. Esta horrible duda le hizo escuchar aún con mayor atención todo lo que decían mientras vaciaban la maleta y pasaban revista a toda su ropa, para ver si de ello podía sacar alguna conjetura sobre la suerte del pobre postillón; pero estaban los bandidos demasiado satisfechos con su presa y harto embebecidos en examinarla despacio, para entrar en pormenores acerca del modo cómo había caído en sus manos. Contenía la maleta algunas alhajas, un par de pistolas, una cartera en que había algunos papeles, dinero, etc., etc. En cualquiera otra ocasión no hubiera podido Brown llevar en paciencia la desvergüenza con que se repartían sus despojos, riéndose además del despojado; pero su situación era demasiado crítica para dejarle pensar en nada más que en los medios de conservar la vida.

Después de un suficiente escrutinio de la maleta, y de una equitativa distribución de su contenido, dedicáronse nuestros ladrones a la importante ocupación de menudear los tragos, en la que emplearon la mayor parte de la noche. Esperó Brown por algún tiempo que al fin acabarían por emborracharse completamente y que entonces le sería posible escaparse; pero su peligrosa profesión los obligaba a ser muy cautos en el beber, y supieron preservarse de la embriaguez. Cuatro de ellos se dispusieron a echarse a dormir, mientras el quinto se quedaba de centinela, en lo que a las dos horas fué relevado por otro, que pasadas sus dos horas de facción despertó a toda la cuadrilla, la cual, con indecible satisfacción de Brown, empezó a hacer sus preparativos de marcha, disponiéndose cada cual a llevarse los varios efectos que le habían cabido en suerte. Pero aun quedaba algo que hacer; dos de ellos, después de haber registrado por todas partes, no sin dar frecuentes sustos a Brown, cogieron un azadón y una pala, otro cargó con un hacha que estaba detrás de la paja sobre la que estaba tendido el cadáver, y armados con estos instrumentos salieron los tres de la estancia, en la que se quedaron de guarnición los otros dos, que eran justamente los dos vigorosos marineros.

Media hora después volvió uno de los tres que habían salido y dijo algunas palabras a sus compañeros; éstos entonces cogieron el cadáver que Meg había amortajado, como ya hemos dicho, se lo echaron a cuestas y salieron con él. Despertóse en el mismo instante la vieja sibila de su sueño verdadero o fingido, llegóse a la puerta como para cerciorarse de si en efecto se habían alejado los bandidos, y se acercó con la rapidez del pensamiento a Brown, diciéndole en voz baja, pero imperiosa, que la siguiese sin perder un momento, orden que obedeció nuestro héroe, como ya se deja suponer. Quiso llevarse a lo menos sus papeles, sus pistolas y el dinero, pero la vieja se opuso a ello con firmeza; y reflexionando que si se llevaba algo de lo que le pertenecía, las sospechas de los bandoleros recaerían naturalmente sobre aquella mujer, a quien, según todas las apariencias, iba a ser deudor de la vida, renunció inmediatamente a su intento, pero no pudo resistir a la tentación de coger al paso, sin que ella lo viese, un cuchillo de monte que había dejado caer sobre la paja uno de los ladrones. Dueño de aquella arma que escondió muy bien, respiró ya más libremente y se creyó casi fuera de peligro; el frío y la incómoda postura en que había estado toda la noche, habían embotado sus miembros, y a pesar de los calambres que le atormentaban, siguió no sin dificultad el veloz paso de la gitana, hasta que el aire libre y el ejercicio le volvieron toda su energía, restableciendo en su cuerpo la circulación de la sangre.

Avivaban algún tanto a la sazón la claridad
de una mañana de invierno los vivos [illegible]
de la nieve que la helada había con[illegible]
tersa como un espejo. Echó Brown una [illegible]
ojeada sobre todo lo que le rodeaba, a fin [illegible]
ponerse en estado de reconocer aquellos [illegible]
en caso de necesidad. La pequeña torre [illegible]
había pasado la noche y de la que, co[illegible]
hemos dicho, sólo se conservaba una [illegible]
estaba apoyada sobre una roca y dom[illegible]
riachuelo de que ya hemos hecho [illegible]
sólo era accesible por el lado del valle o [illegible]
ca por donde corría aquél. Impedían la [illegible]
a ella por los otros tres lados, precipicios [illegible]
fundos que Brown vió con terror que ha[illegible]
tado aquella noche casualmente más de [illegible]
de peligros; si hubiera querido dar la [illegible]
tera al edificio, como había sido su [illegible]
intención, infaliblemente se hubiera he[illegible]
dazos en un despeñadero. Era el valle [illegible]
trecho que los árboles de ambos lados [illegible]
ban en algunos puntos, formando con [illegible]
mas, cubiertas de nieve a la sazón, una [illegible]
de toldo de escarcha bajo el cual corría [illegible]
chuelo, en los sitios en que no estaba [illegible]
corriente. Poco más adelante se ensanch[illegible]
valle convirtiéndose en una pequeña [illegible]
donde estaban situadas, entre el río y los [illegible]
las ruinas del pueblecillo desierto que [illegible]
cruzado Brown la noche anterior. Sus [illegible]
bros ennegrecidos por la intemperie y [illegible]
tos de musgo le parecieron aún más ne[illegible]
el contraste que formaban con la nieve [illegible]
bía amontonado el viento alrededor de [illegible]

No pudo Brown echar más que una [illegible]
ojeada sobre aquella triste y desapac[illegible]
na; su conductora, después de haberse [illegible]
un momento, como para darle tiempo de [illegible]
facer su curiosidad, apretó el paso co[illegible]
ción hacia el valle. Observó no sin al[illegible]
confianza, que seguía el camino en el [illegible]
veían estampadas sobre la nieve las [illegible]
cientes de varios hombres, pues todo [illegible]
cerle creer que sin duda pertenecía[illegible]
bandoleros con quienes a pesar suyo [illegible]
sado la noche; pero un momento de [illegible]
bastó para desvanecer sus sospechas, [illegible]
era creíble que una mujer que podía [illegible]
entregado indefenso a aquellos misera[illegible]
do estaba reunida toda la cuadrilla, [illegible]
venderle entonces que se hallaban en [illegible]
raso, y cuando tenía tantas probabili[illegible]
escaparse y tantos medios de defende[illegible]
más, el arma que llevaba guardada en [illegible]
acababa de tranquilizarle; siguió, pues, [illegible]
guía con confianza y en silencio. Cr[illegible]
riachuelo o más bien arroyo, por el [illegible]
donde se conocía que le habían cr[illegible]
que los habían precedido en aquel [illegible]
cuyo rastro continuaba hasta un pun[illegible]
de nuevo se estrechaba el valle. Lleg[illegible]
hubieron a él, tomó la gitana una [illegible]
de escabrosidades que remataba en el [illegible]
que dominaba las ruinas; aunque la [illegible]
bría el camino y le hacía a veces [illegible]
resbaladizo, andaba Meg con paso fir[illegible]
guro como persona que conocía muy [illegible]
terreno. Llegó en fin a la cima del co[illegible]
un vericueto tan empinado que Brown, [illegible]
convencido de que por él había bajado [illegible]
pera, apenas podía comprender cómo [illegible]
había desnucado cien veces al bajarlo. [illegible]
ya allí una llanura como de unas dos [illegible]
ámbito, al fin de la cual se extendían [illegible]
y dilatados plantíos de árboles.

Siguió Meg conduciéndole por lo al[illegible]
cerros contiguos al valle, hasta que [illegible]
en la hondonada algunas voces confus[illegible]
ció entonces hacia un frondoso bosque [illegible]
veía a cierta distancia, y apenas hub[illegible]
gado a él:

—Seguid todo derecho — le dijo —, [illegible]
de esos árboles hallaréis el camino de [illegible]
tringan. No perdáis un momento, alej[illegible]
prisa; vuestra vida vale más que la [illegible]
muchos. Pero todo lo habéis perdido... [illegible]

Metió la mano en una enorme faltri[illegible]
la que sacó un bolsón gris.

—Muchos de vuestra familia han dado [illegible]

a Meg y a los suyos; bastante ha vivido Meg ra remuneraros en cierto modo — y dicho sto púsole la bolsa en las manos.

—Esta mujer ha perdido el seso — dijo Brown ntre sí —; pero no era el momento muy pro- cio para una explicación, pues continuaban éndose las voces en el fondo del valle, y no odía dudar que proviniesen de los bandidos.

—¿Cómo podré devolveros este dinero — le o — y pagaros el gran favor que me habéis echo?

—Tengo que pediros dos cosas — respondió sibila hablando muy bajo y muy de prisa —; una, que jamás habléis de lo que habéis visto noche, y la otra que no salgáis del conda- sin volverme a ver; que dejéis en las *Armas Gordon* las señas del sitio donde podré ve- , y que cuando os encontréis conmigo, sea la iglesia o en la plaza, en una boda o en entierro, un sábado o un domingo, comido ayuno, todo lo dejéis por seguirme al instante.

—De poco podrá aprovecharos eso, buena jer.

—Puede que a mí no me aproveche, pero a sí, y eso es lo que yo busco. No creáis que y loca, aunque tengo hartos motivos para rlo; no, no estoy loca, ni borracha, ni cho- ndo; sé muy bien lo que os pido y por qué lo pido. La voluntad de Dios os ha salvado muchos riesgos, y su voluntad es que yo de instrumento para reintegraros en los es de vuestros mayores. Empeñadme, pues, promesa que os pido y no olvidéis que me is debido la vida esta noche.

—Seguramente hay algo de extraordinario en mujer — dijo Brown entre sí, pero es más una especie de exaltación natural que una dadera locura —. Pues bien — añadió en voz —, una vez que os limitáis, buena an- , a pedirme un favor tan leve, os hago la mesa que me pedís; espero que de ese mo- se me ofrecerá ocasión de volveros vuestro ro con alguna usura. Sois ciertamente una edora como hay pocas, pero...

—¡Idos, idos! — exclamó alargando el bra- —; no volváis a acordaros de esa bolsa, que uestra; pero acordaos sí, de vuestra pro- y guardaos de seguirme, ni aun con la .

Dicho esto, volvió a tomar la senda del valle bajó la cuesta con rapidez haciendo rodar sus pisadas pedazos de nieve y gruesos mbanos.

A pesar de su prohibición, buscó Brown un desde donde poder verla sin ser visto, por- conocía cuán necesario le era andarse con a cautela; una peña que se alzaba en medio los árboles a la vera del valle, le sirvió de aya. Hincó una rodilla en tierra, y adelan- do la cabeza con mucho tiento, la vió reunir- en el fondo del valle con toda la cuadrilla de noche anterior, que entonces contaba dos o hombres más. Habían barrido la nieve al pie un cerro y abierto una huesa bastante pro- da, alrededor de la cual estaban todos en pie, nos dos que bajaban al fondo un bulto, en- lto en un lienzo por el estilo de una vela de co, que Brown infirió al instante que sería cadáver que había visto amortajar la noche rior. Quedaron inmóviles y silenciosos por cio de medio minuto, como si pensasen con r en la pérdida de su compañero; pero si s eran sus disposiciones, no estuvieron mu- tiempo bajo su influencia, pues pronto se paron todas las manos en rellenar con tierra sepultura, y Brown, viendo que no podían dar en despachar, calculó que lo mejor que día hacer era seguir los consejos de la gitana. ose, pues, en camino y sólo pensó en llegar nto antes a los plantíos de árboles que tenía nte.

Llegado que hubo a ellos, lo primero en que só fué en la bolsa que le había dado la gi- . Habíala aceptado sin titubear, aunque con na repugnancia, nacida de la especie de per- a quien se la debía; pero merced a ella, se libre de un grande apuro. Su dinero, a epción de algunos chelines que llevaba en el bolsillo, iba todo en la maleta, y de ésta, desgraciadamente, se hallaban en posesión los amigos de Meg. Necesitaba algún tiempo para escribir a su apoderado, o aun para dirigirse a su hospitalario amigo de Charlies-Hope, que con mucho gusto le hubiera prestado cuanto hubiera sido menester. Resolvió, pues, entretanto, recurrir a la bolsa de Meg, esperando tener en breve ocasión de devolvérsela con algo más.

—Precisamente contendrá una suma insignificante — dijo —, y bien creo además que la buena mujer no dejará de atrapar para desquitarse algunos de mis billetes de banco.

Haciendo estas reflexiones abrió la bolsa, persuadido que no hallaría en ella arriba de unas tres o cuatro guineas; pero, ¡cuál fué su sorpresa al ver, además de una gran cantidad de monedas de oro de diferentes valores y de varios países, y que podían ascender como a unas cien libras, una multitud de sortijas y otras joyas cuya importancia parecía mucho más considerable!

No menos atónito que confuso quedó Brown al ver en sus manos objetos cuyo valor aparente superaba al de cuanto poseía, y que según todas las probabilidades habían sido adquiridos por los mismos nefandos medios que habían puesto su maleta en poder de los bandidos. Su primer pensamiento fué informarse de la residencia del juez de paz más inmediato, hacerle una declaración de cuanto le había pasado y poner en sus manos el tesoro de que se hallaba depositario de un modo tan impensado; pero un momento de reflexión le hizo palpar los inconvenientes que resultarían de dar este paso. Primeramente hubiera sido faltar a la promesa que había hecho de no hablar palabra sobre los sucesos de aquella noche, y comprometer además la seguridad, acaso la vida de una mujer a quien era deudor de la suya propia, que le había entregado espontáneamente aquel tesoro, y cuya desgracia hubiera labrado un exceso de generosidad; era, pues, preciso renunciar absolutamente a esta idea.

Además, era extranjero, desconocido en aquel país; la pérdida de sus papeles le ponía hasta en la imposibilidad de darse a conocer por lo que realmente era ante el magistrado, acaso ignorante y estúpido, a quien podía dirigirse.

—Ya lo pensaré más despacio — dijo —; acaso se halle algún regimiento acantonado por estas cercanías, y en ese caso mi inteligencia en el servicio y mis relaciones con muchos oficiales del ejército no pueden menos de granjearme un crédito que ciertamente no obtendré de una autoridad civil; entonces puedo contar que el comandante de la fuerza me ayudará a arreglar las cosas de modo que no se siga ningún perjuicio a esa pobre anciana, que tan útil me ha sido en esta ocasión. Un magistrado civil se creería obligado a empezar por prenderla, y yo sería la causa de cuantas desgracias pudieran sobrevenir... No, no, aun cuando fuera el mismo diablo en persona, ella se ha portado bien conmigo, y yo igualmente me portaré bien con ella; quiero que disfrute el privilegio que dispensa un consejo de guerra, en que el pundonor militar modifica la estricta aplicación de la ley. Además, hemos de vernos en Kipple... Kipple-loup..., ya no me acuerdo cómo me dijo... y entonces le restituiré su bolsa y compóngase la justicia como pueda para echarle la garra.

Sacó Brown de la bolsa para atender a las primeras necesidades del momento cuatro guineas, proponiéndose no tardar en restituirlas a su sitio, y la cerró firmemente resuelto a no volverla a abrir más que para devolvérsela a la que se la había dado o para depositarla en poder de la justicia. Acordóse luego del cuchillo de monte que llevaba consigo, y su primera idea fué tirarle entre los árboles; pero el temor de encontrarse con alguno de aquellos salteadores fué causa de que no se resolviera a desprenderse de él. Aunque no llevaba uniforme, su traje tenía cierto aire militar y podía añadir a él un arma sin que pareciera extraño, con tanto más motivo cuanto la costumbre de llevar espadín los paisanos, aunque algo anticuado, no había caído bastante en desuso para que llamasen la atención los que perseveraban en conformarse a ella. Ciñóse, pues, el cuchillo a la cintura y prosiguió su marcha esperando hallar pronto el camino que le había indicado la gitana.

CAPITULO XXIX

Juntas pasamos nuestra alegre infancia,
Edad de la inocencia, y ni un momento,
Hermia, nada alteró nuestro contento
Ni de nuestro cariño la constancia.
En las mismas labores
Siempre nos ocupábamos:
Siempre las mismas flores
Una y otra bordábamos,
Y los mismos cantares entonábamos:
En nuestra dulce calma
Eramos en dos cuerpos sola un alma.

SHAKESPEARE. *El sueño de una noche de verano.*

JULIA MANNERING A MATILDE MARCHMONT.

"¿Cómo puedes decirme, querida Matilde, que mi amistad se entibia, que mi cariño fluctúa? ¿Es posible que yo olvide jamás a la amiga que ha elegido mi corazón, y en cuyo seno he depositado todos los sentimientos que la pobre Julia se atreve a confesarse a sí misma? No menos injusta eres suponiendo que prefiero la amistad de Lucy Bertrán a la tuya; lejos de ser así, te aseguro que no le he declarado nada de lo que tú sabes. Es seguramente muy buena muchacha, la quiero de veras, y aun confieso que las ocupaciones a que juntas nos dedicamos desde por la mañana hasta por la noche, me han dejado menos tiempo disponible del que exige una correspondencia tan regular como la nuestra; pero no posee ningún adorno de sociedad, y todo su saber se reduce al francés y al italiano, conocimientos que debe al monstruo más grotesco que

---

Los Humoristas

CUENTO BREVE

por MAX Y ALEX FISCHER

Para imprimirlo en el reverso de las tarjetas de invitación para los barnizajes de las exposiciones de pintura.

Dos horas habíamos deambulado ella y yo a través de innumerables salas.

Ibamos a franquear el umbral de una sala nueva.

Ella murmuró:

—Me parece que ya hemos estado aquí.

Experimenté una extrema sorpresa.

"¡Cómo! — pensé —. ¡En el curso de nuestro paseo ha mirado los cuadros! ¡Y los ha mirado lo suficiente para poder reconocerlos al primer golpe de vista!... ¡Y decir que yo la tenía por una criatura exquisita, desde luego, pero únicamente capaz de interesarse por frivolidades!... ¡Decir que yo suponía que solamente el deseo de asistir a una ceremonia tan parisiense la había decidido a acompañarme hoy aquí!... La verdad es que nos formamos de las mujeres una opinión bastante tonta, bastante errónea, bastante..."

Me sacó de mis reflexiones:

—¡Sí, sí, de verdad! Estoy completamente segura de que hemos pasado ya por esta sala. La reconozco, por haber visto hace poco en el mismo sitio... sentada en el sofá, a esa señora gorda que lleva el sombrero adornado con una pluma preciosa.



has visto en tu vida, y a quien mi padre ha tomado en cierto modo por su bibliotecario, para probar, según creo, el poco caso que hace de la opinión de las gentes. El coronel Mannering parece estar determinado a que nada de lo que le atañe o tiene siquiera alguna relación con él, pueda pasar por ridículo. Me acuerdo de que en la India se encontró no sé dónde un perrillo de mala muerte, que daba asco mirarle, patizambo, derrengado y con unas orejas que le arrastraban; púsoselo en la cabeza hacer de aquel hediondo bichejo su favorito, para dar en cara al gusto y a la opinión generales, y recuerdo que una de las pruebas que alegaba de lo que él llamaba la petulancia de Brown, era que había criticado las patas tuertas y las orejas largas de Bingo. A fé de quien soy, Matilde, que pienso que sólo en virtud del mismo principio ha podido formarse una alta idea del pedante más chabacano de la tierra. Le hace sentarse a su mesa, donde echa la bendición en el tono de voz en qué van gritando las pescaderas por las calles; embaúla tasajos de a libra como se echan paquetes en un carro, y como hombre que no sabe lo que engulle; dice la acción de gracias desentonando a cada palabra y vuela a sepultarse en un montón de enormes librotes, roídos por las ratas, ¡tan bonitos como él! Si tuviera alguno con quien reírme de semejante visión, no dejaría de divertirme bastante el pobrecillo; pero apenas empiezo a preparar mis baterías contra Mr. Sampson (que éste es el nombre del susodicho gracioso personaje), me mira Lucy con un aire tan compungido, que me quita las ganas de llevar adelante la burla, y mi padre frunce las cejas, se muerde los labios y acaba por dispararme algún sarcasmo que me deja cortada.

"No era mi ánimo, sin embargo, hablarte de este ente; sólo quería decirte que como posee muy a fondo las lenguas antiguas y las modernas, se ha encargado de enseñar estas últimas a Lucy, y creo que si mi nueva amiguita no sabe el griego y el latín, y aun el hebreo de añadidura, sólo debe agradecérselo a su propia sensatez que le ha hecho obstinarse en no aprenderlas. Realmente hablando, tiene un gran fondo de instrucción, y te aseguro que me admira el arte que posee de sacar provecho para su recreo de sólo repasar y coordinar en su cabeza todo lo que sabe. Juntas leemos todas las mañanas, y el italiano empieza a gustarme mucho más que cuando le estudiábamos con aquel majadero de Cipicipi, porque así debe escribirse su nombre, y no Chipichipi. Ya ves que empiezo a ser altamente erudita.

"Pero acaso quiero más a miss Bertrán a causa de los adornos que le faltan, que de los conocimientos que posee. No sabe ni una nota de música, y baila como una lugareña, es decir, que pone en ello sus cinco sentidos. En estas materias soy su maestra; ya le he dado algunas lecciones de arpa, que ella recibe con suma gratitud y docilidad, y le he enseñado varios pasos de los que nos hacía hacer monsieur La Pique; ya sabes que decía que yo daba grandes esperanzas de ser famosa bailarina.

"Por las noches nos lee papá algunas poesías en alta voz, y te aseguro que en tu vida has oído leer mejor los versos. No se parece a aquellos lectores amanerados que confundiendo la lectura con la declamación, arrugan la frente, ponen la mirada sañuda, manotean y gesticulan como si estuvieran representando en un teatro; nada de eso es del gusto de mi padre; sin tratar de llamar la atención por su tono y sus ademanes violentos, se limita a hacer notar con tino y mesura y con la mera inflexión de la voz los sentimientos expresados por el autor que lee. Lucy monta muy bien a caballo; su ejemplo me ha quitado el miedo, y a pesar del rigor de la estación, damos largos paseos por las mañanas, unas veces a caballo, otras a pie. De todo esto resulta, querida mía, que no me queda para escribirte tanto tiempo como antes.

"Además, puedo darte la excusa habitual de todos los perezosos, y es la que nada tengo que decirte. Mis temores, mis esperanzas, mis inquietudes con respecto a Brown, poco interés pueden ofrecerte, desde que sé que está en libertad y en cabal salud. Además, te confieso que me tiene muy resentida, y que me parece que ha andado muy poco galante en no hacerme saber sus intenciones y darme noticias suyas. Acaso había algo de imprudencia en nuestras entrevistas, pero no creo que le tocaba a Mr. Van Beest Brown ser el primero en advertirlo y desaparecer de resultas, de la noche a la mañana. Si tal es su opinión, le aseguro que en este punto estamos enteramente conformes, y que más de una vez he pensado que mi proceder no ha sido el más cuerdo posible en esta ocasión. Sin embargo, tengo tan buena opinión del pobre Brown, que no puedo menos de atribuir su silencio a algún motivo extraordinario, lo que realmente me tiene a veces con sumo cuidado.

"Pero volvamos a Lucy Bertrán. No, Matilde, no, jamás será tu rival en mi corazón; tus celos son infundados. Es una muchacha amable, sensible, cariñosa; pocas personas hay a quienes recurriría yo de mejor gana para hallar consuelos en los *males verdaderos* de la vida, pero esos males son muy raros, y yo necesito una amiga que sepa simpatizar con las penas del corazón. El cielo sabe y tú lo sabes también, Matilde, que esas penas necesitan los consuelos de la amistad, no menos que las pesadumbres que generalmente se consideran como de más importancia; esa especie de simpatía es desconocida, absolutamente desconocida a Lucy. Si me viese enferma con calentura, pasaría una noche y otra noche velando junto a mi cabecera y me prodigaría sus desvelos con infatigable paciencia, pero no se daría mejor traza que su extravagante preceptor para calmar la fiebre del corazón, como tantas veces lo ha hecho mi querida Matilde. Lo que me tiene también algo quejosa es que la picarilla tiene un amante y no me ha querido decir ni una palabra; estoy segura de que es correspondida, y este mutuo amor tiene sus puntas de interés novelesco. Miss Lucy, a lo que he oído decir, debería haber sido una heredera riquísima, pero la prodigalidad de su padre y el tejemaneje de un pícaro administrador en quien tenía puesta Mr. Bertrán toda su confianza, la han arruinado completamente. Uno de los jóvenes de más mérito de estas cercanías está perdido por ella; pero como sus padres son muy ricos y es hijo único, ella no se atreve a darle esperanzas, a causa de la desproporción de sus bienes.

"Mas, a pesar de esta prudencia, de esta modestia, de este desinterés, Lucy sabe muy bien lo que se hace. Estoy segura de que ama al joven Hazlewood, y tampoco dudo que él lograría hacérselo confesar, si tanto mi padre como ella misma quisieran darle pie para ello; pero es el caso que has de saber que el coronel Mannering tributa a miss Bertrán todas aquellas atenciones que pueden poner a un amante, en la situación de Hazlewood, en ocasión de declararse sin rodeos. Quiera Dios que no le suceda a mi buen papá lo que a todos los que se meten en negocios ajenos. Te aseguro que si yo fuera Hazlewood, sus cumplimientos, sus reverencias, sus obsequios, el cuidado que pone en ofrecerle la mano, en acompañarla a todas partes, me harían poquísima gracia, y más de una vez he sorprendido al joven enamorado sumergido en reflexiones que me parece que no tienen otro fundamento. ¡Figúrate qué papel tan desairado hará tu pobre Julia en tales ocasiones! Aquí, mi padre haciéndose el amable con mi amiguita; allí, Hazlewood ocupado en espiar una a una todas sus palabras, todas sus miradas, y yo entretanto no tengo la triste satisfacción de interesar a ningún ser humano, ni siquiera al exótico monstruo de quien ya te he hablado, que sentado en un rincón y con la boca abierta, tiene constantemente clavados los ojos en miss Bertrán con una admiración estúpida, mudo como una estatua.

"Todas estas cosas, unas veces me atacan los nervios y otras me hacen reír. La conducta de mi padre y de los tortolitos me iba ya estomagando tanto, estaba ya tan aburrida de ver que nadie hacía caso de mí como si tal Julia no existiera en el mundo, que al fin el otro día dirigí un ataque contra Hazlewood, ataque a que, sin incurrir en la nota de desatento, no podía [illegible] de responder. Poco a poco fué acalorándose [illegible] su defensa, y te aseguro, Matilde, que es [illegible] ven muy guapo; nunca me acuerdo de [illegible] haya parecido tan bien. Iba animándose [illegible] blemente la conversación, cuando llegó [illegible] oídos un melancólico suspiro de Lucy. [illegible] imaginarás que fuí demasiado generosa [illegible] var adelante mi victoria, y que no lo [illegible] hecho aún cuando no me hubiera [illegible] respeto a papá, que afortunadamente [illegible] estaba muy ocupado en aquel momento, [illegible] do a miss Lucy una larga descripción de [illegible] y costumbres de una raza de indios, [illegible] con dibujos que hacía al intento en los [illegible] para bordar que tenía Lucy sobre su [illegible] de modo que echó a perder los tres [illegible] llenándolos de pinturas de trajes orientales; [illegible] yo creo que tanto pensaba ella en aquel [illegible] en el vestido que se estaba bordando, [illegible] los turbantes y atavíos de los vasallos del [illegible] Mogol. Sin embargo, buena suerte tuve [illegible] no viera papá todo el mérito de mi pequeña [illegible]lución, porque es enemigo nato de todo [illegible] lleva visos de coquetería.

"Pero, por lo que hace a Hazlewood, [illegible] aquel semi imperceptible suspiro, y al [illegible] se arrepintió de las momentáneas atenciones [illegible] había prodigado a un objeto que está [illegible] de merecerlas como tu Julia; con una [illegible] de sentimiento y contricción verdaderamente [illegible]mica, se acercó a la mesita de labor de [illegible] Hízole una observación bastante insustancial [illegible] era menester nada menos que un oído [illegible] como el de un amante, o el de una obse[illegible] curiosa como yo, para distinguir en la [illegible] que le dió Lucy, un tono más frío y seco [illegible] acostumbrado. Mi héroe, que no se [illegible] su conciencia muy limpia, vió en ella una [illegible]vención, y quedó todo cabizbajo y mus[illegible] conocerás que era propio de mi generosidad [illegible]tervenir como mediadora. Tercié, pues, [illegible] conversación, en tono de persona desinte[illegible] verdadero tercero en discordia, que nada [illegible] ni oído; fuílos trayendo poquito a poco [illegible]guaje habitual entre ellos, y después de [illegible] servido por un buen rato de canal de co[illegible]ción por cuyo conducto se transmitían [illegible]mente sus pensamientos, puse entre [illegible] ajedrez, y mientras estaban engolfados [illegible] serio juego, me dispuse a dar guerra a papá, [illegible] todavía estaba emborronando papel con [illegible]jos de vestimentas orientales. Nuestros [illegible]res de ajedrez estaban sentados junto [illegible]menea, apoyados los codos en un costurero [illegible] el cual estaba el tablero; el coronel esta[illegible] a una mesa atestada de libros y papeles [illegible] extremo opuesto de la sala, que es muy [illegible] y muy a la antigua, de una forma irre[illegible] cuyas paredes están cubiertas de una [illegible] tan llena de ringorrangos, que el mismo [illegible]hizo dudo que pudiera explicar el asunto [illegible] representa. Descrita ya la disposición de [illegible]na, escucha la conversación que entablé [illegible] por lo bajo.

"—¿El ajedrez es un juego muy inte[illegible] papá?

"—Dicen que sí — respondió sin servirse [illegible]rarme con una mirada.

"—Así lo infiero, en efecto, a juzgar [illegible] atención que le prestan miss Lucy y Mr. [illegible]lewood.

"Levantó inmediatamente la cabeza, y [illegible]dió por un momento su dibujo; pero sin [illegible] vió cosa que pudiese excitar sus sospechas, [illegible] al instante volvió muy sosegado a bosque[illegible] pliegues del turbante de un Marata, cuando [illegible] interrumpí de nuevo en su trabajo diciéndo[illegible]

"—¿Qué edad tiene miss Bertrán, papá?

"—¿Qué sé yo? La tuya vendrá a tener.

"—¡Oh, eso no! Ya tendrá algo más. [illegible] estáis diciendo que sabe servir el té mucho [illegible]jor que yo, y hacer como se debe los [illegible] de la mesa... ¿Por qué no le dáis de [illegible] para siempre el derecho de presidir en ella?

"—Hija mía, o tú has perdido el poco [illegible] que tenías, o eres más maliciosa aun de [illegible] yo pensaba.

—Prefiero esa última interpretación, pues por [illegible] en el mundo quisiera pasar por loca.

—¿Y por qué hablas como si lo fueras?

—Pues vaya que no es tan disparatado lo que [illegible] diciendo. Todos convienen en que sois lo que [illegible]ma un buen mozo... (una sonrisa asomó a [illegible] labios), es decir... para vuestra edad... [illegible] frunció las cejas) que no es mucha. No [illegible] oculta que tengo poco juicio, y que una [illegible]pañera más grave y sesuda os haría más feliz.

Había en el modo con que me cogió la mano [illegible] mezcla de enojo y de cariño que me pare[illegible] una reconvención por haber bromeado con [illegible] sentimientos.

—Julia — me dijo —, mucho puedo perdonar [illegible] natural ligereza, porque la considero como [illegible] castigo a que me he hecho acreedor por no [illegible] cuidado bastante por mí mismo de tu edu[illegible]; hubieras debido, sin embargo, refrenarla [illegible] materia tan delicada. Si no respetas los [illegible]mientos que conserva tu padre a la memoria [illegible] madre que has perdido, no olvides a lo me[illegible] sagrados derechos del infortunio, y con[illegible] que si llegara a oídos de miss Bertrán una [illegible] de las palabras que acaban de escapársete en [illegible]omento de irreflexión, eso sólo bastaría pa[illegible]ligarla a renunciar a su asilo, y a exponerse [illegible] sin protección a todos los peligros de un [illegible] que tan despiadado y duro se ha mos[illegible] hasta ahora con ella.

¿Qué podía yo responder a esto, Matilde? [illegible]esé mi culpa, pedí perdón, e hice firme pro[illegible] de enmendarme, de modo que ya me tie[illegible] completamente neutral. En honor y en con[illegible], no puedo atormentar a la pobre Lucy, [illegible]ándole ni aun por pasatiempo su conquista [illegible] Hazlewood, a pesar de la poca confianza que [illegible] en mí la picarilla, ni tampoco me es posi[illegible] después de la grave reprimenda de mi pa[illegible]darle mate sobre una materia tan delicada. [illegible] que para pasar el tiempo, me entretengo [illegible]rtar muñequitos de papel, y en tirarlos a [illegible]mbre para ver cómo arden; dibujo con la [illegible] de una tarjeta chamuscada cabezas de [illegible] — y te aseguro que anoche hice un estu[illegible] Hyder-Alí —; toco cualquier cosilla en [illegible] desventurada arpa, cojo algún librote muy [illegible], empiezo por la última hoja, y continúo [illegible] ella hasta el principio. Lo cierto es que, a [illegible] verdad, el silencio de Brown empieza a [illegible] seriamente inquieta. Si hubiera tenido [illegible] alejarse, ciertamente me lo hubiera escrito a [illegible]nos. ¿Sería posible que mi padre hubiese [illegible]ceptado sus cartas? No lo creo: esto sería [illegible]rio a todos sus principios; estoy segura de [illegible] no abriría una carta que me llegara por la [illegible], aun cuando le fuera en ello nada menos [illegible] impedir que me escapase al alba por la ven[illegible]. ¡Jesús, y qué expresión se ha escapado de [illegible]uma! Casi me avergüenzo de haberla escri[illegible] aunque sea a ti, Matilde, que tan acostum[illegible] estás a mi humor. Ello es que, al fin y al [illegible] tampoco debo hacerme un gran mérito de [illegible]eder como Dios manda, pues no es Mr. Van [illegible] Brown un amante bastante fogoso para [illegible]trar al objeto de su amor a dar un paso [illegible]siderado — él deja todo el tiempo necesario [illegible] reflexionar; es justicia que debe hacérsele —. [illegible] quiero, sin embargo, condenarle sin oírle, ni [illegible] poner en duda la varonil firmeza de su [illegible]cter que tantas veces te he ponderado. Si [illegible] capaz de temor, de duda o de inconstancia, [illegible] merecería que me interesase por él.

—¿Y por qué, me dirás tal vez, cuando exijo [illegible] amante una constancia tan firme, tan in[illegible]ble, me doy por sentida de no ser el objeto [illegible]sivo de los obsequios de Hazlewood? Cien [illegible] al día me hago yo misma esta pregunta, y [illegible]nica respuesta que puedo darme es — ¡mira [illegible] simpleza! — que sin querer dar pie a una [illegible]lidad formal, a ninguna mujer le gusta [illegible] desatendida y desairada.

Te escribo todas estas tonterías, porque sé [illegible] te divierten, cosa que verdaderamente me [illegible]ira. Me acuerdo de cuando hacíamos a hur[illegible]llas algún viaje imaginario al país de las [illegible]ones, tú siempre admirabas lo grandioso, lo [illegible]me, lo romántico sobre todo: aventuras de libros de caballerías, enanos, gigantes, vestiglos; doncellas desvalidas, encantadores, espectros, apariciones, manos sangrientas, etc.; yo prefería las intrigas complicadas de la vida común, o cuando más, lo maravilloso producido por mediación de alguno de nuestros genios del Oriente o de una benéfica hada. A ti te gustaba lanzar la nave de tu vida sobre el inmenso océano con sus bonancibles calmas y sus deshechas borrascas, sus precipicios entreabiertos, y sus olas alzándose como montañas hasta el firmamento, mientras yo prefería que mi barquilla bogara en un lago o en una serena bahía, cuyas aguas rizase una bris bastanta rápida para hacer dificultosa la navegación, y exigir cierta destreza en el piloto, pero no para inspirar graves temores. Así es que, todo bien considerado, creo que tú hubieras debido tener por padre al mío, con el orgullo que le inspiran los timbres de su casa y su árbol genealógico, con su caballeresco pundonor, sus grandes talentos, sus profundos y misteriosos estudios. Hubieras debido también tener por amiga a Lucy Bertrán, cuyos antepasados, que fueron antiguamente señores de toda esta romántica comarca, tienen apellidos tan difíciles de retener en la memoria como de escribir con buena ortografía; y que nació, según he oído decir confusamente, en circunstancias raras e interesantes. Deberías, en fin, tener nuestra antigua residencia escocesa, rodeada de montañas, y nuestros solitarios paseos a las ruinas de sus inmediaciones, ruinas frecuentadas por duendes y fantasmas. Y yo debería tener, en cambio, los vergeles, los arroyuelos, los pabellones de verdura, y las flores conservadas en estufas de Pine-Park, con tu bondadosa, cachazuda e indulgente tía, con su capilla por la mañana, su siesta por la tarde, su whist por la noche, sin olvidar sus caballos tan gordos, y su cochero más gordo todavía. Te advierto, sin embargo, que no incluyo a Brown en este proyectado trueque; su buen humor, su animada conversación y franca galantería, se acomodan con mi plan de vida, así como su bizarra presencia, sus nobles facciones y esforzado aliento, vendrían como de molde al héroe de un libro de caballería. Pero una vez que no está en nuestra mano mudar de condición, lo mejor que cada cual puede hacer es contentarse con la que Dios le ha deparado".

CAPITULO XXX

No acepto vuestro desafío, y si seguís echándome esos fieros, atranco mi puerta. — ¿Véis esa ventana, Storm? — Nada me importa, sirviendo como sirvo al buen duque de Norfolk.

El alegre diablo de Edmonton.

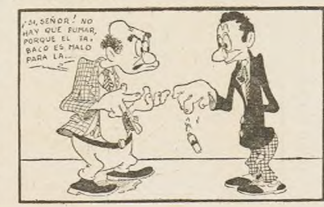
"Apenas restablecida, y después de algunos días de cama, tomo la pluma, querida Matilde, para comunicarte las inesperadas y dolorosas escenas de que acabamos de ser testigos, o por mejor decir, actores. ¡Ah, qué mal hacíamos en chancearnos con el porvenir! Terminaba mi última carta con algunas observaciones bastante insustanciales sobre tu afición a todo lo novelesco y extraordinario, y ¡cuán lejos estaba entonces de imaginarme que a los pocos días tendría que hacerte una relación de un suceso de esa clase! Pero va tanta diferencia de ser testigo de una escena de horror a leer su descripción, querida Matilde, como de estar suspendido al borde de un precipicio sin tener más apoyo que una rama medio tronchada, a admirar este mismo precipicio representado en un país de Salvator. Pero no anticipemos sobre lo que tengo que referirte.

"La primera parte de lo que voy a contarte es bastante terrible, aunque nada tiene que ver con los sentimientos de un corazón que tú conoces. Habrás de saber que toda esta tierra es singularmente favorable al comercio de contrabando, a que se dedican una porción de gentes perdidas de la isla vecina de Man. Estos contrabandistas son numerosos, resueltos, formidables, y varias veces han llenado de espanto a toda esta comarca, en particular siempre que se ha tratado de poner coto a su ilícito tráfico. Las autoridades, ya sea por timidez, ya acaso por motivos más vergonzosos, toleran sus demasías, y la impunidad sólo sirve para alentar a los culpados. Parecía natural que mi padre, extranjero en este país, y sin ninguna especie de autoridad oficial en él, nada tendría que ver con esta gente, pero es de creer que, como él mismo dice, ha nacido bajo la influencia del planeta Marte, y que en ninguna circunstancia de su vida ha de verse libre de los horrores de la guerra.

"A cosa de las once de la mañana del lunes pasado, se proponían mi padre y Hazlewood ir a dar una vuelta por las orillas de un pequeño lago situado como a unas tres millas de esta quinta, con el objeto de entretenerse en cazar patos silvestres, y mientras estábamos Lucy y yo disponiendo nuestro plan de estudios para todo el día, oímos de repente, no sin algún sobresalto, el galope de varios caballos que se acercaban y cuyos cascos hacían resonar fuertemente la tierra endurecida a la sazón con la helada. En el mismo instante vimos tres hombres a caballo, armados con escopetas, cada uno de los cuales llevaba de la diestra otro caballo cargado de bagajes, que sin seguir el camino real que hacía varios recodos, se metían por las tierras para llegar en línea recta a la puerta de la quinta. Se conocía que iban en gran desorden; corrían a todo escape y volvían la cabeza a cada momento como si temieran ser perseguidos. Salieron al zaguán mi padre y Hazlewood a preguntarles quiénes eran y qué se les ofrecía, a lo que respondieron que eran dependientes de la aduana, que acababan de apresar a distancia de unas tres millas aquellos caballos cargados de géneros de contrabando, pero que los contrabandistas habían ido a buscar refuerzo, los habían perseguido jurando que recobrarían sus mercancías y asesinarían a los que se las habían quitado; y en fin, que sabiendo que mi padre había servido en las tropas de S. M., se habían decidido a refugiarse en Woodbourne, persuadidos de que no negaría su protección a unos agentes del gobierno, expuestos a ser asesinados por haber cumplido su obligación.

"Mi padre, que en su exaltado pundonor militar recibiría con grande acatamiento a un perro que se le presentase en nombre del rey, dió or-

RAYOS X — Por HALEBLIAN Y DEL CASTILLO





den inmediatamente para que se metiesen las mercancías en la quinta, recibió en ella a los tres dependientes del resguardo, e hizo que se armasen todos los criados para defenderse en caso de necesidad. Ayudóle a todo Hazlewood con suma inteligencia, y hasta el mismo extravagante animalucho a quien llaman Sampson, salió de su gazapera y empuñó valerosamente una de aquellas escopetas que se usan para la caza de tigres en la India; pero inmediatamente se disparó por sí sola en manos del pobre hombre, y poco faltó para que matase de un tiro a uno de los aduaneros. Al oír aquella inesperada e involuntaria explosión de su arma, Dominus (que éste es el mote de nuestro mamarracho) exclamó: *¡Prodigioso!*, exclamación habitual en él cuando le admira mucho alguna cosa; pero no hubo poder humano que bastara a separarle de su escopeta descargada, por lo que fué indispensable dejársela, aunque con la precaución de no darle municiones. Yo entonces no supe nada de esto, aunque oí el tiro que me asustó mucho, pero pasada la escena que voy a referirte, nos describió Hazlewood a Lucy y a mí con todos sus pelos y señales el denodado comportamiento del buen Dominus.

"Luego que hubo puesto mi padre la quinta en estado de defensa y colocado toda su gente en las ventanas con sus escopetas, nos dijo que nos retirásemos... a la cocina, si no me engaño, Pero va tanta diferencia de ser testigo de una en el peligro. Aunque muerta de miedo, tengo bastante del carácter de mi padre para preferir presenciar un peligro que nos amenaza, a oír sus efectos sin poder juzgar de su naturaleza y de sus progresos. Pálida como una estatua de alabastro, Lucy tenía los ojos constantemente clavados en Hazlewood y permanecía sorda a las súplicas que le hacía para que se retirase; pero a decir verdad, a menos que derribasen las puertas, el riesgo que corríamos no era cosa mayor, pues las ventanas estaban casi atascadas con almohadones y — cosa que Dominus lamentó amargamente — con enormes volúmenes en folio que se bajaron de intento de la biblioteca, no dejando más huecos que los necesarios para hacer fuego sobre los sitiadores.

"Tomadas todas estas disposiciones, nos sentamos en el cuarto ya casi sepultado en tinieblas, quedándose los hombres cada cual en su puesto, sin hablar palabra y reflexionando sin duda acerca del peligro que se acercaba. Mi padre, que estaba en medio de aquella escena como en su elemento, pasaba de uno a otro, reiteraba sus órdenes y recomendaba sobre todo que nadie hiciese fuego hasta que él diese la voz de mando. Hazlewood, a quien la serenidad de mi padre inspiraba nuevo aliento, le servía de ayudante de campo, y desplegaba la mayor actividad en transmitir sus órdenes a todos los puntos y en cuidar de su pronta ejecución. Nuestras fuerzas, incluídos los aduaneros, ascendían a doce hombres.

"Interrumpió, en fin, el silencio de aquella penosa expectación un sonido que desde lejos parecía el rumor de una cascada, pero en el que luego que se hubo acercado, distinguimos el galope de un considerable número de caballos. Yo había tenido la precaución de acercarme a una tronera, desde donde podía ver llegar al ejército enemigo, compuesto de treinta hombres, o tal vez más, a caballo. ¡En tu vida has visto fachas más atroces! A pesar del rigor de la estación, casi todos iban en mangas de camisa, con pañuelos en la cabeza, y estaban perfectamente armados con carabinas, pistolas y cuchillos. Yo, hija de militar y acostumbrada desde mi infancia a la imagen de la guerra, en mi vida he temblado tanto como temblé al ver aquellos miserables y al oír las furiosas exclamaciones en que prorrumpieron al ver que les habían arrebatado su presa. Paráronse, sin embargo, a ver los preparativos que se habían hecho para recibirlos, y pareció como que celebraban consejo entre sí. Al fin, uno de la cuadrilla que tenía la cara toda tiznada con pólvora, sin duda para no ser conocido, se adelantó tremolando un pañuelo blanco en la punta del cañón de su carabina, y pidió hablar al coronel Mannering. Mi padre, con infinito terror mío, abrió la ventana junto a la cual se había colocado, y le preguntó qué era lo que se le ofrecía.

"—Queremos lo que es nuestro y nos ha sido robado por esos tiburones — respondió el emisario —: nuestro teniente me manda que os diga, que si nos lo vuelven bien a bien, por esta vez quedan perdonados esos ladronazos, pero que si no, pegamos fuego a la quinta y a nadie se da cuartel — amenaza que repitió muchas veces, sazonándola con una admirable variedad de imprecaciones y horribles juramentos.

"—¿Y quién es vuestro teniente? — le preguntó mi padre.

"—Aquel caballero del potrillo tordo — replicó el malsín —, aquel que lleva un pañuelo colorado en la cabeza.

"—¿Sí, eh? Pues decid de mi parte a aquel caballero y a todos los pillos que le acompañan, que si no se quitan de ahí al instante hago fuego sobre ellos sin más ceremonia.

Y dicho esto cerró la ventana y rompió la conferencia.

"Apenas se reunió el parlamentario con los suyos cuando prorrumpieron todos juntos en una espantosa gritería, o más bien en rabiosos alaridos, y dispararon sobre la quinta una descarga cerrada que hizo pedazos todos los vidrios de las ventanas; pero las precauciones tomadas de antemano impidieron que penetrara ninguna bala en las habitaciones; otras dos descargas hicieron sin que se les respondiese con un solo tiro. Vió entonces mi padre que algunos cogían hachas y azadones, probablemente con objeto de echar la puerta al suelo, y exclamó inmediatamente:

—¡Todos quietos, menos Hazlewood y yo! ¡Hazlewood, apuntad al embajador! ¡Fuego!

"El, por su parte, disparó sobre el hombre del caballo tordo, que cayó en el acto. No fué Hazlewood menos certero; el parlamentario que ya se había apeado de su caballo y se adelantaba con una palanca en la mano, cayó igualmente atravesado de un balazo. Estas dos bajas escarmentaron a los demás, que sin perder un momento empezaron a montar a caballo más que aprisa, sin que fuesen necesarios ya más que algunos tiros para ponerlos en dispersión, llevándose sus muertos o heridos, pero no pudimos cerciorarnos de si habían sufrido más pérdidas que las dos citadas. Un momento después de su retirada vimos llegar, con gran satisfacción mía, un destacamento de tropa, que estaba acantonado

OJO POR OJO... Por González Fossat

IRROMPIBLE

INARRUGABLE

en un pueblo inmediato y había acud
las primeras descargas. Un piquete
aduaneros y al convoy hasta la ciudad
ta, y lo restante de la tropa, accediendo
vas instancias, se quedó todo aquel
guiente en la quinta para ponerla a
los proyectos de venganza de aquel
rosos.

"Tal fué, querida Matilde, mi primer
debo dejar de añadir que se halló en
a corta distancia de la quinta y a
camino real, el cuerpo del hombre
tiznado la cara con pólvora, y que
habían podido llevarse sus compañeros
respiraba cuando le hallaron, pero
de media hora. Examinado el cadáver,
guó que era el de un montañés de estas
conocido generalmente por ladrón y
dista. Recibimos los parabienes de
milias establecidas en las inmediaciones
convinieron en que unos cuantos
mejantes bastarían para tener a raya
aquellos malhechores. Distribuyó mi
compensas proporcionadas a los criados
zó hasta las nubes el valor y serenidad
wood. Lucy y yo recibimos también
rrespondientes cumplidos por haber
fuego con firmeza y no haber
combatientes con gritos y lloriqueos.
hace a Dominus, mi padre le propuso
de sus respectivas cajas de rapé,
lo lisonjeó en extremo; no se cansaba
cuitado de ponderar la excelencia de
caja. —Así reluce — decía — como
verdadero oro de Ofir —. Difícilmente
de otro modo, pues era efectivamente
metal; pero sea dicho en honor del
estoy segura de que aun cuando
valor real, no la estimaría ni más ni
fuera, como él cree firmemente que
lor; todo su mérito para él se cifra en
vido a mi padre. ¡Ya ha tenido que
infeliz para poner en su sitio los libro
que nos sirvieron de parapeto, y sobre
reparar los desastres que padecieron
servicio en calidad de obras de
Nos ha traído algunas postas y balas
te la refriega fueron a sepultarse en
derados volúmenes y que él había
sumo cuidado. Si estuviera de humor
te haría una pintura cómica del
causaba la apatía con que escuchábamos
timera relación de las heridas y
habían sufrido santo Tomás de Aquino
nerable san Crisóstomo; pero no me
dispuesta a bromear, y aun me falta
otro suceso que me interesa algo más
te he contado. Me siento, sin embargo,
sada que dejo para mañana la
de mis aventuras. Voy a hacer echar
esta carta ahora mismo, para que no
cuidado por tu invariable amiga,

JULIA MA

CAPITULO XXXI

¿Qué mundo es éste?... ¿Conocéis esa her
SHAKESPEARE. *El rey*

JULIA MANNERING A MATILDE MARCH

"Voy, querida Matilde, a continuar
ción en el punto donde la interrumpí
"Por espacio de dos o tres días no
más que del sitio que habíamos sosten
sus consecuencias probables, por temor
les, propusimos a mi padre que nos lleva
sar una temporada a Edimburgo, o a lo
Dumfries, donde se reúne muy buena
pero este proyecto no obtuvo su
Respondiónos con mucha prudencia y
que no quería en manera ninguna aband
defensa de la quinta, por consideración
pietario, y aun por las pérdidas que a él
se le hubieran seguido de dar un paso
tempestivo; que debíamos suponerlo
tomar las medidas convenientes para la
de su familia; que quedándose quieto en
estaba seguro de que los contrabandistas

...do bien escarmentados en su primer visita, ... hacerle una segunda, en lugar de que, dan... muestras de temerlos, sólo se conseguiría ...r el peligro que se quería evitar. Tranquili... ...s por estos argumentos y por la indiferencia ... con que miraba el peligro que temíamos, ...zamos poco a poco a ir perdiendo el miedo ... continuar nuestros paseos habituales. Obser... ...sin embargo, que mi padre cuidaba mucho de ... por las noches se cerrasen muy bien todas ...puertas, y que recomendaba muy particu... ...ente a los criados que tuviesen sus armas ...ias y preparadas a fin de servirse de ellas en ... de necesidad.

...ero hace tres días nos ocurrió un lance que ...da algo más que pensar que el ataque de los ...rabandistas.

...a te he dicho que hay a corta distancia de ...odbourne un pequeño lago a cuyas orillas ...n ir mi padre y Hazlewood a cazar ánades ...stres. Ocurrióseme al almuerzo, días pasa... ...decir que tendría gusto en ir a ver correr ...es, pues ya supondrás que todo el lago está ...rto de hielo. Había nevado mucho la noche ...rior, pero la helada había endurecido la nie... ...creí que no habría inconveniente en que ...mos solas al lago, con tanto más motivo ...o el camino estaba lleno de gente que acu... ... él con el mismo objeto. Insistió Hazlewood ...acompañarnos, y nosotras por nuestra parte ...mos en que llevase su escopeta, por lo que ...ra suceder. Rióse no poco a la idea de ir ...avíos de cazador a ver patinar, pero por ...complacencia hizo que le siguiese un lacayo ...ndole la escopeta. Por lo que hace a mi pa... ...como no le gustan los sitios adonde sólo se ... ver gente, a menos que se trate de una re... ...o de ir a ver hacer el ejercicio, no quiso ... la partida.

...limos muy de mañana. Hacía un tiempo ...frío pero sumamente despejado, y pronto ...os la grata influencia que ejerce una at... ...era pura, así sobre el cuerpo como sobre el ... Nuestro paseo hasta el lago fué delicioso, ... pequeños estorbos que hallamos sólo con... ...eron a hacerlo aún más agradable. Por ...plo, una cuesta algo empinada que subir, ...zanja algo ancha que atravesar nos hacían ...pensable el auxilio de Hazlewood, lo que, ...n creo, en nada disminuía el placer que cau... ... a Lucy aquellos accidentales obstáculos.

...a escena sobre el lago era hermosísima. Li... ... uno de sus lados un escarpado risco, del ... penden, formando vistosos cambiantes a los ...s del sol, mil enormes carámbanos; al otro ... un pequeño pinar que ofrecía a la sazón el ...ístico cuadro de una multitud de árboles cu... ...tos de nieve. Sobre la superficie del lago se ... una infinidad de figuras en perpetuo movi... ...nto, unas cruzándole en línea recta con la ...dez de la golondrina, otras formando gra... ...sos giros con singular destreza. Numerosos ...ectadores agolpados a las orillas del lago, se ...paban en mirar a los vecinos de las dos parro... ...s rivales disputarse el premio de la agilidad ...re el hielo; honor a que daban la mayor im... ...tancia a juzgar por el vivo interés que se veía ...ado en todos los semblantes. Dimos una vuel... ...alrededor del lago, de bracero con Hazle... ...od, quien hablaba con suma bondad a los an... ...os y a los muchachos, y parecía verdadera... ...te muy querido de todos. En fin, pensamos ...retirarnos.

¿Por qué me paro en tan insulsos pormeno...? Bien sabe Dios que no es por la importancia ... les doy ahora, sino porque semejante al náu... ...o que, próximo a ahogarse, se agarra deses... ...do a las más débiles ramas de la orilla, así yo ...uro llegar lo más tarde posible a la parte las... ...sa de mi narración. Preciso es, sin embargo, ... llegue a ella, pues necesito a lo menos la com... ...ón de una amiga en esta imprevista desgracia. Volvíamos a la quinta por un caminillo que ...a el pinar de que ya te he hablado. Lucy ha... soltado el brazo de Hazlewood, que nunca ...pta sino en caso de absoluta necesidad; yo ...uía de bracero con él, Lucy iba detrás de nos... ...os, y el lacayo nos seguía como a unos dos o tres pasos. Tal era nuestra posición, cuando de repente, como si hubiera salido del fondo de la tierra, se nos puso Brwn delante al volver un recodo del sendero. Iba vestido con el mayor desaliño y parecía además sumamente agitado y sombrío; no pude, al verle, reprimir un grito de sorpresa y de terror. Atribuyó Hazlewood mi turbación a motivos muy diferentes de los que en realidad la causaban, y mientras Brown se acercaba con intención de hablarme, le mandó con mucha altanería que se hiciese atrás y no molestase con su presencia a la dama a quien tenía el honor de dar el brazo; a lo que Brown replicó en el mismo tono, que no necesitaba sus lecciones para saber cómo debía comportarse con aquella dama o con cualquiera otra. Yo creo que Hazlewood, llena la cabeza todavía de las amenazas de los contrabandistas y tomándole acaso por alguno de ellos, no oyó o no entendió bien su respuesta; cogió la escopeta de manos del lacayo, que ya se nos había reunido, y apuntando a Brown a boca de jarro, le dijo que si no se retiraba al instante le atravesaba de un balazo. Mis gritos, pues el terror no me permitía articular ni una sola palabra, no hicieron más que acelerar el desenlace de aquella fatal escena. Brown, viéndose amenazado, asió la punta del cañón de la escopeta, y forcejeó un momento con mi acompañante para quitársela, cuando salió de pronto el tiro e hirió en un hombro a Hazlewood, que cayó al instante bañado en su sangre. Nada más vi; una nube pasó por delante de mis ojos, y a no haberme sostenido Lucy hubiera caído desmayada; por ella supe luego que el desgraciado autor de aquella catástrofe permaneció algunos momentos contemplándonos a todos con ojos desencajados, hasta que habiendo acudido gente a los gritos de mi amiga, tomó otra vereda y se internó en el bosque, sin que se haya vuelto desde entonces a saber de su paradero. El lacayo no tuvo por conveniente detenerle, y las señas que dió de él a los que acudieron, los excitaron más bien a ejercer su humanidad socorriendo al herido, que a desplegar su valor persiguiendo a un hombre desesperado y, según la descripción del pobre lacayo, vigoroso como el que más y perfectamente armado.

"Hazlewood fué transportado inmediatamente a Woodbourne, por ser lo más cerca; aseguran que su herida no es de peligro, pero se conoce que el pobre sufre mucho. Por lo que hace a Brown, las consecuencias de esta aventura pueden ser más desastrosas para él. Ya antes era un objeto de aversión para mi padre, y ahora se halla expuesto al rigor de las leyes y a la venganza del padre de Hazlewood, que amenaza revolver cielo y tierra para descubrir al agresor de su hijo. ¿Cómo podrá sustraerse a la vengativa actividad de un padre? ¿Cómo, si es descubierto, evitará el rigor de las leyes que, según he oído, llegan hasta el punto de amenazar su vida? ¿Cómo hallar un medio para avisarle del peligro que corre? El mal disimulado dolor de Lucy, ocasionado por la herida de su amante, es para mí un nuevo origen de martirios; no parece sino que todo lo que me rodea se conjura contra mí para echarme en cara una indiscreción que a todos nos ha dado tanto que sentir.

"Dos días he estado realmente enferma, pero la seguridad de que Hazlewood va mucho mejor y de que no se ha podido descubrir al que lo ha herido, que se tiene por cierto sea uno de los contrabandistas, me ha reanimado mucho; dirigiéndose contra ellos, como es natural, todas las pesquisas, debe serle más fácil a Brown escaparse, y supongo que a esta hora ya estará fuera de peligro. Pero varias patrullas a pie y a caballo recorren todas estas cercanías, y cada noticia de las mil que a cada paso nos llegan y a cada instante se desmienten de que se ha prendido al reo o de que se ha descubierto quién es, me hace sufrir lo que no te puedes imaginar.

"Entretanto mi mayor consuelo es la generosa conducta de Hazlewood, quien persiste en declarar que, cualesquiera que fuesen las intenciones del hombre que le hirió cuando se acercó a nosotros, está íntimamente convencido de que el tiro salió por mera casualidad y sin que tuviese el desconocido intención de herirle. Por otra parte, el lacayo sostiene que la escopeta fué arrancada de manos de Hazlewood y dirigida adrede contra él, y Lucy asegura lo mismo. No los acuso de malas intenciones, pero de tal modo están sujetos a error los testimonios humanos, que por más que ellos digan, y por más sinceridad con que hablen, la verdad es que sólo una maldita casualidad hizo que se disparase el arma. Acaso lo más acertado sería declarar todo mi secreto a Hazlewood, pero es demasiado joven para confidente, y me resiste mucho, además, confesarle mis flaquezas. Ya una vez he estado a punto de confiárselo todo a Lucy, y, para irla preparando, empecé por preguntarle si se acordaba qué tal traza tenía el hombre con quien nos encontramos desgraciadamente; pero me hizo de él una descripción tan horrorosa, que me quitó las ganas y el valor de confesarle mi amor a semejante monstruo. Preciso es que miss Bertrán esté muy obcecada por la pasión, pues pocas figuras hay más interesantes que la del pobre Brown. Mucho tiempo hacía que no le había visto, y aunque como ya te he dicho, iba vestido con el mayor desaliño, y aunque su repentina aparición y la malhadada escena que siguió a ella, no eran muy a propósito para presentárnosle bajo un aspecto favorable, todavía no pude menos de admirar la gracia de su porte y la expresiva dignidad de sus facciones. ¿Volveré a verlo? ¿Quién puede responder a esta pregunta? Escríbeme con indulgencia, querida Matilde; ¿pero cuándo lo has hecho de otro modo? Sin embargo, te lo repito, escríbeme cuanto antes y no me riñas. No me hallo en situación de sacar partido de las reconvenciones, ni me encuentro capaz de responder a ellas con mi habitual buen humor. Siento los terrores de un niño que jugando inadvertido, pone en movimiento una máquina complicada, y al ver rechinar las cadenas y los cilindros en derredor suyo, está igualmente atónito de la terrible fuerza que su débil mano ha puesto en acción, como aterrado de las consecuencias a que le expone su imprudencia sin que le sea posible evitarlas.

"No debo omitir decirte que mi padre no puede estar conmigo más cariñoso y tierno; sólo atribuye a mi complexión nerviosa y al susto que he pasado la indisposición que me ha tenido en cama. Toda mi esperanza se cifra en que Brown habrá hallado medio de fugarse a Inglaterra a Irlanda o a la vecina isla de Man; en todo caso es menester que esté escondido y tenga paciencia hasta que Hazlewood se restablezca

"NO DIJO SUS ULTIMAS PALABRAS"

Felipe II, hijo de Carlos V, en los últimos instantes despidióse tiernamente de sus hijos, rezó un credo e hizo que le leyesen un pasaje del Evangelio, durante cuya lectura dióle tal congoja que todos le creyeron muerto; pero aun se reanimó y besó repetidas veces un crucifijo. Después, sin decir palabra y con sólo un ligero estremecimiento, dejó de existir.

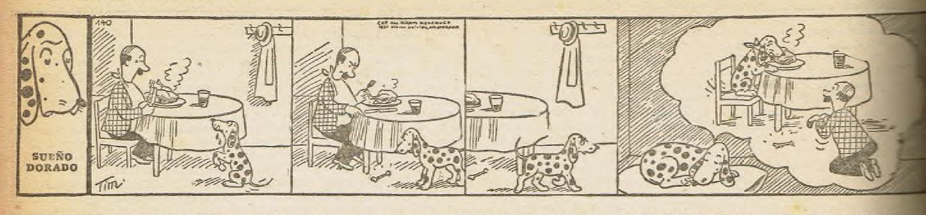
ESTADISTICA

En los Estados Unidos se fabricaron en el año 1905, 10.811.000.000 de cigarrillos de papel.



EL PERRO ASDRUBAL

por TI



enteramente de su herida. Por fortuna, las comunicaciones entre la Escocia y los países circunvecinos no están muy expeditas, y es de creer que si en efecto ha logrado fugarse, no será fácil que le cojan; si le prendieran ahora, estando el suceso tan reciente, las consecuencias podrían ser terribles para él. Entretanto procuro fortalecer mi espíritu con todos los argumentos que se me ocurren contra la posibilidad de tamaña desdicha. ¡Ah!, ¡cuán pronto han sucedido a aquella serena y monótona vida de que antes estaba dispuesta a quejarme, crueles dolores, verdaderas amarguras! Pero no quiero afligirte más tiempo con mis tristezas. Adiós, adiós, querida Matilde: tuya hasta la muerte.

JULIA MANNERING."

CAPITULO XXXII

No puede el hombre ver bien con los ojos las cosas de este mundo: mira con tus oídos. Observa cómo ese juez atormenta a ese infeliz reo con sus preguntas... Pero escucha: supón que mudan de sitio: dime ahora, ¿cuál es el juez, cuál es el reo?

SHAKESPEARE. *El rey Lear.*

Uno de los que más se desvivían por descubrir al que había herido al joven Carlos Hazlewood, era Gilberto Glossin, *esquire*, escribano en ***, y a la sazón laird de Ellangowan, y juez de paz en el condado de ***. Muchos motivos tenía para tomar tan a pecho aquel negocio; pero presumimos que nuestros lectores, que ya tienen alguna tintura del carácter del tal sujeto, no los atribuirán a su celoso y desinteresado amor a la justicia.

La verdad es que este respetable personaje no era tan feliz como había esperado que llegaría a serlo cuando sus manejos lo pusieron en posesión de los estados de su bienhechor. Cuando pensaba en su antiguo estado, no siempre se daba el parabién del éxito de sus amaños. Veía que estaba enteramente excluído del trato y sociedad de la nobleza de las cercanías, al nivel de la cual había esperado elevarse; no era admitido en sus reuniones particulares, y aun en las asambleas generales de que no podían echarle, todos le miraban de reojo, y no le hacían ningún caso, para lo cual, a decir verdad, por mucho entraban las preocupaciones y por mucho también la moral pública ultrajada. Los nobles del condado lo despreciaban a causa de la oscuridad de su nacimiento, y lo aborrecían por los viles medios de que se había valido para medrar. Todavía era peor visto entre los plebeyos; lejos de darle cuando le hablaban el título territorial de Ellangowan, ni aun siquiera le decían Mr. Glossin; siempre era para ellos Glossin a secas, y hasta tal punto ajaban su vanidad estos desaires, que en una ocasión se le vió dar media corona a un pobre que, pidiéndole limosna, le llamó tres veces seguidas Ellangowan. Esta general falta de consideración le era tanto más sensible, cuanto veía a Mr. Mac Morlan, aunque mucho menos rico que él, perfectamente recibido en todas partes, querido y respetado del rico como del pobre, y honrosamente ocupado en echar los cimientos de un caudal regular, pero sólido, con la aprobación y general aprecio de cuantos le conocían.

En medio del despecho que le causaba lo que él hubiera querido llamar las preocupaciones y necedades de sus paisanos, Glossin era harto diplomático para darse abiertamente por sentido. Conocía que su elevación estaba demasiado reciente para perdonada, y que los medios que se la habían proporcionado eran demasiado odiosos para olvidados; pero, con el tiempo, decía, todo se perdona, y todo se olvida. Dotado de toda la travesura propia de un hombre que ha hecho su fortuna estudiando las flaquezas humanas, y aprovechándose de ellas, todo se le volvía espiar alguna ocasión de hacerse útil a los mismos que le despreciaban. Los ricachos de la provincia suelen ser muy dados a pleitos sobre los lindes de sus tierras y otros mil motivos; el auxilio de un hombre versado en las leyes podía serle, pues, a alguno de ellos de mucho provecho el día menos pensado. Tenía suma confianza en sí mismo, y estaba muy persuadido de que a fuerza de maña y de paciencia llegaría a ser hombre de importancia entre sus vecinos.

El ataque de la quinta del coronel Mannering, seguido pocos días después de la circunstancia de haber sido herido el joven Hazlewood, le pareció una ocasión oportuna para probar de cuanta utilidad podía ser al país un magistrado activo (pues lo había sido algún tiempo en comisión), amaestrado en la práctica de los tribunales, y capaz más que nadie de poner coto a las demasías de los contrabandistas, gente a quien conocía muy a fondo, por haber estado más de una vez asociado con ellos, ya como partícipe de sus ilícitas ganancias, ya como simple consejero, si bien de poco tiempo a aquella parte había roto con ellos todas sus relaciones. Sabía que la vida de los grandes hombres de aquella calaña está expuesta a mil azares, y que sobradas razones los obligan a mudar con frecuencia de teatro para sus proezas; no tenía, pues, ningún fundamento para creer que sus diligencias podrían comprometer a sus antiguos amigos, quienes acaso tendrían medios de volverle la recíproca. La parte que había tomado en sus fechorías era circunstancia que, en su opinión, no debía impedirle consagrar a la utilidad pública, o más bien a sus propios intereses, la experiencia que le había proporcionado. Obtener el aprecio y la protección del coronel Mannering no era para él adquisición de poco momento, y granjearse el favor del anciano Hazlewood, que era, como suele decirse, el cacique del condado, era cosa más importante todavía. En fin, si llegaba a descubrir y hacer declarar a los culpados, tendría la satisfacción de prender, humillar y aun en cierto modo desacreditar a Mr. MacMorlan, a quien, como sustituto que era del sheriff de aquel condado, competía naturalmente el cuidado de practicar aquellas diligencias, y que ciertamente perdería mucho en la opinión pública si hacía otro voluntariamente, y obtenía además lo que él con todos los medios que la ley ponía a su disposición no había podido alcanzar.

Impulsado por tan poderosos motivos y muy relacionado con todos los agentes subalternos de la justicia, puso Glossin en juego todos los medios posibles para descubrir y prender a alguno de la cuadrilla que había atacado a Wo
y más particularmente al individuo
herido a Carlos Hazlewood. Prometió
recompensas, sugirió varios arbitrios, y
en fin, su influjo con todas las personas
nes sabía que protegían por debajo de
contrabando, haciéndoles presente que
lía sacrificar a uno o dos de aquellos
que exponerse a que se las acusase de
dad con ellos. Por algún tiempo, sin
todos sus esfuerzos fueron inútiles; el
bajo temía o favorecía demasiado a
trabandistas para hacer ninguna declara
pudiera perjudicarlos. Llegó, en fin, a
el digno magistrado que un sujeto, cuyas
correspondían exactamente a las del hom
había herido a Hazlewood, se había ho
la víspera del suceso en las *Armas de G*
en Kippletringan. Hecha esta importan
guación, pasó inmediatamente a dicho
con ánimo de sonsacar astutamente a
antigua conocida mistress Mac-Candlish.

Acaso se acordará el lector de que Mr.
sin no gozaba de gran concepto en el
aquella buena mujer. Hízole, pues, pasar
go plantón en la sala donde le introdujo
de la posada, y habiendo, en fin, baja
qué se le ofrecía, correspondió a sus ob
saludos con la mayor sequedad; después
cual se entabló el diálogo entre ellos de
nera siguiente:

—Hermosa mañana de invierno tenemos,
tress Mac-Candlish.

—Sí, señor, hace una mañana muy her

—Mistress Mac-Candlish, quisiera saber
jueces de paz comerán aquí, según su co
al salir de la sesión del lunes que viene.

—Lo creo; lo supongo: suelen hacerlo.

Y dicho esto hizo una ligera inclinación
beza para retirarse.

—Un momento, mistress Mac-Sandlish
de prisa estáis, amiga mía? Ahora mismo
pensando en que un Club que se reuniese
en la posada una vez al mes sería cosa que
dría convenir.

—Seguramente, siempre que fuera un
personas *respetables.*

—Por supuesto, por supuesto — dijo G
de hacendados y gente de arraigo en el c
Es proyecto que no echaré en saco roto.

La tosecilla con que recibió mistress
Candlish esta proposición no indicaba
proyecto en sí le pareciese mal, nada de
sólo que dudaba que pudiese lograrse bajo
picios del que lo proponía. En una pal
era una tos negativa, sino una tos incrédula
lo conoció Glossin en efecto, pero esta
suelto a no amostazarse por tan poca cosa.

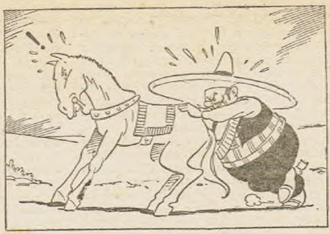
—¿Y qué tal, está muy concurrido el
¿Habrá muchos huéspedes, ¿eh?, ¿como
—No faltan, a Dios gracias, pero estoy
do falta en el mostrador y...

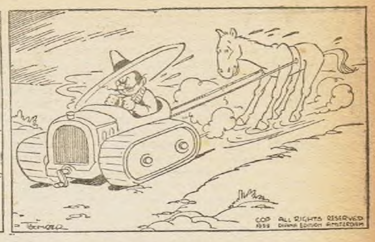
—¡Vaya, vaya! ¿No podéis sacrificar
mento a un antiguo parroquiano? Decidme,
acordáis de un joven alto, de buena figura
paró aquí una noche esta semana pasada?

—Verdaderamente que no puedo decir

PANCHO SOMBRERO LE GANO *por TOONDER*







Yo no reparo en si mis huéspedes tienen las ...s largas o cortas, con tal que les pueda pre... una cuenta muy larga.

—Y si no es larga, ¿vos sabéis alargarla, eh, ...ess Mac-Candlish? ¡Ja, ja, ja! Pero el joven ...ien os hablo tendría como unos seis pies de ...ra, llevaba una casaca gris, con botones de ...l, pelo castaño y sin polvos, ojos azules, na... ...rga; viajaba a pie, sin criado ni equipaje... ...fuerza debéis acordaros de haberle hospe... en la posada.

—Y os parece que no tengo yo otra cosa que ... más que examinar el pelo, los ojos y las ...es de los que paran en mi casa?

—En fin, mistress Mac-Candlish, no quiero ...ros que hay vehementes sospechas de que ...jero ha cometido un crimen, y que, a con... ...cia de esas sospechas, yo, en calidad de ...trado, os pido una declaración, y si no res... ...is de grado a mis preguntas amistosas, voy ...iros el juramento de decir la verdad.

—Todo eso será muy santo y muy bueno, pe... ...a verdad es que yo no entiendo de prestar ...entos; desde que mi difunto marido, Dios ...nga en su santa gloria, pasó a un sitio mejor ... Kippletringan, siempre me dirijo al reveren... Mr. Mac Grainer; y ya conoceréis que yo no ...o jurar sin haber hablado antes a nuestro ...tro, especialmente tratándose de un pobre ...cebo extranjero y sin amigos como...

—Acaso se desvanecerán vuestro escrúpulos, ... evitaré la molestia de ir a consultar a Mr. ...-Grainer, cuando os diga que el pajarraco ...uien os hablo es el que ha herido a vuestro ...uito Carlos Hazlewood.

—Dios mío! ¿Quién tal hubiera pensado de ...Si hubiera sido por deudas o por alguna qui... ... con los guardas o por cosa semejante, Nelly ...-Candlish se hubiera dejado arrancar la len... ... antes de soltar ni una palabra que pudiera ...rle daño. Pero si realmente es el que ha he... ... a Mr. Hazlewood... pero no lo creo, mís... Glossin; ya conozco vuestras mañas. No pue... creer semejante picardía de un joven que tie... ...n buena traza; sí, sí, ya estoy al cabo de la ...; nos conocemos, Mr. Glossin. Queréis son... ...me y... pues...

—Veo que no tenéis confianza en mí, mistress ...-Candlish; pero echad una ojeada sobre esa ...ración firmada por los que han visto come... el crimen, y juzgad vos misma si las señas del ...icida no son las mismas que las de vuestro ...sped.

Púsole en la mano un legajo de papeles que ... leyó con atención, quitándose de cuando en ...ndo las gafas para levantar los ojos al cielo ...ara enjugar una lágrima, pues quería al jo... ... Hazlewood como a las telas de su corazón.

—No quiero saber más, no quiero saber más ...ijo —, y una vez que es así, le abandono. ¡Pi...n! ¡descastado!.. ¡Válgame Dios, y qué ...cos se lleva uno en este mundo! En mi vida ... visto una cara más genial ni una traza más de ...bre de bien; yo hubiera dicho que el pobre... ... tenía alguna pesadumbre..., pero le abandono... ¡tunante! ¡Haber disparado un tiro a Carlos Hazlewood! ¡y delante de aquellas señoritas, pobres palomas sin hiel! Preguntadme, preguntadme todo lo que queráis, Mr. Glossin.

—Conque, según eso, ¿convenís en que un sujeto de esas señas se hospedó en vuestra posada la noche que precedió al día en que se cometió el crimen?

—Mucho que sí, y todos en casa estaban prendados de él; no había alma viviente que no le tuviese por un joven muy guapo y muy amable; y no sería ciertamente por el gasto que hizo, pues no pidió más que una chuleta de carnero, media pinta de cerveza y una o dos copas de vino. Yo lo convidé a tomar el té conmigo, pero no se lo puse en la cuenta, y por más señas que no quiso cenar, porque dijo que estaba rendido de haber caminado toda la noche. Pues, como si lo viera: vendría de hacer alguna de las suyas el muy bribón.

—¿Sabéis por ventura cómo se llama?

—Sí que lo sé — respondió la posadera tan impaciente de desembuchar cuanto sabía, como obstinada antes en no declarar —. Me dijo que se llamaba Brown, y añadió que seguramente vendría a preguntar por él una mujer ya entrada en años, una especie de gitana... Bien dice el refrán: "Dime con quién andas, y te diré quién eres..." ¿Habráse visto hombre más malvado? Pues como iba diciendo, cuando se fué por la mañana, pagó su cuenta religiosamente y aun dejó una pequeña gratificación para la muchacha, porque habéis de saber que Grizy no tiene más salario ni más renta que lo que le quieren dar los huéspedes, pues yo no le paso más que dos pares de zapatos al año y algún regalejo que siempre le hago por pascuas, porque al fin y al cabo...

Juzgó ya Glossin necesario interrumpir a la buena posadera, que se iba separando demasiado de la cuestión.

—Al grano, al grano, amiga mía — le dijo con afectada blandura.

—Pues, señor, luego que hubo pagado su cuenta, me dijo: "Si viene una mujer de tales y tales señas a preguntar por Mr. Brown, le diréis que he ido a ver correr patines al lago Creeran, y que volveré para la hora de comer", pero no volvió, aunque aquí le aguardábamos tan firmemente persuadidos todos de que vendría, que yo misma le aderecé unos pollos con salsa, cosa que no hago todos los días, ni para todo yente y viniente, Mr. Glossin. Pero en mi vida hubiera imaginado la picardía que iba a hacer... ¡Disparar un tiro a Carlos Hazlewood, a un inocente cordero!...

Mr. Glossin, después de haber, como astuto inquisidor, dejado que exhalara la buena mujer su sorpresa y su indignación, le preguntó si el presunto reo había dejado en la posada algunos efectos o algunos papeles.

—Sí, ha dejado; un lío tengo ahí suyo, no muy abultado, y también me dió algún dinero para que le hiciese hacer media docena de camisas con vuelos, y por cierto que ya las tiene entre manos Peg Pasley; ¡le servirán para ir a Lawn-Market (plaza donde se ajusticia a los criminales) al grandísimo pillastrón!

Mr. Glossin pidió ver el lío, pero esta proposición no hubo de acomodar mucho a la posadera. —No era su ánimo — dijo —, entorpecer las diligencias judiciales; pero cuando le confiaban algún objeto, se consideraba responsable de él. Por lo demás, no tendría inconveniente en llamar, al diácono Bearcliff, y si Mr. Glossin quería hacer en su presencia un inventario de lo que contenía el paquete y darle un recibo.., o bien, lo que creía aún mejor, poner los sellos a todo y depositarlo en manos del diácono, le parecía que era todo lo que se podía exigir de ella.

—No se dirá — añadió — que no me pongo en la razón.

Viendo que nada podía vencer la desconfianza y natural sagacidad de mistress Mac-Candlish, envió Glossin a llamar al diácono Bearcliff para hablarle respecto al malvado que había herido a Carlos Hazlewood, éstas fueron sus mismas expresiones. Sorprendido por este alarmante llamamiento, llegó el diácono al minuto con la peluca puesta al revés, lo que provenía de la precipitación con que, a imitación del juez de paz, la había sustituido al gorro blanco que cubría ordinariamente su cabeza cuando esperaba en su tienda a los compradores. Sacó entonces mistress Mac-Candlish el lío que le había dejado Brown, en el cual se halló la bolsa de la gitana. Al ver los preciosos objetos que contenía, congratulóse interiormente mistress Mac-Candlish de las precauciones que había tomado antes de entregársela a Glossin, mientras que éste, con muestras de desinteresado candor, fué el primero en proponer que se hiciese un escrupuloso

REFRAN ESPAÑOL

En la mucha necesidad, dice el amigo la verdad.

PLANTA PARA BOTAS

En Australia se cría una especie de malva que se usa muy a menudo para limpiar el calzado. El jugo de ocho flores da bastante líquido para lustrar perfectamente un par de botas.



inventario de todo el contenido de la bolsa y se confiase su depósito al diácono, hasta que llegase el momento de presentarla al tribunal. No quería en manera ninguna, hizo observar, constituirse personalmente responsable de objetos que parecían de tan crecido valor, y que sin duda habían sido adquiridos por los más ilícitos medios.

Examinó entonces el papel en que estaba envuelta la bolsa, y que se reducía a un sobre roto de una carta en que sólo se leía a *V. Brown, esquire*. La posadera, a quien la vista de toda aquella profusión de alhajas y de monedas de oro confirmaba en las sospechas que había procurado inspirarle Glossin y en la resolución de contribuir con todo ahinco al descubrimiento del reo, le informó que su postillón y el mozo de la caballeriza habían visto al extranjero en cuestión junto al lago el día en que fué herido el joven Hazlewood.

Envióse un recado para que compareciese al instante el antiguo conocido de nuestros lectores, Jack Jabos, quien confesó francamente que había visto y hablado aquella mañana en el lago Creeran al forastero que se había hospedado la noche antes en las *Armas de Gordon*.

—¿Y qué giro tomó el forastero? — preguntó Glossin.

—¿Qué giro? No tomamos giro ninguno; derecho nos fuimos por el hielo...

—¿Pero de qué hablabais?

—¿De qué? De nada; me hacía preguntas como hubiera podido hacerlas cualquiera otro forastero — respondió el postillón, poseído al parecer del espíritu de cautelosa desconfianza a que poco antes había renunciado su ama.

—¿Y qué preguntas eran ésas?

—Me preguntaba los nombres de los que patinaban mejor, y de las señoras que los estaban mirando.

—¿Y quiénes eran esas señoras? ¿Qué os preguntó acerca de ellas?

—¿Quiénes eran aquellas señoras? Eran miss Julia Mannering... y miss Lucy Bertrán, a quien conocéis muy bien, Mr. Glossin — añadió Jabos con socarronería —. Iban paseándose sobre el hielo con Mr. Carlos Hazlewood.

—¿Y qué le dijisteis de esas señoras?

—¿Qué le dije? Que la una era miss Lucy Bertrán de Ellangowan, que debía haber sido una de las más ricas herederas del condado, y la otra miss Julia Mannering, que iba a casarse con el joven lord Hazlewood, a quien daba el brazo... En fin, decíamos lo que dice todo el mundo; es un sujeto muy guapo.

—¿Y qué os respondía?

—¿Qué me respondía? Nada en sustancia... Las miraba mucho, y me preguntó si estaba seguro de que miss Mannering iba a casarse con Mr. Hazlewood. Yo le respondí que era positivo y que nadie podía saberlo mejor que yo, porque mi prima tercera Juana Clavers (también es algo parienta vuestra, Mr. Glossin, bien conocéis a Juana, ¿eh?, que cose para el ama de llaves de Woodbourne, me ha dicho cien veces que es cosa que no admite duda.

—¿Y qué dijo a todo eso el forastero?

—¿Qué dijo? — repitió Jabos que parecía haberse constituido en un eco de Mr. Glossin —, no dijo nada; las siguió mirando pasearse por el lago con unos ojos que parecía que se las quería tragar, y no volvió a decir esta boca es mía, aunque precisamente entonces estaban corriendo los más diestros patinadores que vimos en toda la mañana. Luego tomó la senda que va a parar al bosque de Woodbourne y no le volví a ver.

—¡Jesús, Dios mío! — exclamó mistress Mac-Candlish —, ¡y qué desalmado debe de ser ese picarón para ir a matar al pobre muchacho a la vista de su novia!

—¡Oh, mistress Mac-Candlish! — dijo Glossin —, muchos casos semejantes se han visto en este mundo. Seguramente quería vengarse; y cuanto más cruel, tanto más dulce es la venganza para el malvado.

—¡Dios nos ampare! — dijo el diácono Bearcliff —; pobres criaturas somos cuando su gracia nos abandona. ¿Cómo pudo olvidar ese hombre que dice la Escritura: "La venganza es mía y yo la ejerceré"?

—Pero, señores — dijo Jack, que, con su gramática parda y natural sensatez, solía, como suele decirse, dar en el clavo mientras los otros no hacían más que dar en la herradura —, me parece que eso no está bien pensado. Nunca me podrá entrar en la cabeza que vaya un hombre a coger la escopeta de otro para encajarle un tiro con ella. Un poco de tiempo he sido suplente del guardabosque, y así Dios me ayude como creo que, aunque no soy de los más rehechos ni valgo para otra cosa más que para arrear un par de caballos, y meter las piernas en un par de botas, el hombre más forzudo de toda Escocia no hubiera podido quitarme mi escopeta, porque antes que él me echara la mano, le hubiera yo quitado el hipo de un balazo. Nadie que tenga dos dedos de frente podrá creer semejante disparate. Apostaría mis mejores botas, y tengo un par nuevecito, flamante, que compré en la feria de Kirkudbright, a que todo ello no ha sido más que una chiripa; pero, si nada más tenéis que decirme, voy a echar un pienso al ganado.

Y dicho esto se fué a su cuadra.

El mozo de la caballeriza, que le había acompañado en su encuentro con Brown, prestó la misma declaración. Igualmente que a mistress Mac-Candlish, fuéle preguntado si el presunto reo llevaba consigo algún arma, a lo que respondieron que sólo le habían visto un cuchillo de monte ceñido a la cintura.

—Ahora que se me ocurre — dijo el diácono a Glossin agarrándole por un botón de la casaca (porque, a fuerza de cavilar sobre aquel intrincado negocio, había olvidado la nueva dignidad de su interlocutor) —, ¿no es sumamente inverosímil que un hombre que no lleva más que un cuchillo, vaya a meterse con otro que lleva una escopeta?

Empezó Glossin por desasir su botón de entre las tenaces uñas del diácono; pero con mucha blandura, pues le convenía estar muy bien con todo el mundo, y en seguida, en vez de responder a su observación, le preguntó los precios del té y del azúcar, y habló de hacer su provisión para todo el año. Encargó a mistress Mac-Candlish que le preparase una buena comida [illegible]
y cinco amigos suyos para el sábado [illegible]
dió en fin media corona a Jack Jabos, [illegible]
a tenerle el estribo.

—Pues, señor — dijo el diácono a mistress [illegible]
Candlish luego que se quedaron solos, [illegible]
en el mostrador un vaso de cerveza [illegible]
ofreció —, no es tan fiero el león como [illegible]
tan. ¿No da gusto ver a Glossin [illegible]
tanto empeño en los asuntos del cond[illegible]

—Así es la verdad, diácono — dijo [illegible]
ra —, y me admira que nuestros nobles [illegible]
haga un hombre como él lo que ellos [illegible]
berían hacer; pero mientras el dinero [illegible]
no hay cuidado que nadie le haga ascos [illegible]
venga de las manos de éste o de las de [illegible]

—Y yo tengo para mí — dijo Jack, [illegible]
entonces por junto al mostrador — que [illegible]
no sacará más que ignominia de todo [illegible]
por lo que es cuenta, aquí tengo una [illegible]
dia corona.

CAPITULO XXXIII

Un hombre que cree que la muerte no [illegible]
un sueño profundo; sin cuidado, sin inquietud, [illegible]
mor por lo pasado, por lo presente ni por [illegible]
y que, desesperado cree que todo muere con [illegible]

SHAKESPEARE. *Medida por* [illegible]

Glossin había extendido una sumaria [illegible]
tanciada de todas estas declaraciones. [illegible]
traban la cuestión, y no podían serle [illegible]
provecho en sus pesquisas; pero el lector [illegible]
informado, sabe por los citados interr[illegible]
todo lo que hizo Brown desde el mo[illegible]
que le dejamos en el camino de Kipp[illegible]
hasta el instante en que, devorado de [illegible]
presentó en mala hora delante de Julia [illegible]
ring, y se vió empeñado en un lance que [illegible]
un modo tan fatal.

Volvió Glossin a Ellangowan, refl[illegible]
sobre lo que había oído, y cada vez más [illegible]
cido de que una activa y eficaz media[illegible]
parte en aquel misterioso negocio, sería [illegible]
dio seguro de granjearse el aprecio del [illegible]
y del laird de Hazlewood, lo que no [illegible]
tamente de desdeñar; acaso también [illegible]
mucho el amor propio en su deseo de [illegible]
prueba de sagacidad y de inteligencia [illegible]
fesión. Tuvo, pues, una gran satisfacc[illegible]
ber, de vuelta en la quinta, que Mac-G[illegible]
el terror de los contrabandistas, y [illegible]
tres agentes del mismo jaez, habían [illegible]
hombre, y le estaban aguardando en la [illegible]

Apeóse sin perder un momento, y [illegible]
el zaguán.

—Id corriendo a decir a mi pasante [illegible]
— dijo a un criado —; le hallaréis en el [illegible]
tito verde copiando el libro de asientos. [illegible]
bien mi despacho, acercad un sillón a [illegible]
y preparad un taburete para Mr. Scrow.

—Scrow — dijo a su pasante, que llegó [illegible]
momento —, buscadme la obra de [illegible]
Mackensie sobre los crímenes; abrid[illegible]
sección *Vis publica et privata*, y dobla[illegible]
en el capítulo *sobre los que usan arm*[illegible]
das. Ahora echad una mano para a[illegible]
quitarme el levitón, colgadle en el rec[illegible]
y haced que me entren el preso. Sup[illegible]
será él... ¡Ah! antes que se me olvide [illegible]
suba primero Mac-Guffog.

—¡Hola, Mac-Guffog! ¿Dónde habéis [illegible]
esa buena alhaja?

Era Mac-Guffog un mocetón robusto [illegible]
nido, con un cogote como un toro, la [illegible]
llena de granos y verrugas, y bizco del [illegible]
quierdo. Después de haber hecho algunas [illegible]
siones a manera de cortesías para saludar [illegible]
empezó su historia en una algarabía ac[illegible]
de aspavientos y guiños que indicaban [illegible]
fecta conformidad de ideas entre el na[illegible]
su oyente.

—Habrá de saber vuestro honor — dijo [illegible]
me fuí al sitio de que me habló vuestro [illegible]
aquella tabernilla, a la vera del mar, do[illegible]
pacha aquella mujer que ya conoce vue[illegible]
nor. Vaya — me dijo —, ¿qué ocurre? [illegible]
táis algo para Ellangowan? — Por supuesto [illegible]
respondí —, pues ya sabéis que el mis[illegible]

LOS PICOS MAS ALTOS DEL MUNDO

Gaurisankar o Mont Everest (Himalaya)	8.840 metros
Dapsang (Karakorum)	8.619 "
Kantshindchinga (Himalaya)	8.584 "
Dhawalagiri (Himalaya)	8.175 "
Tengri Chan (Tibet)	7.300 "
Aconcagua (Andes)	7.035 "
Ojos salados (Andes)	6.870 "
Tupungato (Andes)	6.800 "
Mercedario (Andes)	6.800 "
Monte Pissis (Andes)	6.780 "
Cerro Llullaillaco (Andes)	6.723 "
Tres Cruces (Andes)	6.620 "
Incahuasi (Andes)	6.620 "
El Muerto (Andes)	6.540 "
Nacimiento (Andes)	6.460 "
Cerro Ramada (Andes)	6.350 "
Chimborazo (Andes)	6.310 "

SE FUMO LA TARJETA

El gran caricaturista británico George Strube, inventó una originalísima tarjeta de visita. Cuando llegó a Londres, joven desconocido, ningún director de revista o diario quería recibirlo.

—Tuve que concebir un recurso eficaz — contó en cierta ocasión —, de modo que imprimí en letras doradas mi nombre y dirección con la palabra "artista", en los más caros cigarrillos egipcios que pude encontrar. Calculé que si la originalidad de la idea no conmovía al director, luego fumaría mi tarjeta de visita, y me recibiría al día siguiente. Así ocurrió.

...rán de Ellangowan solía antiguamente...
—Bueno, bueno — dijo Glossin —, dejaos de ...enores, y vamos a lo esencial.
—Corriente. Pues como iba diciendo, me sen... le pedí una carguilla de aguardiente que ... querer comprar, para hacer tiempo hasta ... viniera.
—¿Quién?
—Él — dijo Mac-Guffog volviendo el dedo ...r de la mano derecha hacia la cocina donde ... el preso —. Llegó embozado en una larga ..., y no necesité más que echarle una mirada ...slayo para conocer que no venía desarmado. ...cé por hablarle de modo que pudiese creer... de la isla de Man, y tuve cuidado de poner... entre la tabernera y él, de miedo de que me ...ntiese. Comenzamos a beber, y le aposté a ... no se echaba al coleto de un trago la cuarta ... de una pinta de aguardiente de Holanda. ...ó la apuesta, y se bebió su aguardiente co... tal cosa. Llegaron entonces Slounging Jack ...k Spur, que ya estaban avisados, y los tres ...chamos sobre él de repente, cogiéndole des...nido; le atamos muy bien de pies y manos, ... dejamos mansito como un cordero. Desde ... tenemos ahí ha echado un buen sueño, y ... fresco como una margarita de mayo para ...nder a todas las preguntas que quiera ha... vuestro honor.

...relación, acompañada de manoteos y ges...ciones, recibió los elogios y parabienes que ...da se esperaba el narrador.
—Y tenía armas? — preguntó el juez.
—Sí, por cierto; esa gente nunca va sin un sa... un par de pistolas por lo menos.
—Llevaba consigo algunos papeles?
—Aquí están.
... esto diciendo puso sobre su bufete una car... bastante mugrienta.
—Podéis retiraos, Mac-Guffog, y haced que ...ban al preso. No os alejéis.
...ó el digno corchete, y dos o tres minutos ...s se oyó en la escalera un rechinar de ca..., y entró en la estancia el preso con esposas ...os en los pies y en las muñecas. Era el ... entrado un hombre de complexión hercú... muy moreno, y tal, en fin, que aunque las ...s de su frente y su cabello entrecano anun... una edad asaz avanzada, y aunque no era ...s muy alto, pocos hubieran querido medir ...erzas con él cuerpo a cuerpo en una lucha ...zo partido. Sus ásperas y duras facciones es... algo encendidas, y sus ojos se resentían ...ía de la influencia del excesivo beber que ... sido la causa inmediata de su captura; pero ...eño, aunque breve, de que le había dejado ... Mac-Guffog, y, sobre todo, el convenci...o del peligro que corría, le habían repuesto ... pleno uso de sus facultades intelectuales. ...gno juez y su no menos estimable preso, se ...ron recíprocamente largo rato sin hablarse ...ra; Glossin hubo de reconocerle sin duda, ...so no sabría cómo entablar su interrogatorio. ... rompió el silencio el primero.
—¿Vos por aquí, capitán? Tiempo ha que no ... veía por esta costa.
—Ya lo creo que sí, porque el diablo me lleve ... es ésta la primera vez que vengo a ella.
—A otro perro con ese hueso, señor capitán.
—Pues no digo más que la verdad, señor juez.
—¿Y cuál es el nombre que os place daros por ..., hasta que os caree con gentes que os re...quen la memoria, y os digan quién sois, o a ...enos quién habéis sido?
—Quién soy? ¡Truenos y rayos! ¿Quién he ... sino Jans Janson de Cuxhaven?
...có Glossin de una alacena un par de cacho...s, y los cargó con afectada pausa.
—Podéis retiraros, Scrow — dijo a su pasante —, ... esperad ahí en la antesala con los esbirros.
...presentóle el pasante el peligro a que se ...nía quedándose solo con semejante bellaco, ...que tan bien atado estaba, que no podía me... brazo ni pierna; pero Glossin le reiteró con ...ciencia la orden de salir a la pieza inme.... Luego que Scrow hubo obedecido, dió el ... algunos paseos por el cuarto, y en seguida, ...cando su sillón frente por frente del preso, como para examinarle mejor, puso las pistolas a su lado sobre el pupitre, y le dijo con voz severa:

—Sois Dirk Hatteraick de Flessinga: ¿lo sois o no? Hablad.

Volvió los ojos el preso maquinalmente hacia la puerta, como si hubiera temido que estuviera alguno espiando junto a ella. Glossin se levantó, abrió la puerta de par en par, de modo que desde el banco en que estaba sentado pudiese el preso cerciorarse de que nadie le escuchaba, y, habiéndola cerrado en seguida, volvió a su asiento y repitió su pregunta:

—¿Sois o no sois Dirk Hatteraick, antiguo capitán del *Yung fraw Haagenslaapen?*

—¡Mil diablos! Pues si sabéis quién soy, ¿para qué me lo preguntáis?

—Porque me sorprende veros donde menos deberíais estar, si en algo tenéis vuestra seguridad — dijo Glossin.

—¡Mil demonios! No tiene en mucho la suya quien de ese modo me habla.

—¡Cómo! Desarmado, cubierto de cadenas y en ese tono me habláis, ¡capitán! — replicó Glossin con ironía —. Si queréis creerme, bajad esos humos, que por vida mía, no le convienen a quien difícilmente saldrá de esta costa sin dar

La conocía



—Ahí viene el señor Fernández. Dígale que he salido. Y póngase a leer una novela, si no no le creerá.

cuenta muy por menor de un pequeño accidente acaecido hace años en la punta de Warroch.

Una expresión sombría como la noche brilló en las miradas de Hatteraick.

—Yo por mi parte — continuó Glossin —, harto siento tener que usar de rigor con un antiguo conocido, pero mi deber lo exige, y ahora mismo voy a enviaros a Edimburgo en una silla de posta.

—¡Mil truenos! No lo haríais — dijo Hatteraick en tono algo más templado — si pudiera daros como en otro tiempo un medio cargamento en letras a la vista sobre Van-Beest y Van Bruggen.

—Todo eso es ya tan antiguo, capitán — respondió Glossin con indiferencia —, que realmente no me acuerdo de cómo fuí recompensado de mi trabajo.

—¿De vuestro trabajo? De vuestro silencio, si no lo lleváis a mal.

—Entonces hacía yo algunos negocios todavía, pero ha tiempo que me he retirado enteramente.

—Sí, pero yo tengo mis barruntos de que aun sería muy posible que volvierais a las andadas — respondió Dirk Hatteraick —. Y ahora que me acuerdo, mal rayo me parta si no deseaba veros para hablaros de un asunto que os concierne.

—¿Del niño? — interrumpió Glossin con presteza.

—*Yaw, mynheer!* (sí, señor).

—¿Vive?

—Como vos y yo.

—¡Cielos! ¿Pero está en las Indias?...

—No, a fe mía; aquí está, en esta costa precisamente.

—Pero Hatteraick... eso... si es cierto, lo que no creo, va a arruinarnos a entrambos, porque es imposible que se le haya borrado de la memoria vuestra proeza de entonces; su regreso puede tener también para mí fatales consecuencias... Lo repito, a los dos nos arruinaría.

—Y yo os digo — respondió el desalmado marino — que sólo a vos os arruinará, porque yo ya lo estoy, y si me ahorcan, buenas noches.

—¿Pero qué diablos os ha traído a esta costa?

—No tenía un chelín, el hambre apretaba, y creía que ya nadie se acordaba de la fechoría de marras.

—¡Veamos!, ¿qué puedo hacer? — dijo Glossin con evidente ansiedad —. A soltaros no me resuelvo, ¿pero no podríais haceros libertar en el camino? Seguramente que sí; ea, poned ahí cuatro renglones a Brown, vuestro teniente, y haré que os lleven por el camino que costea el mar.

—No, no, imposible: Brown murió; lo mataron, lo enterraron, se lo llevaron ya todos los demonios.

—¿Ha muerto? ¿Le han matado? ¿En Woodbourne supongo, eh?

—*Yaw, mynheer.*

Silencioso y pensativo quedó Glossin. En la confusión de los mil pensamientos que le agitaban, caíale el sudor de la frente, mientras que el miserable que tenía delante, mascaba su tabaco con imperturbable cachaza.

—Quedo arruinado, completamente arruinado — decía Glossin entre dientes —, si se presenta el heredero; y entonces, ¿cuáles serán las resultas de mis relaciones con esta gente? Escuchadme, Hatteraick: no puedo poneros en libertad, pero puedo facilitaros los medios de escaparos; yo siempre estoy dispuesto a hacer bien a un antiguo amigo. Voy a meteros por esta noche en una pieza del antiguo castillo, y a dar a los encargados de custodiaros doble ración de grog; Mac-Guffog caerá en la misma celada en que os cogió. Las ventanas y las rejas de aquel cuarto están como prendidas con alfileres, no tendréis más que dar un salto de unos doce pies, y hay en el suelo un palmo de nieve.

—¿Pero quién me quitará estos grillos? — dijo Hatteraick.

—Aquí tenéis — respondió Glossin sacando de un armario una lima que le entregó — un amigo que trabajará por vos, y ya conocéis el camino que va de las ruinas al mar.

Sacudió Hatteraick sus cadenas con alegría como si ya se sintiera en libertad, e hizo un esfuerzo para alargar la mano hacia su protector. Púsose Glossin el dedo en la boca echando una mirada a la puerta para recomendarle la discreción, y prosiguió dándole sus instrucciones.

—Una vez en libertad — dijo —, lo mejor que podéis hacer es ir a Derncleugh...

—¡Rayos y truenos!, no haré tal: esa madriguera es ya conocida.

—¡Diablo! Bien; pues entonces tomad mi lancha, que hallaréis amarrada a la costa, y servíos de ella, pero esperad en la punta de Warroch hasta que nos veamos.

—¡En la punta de Warroch! — dijo Hatteraick frunciendo el ceño —; ¿y habré de esperaros en la cueva, eh? Preferiría que fuera en cualquiera otra parte. Ese sitio se me resiste..., dicen que en él se suele aparecer..., pero ¡truenos y rayos!, nunca le temí en vida y menos le temeré muerto. ¡Condenado me vea si hay quien pueda decir que Dirk Hatteraick tuvo miedo jamás de un perro o de un diablo! Ea, lo dicho dicho; allí os aguardaré.

—Corriente — dijo Glossin —, y ahora es preciso que llame a mi gente.

Tiró en efecto de una campanilla y subió Mac-Guffog con sus satélites.

—Nada puedo sacar, Mac-Guffog — le dijo — del capitán Janson, como le da la gana de llamarse por ahora, y ya es tarde para enviarle a la cárcel del condado. ¿No hay en el castillo un cuarto donde se le pudiera meter por esta noche?

—Sí, hay, y por más señas que mi tío el constable tuvo encerrado en él tres días a un preso en tiempo de Mr. Bertrán de Ellangowan. Pero ya debe tener sus cuatro dedos de polvo el tal cuarto desde aquella causa que se sustanció en el juzgado de primera instancia antes del año 1715.

—Lo sé, lo sé, pero no es para que pase en ella mucho tiempo, sino para una noche no más, y para eso cualquier cosa basta. Hay un cuarto al lado; en él encenderéis lumbre para vosotros, y yo cuidaré de enviaros algo con que matar el tiempo, ¿estáis? Cuidado con encerrarme bien este pájaro de cuenta, pero dadle lumbre también, que la estación lo exige. Acaso mañana se justifique... ¿quién sabe?

Con estas instrucciones y con una copiosa provisión de comestibles y de bebidas fermentadas, despachólos el juez al castillo donde debían quedarse de guardia toda la noche, aunque con el deseo de que no la pasasen y la esperanza de que no la pasarían toda velando ni haciendo oración.

Ya se deja suponer que tampoco tendría Glossin una noche muy sosegada. Su situación era peligrosa en extremo, pues en efecto toda la ignominia de su vida parecía acumulada en derredor suyo y próxima a perderle para siempre. Acostóse, sin embargo, y más de cuatro vueltas dió en la cama sin que le fuera posible conciliar el sueño. Durmióse, en fin, pero fué sólo para soñar con su antiguo bienhechor, ora cubierto de la palidez de la muerte, como le vió por última vez, ora en toda la fuerza y lozanía de la juventud, acercándose a él para arrojarle de la antigua mansión de sus mayores. Soñó luego que después de haber andado errante horas y horas por un despoblado, llegaba a una venta de donde salían estrepitosos gritos de algazara, y que habiendo entrado en ella, la primera persona que vió delante de sí era Frank Kennedy, todo ensangrentado y cubierto de heridas, tal cual se le halló junto a la punta de Warroch, pero levantada en la mano una ponchera llena de ponche inflamado. Cambió en seguida de escena y le pareció hallarse en una cárcel donde oyó a Dirk Hatteraick, que acababa de ser sentenciado a muerte, confesar sus crímenes a un sacerdote. "Después de haber hecho aquella muerte, decía el penitente, nos retiramos a una cueva, de que sólo un hombre tenía noticia en todo este país. Estábamos discutiendo sobre lo que deberíamos hacer de la criatura, y ya pensábamos en dársela a los gitanos, cuando oímos precisamente sobre nuestras cabezas los gritos de los que nos andaban buscando. En aquel momento entró un hombre en la cueva; aquel hombre era el único que la conocía, pero nos le hicimos amigo a costa de la mitad del valor de todo lo que habíamos podido salvar del cargamento. A instancia suya llevamos al niño a Holanda en un barco que fué a recogernos a la costa a la noche siguiente; aquel hombre era..."

—¡No, no era yo! ¡Lo niego! — gritó Glossin despavorido; y esforzándose en su mortal angustia para dar aún más energía a sus palabras salió de su agitado sueño.

Aquella especie de fantasmagoría mental era la voz de su conciencia. La verdad era que Glossin, conociendo mejor que nadie las guaridas de los contrabandistas, mientras los demás los buscaban en diferentes direcciones, él se fué derecho a la cueva, donde supo el asesinato de Kennedy, a quien suponía prisionero en su poder. Justo sería decir que su ánimo era emplear su mediación en favor del aduanero, pero los halló profundamente consternados, pues a la rabia que los había impelido a asesinar a Kennedy, habían sucedido en todos, menos en Hatteraick, los remordimientos y el espanto. Glossin era muy pobre en aquella época y estaba acribillado de deudas; pero poseía ya la confianza de Mr. Bertrán, y conociendo su inexperiencia y su sencillez entreveía la posibilidad de enriquecerse a su costa, y aun la de apropiarse todos sus bienes, si llegaba a desaparecer el heredero inmediato, dejando a un padre incauto la facultad ilimitada de dar rienda suelta a sus prodigalidades. Estimulado por la necesidad presente y por la perspectiva de un risueño porvenir, aceptó la oferta que le hicieron los contrabandistas en su terror, de darle una parte de lo que habían salvado del cargamento del lugre, y cuyo importe le abonaron en letras de cambio sobre la casa de Van Beest y Van Bruggen, bajo la condición de que les guardaría fielmente el secreto, y los excitó a llevarse consigo al niño, que ya tenía bastante conocimiento, les dijo, para informar bien a la justicia de la sangrienta escena de que había sido testigo. El único paliativo que pudo la ingenuidad de Glossin ofrecer a su propia conciencia, fué la violencia de la tentación que le brindaba a un mismo tiempo con una operación ventajosa por lo pronto y con la esperanza de un buen caudal para lo sucesivo. Procuraba además persuadirse a sí mismo de que la necesidad de su propia conservación casi legitimaba su conducta. ¿No estaba hasta cierto punto en poder de aquellos piratas? Si hubiera desechado sus ofertas y pedido socorro, aunque los que podían dársele

QUE TRABAJE EL MAR

Los noruegos emplean un sistema muy primitivo para deshacer los barcos de madera que ya no les sirven por viejos. Para ello los llevan a la parte más rocosa de la costa, y después de anclarlos, dejan al cuidado de las olas de la próxima borrasca el hacerlos pedazos. Cuando el mar recobra la calma, recogen los fragmentos que flotan en la superficie y los venden para leña.



SIN EQUIVALENCIA

Nos volvimos locos — ha dicho Barrett — el día en que pagamos con oro al que escribe un libro. ¿No comprendemos que no hay equivalencia posible entre un pedazo de metal y un pedazo de alma?

no estaban muy lejos, acaso no hubieran llegado a tiempo para salvarle de manos de unos hombres que, con menos motivo, acababan poco antes de cometer un asesinato.

Agitado por los negros presentimientos que engendra una conciencia impura, saltó Glossin de la cama y se asomó a una ventana que daba sobre el antiguo castillo; eran las once de la noche. La escena que describimos al principio de esta obra estaba cubierta de nieve, y la brillante aunque triste blancura de la tierra, contrastando con el vecino mar, le comunicaba una tinta lívida y sombría. Un país cubierto de nieve, aunque, considerado en abstracto, puede ofrecer cierta belleza, las ideas que naturalmente van asociadas a él de frío, aridez y soledad, le comunican siempre un carácter de lobreguez y desolación. Los objetos más visibles en su estado natural, desaparecen entonces, o están tan singularmente desfigurados, que no parece sino que estamos viendo con asombro un mundo desconocido. No eran éstas, sin embargo, las reflexiones que se agolpaban a la mente de aquel hombre despreciable, sus ojos estaban clavados en las gigantescas y sombrías ruinas del antiguo castillo, donde en dos ventanas labradas en la maciza pared de un torreón o cubo lateral, veía brillar dos luces que salían, la una del cuarto donde estaba encerrado Hatteraick, la otra de la habitación ocupada por los que le estaban custodiando.

—¿Se habrá escapado?, ¿logrará
Esos hombres incapaces de una fiel
¿la observarán hoy para mi ruina? Si
está ahí todavía, tendré que enviarle a la
Mac Morlan u otro cualquiera le formará
Se descubrirá quién es..., saldrá cond
y para vengarse de mí, lo declarará todo.

Mientras se sucedían rápidamente estos
mientos en la imaginación de Glossin,
ció de repente una de las luces, como si
biera interpuesto en la ventana un cuerpo
¡Qué momento de angustia!

—Sin duda ha roto sus cadenas y va a
las rejas; no tardará en conseguirlo,
pared está toda desmoronada... ¡Cielos
caído hacia fuera..., las he oído res
las piedras!... El ruido va a desp
¡Maldiga Dios la torpeza de ese zopenco
dés!... ¡Vuelvo a ver la luz!... Le hab
do y le estarán maniatando de nuevo...
duda se habrá retirado un momento por
cia, por si acaso han oído caer la reja...
se asoma de nuevo a la ventana..., ya
la luz..., ¡ya está en libertad!

Un ruido sordo, semejante al que
cuerpo que cae desde cierta altura sob
ve, anunció en aquel momento que
tuado Hatteraick su proyectada evasión,
después vió Glossin deslizarse como un
por entre las ruinas, una forma vaga, y
orilla del mar. ¡Nuevo origen entonces
bras!

—¿Tendrá fuerza para manejar él solo
Preciso será que yo vaya a ayudarle...
no..., ya la ha botado al agua..., ya
la vela..., ya está en alta mar!...
tiene..., así fuera un huracán que le
en los abismos!

Después de este último cordial deseo,
Glossin siguiendo con la vista la
que llegó a la punta de la altura de
donde ya, no obstante la claridad de
fué imposible distinguirla de las olas
serena superficie bogaba viento en popa
fecho de verse libre del peligro in
temía, fué ya, algo más sosegado, a
nuevo.

CAPITULO XXXIV

¿Por qué, di, no me ayudas a que
maldita ensangrentada sima?

Tito

Grandes fueron a la mañana siguiente
pecho y confusión de los esbirros
de custodiar al preso, cuando descub
se les había escapado. Presentóse Mac-G
Glossin con la cabeza turbada no me
grog que por el miedo, y recibió
reprimenda por su negligencia en el cu
to de su deber. Sólo suspendió el res
del juez su aparente celo en tomar las
necesarias para apoderarse del fugitivo;
a su gente, que nada deseaba tanto
tarse de su irritada presencia, que se
en todas direcciones (menos una),
doles muy particularmente que hiciesen
minuciosas pesquisas en Derncleugh,
de nocturno refugio a toda especie de
res y vagabundos. Luego que se hubo
razado de ellos, no perdió un momento
girse por mil vericuetos extraviados
de Warroch, donde debía tener su entre
Hatteraick, por quien esperaba saber
pormenores que los que había podido
su conferencia de la noche anterior,
circunstancias relativas al regreso del
de Ellangowan a su país natal.

Imitando las estratagemas de una
trata de burlar la saña de una jauría
acosa, procuró Glossin llegar al lugar
cita, dejando en el camino los menos
sibles.

—¡Ojalá nevara — dijo volviendo
beza — y borrase la nieve mis pisadas!
de los que andan buscando al capitán
descubrirlas se guiaría por ellas y aca
sorprendernos. Preciso será que baje a la

se interne luego por entre las peñas.
ó en efecto, no sin mucha dificultad, a la a, dirigiéndose entre las peñas y la orilla del era precisamente la hora de la subida de la a. En su cautelosa excursión, unas veces al- la vista a las cimas de las rocas desde donde eran podido descubrirle, otras la tendía hacia el mar, temeroso de que le divisasen desde bote.

maron un momento sus temores para dar a otras sensaciones más amargas cuando por junto al sitio donde se había hallado el er del desgraciado Kennedy, y que era le por el peñón o fragmento de roca que acompañado o seguido su caída desde lo del promontorio. Veíanse amontonadas en de él multitud de veneras y pelados gui- s, y estaba además cubierto de légamo y plantas marinas, pero todavía se diferen- bastante por su forma y su naturaleza de as rocas que le rodeaban. Inútil es decir nca Glossin había dirigido sus paseos ha- quel sitio, de suerte que hallándose enton- en él por primera vez después de aquella sa catástrofe, la escena de que años antes sido testigo se representó a su mente en momento con sus más horribles colores. dóse de cómo, semejante un vil criminal, salido a hurtadillas de la cueva, y mezclá- con disimulo al consternado grupo que ro- el cadáver, temblando de que cualquiera le ntase de dónde venía; recordó también có- bía evitado en su terror echar los ojos aquel horroroso espectáculo. Los lastime- ritos de su bienhechor, *¡mi hijo!, ¡mi hijo!*, aban todavía en sus oídos.

Dios de bondad! — exclamaba —, ¿vale todo he ganado los trasudores que paso en este ento, y las angustias y los acerbos remordi- s que desde aquella época hasta ahora han nzoñado mi vida? ¡Ah, ojalá estuviera mo ese desgraciado, y él como yo, lleno da y de salud! Pero ¡qué digo, insensato!, lamentos ya llegan tarde...

reponiéndose, pues, a sus temores, adelan- hacia la cueva, que estaba tan inmediata a sitio, que los asesinos, después de haber tido su crimen, podían oír desde ella las conjeturas que hacían los que encontraron rpo de su víctima; pero nada podía estar rfectamente disimulado que la entrada de guarida. Esta entrada, que era un boquete ayor que el de la madriguera de una zorra, situada al pie de una peña, precisamente o de una negra y altísima roca que servía ente para ocultarla a la vista de todos los no estaban en el secreto, y para indicar su ción a los que, conociéndola ya, quisieran arse en ella. El espacio que mediaba entre otra peña era sumamente estrecho, y como además atestado de arena y guijas arrojados la marea, era imposible descubrir la entrada nos de desembarazarla de todos aquellos es- s, además de lo cual, a fin de estar todavía cubierto de una sorpresa, solían los con- distas que frecuentaban aquella guarida, muy bien el boquete por dentro con pie- y plantas acuáticas que parecían deposita- en él por las olas. Dirk Hatteraick no había do esta precaución.

nque nada tenía de cobarde, sintió Glossin le palpitaba el corazón y le temblaban las s al disponerse a entrar en aquel secreto de iniquidades, para tener una entrevista un miserable a quien con razón tenía por de los mayores perversos de la tierra. "Nin- interés tiene en hacerme daño", era la única reflexión que le animaba. Examinó, no obstante, sus cachorrillos antes de desembarazar el boquete y de entrar en la cueva, lo que hizo arrastrándose sobre las manos y sobre las rodillas. La abertura, que era al principio tan angosta y tan baja de techo que sólo andando a gatas se podía entrar por ella, se ensanchaba a pocos pasos formando una bóveda que se elevaba a una altura considerable; el terreno que iba subiendo en regular pendiente, estaba cubierto de una arena muy menuda. Antes de que hubiese vuelto Glossin a ponerse en dos pies, oyó retumbar en las concavidades de la caverna la campanuda voz de Hatteraick, quien procuraba, sin embargo, no darle toda su extensión.

—¡Truenos y rayos! ¿Sois vos? — le dijo.

—¿Estáis a oscuras?

—¿A oscuras? ¡Pues no he de estarlo, voto a tal! ¿De dónde queriais que sacara luz?

—Aquí traigo yo con que encenderla — y dicho esto, sacó Glossin del bolsillo un fósforo y encendió un farolillo que llevaba consigo.

—Pero es preciso también encender lumbre, porque lléveme el diablo si no estoy tiritando de frío.

—Seguramente no hace calor — dijo Glossin amontonando y pegando fuego a una porción de astillas de barricas y de otras maderas secas que andaban desparramadas por la cueva desde la última vez que estuvieron ambos en ella.

—¿Calor, eh? ¿Y qué calor ha de hacer en esta maldita nevera? Sólo he podido evitar no quedarme tieso como un carámbano dando paseos de arriba abajo sin parar un momento y pensando en las alegres francachelas que hemos tenido aquí en otros tiempos.

Empezaba ya a brillar una hermosa llamarada, a la que arrimó Hatteraick su atezado rostro y callosas manos con una precipitación comparable a la de un hambriento que se arroja sobre un pedazo de pan. Iluminaba aquella viva claridad sus ásperas facciones, y el humo que salía de la hoguera y que sólo podía hacerle soportar el rigor del frío, después de circular alrededor de su cabeza, se alzaba hasta el techo de la bóveda, donde salía sin duda por las grietas y rendijas que servían igualmente para renovar el aire interior cuando la subida de la marea tapaba el boquete que hacía las veces de entrada.

—Aquí os traigo algo que almorzar — dijo Glossin sacando del bolsillo un trono de carne fiambre y un frasco de aguardiente.

Apoderóse con ansia de este último Hatteraick, y después de haber echado un buen trago, exclamó con alegría:

—Eso me gusta; ¡bueno, bueno! Esto resucita a un muerto.

Y en seguida entonó este fragmento de una canción holandesa:

El vino, el aguardiente, la cerveza,
Nada tiene mejor naturaleza;
Todo lo que se sube a la cabeza
Lleva mi aprobación.
Con la copa en la mano canto y río
Y al huracán cantando desafío.
Tú que eres otro tuno, amigo mío,
Repite mi canción.

—¡Bien dicho, buen capitán! — repuso Glossin, y tomándole el tono cantó lo que sigue:

Vengan ríos de vino y de aguardiente,
Y las copas rompiendo alegremente,
Iré a nadar en ellos con mi gente,
¡Por vida de Satán!
Los dos me seguiréis por decontado,
Hasta ir cada cual por nuestro lado
Yo a la tierra, tú al mar, y a ser ahorcado
¡Esotro perillán!

—Y yo lo digo, camarada. Conque vaya, ¿estáis ya repuesto? ¿Podremos ya hablar de lo que nos importa?

—De lo que os importa a *vos*, queréis decir, que lo que a mí me importaba, que era salir de aquella maldita ratonera, ya está hecho.

—Cachaza, cachaza, amiguito; voy a probaros que nuestros intereses son los mismos.

Hizo Hatteraick como que le daba una tosecilla seca, y Glossin prosiguió después de una breve pausa.

—¿Cómo dejasteis escapar al muchacho?

—¡Truenos y rayos! ¿Y era yo por ventura su ayo? El teniente Brown se lo dió a un primo suyo establecido en Midelburgo, asociado a la casa de comercio de Van Beest y Van Bruggen, le encajó que lo había hecho prisionero en no sé qué escaramuza o cualquiera mentira por este estilo, y le dijo que lo guardara para criado o para lo que más le acomodase. ¿Yo dejarle escapar, eh? No sería hombre el chiquillo a estas horas si yo le hubiera atrapado por mi cuenta, a buen seguro.

—Bueno, bueno; ¿y lo tomó por criado en efecto?

—Nada de eso; el viejo Van Beest le cobró cariño, le medio adoptó por hijo, lo puso en un colegio y luego lo envió a las Indias. Hasta creo que tenía intenciones de enviarlo a esta tierra, pero Brown le dió a entender que su viaje a Escocia podría perjudicar a nuestro comercio.

—¿Creéis que sepa ahora quién es?

—¿Y cómo ha de saberlo, truenos y bombas? Lo cierto es que por mucho tiempo conservó algunos recuerdos... ¿Pues no tenía diez años el maldito cuando levantó de cascos a otro diablejo inglés, tamaño como él, para apoderarse de la lancha de mi lugre y volverse a su tierra? ¡Mala peste en él!... Lejos estaban ya los arrastrados cuando pude atraparlos, y buen susto pasé

Dijo el LIBERTADOR:

Serás lo que debes ser, y si no, no serás nada. José de San Martín.

PLUMAS

De cada tonelada de acero pueden sacarse más de diez mil gruesas de plumas para escribir.

De MARTIN FIERRO

Debe trabajar el hombre
Para ganarse su pan;
Pues la miseria, en su afán
de perseguir de mil modos,
Llama a la puerta de todos
Y entra en la del haragán.

De CICERON

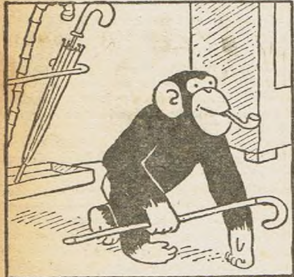
Como un campo aunque fértil no puede ser fructuoso sin cultivo, así es el ánimo sin doctrina.

EL MONO SABIO

LO QUISO IMITAR — Por TIM









temiendo que hicieran zozobrar la lancha...

—¡Ojalá hubiera zozobrado... con ellos dentro!...

—Tenía yo una rabia, que le plantifiqué un puñetazo tal que fué rodando por la cubierta como una pelota... ¡Pero, ya, ya!, el grandísimo tunante nadaba como un pato, y con todo ya estaba si se ahoga si no se ahoga cuando le eché una mano, porque lo menos una milla le hice ir nadando para que le sirviera de escarmiento. ¡Por las garras de Nicolás (el diablo)! ya os dará qué hacer, yo lo fío, ahora que es hombre hecho y derecho. Criatura era todavía que no se le veía en el suelo, y ya era vivo como una centella e impetuoso como un rayo.

—¿Cómo ha vuelto de las Indias?

—¿Qué sé yo? La casa de comercio en que trabajaba en la India se fué a pique, lo que hizo dar un buen bajón a la de Midelburgo, según tengo entendido, y por eso me dejé enviar aquí a ver si podía renovar algunas antiguas relaciones, persuadido como lo estaba, de que ya nadie se acordaba de mis antiguas hazañas. En mis dos primeros viajes no fué mal, pero temo que ese cuadrúpedo de Brown lo haya echado todo a rodar dejándose matar por el coronel.

—¿Y por qué no fuisteis con él?

—¿Por qué no fuí con él? Mal rayo me parta si a nadie tengo miedo, pero la expedición era demasiado tierra adentro y temía que diesen caza al lugre.

—Cierto; pero volviendo a nuestro joven...

—Sí, sí, eso es lo que *os* interesa.

—¿Cómo sabéis que está aquí?

—¿Cómo? Gabriel le ha visto en las montañas.

—¡Grabriel! ¿Y quién es ese Gabriel?

—Un gitano, a quien hará unos diez y ocho años embarcaron por recomendación del difunto Ellangowan a bordo de un *sloop* de guerra, el *Shark*, mandado por aquel indigno capitán Pritchard. El fué el que me trajo el aviso de que el maldito sloop iba a perseguirme y de que a Kennedy era a quien tenía que agradecérselo; Kennedy y los gitanos no eran muy amigos que digamos. Ese Gabriel pasó a las Indias en el mismo barco que vuestro hombre, y bien le reconoció cuando le vió días pasados, aunque el otro no tuvo tan buena memoria; pero también es verdad que se ocultó de él lo más que pudo, porque habiendo sido desertor y habiendo servido contra Inglaterra, ya le apretarían bien el gollete si le echaran el guante. Envióme, pues, a decir que andaba por esta tierra, pero así se me da a mí de él como de los cables que ya no sirven para maldita de Dios la cosa.

—Conque, aquí para entre nosotros y de amigo a amigo, ¿real y verdaderamente está en Escocia?

—Por vida de Satanás, ¿no os tengo dicho que sí? ¿Por quién me tomáis?

—Por el pícaro más infame que calienta el sol — dijo Glossin para su capote; pero mudando al punto de conversación. — ¿Cuál de los vuestros es — le dijo — el que ha herido al joven Carlos Hazlewood?

—¡Mil tempestades! —, dijo el capitán —, ¿paréceos que hemos perdido el seso? Ninguno de *nosotros* lo ha herido, ¿estamos? Yo lo digo. ¿Qué bienes nos hubieran venido con esa gracia? Demasiados compromisos nos ha traído la barrabasada que ha hecho Brown atacando la quinta de Woodbourne o como la llamen.

—Pues yo he oído decir — repuso Glossin —, que Brown fué precisamente el agresor de Hazlewood.

—Pues yo os digo que eso no puede ser, porque Brown estaba a seis pies debajo de tierra, en Derncleugh, la víspera del día en que acaeció el lance. ¿Os parece que habría resucit[...] hacer esa habilidad?

Un rayo de luz penetró entre la con[...] ideas en que titubeaba Glossin.

—¿No me habéis dicho que mi hombre, [...] vos le llamáis, lleva el apellido de Brown?

—Eso es, Van Beest Brown; el [...] Beest Brown, de nuestra casa de Van [...] Van Bruggen le medio prohijó, lo sé.

—Entonces — dijo Glossin frotándose [...] nos— él es, vive Dios, quien ha com[...] crimen.

—¿Y qué tenemos nosotros que ver con [...]

Reflexionó Glossin un momento, y [...] en expedientes, abandonó al punto su [...] idea, con lo que acercándose a Hatteraick [...] ademán de cordial franqueza:

—Ya sabéis, amigo mío — le dijo — [...] más nos importa es sacudirnos de encima [...] chacho.

—¿Eh? — preguntó el capitán dando [...] pecie de berrido.

—No — continuó Glossin —, no es [...] que yo desee que se le haga ningún daño [...] si..., si no fuese necesario, pero en el [...] que han llegado las cosas, no tiene [...] medio que comparecer ante la justicia, [...] por llevar el mismo nombre que vuestro [...] que se hallaba en la zarracina de Wood[...] segundo por haber disparado un tiro al [...] Hazlewood, con intención de herirle o [...] tarlo.

—¿Y qué?, ¿qué sacaréis con eso? [...] enarbole los colores de su pabellón, [...] levantarle el embargo.

—Verdad es, amigo Dirk; la obser[...] justa, querido Hatteraick, pero el [...] campo suficiente para tenerle en la cárcel [...] que haga venir sus pruebas de Inglaterra [...] cualquiera otra parte. Yo sé lo que [...] capitán Hatteraick, y me comprometo, [...] berto Glossin de Ellangowan, juez de [...] condado, a recusar cuantas fianzas [...] cuando fueran las mejores de toda Escocia [...] después de su segundo interrogatorio. [...] ¿en qué cárcel pensáis que le haré meter?

—¿Qué se me importa a mí?...

—Sí, amigo mío, sí, se os importa [...] béis que las mercancías que os [...] guardas y metieron por de pronto en [...] bourne, están ahora depositadas en la [...] Portanferry, pueblecillo a la orilla del [...] ré, pues, encerrar al reo...

—Cuando le hayáis pescado.

—Muy bien dicho, cuando le haya [...] que no tardaré. Lo haré, pues, encerrar [...] cárcel del pueblo, que ya sabéis que [...] por medio con la aduana.

—Por supuesto; eso por sabido se calla.

—Yo cuidaré de alejar el piquete de [...] desembarcaréis por la noche con la [...] del lugre, recobraréis vuestras mercancías [...] llevaréis con vos el preso a Flessinga. [...] esto?

—Bien pensado... o a América.

—Lo mismo da.

—O... a Jericó.

—Pues... a donde os parezca.

—Ya..., o al fondo del mar.

—No..., no es decir que yo quiera [...]

—No, pero lo dejáis a mi arbitrio. [...] pestades! Tiempo ha que nos conocemos [...] qué sacaré yo de todo eso, yo, Dirk H[...]

—Y qué, ¿no os interesa a vos lo mismo [...] mí? Además, ¿no acabo de libertaros?

—¡Me habéis libertado! ¡Truenos y [...]

En el próximo número: [...]

soy quien me he libertado. Además, como decíais ayer, *tan antiguo es eso, que ya no acuerdo*. ¡Ja, ja, ja!

—Vaya, vaya, no lo echemos a barato; yo no hombre para dejaros sin un regalillo, pero ente el negocio os interesa tanto como a mí.

—¿Cómo que?... ¿Y quién posee todos los s del muchacho? ¿Ha visto Dirk Hatte- un solo chelín de sus rentas?

—Vaya, vaya, os digo que la cosa os interesa como a mí.

—Luego me tocará una mitad del todo?

—¿Cómo? ¡La mitad!... ¿Pensaríais acaso en a vivir conmigo a Ellangowan a partir ga- s?

—No, rayos y borrascas! Pero podéis darme mitad de los réditos y sacarme de pobre. r con vos!... ¡mal año!...; no por cier- ero tendría una casita de recreo en Midel- o, con huerta y jardín, ni más ni menos que burgomaestre.

—Sí, con un león de palo a la puerta y un cen- pintado en la tapia del jardín con la pipa a boca. Pero reflexionad un poco, Hatte- ; ¿de qué os servirían todas las huertas y los tulipanes y todas las quintas de Ho- si os ahorcaran en Escocia?

Dió Hatteraick al traste con todo su descaro esta observación:

—Diablo! ¿ahorcado, eh?

—Ahorcado, sí, ahorcado, señor capitán. El o diablo no podría libertad a Dirk Hat- k de ir a la horca por asesino y contraban- si el joven Ellangowan se queda en esta y el digno capitán se obstina en continuar s travesuras. Y aun podría añadir que, co- se habla mucho de una próxima paz, sería que las Altas Potencias, por complacer nueva aliada, consintiesen en la extradición hombre acusado de las maldades que os n, aun cuando se estuviera quieto en Ho-

—Millón de rayos y truenos! Y puede que sea d.

—No es esto decir — añadió Glossin viendo había producido la deseada impresión —, no o decir que yo me cierre en no dar nada con esto puso a Hatteraick en la mano un de banco de algún valor.

—¿Y esto es todo? — dijo el contrabandista —; os llevasteis la mitad de un cargamento por blar de nuestra expedición de la punta de och, y eso que con sólo llevarnos el mu- o quedabais demasiado pagado, y ahora...

—Pero, amigo mío, vos olvidáis que... que caso presente os hago recuperar vuestras ncías.

—Sí, por mi cuenta y riesgo; para eso no ne- os de vos.

—Lo dudo, capitán, porque sin mi mediación, hallar un buen destacamento en la adua- a veríamos entonces cómo os componíais. vamos, que seré lo más generoso que ente pueda, pero es preciso que os pon- n la razón y tengáis conciencia.

—El diablo me lleve si no me irrita eso más odo lo que lleváis dicho! Vos robáis y ma- y me hacéis robar y matar, y con todo eso, maldiciones!, venís a hablarme de concien- ¿No podéis hallar un medio más honrado deshaceros de ese pobre muchacho?

—No, *meynheer*, pero poniéndose a vuestro o...

—A mi cargo, eh!... A buena *carga* de pól- y plomo... En fin, si es necesario, adelante; ya podéis suponer la cuenta que yo daré angelito de Dios.

—¡Oh, amigo mío!, yo espero que no será necesario tal rigor...

—¡Rigor! Quisiera que hubierais tenido los sueños que he tenido yo esta noche en esta maldita perrera, cuando me eché ahí a dormir sobre ese montón de retamas... Primero me pareció que veía al condenado danzante de marras con las costillas rotas, berreando como cuando lo tiré desde lo alto de la peña... ¡Ja, ja! Hubierais jurado que estaba ahí, ahí mismo, donde estáis vos, pataleando como una rana espachurrada. Y luego...

—¡Bah, bah, amigo capitán! — dijo Glossin interrumpiéndole —, ¿qué significan esos melindres? Si os volvéis gallina, tened entendido que tanto para uno como para otro, todo se lo llevó la trampa.

—¡Gallina! No, no, jamás: no he vivido tantos años para parar en medroso.

—Ea, vaya otro trago, que se os va enfriando el corazón. Y ahora decidme, ¿os quedan todavía muchos de vuestros antiguos marineros?

—Ni uno, ¡todos han muerto escopeteados, ahogados, ahorcados y condenados! Brown era el último y ya no me queda más que el gitano Gabriel, quien creo que mediante algún dinero se decidiría a venirse conmigo; pero de él nada hay que temer, pues su interés está en no chistar; además que la vieja Meg, que es tía suya, ya cuidaría de que callara.

—¿Quién es esa Meg?

—Meg Merrilies, la gitana, la hija del diablo.

—¿Vive todavía?

—*Yaw* (Sí).

—¿Y está aquí?

—En Derncleugh se hallaba la otra noche, cuando dos de los míos, y yo con algunos de sus gitanos, que son más negros que la pez, enterramos a Brown.

—Esa mujer va a ser para nosotros otro quebradero de cabeza, capitán. ¿Creéis que callará?

—Por supuesto; ha jurado por el salmón que si no hacíamos daño a la criatura, nunca saldría de sus labios cómo murió el aforador; y en efecto, aunque en el calor de la primera rabia le pegué con mi cuchillo una mojada en el brazo, cuando la prendieron y le pidieron declaración y la desterraron con mil demonios, no cantó ni una palabra de lo sucedido. La vieja Meg es fina como el acero.

—Verdad es eso, como vos decís, mas con todo, si se la pudiera llevar a Zelandia, o a Hamburgo... o... o... o a cualquiera otra parte, ya me entendéis, siempre sería mejor.

Púsose Hatteraick de puntillas, y mirando a Glossin de pies a cabeza a vista de pájaro:

—¡No le veo pezuñas de macho cabrío — dijo — y sin embargo por fuerza este hombre es el mismo diablo! Pero tened entendido que Meg Merrilies es todavía más amiga suya que vos, y prueba de ello es que en mi vida he tenido un temporal más perro que cuando me embarqué después de haberla herido. No, no, no quiero volver a andar con ella en dimes y diretes, que yo sé muy bien que es gran bruja, y que ella y Satanás son carne y uña. Por lo que hace al muchacho, si no es cosa de que se pueda seguir perjuicio a nuestro comercio, consiento en quitárosle de encima cuando me aviséis que le habéis soplado en la cárcel.

Concertaron en fin su empresa brevemente los dos dignos asociados, y se pusieron de acuerdo sobre los medios de darse recíprocamente las noticias necesarias, lo que era tanto más fácil cuanto el lugre de Hatteraick podía sin inconveniente permanecer a la vista de aquellas costas, mientras no cruzasen por ellas buques de guerra.

PANCHO SOMBRERO

¡CON EL SOMBRERO! Por TOONDER







"LA REINA DE ESPADAS"

(CONCLUSION DE LA PAGINA 7)

bota charolada de un militar, ya la media rayada y el zapato provisto de hebilla de un diplomático. Las pellizas y las capas desfilaban ante un majestuoso portero.

Hermann se detuvo.

—¿A quién pertenece esta casa? — preguntó a un policía.

—A la condesa *** — respondió el soldado.

Hermann se estremeció. La maravillosa anécdota volvió a su imaginación, y se puso a pasear por delante del edificio, soñando con la condesa y su magnífico secreto.

Era ya tarde cuando regresó a su casa. Tardó mucho en dormirse, y, cuando al fin lo logró, vió en sueños el tapete verde, las cartas, fajos de billetes de Banco y un montón de monedas de oro. Barajó las cartas, jugó con gran valor, ganando sin cesar, y, al fin de la partida, quedó dueño absoluto de todos los valores que había sobre la mesa.

Despertóse muy temprano y la pérdida de su quimérica fortuna arrancóle un profundo suspiro. Fuése a errar por la ciudad nuevamente y no tardó en encontrarse otra vez delante de la casa de la condesa ***. Una fuerza misteriosa parecía atraerle hacia la casa. Detúvose y se puso a contemplar las ventanas, viendo en una de ellas una cabecita adorable, de cabellos negros, inclinada sobre un libro o sobre alguna labor. Cuando levantó la cabeza, distinguió Hermann una carita fresca provista de ojos negros. Este minuto decidió su suerte.

III

Me escribís, ángel mío, cartas de cuatro páginas en menos tiempo del que se precisa para leerlas.

(Correspondencia.)

Apenas hubo salido Lisaveta para quitarse el sombrero y la capa, mandóla llamar nuevamente la condesa y le ordenó que enganchasen otra vez el carruaje. Descendieron para subir a éste, y, mientras que dos lacayos suspendían a la anciana y la introducían por la portezuela, Lisaveta descubrió, junto a la misma rueda, a su ingeniero, que la tomó por el brazo; y, antes que la muchacha volviese de su asombro, el joven había desaparecido dejando entre sus manos una carta.

Guardósela dentro del guante, y durante todo el paseo no vió ni escuchó nada. La condesa tenía la costumbre de dirigirle a cada instante preguntas como estas: "¿A quién hemos encontrado? ¿Cómo se llama este puente? ¿Qué dice ese letrero?" Pero esta vez Lisaveta contestaba al azar, resultando sus respuestas despropósitos. La condesa acabó por enojarse.

—¿Qué te sucede, hija mía? — le dijo, amostazada —. ¿Es que te has vuelto imbécil? ¡O no me escuchas, o no entiendes lo que te digo!... ¡Pues yo bien acorde te hablo, que todavía no chocheo!

Lisaveta no la escuchaba. Tan pronto regresaron a casa, corrió a su habitación y retiró del guante la carta, que no estaba sellada.

Leyóla de cabo a rabo. Contenía una declaración de amor: era tierna, respetuosa, traducida palabra por palabra de una novela alemana. Pero, como la joven no sabía el alemán, encantóle su lectura.

Sin embargo, esta carta no dejaba de inquietarla en alto grado. Era la vez primera que entraba en relaciones con un joven; su audacia le daba miedo; reprochábase su imprudente conducta y no sabía qué resolver. ¿Dejaría de sentarse delante de la ventana, a fin de quitar al joven, mediante esta señal de indiferencia, toda idea de proseguir la aventura? ¿Le devolvería su carta? ¿Le respondería en un tono categórico y frío? No tenía a nadie a quien confiar su secreto: ni amigas ni consejeras. Lisaveta decidióse a contestar.

Sentóse ante una mesa de escribir, tomó papel y pluma y permaneció pensativa. Comenzó muchas cartas, que desgarró en seguida: unas veces las palabras parecíanle demasiado tiernas, otras excesivamente severas, hasta que, al fin, logró trazar unos renglones que le satisficieron. Su carta decía así:

"Estoy segura de que vuestras intenciones son honradas, y de que no habéis querido ultrajarme con un acto irreflexivo; pero nuestras relaciones no deben comenzar de este modo. Os devuelvo vuestra carta y espero que, en lo sucesivo, no tendré que lamentarme de una inmerecida ofensa."

Al día siguiente, tan pronto descubrió a Hermann, levantóse Lisaveta de su asiento, abrió uno de los postigos y arrojó la carta a la calle, confiada en la destreza del joven oficial. Este la recogió y entró en una confitería. Al romper el sello, encontróse con su carta y con la respuesta de Lisaveta. Era más de lo que esperaba y regresó a su casa absorbido por su intriga.

Tres días después, una joven atildada traía a Lisaveta una esquela del almacén de modas. Abrióla con inquietud, previendo una petición de dinero, mas de repente reconoció la letra de Hermann.

—Os habéis equivocado, hija mía — dijo entonces —, esta esquela no es para mí.

—Dispensad, ¡sí lo es! — respondió la descarada sin disimular una sonrisa astuta —. ¿Queréis leerla?

Lisaveta recorrió con la vista el papel. Hermann le pedía una cita.

—¡Imposible! —exclamó, no menos admirada de la prontitud de la petición que del medio de que se había valido —; esto no está escrito para mí.

E hizo mil pedazos la carta.

—Si no era para vos, ¿por qué la habéis desgarrado? — observó la muchacha—; yo se la hubiera devuelto a quien me la encomendó.

—Os ruego, hija mía — dijo Lisaveta, ruborizándose al escuchar estas palabras —, que no me traigáis más cartas. Y decid al que os ha enviado que debiera avergonzarse...

Pero Hermann no se desanimó por esto. Lisaveta recibía diariamente del joven cartas por diferentes conductos, las cuales ya no estaban traducidas del alemán. Hermann las escribía bajo el impulso de su pasión; empleaba un lenguaje apropiado; mezclábase en ellas con la intensidad de un deseo loco, el desorden de una fogosa imaginación.

Lisaveta no trató ya de devolvérselas: embriagábase con su lectura, le contestaba y sus respuestas eran cada vez más largas y más tiernas. Un día, al fin, le arrojó por la ventana una carta concebida en estos términos:

"Hoy hay baile en la embajada de ***. La condesa asistirá a él. Permaneceremos allí hasta las dos de la mañana. Ahí tenéis una ocasión magnífica de verme cara a cara. En cuanto salga la condesa, sus criados se marcharán de paseo. El portero permanecerá en el vestíbulo; pero, generalmente, no tarda en retirarse a su habitación. Venid a las once y media. Id derecho a la escalera. Si encontráis a alguien en el vestíbulo, preguntadle si está en casa la condesa. Os responderán que no. En este caso, habrá fracasado el plan y tendréis que retiraros. Pero lo probable es que no encontréis a nadie. Las criadas estarán en su cuarto. Una vez en el vestíbulo, dirigíos a la izquierda y caminad derecho hasta la alcoba de la condesa. Allí, detrás de la mampara, veréis dos puertecitas que dan, la de la derecha, a un gabinete [illegible] condesa nunca entra, y la de la iz[illegible] un corredor, en el que encontraréis [illegible] cha escalera de caracol que conduce a [illegible] bitación."

Hermann temblaba como un tigre [illegible] la hora indicada. A las diez de la [illegible] contrábase ya delante de la casa de la [illegible] Hacía un tiempo espantoso: el viento [illegible] furecido, caían copos de nieve, mez[illegible] gotas de lluvia, los faroles proyect[illegible] luz melancólica y las calles estaba[illegible] De vez en cuando pasaba algún [illegible] cuálido caballo, en acecho de viaje[illegible] sados. A pesar de no llevar más que [illegible] bien sencillo, Hermann no sentía ni [illegible] ni la nieve.

Por fin aproximóse a la puerta el [illegible] de la condesa, y vió Hermann a la [illegible] encorvada y envuelta en una pelliza [illegible] llina, sostenida por dos lacayos; tras [illegible] bierta con una fría capa, y la cabeza [illegible] flores naturales, apareció Lisaveta. [illegible] la portezuela con estrépito y partió [illegible] coche, rodando sobre la suelta nieve. [illegible] que el portero cerraba otra vez la [illegible]

Las ventanas se obscurecieron. H[illegible] puso a pasear por delante de la casa [illegible] eran las once y veinte. Después [illegible] inmóvil debajo de un farol, con la [illegible] en las manillas de su reloj, esperando [illegible] curriesen los últimos minutos.

A las once y media en punto subió [illegible] linata de la condesa y penetró en un [illegible] alumbrado por una luz muy viva. E[illegible] no estaba en él. El joven remontó [illegible] la escalera, abrió la puerta de la ante[illegible] vió un criado dormido debajo de la [illegible] en el fondo de una vieja butaca. [illegible] cruzó ante él con firme y rápido [illegible] mara y el salón estaban casi a obscu[illegible] para de la antecámara apenas los [illegible]

Penetró en el dormitorio. Delante [illegible] trina de los viejos iconos ardía una [illegible] de oro. Butacas forradas de seda [illegible] teriorada, sofás cuyos dorados esta[illegible] negros, provistos de cojines de pl[illegible] neábanse simétricos y tristes, a lo [illegible] paredes, tapizadas con papeles de Chi[illegible] nadas con dos retratos, pintados en [illegible] la señora Lebrún. Uno representaba a [illegible] bre de unos cuarenta años de edad, [illegible] encarnado y redondo, con uniforme [illegible] ro, sobre el cual ostentaba una placa [illegible] una bella joven, de aguileña nariz, con [illegible] entre sus empolvados cabellos. Veía[illegible] das partes pastores de porcelana, [illegible] reloj del famoso Leroy, abanicos y [illegible] tud de objetos decorativos inventados [illegible] del siglo pasado al mismo tiempo que [illegible] tato de Montgolfier y el magn[illegible] Mesmer.

Al dar Hermann la vuelta al ma[illegible] cubrió detrás de él una cama peque[illegible] rro; a la derecha encontrábase la [illegible] comunicaba con el gabinete, y, a la [illegible] la que daba al corredor. Abrió esta ú[illegible] la estrecha escalera de caracol que [illegible] al cuarto de la pobre pupila... Pero [illegible] y penetró en el gabinete.

Las horas transcurrían con lentitud. [illegible] estaba sumido en el silencio. El reloj [illegible] dió las doce. Hermann se mantenía de [illegible] yado contra el mármol de la chime[illegible] tiase tranquilo; su corazón latía reg[illegible] cual corresponde a un hombre que [illegible] adoptar una resolución peligrosa, pe[illegible] saria.

Por fin dieron las dos y oyó el ruido [illegible] del carruaje, sintiéndose embargado por [illegible] luntaria emoción. Aproximóse el coche [illegible]

...vo por fin; sintió el ruido que produjo el ...bo al ser bajado. En la casa todo era agi...ón: los criados corrían, escuchábanse voces, ...ndíanse las luces. Tres viejas doncellas acu...on al dormitorio; la condesa, casi exánime, ...ó y se dejó caer en la butaca Voltaire... ...rmann lo observaba todo a través de una ...ija. Vió pasar por delante de él a Lisaveta ...cuchó el ruido de sus presurosos pasos ...rse en la escalera. Sintió en su corazón ... así como un remordimiento de conciencia; ... pronto logró acallarlo.

...a condesa empezó a desnudarse delante del ...o. Quitáronle el sombrero guarnecido de ... y la peluca que llevaba encima de sus ...llos cortos y blancos. Los alfileres caían ... alrededor como una lluvia. Su traje azul, ...ecido de oro, cayó, al fin, sobre sus hin... ...s pies.

...rmann presenciaba, escondido, los terri... misterios de aquel triste desnudar. Al fin ...edó la condesa en camisola, con una cofia ...ormir; y en este traje, más en armonía ...su senectud, parecióle menos repugnante ...rrible.

...mo la mayor parte de las personas de su ... la condesa padecía de insomnio. Una ...esnuda, se sentó junto a la ventana, en la ... Voltaire, y despidió a sus doncellas. ...ronse las bujías y quedó la habitación ...brada tan sólo por la lámpara de los ico... La condesa aparecía toda azul; movía sus ...tes labios y se balanceaba de derecha a ...rda. En sus turbados ojos, revelábase la ...cia absoluta de todo pensamiento. Al ... hubiera podido creerse que las oscilacio... ...de la aterradora vieja eran el resultado, no ... voluntad, sino de un galvanismo secreto. ... improviso, su mortecino rostro cambió ... modo extraño. Aviváronse sus ojos y sus ... cesaron de moverse: delante de la con... ...rguióse un desconocido.

...En el nombre de Dios, no temáis —dijo ... con voz clara y tranquila—. Mi intención ... causaros ningún mal; he venido a im... ... de vos una gracia, una sola.

... anciana le contemplaba en silencio, sin ... al parecer. Hermann, creyéndola sorda, ...óse hacia ella y le repitió al oído la frase. ... la condesa permaneció muda.

...odéis labrar mi fortuna —prosiguió él—, ...ostaros absolutamente nada: sé que podéis ...ar tres cartas consecutivas...

...rmann se detuvo. La condesa pareció ha... ...comprendido lo que se le pedía y buscar ...as para formular su respuesta.

...Se trata de una broma —dijo al fin—; os ... que se trata de una broma.

...Aquí no hay broma que valga —respon... Hermann enfadado—. Acordaos de Tcha... ...sky, que se desquitó gracias a vos.

... condesa se turbó visiblemente. Sus fac... ... experimentaron una violenta agitación ...or; pero pronto volvió a caer en su in... ...bilidad precedente.

...Podéis —insistió Hermann— indicarme ... tres cartas fatídicas?

... condesa no despegó sus labios.

...Para quién guardáis el secreto? —prosi... ...él—. ¿Para vuestros nietos? Son ricos sin ...dad de eso; no conocen el valor del di... Vuestras tres cartas para nada servirían ... manirroto. El que no es capaz de conser... ... patrimonio, morirá en la miseria, aunque ... las potencias infernales se declarasen en ...vor. Pero yo no soy despilfarrador; co... ... perfectamente el valor del dinero. Vues... ...secreto no caerá en malas manos. ¡Vamos!, ... contestáis?

...úvose y esperó tembloroso una respuesta. ...o la condesa no hablaba. Hermann se ...ó de rodillas, diciendo:

...Si vuestro corazón ha experimentado algún ... sentimiento del amor; si no habéis olvi... ... sus éxtasis; si, siquiera una vez, habéis ...ido a través de vuestras lágrimas a un ...recién nacido; si ha latido en vuestro pe...cho algo de humano: yo os conjuro por los sentimientos de esposa, de amante y de madre y por todo lo que hay de más sagrado en la vida, que no rechacéis mis súplicas y que me descubráis el secreto... Decidme, ¿en qué consiste?... Tal vez lo habéis adquirido a cambio de algún horrible pecado, de la pérdida de la eterna salvación, de un pacto con el diablo... ¡Reflexionad; sois vieja; ya no os queda de vida mucho tiempo!... Estoy dispuesto a tomar sobre mi alma vuestro pecado, si me descubrís el secreto. Pensad que en vuestras manos tenéis la felicidad de un hombre; que no solamente yo, sino también mis hijos y mis nietos y los hijos de mis nietos, bendeciremos vuestra memoria eternamente, la reverenciaremos como a la santidad misma...

La anciana no respondió una palabra. Hermann se levantó.

—¡Vieja bruja— dijo apretando los dientes—; yo te obligaré a responder...

Y al decir esto, sacó de su bolsillo una pistola.

Al verla, la condesa dió, por segunda vez, muestras de una viva emoción. Meneó la cabeza, levantó los brazos como para protegerse contra el proyectil... y se desplomó hacia atrás en la butaca, quedando sin movimiento.

—Dejáos de niñerías — dijo Hermann, tomándola por un brazo —. Os lo pido por última vez: ¿Queréis, sí o no, indicarme cuáles son vuestras tres cartas?

VALE MAS...

Un asno que lleva su carga vale más que un león que devora a los hombres.

MAHOMA.



BUEN SERVICIO POSTAL

Proporcionalmente a su población, Suiza es el país que posee más oficinas de correos.

La condesa no respondió. Hermann advirtió que estaba muerta.

IV

7 de mayo de 18...
Hombre depravado y sin religión.
(Correspondencia.)

Sentada en su habitación, sin haberse quitado todavía el traje de baile, abismábase Lisaveta en un mar de reflexiones. Al volver a casa, habíase apresurado a despedir a la sirvienta que, medio muerta de sueño, le ofrecía, a regañadientes, sus servicios, diciéndole que se desnudaría sola. Después, toda temblorosa, había subido a su cuarto, esperando encontrar en él a Hermann; pero con el deseo de no hallarle. La primera ojeada le convenció de su ausencia, y dió gracias al destino que había impedido la cita.

Sentóse, sin desnudarse, y se puso a soñar. Recordó todas las circunstancias que le habían llevado tan lejos en tan corto espacio de tiempo. Hacía apenas tres semanas que había visto por primera vez a aquel joven, a través de su ventana, y, no sólo se escribían ya, sino que hasta le había concedido una cita a medianoche. Si no ignoraba su nombre, era sólo porque había firmado algunas cartas; pero no habían cambiado ni una sola palabra, ni había escuchado nunca el timbre de su voz, ni aun siquiera había oído hablar de él hasta aquella misma noche... Cosa extraña: aquella noche, en el baile, Tomsky, despechado contra la princesita Paulina ***, que coqueteaba con él, como de costumbre, y deseoso de vengarse, devolviéndole indiferencia por indiferencia, invitó a Lisaveta y bailó con ella una interminable mazurca. Durante todo ese tiempo no cesó de darle bromas acerca de su parcialidad a favor de los oficiales ingenieros, asegurándole que sabía mucho más de lo que ella sospechaba; y algunas de estas bromas tenían tal exactitud, que Lisaveta creyó varias veces que estaba en el secreto de todo.

—¿Por quién sabéis todo eso? —preguntóle entre risas.

—Por un amigo de alguien a quien vos conocéis perfectamente —respondió Tomsky—; "el hombre notabilísimo".

—¿Y quién es ese hombre tan notable?

—Le llaman Hermann.

Lisaveta no respondió; pero se le helaron los brazos y los pies.

—Este Hermann —prosiguió Tomsky— es un hombre verdaderamente romántico: tiene el perfil de Napoleón y el alma de Mefistófeles. Creo que tiene sobre su conciencia por lo menos tres crímenes... ¡Qué pálida os habéis puesto!...

—Me duele la cabeza... Pero, ¿qué es lo que ha dicho ese Hermann... o cómo se llame?

—Hermann está muy irritado contra su amigo; dice que, en su lugar, habría obrado de un modo muy distinto... Creo que Hermann tiene también sobre vos ciertos proyectos.

—¿Pero dónde me ha visto?

—En la iglesia, tal vez, o en el paseo. ¡Dios sabe! Y hasta quizá en vuestro propio cuarto, durante vuestro sueño: de ese hombre todo se puede esperar.

En aquel momento, tres jóvenes nobles, avanzando hacia ellos, interrumpieron aquella conversación que tenía para Lisaveta un interés capital, con estas palabras: "¿Olvido o repulsa?"

Tomsky eligió precisamente a la princesa Paulina ***.

Al cabo de algunas vueltas de baile, había logrado disculparse con Tomsky, y cuando éste llegó a su puesto, no pensaba ya en Hermann ni en Lisaveta. Esta última hubiera deseado reanudar la interrumpida conversación; pero concluyó la mazurca y la vieja condesa retiróse al poco rato.

Las palabras de Tomsky sólo habían sido habladurías de mazurca, pero se grabaron en el alma de la soñadora joven. El retrato esbozado a la ligera por el joven coincidía con la imagen que ella misma se trazara de Hermann, y, gracias a las novelas modernas, esta figura vulgar fascinaba y llenaba de terror su ardiente imaginación.

Hallábase sentada con los desnudos brazos cruzados y la cabeza, aun cubierta de flores, inclinada sobre el pecho descubierto, cuando abrióse la puerta de improviso y penetró Hermann en el cuarto. La joven echóse a temblar.

—¿Dónde estabais? —preguntóle con voz queda y emocionada.

—En el dormitorio de la anciana condesa —respondióle Hermann—. Hace un momento conversaba con ella; ahora ha muerto.

—¡Dios mío! ¿Qué decís?

—Y me parece que he sido yo la causa de su muerte.

Lisaveta le contempló un momento. Las palabras de Tomsky resonaban aún en sus oídos: "¡Ese hombre tiene sobre su conciencia tres crímenes por lo menos!"

Hermann se sentó al lado de ella, sobre la ventana, y refirióselo todo.

Lisaveta le escuchó con horror. Según esto, sus cartas apasionadas, sus súplicas ardientes, sus insistentes y desvergonzadas persecuciones no eran hijas del amor. ¡El dinero era lo que

perseguía con todas las energías de su alma! ¡No era ella quien podría colmar sus deseos y hacer su felicidad! La pobre pupila no era más que la cómplice ciega del bandido, del asesino de su anciana bienhechora.

Lisaveta rompió a llorar amargamente, vertiendo ardientes lágrimas de dolor y tardío arrepentimiento. Hermann la contemplaba en silencio: también su corazón hallábase desgarrado; pero ni el llanto de la pobre muchacha ni el maravilloso espectáculo de su dolor conmovieron su alma feroz. La idea de la anciana muerta no le inspiraba el menor remordimiento. Lo único que le llenaba de desolación era la pérdida irrevocable del secreto en que cifrara su fortuna.

—¡Sois un monstruo! —le dijo, al fin, Lisaveta.

—Mi intención no era matarla —respondió Hermann con calma—. Mi pistola no está cargada.

Ambos guardaron silencio.

La aurora comenzaba a clarear. Lisaveta apagó la bujía, consumida ya por completo: una pálida luz alumbró la habitación. Enjugóse los ojos bañados de lágrimas y los elevó hasta Hermann, que permanecía sentado sobre la ventana, con los brazos cruzados y las cejas severamente fruncidas. En semejante postura, recordaba de un modo chocante la imagen de Napoleón. Esta rara semejanza llamó también la atención de la misma Lisaveta.

—¿Cómo saldréis de la casa? —preguntóle, al fin, la joven—. Conté siempre con conduciros por la escalera falsa; pero para ello sería necesario atravesar la alcoba, y tengo miedo.

—Explicadme dónde está, que la encontraré yo mismo y saldré solo, sin necesidad de guía.

Levantóse Lisaveta, tomó de sobre la cómoda una llave, que entregó a Hermann, dándole al mismo tiempo las más detalladas instrucciones; estrechó el joven su mano fría e inerte, rozó apenas con sus labios sus cabellos y salió.

Descendió por la escalera de caracol y penetró de nuevo en la alcoba de la condesa. La anciana muerta permanecía sentada, ya rígida y fría; en su semblante notábase una serenidad profunda. Hermann se detuvo delante de ella y la contempló largo tiempo, deseoso de cerciorarse de la horrible realidad. Entró, al fin, en el gabinete, descubrió una puerta junto al papel pintado y bajó por una obscura escalera, presa de los más extraños sentimientos.

—Por esta misma escalera —pensaba—, es posible que, hace ya muchos años, en el mismo dormitorio, a la misma hora, vistiendo bordado caftán, peinado a lo pájaro real y oprimiendo sobre su corazón el tricornio, se deslizase algún joven feliz, que ha mucho pudrióse en la tumba; y el corazón de su anciana amante ha dejado de latir hoy.

Al final de la escalera, halló Hermann una puerta, que abrió con la llave que le proporcionara Lisaveta, y encontróse en un corredor iluminado que le condujo a la calle.

V

*Esta misma noche aparecióme la baronesa de ***, toda vestida de blanco, y me dijo: «¡Buenos días, señor consejero!»*

(SWEDENBORG.)

Tres días después de la noche fatal, a las nueve de la mañana, partía Hermann para el convento de ***, donde debían celebrarse solemnes funerales por la difunta condesa. Aunque no sentía el menor arrepentimiento, no lograba, sin embargo, ahogar en absoluto el grito de su conciencia, que le repetía sin cesar: "Tú has asesinado a la vieja". Sin tener mucha religión verdadera, era supersticioso en extremo. Convencido de que la difunta condesa podía ejercer sobre su vida una nociva influencia, resolvió asistir a sus funerales para implorar su perdón.

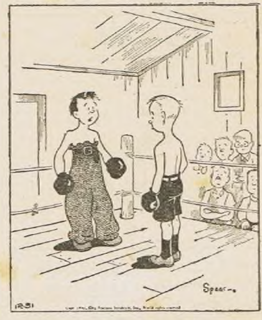
La iglesia estaba llena, y costóle gran trabajo a Hermann el abrirse camino a través de la multitud. El féretro estaba colocado sobre un rico catafalco, cubierto por un baldaquino de terciopelo negro. La difunta reposaba en él, con los brazos cruzados sobre el pecho, ostentando rico traje de raso blanco y sombrero guarnecido de encajes, y rodeada de toda su familia y servidumbre: los criados con caftanes negros, cintas prendidas en el hombro y cirios en las manos; los parientes, de luto riguroso, y, por último, los hijos, los nietos y los biznietos. Nadie lloraba: las lágrimas hubieran sido una afectación. La condesa era tan vieja, que su muerte no podía sorprender a nadie; sus mismos parientes consideraban hacía ya muchos años terminada la carrera de su vida.

Un buen predicador pronunció la oración fúnebre. Con palabras conmovedoras y sencillas habló del tranquilo sueño de la bienaventurada, cuya existencia no había sido más que una edificante y serena preparación para una muerte cristiana.

—El ángel de la muerte —dijo el orador— hala hallado sumida en pensamientos felices, esperando al esposo de la medianoche.

El oficio divino terminó con un recogimiento digno y triste. Los parientes fueron los primeros en despedirse del despojo mortal; después los numerosos invitados que habían acu-

Los niños terribles



—Recuerda que no hay que pegar por debajo del cinturón.

dido a rendir un postrer homenaje a la que, por espacio de tanto tiempo, había sido la compañera de sus frívolos placeres, y, por último, la servidumbre de la casa. Finalmente, avanzó una anciana noble, de la misma edad que la difunta. Dos jóvenes doncellas sosteníanla por debajo de los brazos. No pudo inclinarse, al saludar, hasta el suelo; pero lloró al besar la helada mano de su amiga.

Después de ella, aproximóse Hermann al sarcófago. Prosternóse y permaneció durante algunos minutos sobre las frías baldosas, cubiertas de ramos de abeto. Levantóse, por fin, tan pálido como la misma muerta, subió los escalones del catafalco y se inclinó... En aquel momento parecióle que la difunta le miraba maliciosamente, guiñándole un ojo. Hermann retrocedió bruscamente, dió un paso en falso y cayó al suelo. Al mismo tiempo llevábanse a Lisaveta desmayada.

Este incidente turbó, por espacio de algunos momentos, la fúnebre ceremonia. Un murmullo sordo elevóse entre la multitud formada por los invitados, y un chambelán escuálido, pariente cercano de la muerta, murmuró al oído de un inglés, que tenía al lado, que el joven oficial era hijo natural de la condesa; a lo que respondió fríamente el inglés: "¡Oh!"

Hermann pasó todo el día como
brado. Comió en un mesón aislado
su costumbre, excedióse en el beber,
esperanza de acallar su agitación inter
el vino no hizo otra cosa que inflamar
ginación más aun. Cuando regresó a
arrojóse vestido sobre el lecho y dur
fundamente.

Durante la noche, despertóse: la
naba su habitación. Consultó su reloj
tres menos cuarto. Fuéle imposible
nuevo el sueño; sentóse en la cama
a recordar los funerales de la anciana

En aquel instante, alguien miró hac
a través de la ventana, desapareci
guida. Hermann no le dió impor
minuto después, oyó abrir la puerta
tíbulo. Creyó que sería su ordenanza
de costumbre, regresaría borracho.
pasos éranle desconocidos: alguien
cautelosamente, haciendo crujir sus

Abrióse la puerta y penetró una
tida de blanco. Hermann tomóla por
nodriza y extrañóse de verla llegar
tan intempestiva. Pero la mujer
blanco deslizóse de repente hasta él...
mann reconoció a la condesa!

—He venido —dijo ésta con voz
contra mi voluntad; pero se me ha
que atienda tus ruegos. El tres, el
consecutivamente, te harán ganar;
gues nada más que una carta cada
horas, y, después, no vuelvas a ju
tu vida. Te perdono mi muerte con
ción de que te cases con mi pup
Ivanovna.

Y dichas estas palabras, volvióse
ganó la puerta y desapareció, hac
sus zapatillas. Hermann oyó cerrarse
la puerta del vestíbulo, y vió de
alguien miraba por la ventana.

Mucho tiempo tardó el joven en
su serenidad y valor. Salió al vest
que su ordenanza dormía a pierna
el piso. Costóle no poco trabajo el
pero, como estaba ebrio, para no
costumbre, no consiguió arrancarle
puesta categórica. La puerta del vest
cerrada. Hermann volvió a su alcoba,
una bujía y anotó su visión.

VI

—¡Esperad!
—¡Cómo osáis decirme:
—He dicho: «Esperad,
celencia.

Dos ideas fijas no pueden coexist
solo cerebro, de idéntica manera que
pos no pueden ocupar el mismo espac
universo físico. El tres, el siete y el
daron en arrojar del espíritu de H
idea de la anciana muerta. El tres, el
as no se apartaban nunca de su imag
acudían a cada instante a sus labios.
una muchacha bonita, exclamaba: "¡Qu
talle! Un verdadero tres de bastos".
guntaban qué hora era, respondía:
menos cinco minutos". Todos los
ventrudos recordábanle el as de oros.
el siete y el as tampoco le abando
sueños, adoptando los más variados
el tres convertíase en una flor gra
pléndida; el siete tomaba la forma
gótica; el as se le presentaba como
sera araña. Todos sus pensamientos
en uno solo: sacar provecho de un
había pagado tan caro. Proyectaba
soluta y trasladarse a París, a las casas
para arrebatarle una fortuna a la su
cual había dominado. El azar acudió
ayuda.

Habíase constituído en Moscú una
de jugadores adinerados, bajo la
del famoso Tchekalinsky, que se pasó
entera con las cartas en la mano am
millones que otros perdían en billetes







contante y sonante. Una larga experien-
habíale conquistado la confianza de sus
ñeros; una casa abierta, un buen cocine-
cortesía y su jovialidad conciliáronle los
ios de todo el mundo.
hekalinsky llegó a San Petersburgo. La
tud afluyó a su casa, abandonando los bai-
r las cartas, prefiriendo los encantos del
a las ilusiones de la galantería. Narumov
jo a ella a Hermann.
vesaron una serie de piezas magníficas.
rsonal era numeroso y escogido; generales
sejeros privados jugaban al whist; algu-
jóvenes, tendidos sobre divanes, tomaban
s y fumaban en pipa. En el gran salón
de una amplia mesa, sobre la que se
aban unos veinte jugadores, hallábase sen-
el dueño de la casa, que hacía de ban-

un hombre de unos sesenta años de edad,
pecto respetable, cabellos de color gris
tado, y rostro fresco y lleno que refle-
bondad de su corazón. Sus ojos brillaban
cados por una eterna sonrisa. Narumov
ntóle a Hermann. Tchekalinsky estrechó
lmente la mano del recién venido, ro-
que prescindiese de toda etiqueta y vol-
ocuparse de su banca. La talla era larga.
la mesa había más de treinta cartas vuel-
Tchekalinsky deteníase después de cada
para dar a los jugadores tiempo de ajus-
entas y anotar sus pérdidas; escuchaba
mente sus preguntas y, con movimiento
te, enderezaba las esquinas de las cartas
doblara con mano distraída. Por fin ter-
la talla. Tchekalinsky barajó las cartas y
paró para otra nueva.
rmitidme que elija una carta— dijo Her-
, alargando la mano por encima de un
señor que también apuntaba.
hekalinsky inclinóse y sonrió, sin respon-
n señal de asentimiento. Narumov feli-
sonriente a Hermann por haber roto su
ayuno y deseóle un buen principio.
a esto — dijo Hermann, escribiendo el im-
de su postura sobre su carta, con tiza.
Cuánto, señor? —preguntó el banquero,
do un ojo —. Dispensadme, pero no veo

arenta y siete mil rublos — respondió
nn.
oír estas palabras, todas las cabezas se
ron hacia él, y todas las miradas fijáron-
su persona.
Se ha vuelto loco! — pensó Narumov.
rmitidme que os haga observar —dijo
alinsky, con su eterna sonrisa —, que
vuestro juego es excesivo; nadie ha jugado aquí aun más de doscientos setenta y cinco rublos de un golpe.

—¡Qué importa! —replicó Hermann—. ¿Los admitís, sí o no?

Tchekalinsky inclinóse con la misma señal de asentimiento.

—Debo sólo recordaros —dijo—, que, honrado con la confianza de mis compañeros, no puedo admitir más posturas que las hechas en dinero contante. Por lo que a mí respecta, me basta vuestra palabra; pero para el buen orden del juego y de las cuentas, os ruego que depositéis la suma sobre vuestra carta.

Hermann se sacó del bolsillo un cheque del Banco y se lo alargó a Tchekalinsky, quien, después de haberlo examinado rápidamente, colocólo sobre la carta de Hermann.

Después comenzó el juego. Echó a la derecha, un nueve, y, a la izquierda, un tres.

—¡He ganado! —dijo Hermann, mostrando su carta.

Entre los jugadores elevóse un fuerte murmullo. Tchekalinsky frunció las cejas; pero pronto reapareció en su semblante su habitual sonrisa.

—¿Queréis el dinero ahora mismo? —preguntó al joven.

—Si me hacéis el favor... — respondió éste.

Tchekalinsky sacó de su bolsillo un fajo de billetes de Banco y contó la suma perdida, entregándosela a Hermann, que se la guardó en la cartera y abandonó la mesa de juego.

Narumov no salía de su asombro. Hermann tomó un vaso de limonada, y se retiró a su casa.

A la noche siguiente, volvió a casa de Tchekalinsky, que ejercía también de banquero. Hermann se aproximó a la mesa y los puntos se apresuraron a hacerle sitio. Tchekalinsky le saludó cordialmente.

Hermann esperó una nueva talla, eligió una carta y colocó sobre ella sus cuarenta y siete mil rublos juntamente con su ganancia de la víspera.

Tchekalinsky inició el juego. Echó, a la derecha, una sota, y, a la izquierda, un siete.

Hermann volvió su siete.

Un "¡ah!" de admiración y sorpresa escapóse de todos los pechos. Tchakalinsky turbóse de un modo visible. Contó noventa y cuatro mil rublos y entregóselos a Hermann, quien se los guardó impasible y abandonó la casa de juego.

A la noche siguiente, Hermann se presentó de nuevo delante de la mesa. Todos le esperaban ya: los generales y consejeros privados dejaron el whist para venir a presenciar tan extraordinario juego; los jóvenes oficiales saltaron de sus divanes. Todos rodearon a Hermann. Los otros jugadores cesaron de jugar, impacientes por saber cómo iba a terminar la partida.

Hermann, de pie al lado de la mesa, preparábase a apuntar solo contra Tchekalinsky, pálido, pero siempre sonriente.

Desempaquetaron una baraja nueva cada uno. El banquero barajó, y cortó Hermann, quien tomó en seguida su carta y cubrióla con un fajo de billetes de Banco. Aquello parecía un duelo. Un silencio profundo reinaba en el salón.

Tchekalinsky comenzó el juego con manos temblorosas. Echó, a la derecha, un caballo; a la izquierda, un as.

—El as ha ganado —dijo Hermann.

Y volvió su carta.

—Vuestra reina está muerta —dijo graciosamente Tchekalinsky.

Hermann se estremeció; en vez del as, lo que tenía en realidad era la reina de espadas. No podía dar crédito a sus ojos; no acertaba a comprender cómo, al elegir, había podido equivocarse de carta.

En aquel momento parecióle que la reina guiñaba un ojo y sonreía sarcásticamente. Esta extraordinaria analogía llenóle de terror...

—¡La vieja —exclamó sobrecogido de espanto.

Tchekalinsky atrajo hacia sí los billetes perdidos por Hermann, que permanecía inmóvil y como paralizado. Cuando se levantó de la mesa, la multitud, formada por curiosos y jugadores, agitóse ruidosamente.

—¡Ha apuntado bien! —decían estos últimos.

Tchekalinsky barajó de nuevo las cartas, y el juego prosiguió como antes.

EPILOGO

Hermann se ha vuelto loco. Encuéntrase recluido en el hospital de Obucov, con el número 17; no responde a ninguna pregunta y murmura con extraordinaria volubilidad:

—¡El tres, el siete, el as! ¡El tres, el siete, la reina!...

Lisaveta Ivanovna se ha casado con un joven extraordinariamente amable, que no hace nada y posee una bonita fortuna; es hijo de un antiguo intendente de la anciana condesa. Lisaveta Ivanovna ha tomado a su servicio a una parienta pobre.

En cuanto a Tomsky, ha sido ascendido a capitán de caballería y se ha casado con la princesa Paulina.

Fin de "LA REINA DE ESPADAS"



CHARADA EN ACCION



(La solución en el próximo número)

PROBLEMA: EL HOMBRE MECANICO



Una vez un hombre muy ingenioso y aficionado a las ciencias inventó un muñeco mecánico, capaz de realizar cosas sorprendentes. El inventor se vanagloriaba tanto que un sindicato se interesó en la explotación del invento, pero antes quiso poner a prueba las aseveraciones de aquél. Para ello decidieron someterlo a la siguiente prueba: Se señaló una determinada superficie en la que había 64 puntos, los que el hombre mecánico tendría que cruzar, pero moviéndose siempre en línea recta y doblando también siempre en línea recta (no en diagonales). El muñeco debía empezar en el ángulo superior izquierdo (según el diagrama), pasar por el punto negro al final del décimo movimiento y completar la vuelta en un total de 21 movimientos, para concluir en el ángulo inferior derecho. ¿Cuál fué el trayecto realizado?

(La solución en el próximo número)

PROBLEMA: UNA MENTIRA

Un hombre asesinó a un medio herm... colonia de Africa donde ambos estaban ... en una empresa explotadora de maderas.

La víctima había sido ultimada de ... revólver, en una noche oscura y nublada, ... dio de un sendero que iba desde la ... alojamiento de empleados.

Un inspector fué designado para estud... y levantar el sumario. El funcionario ... inmediatamante del medio hermano d... lo hizo conducir ante sí para interrog...

A poco de comenzar el interrogatorio, ... bre se confesó autor del homicidio, ... que se trataba de un desgraciado acc... que, cuando se dirigía con la víctima ... sento, después de trabajar hasta altas ... la noche, sintieron un ruido misterioso ... paldas. Al volverse ambos, para indagar ... del ruido, alcanzaron a distinguir el brillo ... ojos que parecían ser de un animal feroz, ... rrorizado por ello, desenfundó el revólver ... paró un tiro que, dado su estado de ... herir a su medio hermano.

El inspector se dió cuenta inmediat... que el hombre mentía, y lo hizo deten... dolo de homicidio. ¿Cómo demostró el ... que el acusado mentía?

(La solución en el próximo númer...

PROBLEMA DE PALABRAS CRUZADAS



HORIZONTALES

1. Terminación de verbo.
2. Contracción.
5. Acido.
8. Desmontar de un caballo o carruaje.
11. Signo matemático.
12. Cardo corredor.
13. Nota de la escala diatónica.
14. Primera novela de Chateaubriand, que describe la vida salvaje de América.
16. Cajón grande de municiones.
18. Vestido, a modo de túnica, de los soldados turcos.
19. Forma reflexiva del pronombre personal de tercera persona en dativo y acusativo, de ambos géneros y números.
21. (Eugenio D'). Crítico y filósofo catalán.
22. Interjección que usan los carreteros para hacer detener las caballerías.
23. Recipiente de piedra donde cae el agua o se conserva para diferentes usos.
25. Interjección que sirve para animar o estimular.
26. Nave, embarcación.
28. Expiración brusca, convulsiva y sonora del aire contenido en los pulmones.
30. Caballero de una orden militar que tiene encomienda.
34. ¡Quiá!
35. Limpia, curiosa.
36. Pronombre personal de segunda persona en ambos géneros y número plural, en dativo o acusativo.
38. (Santa). Madre de la Santísima Virgen.
40. Cuerpo simple de color gris negruzco y brillo metálico.
41. Nombre de una consonante.
42. Trozo que salta de una piedra.
44. Tubo doblado que sirve para trasegar líquidos.
46. Número uno en las barajas.
47. Nota de la escala diatónica.

VERTICALES

1. Iniciales del nombre y apellido de un patriota colombiano, nacido en Leiva (Colombia) en 1786 y muerto en 1814, en San Mateo, al volar un parque de municiones para que no cayese en manos del enemigo.
2. Dícese, en poesía, de algo que brilla trémulamente.
3. Conjunto de instrumentos de cualquier oficio.
4. Forma del pronombre de tercera persona, singular.
5. Altar donde se ofician sacrificios.
6. Partícula esférica que se separa de un líquido (plural).
7. Reza, eleva sus preces.
8. Oficial del ejército turco.
9. Arrima una cosa a otra.
10. Licor alcohólico bastante fuerte que se saca de la melaza.
15. Acción de abonar o abonarse.
17. Ultimo rey de Lidia, célebre por su fortuna.
19. Afirmación.
20. Artículo.
23. Arte de hacer versos.
24. Conjuntos de cosas atadas.
27. Señora de la casa.
29. Poema del género lírico, dividido en estrofas iguales.
30. Antigua medida catalana de dos varas.
31. Prefijo.
32. Haced don.
33. Obtuso.
34. Oxido del calcio que forma la base del yeso, la tiza, etc.
37. Arbusto leguminoso parecido a la casia.
39. Parte saliente de una vasija, por donde puede tomarse.
41. Nombre de una consonante.
43. Iniciales del nombre y apellido de un pintor alemán, que utilizó como motivo de muchas de sus obras episodios históricos (1788-1856).
45. Trasladarse de un lugar a otro.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTE...

De los: "JEROGLIFICOS COMPRIMID..."

ME CUESTA DOBLE

MARIMORENA

DE LAS "CHARADAS"

BATURRO

DOROTEA

TEODORICO

DEL PROBLEMA: "POLICIAS Y PISTOLEROS"

En el diagrama, las estrellas indican los canastos que pasaron a ocupar los tres pistoleros, sin quedar ni dos de ellos en línea recta.

DE: "MAXIMA ENIGMATICA"

Recortando los dos trozos de papel con la forma de las letras E y L, y colocados en los sitios indicados, se verá que con las letras que quedan se puede leer: CONTENED VUESTRA LENGUA, ESPECIALMENTE EN LOS FESTINES.



En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulen nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

SHENZI HABARI, *Capital.* — 1º La novela "Cuando muere el día" fué publicada en el número 188 de LEOPLÁN; "El conde de Montecristo", en los números 73 y 74; "La mano del muerto", en el 101; "Los tres mosqueteros", en el 44; "Veinte años después", en el 45, y "El jorobado o Enrique de Lagardère", en el 40. 2º Lamentamos no poder complacerle.

"ATREVIDO", *La Plata.* — 1º Nadie más indicado que un médico especialista para aconsejarle cómo debe tratar su tartamudez. A título informativo le recordamos que Demóstenes, famoso orador de la antigüedad, se curó con el singular procedimiento de hablar en voz alta, poniéndose previamente en la boca algunas piedritas. 2º En esta sección tenemos por norma no dar direcciones comerciales.

HIGINIO D. DELVECCHIO, *Agote.* — Los problemas de espacio que plantea actualmente la crisis de la industria papelera, nos impiden, por ahora, incorporar nuevos elementos a nuestro cuadro de colaboradores.

JUAN B. BARBERIS, *Hughes.* — La dirección de la Sociedad Argentina de Escritores es: Santa Fe 1243, Buenos Aires.

D. P. DI M., *Monte Grande.* — Lea la respuesta que damos a Higinio D. Delvecchio.

JUJEÑO CURIOSO, ... 1º En términos genera... pintar un fresco es nec... car la pared, revocarla ... guida, mientras está ... pintar con pinturas ... Se hace por secciones, ... plo, de un metro cuadrado. Pintar al ... un arte sumamente difícil que sólo los ... artistas logran dominar, por las ... que ofrece su técnica. 2º Vuelva a ... aclarando el sentido de su pregunta, y ... le contestaremos.

PEDRO BUCHIGNANI, *Canal Arana.* — 1º ... ha publicado las siguientes obras de Hu... "La casa de los cuervos", "La corbata ..." "Fuente sellada" y "Valle negro". 2º y ... tomado nota de su pedido y procurare... placerle.